

EL TRUCULENTO MISTERIO  
DE LA ISLA  
DRAGONERA

Javier Pérez de Arévalo

A Pili.

Todo mi agradecimiento a Kole Seoane y Pilar Pérez de Arévalo por sus lecturas pacientes y críticas del libro.

También tengo que expresar mi gratitud más sincera a Paco Montañés por el meticuloso trabajo de corrección que hizo del manuscrito<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Tengo que especificar que como compensación a sus exquisitas correcciones, Paco se llevó debajo del brazo un insuperable queso zamorano, de oveja, y muy curado. Por contra las citadas Pilar y Kole, no se llevaron nada.

## ANOTACIONES PREVIAS

¡Ha llegado el momento! No puedo decir que fuera el que más esperaba, pero sí uno de los más ansiados, puesto que no es otro que el de relatar y dejar por escrito aquellos casos que voy resolviendo a lo largo de mi carrera como detective privado en la clandestinidad o, podríamos decir de una manera más apropiada que, en la semi-clandestinidad.

A los cuatro meses desde que abandoné mis prácticas budistas, debido a la revelación que tuve acerca del verdadero sentido de mi vida, que no era precisamente el de pasarme largas horas meditando enfrente de una pared, sino muy al contrario, el de entregarme a la dilucidación de misterios y problemas que atormentan a otras personas, comencé a experimentar las mieles del éxito que mi revolucionario método detectivesco estaba ya ofreciendo de forma irrefutable y bien a las claras. Dicho método está basado en la aplicación del cerebro en modo intuitivo-deductivo, algo novedoso y, además, por lo que yo sé, único en el tiempo y en el espacio, no solo por ese particular uso de la mente sino porque, para la resolución de los problemas, me apoyo no solamente en mi capacidad cerebral, sino que además cuento con un complemento de herramientas y personas que, hasta ahora, tampoco han sido el pan nuestro de cada día de los detectives, y las detectives, privados y privadas, y de las cuales (las herramientas) ya daré buena cuenta en los relatos que estoy dispuesto a escribir.

Una vez resueltos con notable éxito los primeros casos importantes de mi carrera detectivesca, y a falta de un Watson o un Hastings<sup>2</sup> que lleve al papel los vericuetos por donde han atravesado las investigaciones, he tenido que decidirme a escribirlos yo mismo ya que mi Watson, es decir Ella, es un Watson inconsciente, en otras palabras, que es mi ayudante pero sin saber que lo es. También el conjunto de mis informantes y colaboradores lo son en calidad de inconscientes, algo que por un lado puede resultar un poco aparatoso a la hora de convencerles para que lleven a cabo sus trabajos como informantes y / o colaboradores, pero que por otro lado tiene la formidable ventaja de resultarme completamente gratuitos sus servicios.

Queda pues inaugurada esta serie de lo que serán los más distinguidos relatos detectivescos, desde que el doctor James Watson dejara de escribir los suyos. En cuanto al capitán Arthur Hasting, prefiero no decir nada, ya que mi trabajo me ha costado poder desprenderme de las asociaciones negativas que mi mente producía con respecto al oficio de investigador privado, y todo ello debido a la natural repugnancia que de joven sentía por Hércules Poirot.

---

<sup>2</sup> Watson fue el redactor del ínclito Sherlock Holmes y Hastings hizo lo propio con el no tan ínclito Poirot.

Desde que redacté esas anotaciones previas, han pasado otros cuatro meses sin escribir ni una sola línea. El motivo de esa dejadez literaria no ha sido mi abandono personal sino que, a los pocos días de escribirlas, y reconozco que todavía sin haberme decidido a comenzar el relato de mis primeros casos resueltos, Ella me sorprendió con una inesperada propuesta.

—Hola cariño... ¿a que no sabes quién me ha llamado hoy? —me preguntó, sabiendo de sobra que no iba a saberlo.

—Pues no —le contesté, tal y como era de esperar.

—¿Te acuerdas de Rosa? —siguió asaltándome con sus preguntas mientras yo intentaba concentrarme en la lectura de un interesantísimo manual sobre programación neurolingüística, del que estaba seguro (y de hecho lo sigo estando) que me ayudaría sobremanera en mis labores de investigación, sobre todo en aquellas donde tuviera que comunicarme verbalmente con los sospechosos y no supiese si estaban respondiendo con sinceridad a mis preguntas—. Pues la verdad es que no, no me acuerdo de la tal Rosa.

—Si hombre... la que vive en Mallorca con su marido farero, pero que ya no viven en ningún faro, sino en el pueblecito aquel que no recuerdo ahora el nombre.

—Ah... sí, la mujer del farero —le contesté simulando recobrar la memoria, pero con la memoria absolutamente vacía en esos momentos.

—Pues nos proponen intercambiar nuestras casas para este verano. Dice que ahora, esta práctica está muy de moda entre amigos y que así la gente se evita que le entren okupas cuando están fuera, de viaje. Y la verdad es que a mí no me importaría nada pasarnos unas semanitas en Mallorca...podría hacer algunas fotos interesantes.<sup>3</sup> Además, creo que tienen piscina en el jardín... ¿te imaginas?... ¡como en un hotel!

—¿Tienen perro? —le pregunté, dejando ya a un lado mi manual sobre programación neurolingüística, pero con una incipiente preocupación por pensar que esa estancia en Mallorca quizás no sería del agrado de Ramona, nuestra perra bulldog inglés.

Todos los amantes de los perros saben que esta raza es muy especial, que no gustan de los viajes y odian los lugares calurosos, si bien es cierto que nosotros vivimos actualmente en un lugar caluroso, para desgracia de Ramona.

—Pues creo que tienen un gato —me contestó Ella con una emergente cara de pingüino emperador, lo cual denotaba cierta desazón, debido a las pegas que yo estaba comenzando a poner a ese intercambio estival.

—Espero que no tengamos que intercambiar también nuestras mascotas. O que nos digan que el gato se queda en su casa... ya sabes tú que Ramona rechaza cualquier residente no humano en el hogar, incluso a sus propios parientes. Y lo de la piscina me aterroriza...imagínate que la pobre perra se cae y se ahoga.

—Vale, vale, pues no se hable más, mañana mismo la llamo para decirle que estaremos encantados con lo del intercambio.

Esta novedad en nuestras existencias, supuso un aplazamiento en la redacción de mis primeros casos resueltos ya que, pensé, con bastante acierto todo sea dicho, que siempre sería mejor y más productivo redactarlos allí, desde la tranquilidad que supuestamente debía aportar el hecho de disfrutar unas semanas de vacaciones en la conocida, desde hace décadas, como “la isla de la calma”. Calificativo éste, puesto por el insigne pintor y escritor don Santiago Rusiñol, cuando pasaba largas estancias en el norte de Mallorca, muy a principios del siglo XX. Fue entonces que decidió escribir un libro al que tituló de esa manera.

<sup>3</sup> Comentario este comprensible, dado que Ella se gana la vida como fotógrafa freelance, y un viaje de estas características podría aportarle un buen material para luego ofrecer a revistas especializadas, o a quién sea.

Creí que sería muy buena idea hacerme con un ejemplar de esa obra (todo un clásico) para ambientarme adecuadamente antes de realizar el intercambio de casas, pero sin intercambiar nuestras respectivas mascotas, algo que afortunadamente ya había quedado hablado y programado: ellos se traían el gato a nuestra casa y nosotros nos íbamos con Ramona a la suya.

En cualquier caso, y como creía que tres semanas y media no darían para poder plasmar en papel, con la meticulosidad que se merece, todos los casos resueltos por mí hasta el momento, decidí comenzar la redacción precisamente con aquellos asuntos que me trajeron más de cabeza, y dejar los sencillos para más tarde, pudiendo así disfrutar de la isla y del asueto, tal y como es preceptivo en unas vacaciones con un destino como el del archipiélago balear.

Quiero especificar, antes de dar comienzo a estos relatos detectivescos (aunque ya lo dejé bien especificado en unas anotaciones de tipo analítico-introspectivo), que debido a la mala praxis de unos serigrafistas, amigos estos de mi viejo amigo el señor Ruiz, alias el Pitufu, (amistad por otro lado, esta última, que he decidido poner en cuarentena debido precisamente a la chapuza de sus amigos serigrafistas) mi empresa detectivesca aparece anunciada en las tarjetas de visita, así como en la página web oficial, como “RamonA Investigadora privada”, por lo que mucha gente, por no decir toda, piensa que yo me llamo Ramona y que soy una detective y no un detective. La mala praxis a la que estoy haciendo referencia, aconteció debido a la estupidez del susodicho Pitufu, que no tuvo otra idea que enviarles un WhatsApp a sus amigos serigrafistas con ese endiablado lenguaje moderno usado en los teléfonos móviles, abreviando el verdadero epígrafe que debería aparecer, tanto en las tarjetas de presentación, como en la página web e, incluso, en la placa destinada a colocarse junto a la puerta de entrada a nuestra casa, pero que finalmente acabó en el primer cajón que encontré con espacio suficiente para meterla. El verdadero epígrafe rezaba como sigue:

Ramón y Asociados. Investigación privada.

Este lamentable suceso, junto con la poca, o casi nula, aceptación que tuvo la propuesta que en su momento le hice a Ella acerca del comienzo de mis actividades detectivescas, ha hecho que dicho comienzo haya sido algo tortuoso y clandestino. Así que en lugar de firmar mis facturas (hasta ahora inexistentes puesto que los primeros casos resueltos han sido llevados a cabo de forma gratuita con familiares y conocidos, o bien cobradas en negro), las tendré que expedir como guía turístico, profesión esta a la que me dedico desde hace muchos años en horario matutino.

\*\*\*

Una semana más de inactividad literaria después, pero todavía en el mes de mayo creí que, por fin, iba a dar inmediato comienzo a la redacción de mis primeros casos resueltos. Pensé que de los irresueltos era mejor no escribir nada, al menos hasta que mi reputación fuera lo suficientemente buena como para permitirme el lujo de hablar de esos excepcionales casos. Recordemos que el mismísimo Holmes tuvo que soportar algún que otro fracaso en sus investigaciones, algo que no ensombreció lo más mínimo su renombre.

Sin embargo, opté por comenzar no por el relato que más dificultad me había acarreado su resolución sino, por el contrario, siguiendo un simple orden cronológico, y así ofrecer mayor fidelidad al progreso de mis investigaciones.

Los tres casos de más envidia resueltos hasta aquel momento, y en sólo ocho meses desde que abrí en mi vida la puerta de la investigación privada, eran los siguientes:

- 1 El caso del fantasma alado.
- 2 El misterio del collar desaparecido
- 3 El curioso enigma del marido infiel.

Así pues, dado que estábamos en el mes de mayo y que el viaje a Mallorca se haría

presumiblemente en el mes de julio, disponía de tan sólo mes y medio para redactarlos, lo cual creí que era poquísimo tiempo, por lo que tomé la decisión de dejar “el curioso enigma del marido infiel” para escribirlo tranquilamente rodeado de la paz y abulia que caracterizan la vida en toda isla.

Por otro lado, siempre se podía presentar un caso nuevo durante los siguientes días, algo que me obligaría a entregarme en cuerpo y alma para conseguir su inmediata resolución. Además, me resultaba insoportable la idea, y el hecho, de tener que compaginar el uso del cerebro en modo literario con el uso del cerebro en modo intuitivo-deductivo. La combinación de ambos modos cerebrales es para mí, y me imagino que para cualquiera, absolutamente imposible. Ya bastante hago con mantener mi cerebro en la modalidad de guía turístico todas las mañanas, de lunes a viernes.

Pero no se hable más.... aquí empiezan las más destacadas aventuras detectivescas desde que Sherlock Holmes decidiera retirarse a su casita de campo en Sussex, para vivir tranquilamente el resto de sus días dedicándose a la apicultura y a otros menesteres. Y eso no fue poco tiempo, puesto que el mejor investigador de todas las épocas vivió hasta ya cumplidos los 103 años.

Esta aventura dio comienzo en octubre del año pasado y terminó a las pocas horas de iniciarse, pero no por ello debemos dejar de calificarla como aventura. Todo empezó gracias a una ventana podrida...

—¿Cariño, te has dado cuenta que a la persiana de nuestra habitación se le ha caído una tablilla más? —me comentó Ella desde la cama, un sábado por la mañana, mientras yo acababa de entrar en el baño para relajar mis esfínteres, se entiende que el vesical y el anal —. Habrá que llamar al vecino carpintero para que la arregle —añadió, para dejarme claro que entre mis futuras e inmediatas ocupaciones debería estar la de ponerme en contacto con uno de nuestros vecinos, más concretamente con el vecino que, además de vecino, es carpintero.

—Vale —le contesté sucintamente y con los esfínteres todavía contraídos a causa del contratiempo de la maldita persiana.

Quiero especificar que esa persiana exterior, en realidad es una contraventana de madera la cual dispone de una serie de tablillas inclinadas hacia abajo para que el agua no penetre en los días de lluvia. Son muy prácticas en verano, puesto que se pueden dejar abiertas las ventanas, propiamente dichas, y cerradas las persianas, de modo que entra el aire de fuera pero no la luz...aunque sí los mosquitos.

Por supuesto ese sábado no fui a buscar al vecino carpintero. Ni tampoco lo hice el día siguiente, es decir, el domingo. Pero el lunes por la tarde y ante, ya no un simple comentario, sino toda una orden por parte de Ella, crucé los escasos ocho metros que separan nuestra casa de la suya y llamé a la puerta.

—¡Halo vesino!, ¿cómo estás? —me dijo todo sonriente Bran, nuestro vecino irlandés y carpintero, llegado hace poco más de tres años al pueblo donde residimos Ella y yo.

—Bien, Bran... pero tenemos un problema.

—Ya, claro, tots tenim problems —me contestó el irlandés sin perder ni un milímetro la amplitud de su sonrisa, de la que muchas veces pienso si en lugar de ser una sonrisa se trata más bien de una mueca, utilizando su muy singular cataespanglish, es decir una mezcla de catalán, español e inglés, a veces difícil de comprender.

Durante estos años como vecinos, Bran y yo hemos compartido unas cuantas cervezas y podemos decir que a estas alturas se ha establecido cierto grado de amistad entre nosotros. Incluso he recreado en mi mente un diccionario Branés-Español, gracias al cual ahora puedo entenderle mucho mejor y sin necesidad de tener que pasarme yo al modo inglés, algo para mi bastante insoportable fuera de las horas de trabajo como guía turístico.

—Pero entra a casa y hacemos unes servesites, ¿ok?, así te cuento yo también els meus problems —insistió el carpintero fortachón sin que pudiera yo rechazar la cerveza dado que, acto seguido, le pediría el favor de que nos arreglase la persiana de nuestra habitación.

En realidad pensaba que el favor no sería el de rebajarnos el precio, sino tener que pasar a por la maldita persiana cuanto antes para llevársela a su taller. Luego ya, el tiempo que la persiana pasase allí, en su taller, no creí que entrase dentro del favor, como efectivamente no entró, ya que la persiana estuvo de vuelta a su lugar exactamente 23 días después. Ahora pienso si esa dilatada cantidad de tiempo fue motivada por la circunstancia de que finalmente, y también sorprendentemente, no nos cobrara ni un euro, en recompensa a mi inestimable ayuda como detective privado. Pero a Ella no pude decirle absolutamente nada acerca de la gratuidad de la reparación hecha por Bran, ya que tampoco podía decirle que era un trueque entre el irlandés y yo, es decir él nos arreglaba la persiana y yo le solucionaba un asuntillo familiar. Por el momento sería mejor que ni Ella, ni nadie, supiera nada acerca de mis actividades detectivescas.



—¿Una Guinness? —me preguntó el cuasi pelirrojo, conociendo mi debilidad por las negras (las cervezas claro está).

—Como quieras —repliqué, aparentando indiferencia pero deseando que me sirviera una de esas fantásticas cervezas irlandesas, para mí, el equivalente a la patata gallega pero en el mundo de las bebidas espumosas.

—¡Salud! —dijimos al unísono, mientras chocábamos nuestras respectivas latas, afortunadamente del tipo 33 cl y no de las de 44 cl.

Recuerdo que durante unos minutos no hablamos absolutamente de nada y sólo bebíamos sin mirarnos a la cara, pero contemplando místicamente nuestros pies, es decir, cada uno mirándose los suyos.

—Vesino, estoy mucho preocupado porque la chona ve fantasmas —me soltó el celta sin venir a cuento.

—No fastidies... ¿que tu cerda ve fantasmas? —le dije todo asombrado, primero por no saber, hasta ahora, que tenía una cerda y segundo por no saber, también hasta ahora, que los cerdos pudieran ver fantasmas.

—¡¡Ehhh!!, ¿tú por qué llamas cerda a mi hermana?... a ver si llamo puta yo a tu madre —me contestó Bran bastante indignado para mi sorpresa.

—¿Pero cómo que tu hermana?... tú me has dicho que la chona ve fantasmas.

—Pues claro, mi hermana... la chona...ese, hache, o, ene, a.

—¡¡Ahhh, Shona!! —le dije al vecino carpintero, con la intención de arreglar el entuerto provocado por su extraña pronunciación y /o mi mala interpretación —es que en el norte de España a las cerdas se les llama chonas.

—¿Y a los cerdos?

—Pues chones... un cerdo es un chon.

—Joder... ¿así que Shon y Shona es como cerdo y cerda?

—Sí pero sólo en el norte de Castilla y en Cantabria.

—Bueno, pues eso... que la Shona ve fantasmas y está muy asustada y como no habla casi nada de español, pues... no sabe qué hacer ahí sola, en las Alpujarras, tu sabes, y yo no sé como ayudar a ella, porque yo he dicho a ella que no hay fantasmas, pero tu sabes, en Irlanda hay mucha, como se dice...

—Superstición —le dije para ayudarle en las explicaciones.

—Eso... suprestisión, y la Chona (volvió a su particular pronunciación) se ha criado con cuentos de brujas y esas cosas, tu sabes.

—De brujas —le corregí para ayudarle, esta vez no en su explicación sino en su perfeccionamiento del español.

—La pobre me llama terrorífica y no puede trabajar, porque ella escribe libros, tu sabes, es... como se diu... ¿escribienta?, pero con terror ella no puede escribir nada y just ella ha comprado esa casa en las Alpujarras para escribir más tranquila que en Dublín, y yo ahora tengo molt de treball, como tu ves, y no puedo ir a las Alpujarras a saber qué es ese fantasmas, quizás ha comprado una casa con muertos, tu sabes, con poltergeist or similar... ¡oh my God!

—No te preocupes Bran —le respondí justo antes de dar un nuevo trago de esa succulenta, amarga y potente cerveza —. Yo me dedico en mis ratos libres a resolver enigmas, problemas no resueltos, casos misteriosos... vamos, que soy un detective privado.

—¡No jodas!... ¡que tu eres detective!... ¿como el Sherlock Holmes?

—¡¡¡Chsssss!!! —le indiqué rápidamente a Bran, para que no levantase tanto la voz, no fuera que su mujer o algún hijo estuvieran en la casa y oyeran lo de mi condición de detective, para acto seguido pregonarlo por todo el pueblo.

—Pero no lo sabe nadie, ni siquiera mi mujer.

—¡Caray!... pues sí que tú eres detective privado, tan privado que no lo sabe ni tu miujer.

—Sí, bueno, es una larga historia. Oye... ¿y cuándo ve tu hermana Shona (no me salía lo de

llamarle “la Chona”) esos fantasmas? —le pregunté al de Éire, dando comienzo así a mi interrogatorio profesional.

—En realidad no los ve pero los oye —dijo Bran con cara, e incluso cuerpo, de Alcaraván —, cada noches, o muchas de noches, ella oye gritos terroríficos, tu sabes, ella tiene la carne de pollo.<sup>4</sup>

—¿Pero... entonces tu hermana nunca ha sufrido una aparición en la casa de las Alpujarras?

—Oh sí, apariciones sí, ella sufre la aparición de Juan el lechero cada día, y de María la vecina más cerca que ella tiene para vender huevos y esas cosas, tú sabes —me respondió el cansino del carpintero pelirrojo, o cuasi pelirrojo, dejando claro que yo debía emplear un castellano más simple a la hora de interrogarle.

—Quiero decir que si ella no ha visto fantasmas.

—¡Que no, joder!, que ella, tu sabes, sólo escucha fantomas, no mira, sólo escucha... ¡putos fantomas, cabrones! —continuó con cierto aire de enfado, pero dando muestras de un gran conocimiento de los más elementales improperios del idioma español.

—¿Y tú sabes a qué hora oye los fantomas? —le pregunté, contagiado a esas alturas de su peculiar vocabulario, que por otro lado me resultaría útil a la hora de agilizar el interrogatorio.

—¡Cómo sé yo a qué hora ella escucha los fantomas!!... yo no he preguntado...pero siempre de noche, ¡joder!, ¡¡cabrones!!!, ella ahora no puede escribir, cada noche tiene carne de pollo y ahora también cagarela<sup>5</sup>, tú sabes, de miedo, cagarela de miedo —me especificó mi vecino y amigo, mientras él apuraba su Guinness y yo me imaginaba a la Chona bailando la danza de la cagarela, como si fuera un émulo de la tarantela pero con la danzante sufriendo de una diarrea severa.

—Mira Bran... vamos a hacer una cosa..., bueno, dos cosas —le dije al hermano de la Chona, con el ánimo de tranquilizarle —, primero... no le vas a decir a nadie que yo soy detective privado, ni a tu mujer, ni a tus hijos, y mucho menos a alguien del pueblo. Segundo, vas a llamar a tu hermana esta noche y le vas a decir que cuando comience a escuchar a los fantomas, que coja su teléfono móvil y grave los sonidos.

—¿Y ya está?...¿con eso dejará de escuchar los fantomas?

—Bueno, y luego tiene que enviarte a ti los sonidos grabados para que los pueda escuchar yo aquí y así poder darte mi opinión de experto —le recomendé a Bran, adoptando cierto aire de profesionalidad y experiencia del que me sentí muy orgulloso, a pesar de no tener hasta el momento ninguna experiencia y ser de profesión guía turístico.

—Oh... bien, vesino...eres un amigo...mi hermana tiene que terminar un libro antes de verano y si tú quitas los fantomas ella te dará muchas gracias, porque no quiere decir a nadie de las que sufre apariciones, ni al Juan, ni a la María, lo de sus fantomas, tú sabes, porque ella tiene miedo que ellos piensen que está loca, o que su casa es un poltergeist, entonces nadie quiere aparecer y venderle cosas, por miedo, tú sabes, en los pueblos pequeños esto es normal, como en Irlanda... ¡putos fantomas!

—Bueno...entonces ¿cuándo pasas a por la persiana? —le dije a Bran con la intención de terminar con el asunto de la Chona y sus fantomas, y dejar zanjado el tema de la persiana, una vez que la Guinness ya había expirado.

—¿Qué persiana? —me preguntó extrañado mi amigo carpintero, momento en el que fui consciente que con tanto fantasma, se me había olvidado comentarle lo de nuestro problema con la ventana del dormitorio.

No tardé mucho en describirle el problema casero y decidió pasar en ese mismo momento a retirar la susodicha persiana para llevársela al taller, donde pasaría casi un mes esperando a ser reparada.

---

4 Dado lo complicado del lenguaje empleado por Bran, he decidido comenzar a traducir los vocablos o expresiones más exóticos utilizados por mi vecino. Tener la carne de pollo = ponerse a uno la carne de gallina.

5 Cagarela = cagalera.

\*\*\*

Al día siguiente por la tarde, y a eso de las 18 horas, más o menos, oímos que llamaban a la puerta.

—¿Quieres abrir tú, que yo estoy ahora muy liada? —me preguntó Ella empleando el más dulce de sus registros vocales, algo a lo que no pude negarme pues fui consciente que en esos momentos tenía la tablet entre sus manos y eso significaba, o bien que estaba dentro de una granja arreglando los establos, o bien matando zombis en algún descampado o ciudad de mala muerte. Aunque también podía estar resolviendo un truculento crimen, todo ello, ni qué decir tiene, que de forma absolutamente virtual.

—Sí, no te preocupes, ya voy yo —contesté mientras abandonaba una interesantísima sesión de cartas del Tarot a la que me estaba sometiendo a mí mismo, para ver si en el futuro podría dejar de una vez por todas la tediosa profesión de guía turístico, y pasar a dedicarme exclusivamente a resolver aquellos misterios inexpugnables para otras mentes, pero no para la mía.

—Hola vesino, tengo los sonidos —me dijo Bran el pelirrojo, o cuasi pelirrojo, nada más verme cuando abrí la puerta de nuestra casa.

—¿Qué sonidos? —le pregunté bastante desconcertado, debido a que mi cerebro todavía estaba casi en estado  $\alpha$ , y sin desconectar por completo del trance que todo buen tarotista ha de generarse para realizar una interpretación de los naipes como Dios manda.

—¡¡Qué sonidos van a ser, el de los fantasmas!! —me contestó algo contrariado por mi amnesia momentánea.

—¡¡Chsssss!!, no grites hombre, que te pueden oír —le susurré en voz baja.

—¡Me voy con Bran a tomar una cerveza, hasta luego! —le grité a Ella para dejarle claro que me iba a ausentar de casa.

—¡Dale un saludo de mi parte! —me gritó Ella también, pero sin soltar para nada la tablet ni apartar la vista de su pantalla.

Bran me sugirió que nos fuéramos al bar de la plaza porque en su casa había un montón de críos del pueblo jugando con sus hijos.

—Vesino son peludnantes<sup>6</sup> —me comentó Bran al oído, como si me fuera a traspasar un secreto innombrable, al mismo tiempo que nos hacíamos sitio en una mesa de las que conforman la terraza del bar que hay en la plaza donde vivimos—, casi me da a mi también cagarela. Ella dice que salen del techo, oh my God, está terrorífica la pobre, ¡putas Alpujarras!, millor escribir en Dublín, allí sólo borrachos, putas y ladrones, pero no fantasmas.

—¿Hay una guardilla en la casa? —le pregunté con mucha curiosidad a Bran, mientras mi cerebro decidía pasar por completo del modo tarotista al modo intuitivo-deductivo.

—¡Cómo que si hay una guarrilla en la casa!... ¡mi hermana no tiene guarrillas en su casa!... ¿¡qué tú piensas?!...tú eres un poco, cómo se dice, un poco vicioso, ¿no?

—¡¡Chsss!!, guarrilla no, ¡hombre!, guardilla, desván, lugar encima del techo y debajo del tejado para guardar cosas —tuve que replicarle, volviendo a insistir en que bajara la voz, no fueran a pensar el resto de los allí presentes, que yo le estaba preguntando al irlandés por guarrillas.

—¡¡Oh, one attic!!, guarrilla es un attic, coño, joder con el español, qué idioma raro...sí creo que la Chona tiene una guarrilla en la casa donde vive, ella me dijo una vez, pero no sé si ella ha subido o qué, tu sabes, seguro que está con terror porque los fantasmas viven en la guarrilla.

—¡¡Dos servesitas Manel!! —le gritó el irlandés al dueño del bar, que todavía no se había dignado a salir para atendernos, creo que porque estaba muy atento a un partido de fútbol que estaban echando por televisión en ese momento, y en el que el Barsa jugaba contra un equipo europeo del que no recuerdo el nombre, seguramente porque ni siquiera me enteré.

—Hombre, yo tengo una teoría, pero no quiero decirte nada hasta que no escuche los

---

6 Son peludnantes = Son espeluznantes.

sonidos —le comenté mientras hacía un gesto con la mano cuyo significado era absolutamente inconfundible y que vendría a ser el equivalente en palabras a un “déjame tu móvil para escucharlo”.

—Toma —me dijo pasándome como a escondidas su teléfono—, pero tienes que saber que los gritos y llantos son de la Chona, que los fantasmas sólo hacen ese peludnante “gggggrrrrggggg”.

—¡Grasis Manel, a tu salud! —dijo Bran mientras levantaba el vaso de su caña dándole a entender al camarero, el cual acababa de traernos las cervezas, que se la iba a beber pensando en él, al menos durante los cinco primeros segundos.

Reconozco que mientras el carpintero, y vecino mío, daba una serie de sorbos, yo intentaba encontrar el lugar donde estaban almacenados dentro de ese maldito teléfono los supuestos gritos de fantasmas alpujarreños, pero a mi poca pericia con los dispositivos de alto nivel tecnológico se le sumaba el hecho de que todas las indicaciones estaban en inglés, idioma que conozco pero que, en ese mismo instante, parecía no conocer.

—Dame, joder, ¿que tú no sabes cómo escuchar?...toma, pónelo en la orja.<sup>7</sup>

—Je, je, je —me reía yo mientras escuchaba los “peludnantes” sonidos y miraba a mi amigo celta—. Mi teoría era correcta... tu hermana (seguía sin poder llamarla la Chona), no tiene fantasmas sino lechuzas.

—¡Pero no digas tonterías!, tú no eres detective ni nada...eres más tonto que yo...cómo puede tener lechazas<sup>8</sup> en el attic, ¡hombre, joder!, ella no pone ovejas ahí arriba, ¡por favor qué tontería tu dices!

—¡¡Chsss!!...que no digas que soy detective, que te van a oír...y lo que tu hermana tiene no son lechazos, sino lechuzas, le-chu-zas...una rapaz nocturna, an owl —terminé por replicarle incluso en modo inglés para que no hubiera ningún tipo de confusión.

—¡Hostia, una lechoza, an owl!...¿y cómo tú sabes, que es una lechoza y no fantasmas?

—Porque de joven era muy aficionado a la ornitología y conozco el canto de muchos pájaros. Te puedo asegurar que tu hermana tiene en la guardilla un posadero de lechuzas, es decir, que después de cazar se van allí a comerse las presas, o incluso utilizan esa casa como oteadero —le dije a Bran muy emocionado por ver confirmadas mis teorías y por hablar de aves, un tema que de joven me llegó a apasionar tanto que incluso sufrí alguna que otra aventura peligrosa, de la que ya daré cuenta en su momento. Pero con mi emoción olvidé simplificar el castellano empleado para comunicarle mis ideas.

—No entiendo qué tú hablas, pero voy a decir a la Chona que suba a su guarrilla y mire lo que encuentra, y que seguramente ella tiene lehozas allí dentro, oh my God, lechozas y ella pensando en fantasmas, qué alegría se va a llevar...(y ahora bajó el tono de voz hasta casi hacerse imperceptible), oye retiro lo dicho, tú eres un buen detective, joder.

\*\*\*

Finalmente todo se confirmó tal y como yo había predicho. Shona subió al desván y comprobó por ella misma que allí había un montón de plumas y egagrópilas, aunque se pensó que éstas, las egagrópilas, eran cagadas muy misteriosas lo cual le produjo un nuevo ataque de pánico, hasta que la tranquilicé, a través de Bran claro está, diciéndole que no eran cagadas sino los vómitos de las lechuzas.

Días después, Shona estaba tan encantada con sus recién descubiertos inquilinos que hasta llegó a fotografiarlos. Creo, incluso, que llegaron a formar parte de los personajes del libro que estaba escribiendo por aquel entonces.

---

7 Orja = oreja.

8 Lechazas = lechazos

Por aquel entonces Ramona sufría una extraña alopecia y ningún veterinario había sabido solucionarle el problema. Afortunadamente, todos los análisis clínicos que se le habían practicado fueron negativos, lo cual nos tranquilizó mucho ya que enseguida pensamos que pudiera padecer de Leishmaniasis o cualquier terrible enfermedad transmitida por mosquitos, o por otro portador indeseable.

Ella, me refiero a Ramona, estaba tan tranquila, pero el espectáculo que ofrecíamos en los paseos era algo lamentable, pues, la gran calva que tenía en el lomo, le hacía presentarse ante el vecindario como una apestosa. Y todo por culpa de un anormal de veterinario que, cuando le llevamos a la perra para que le curara unas heriditas que le habían salido en su espalda, no se le ocurrió otra cosa que rasurarla un trozo enorme del cuerpo, del tamaño de un campo de fútbol, y ahora ningún pelo quería volver a brotar en ese maldito erial dérmico, a pesar de que ya habían pasado nueve meses desde el infausto rasurado.

Es por esto que, aunque no hubieran llegado todavía los calores estivales, y siguiéramos inmersos en la estación primaveral, puesto que acabábamos de atravesar los Idus de mayo, decidí pasear a Ramona de noche y, a ser posible, por zonas sin alumbrado público, para que la pobre no acabara por padecer algún trastorno psicológico viendo cómo la gente del pueblo la miraba de forma extraña, como si se tratara de un monstruo de feria o algo parecido. Y todo a causa de la descomunal pelada que le practicó aquel estúpido veterinario al que, en sueños, ya había rasurado yo todo el cuerpo hasta despellejarle vivo. Pero no es este el lugar idóneo para relatar los detalles de esos escabrosos acontecimientos oníricos.

En cualquier caso, esto no podía entorpecer mis labores detectivescas y para ello había decidido, dadas las escasas solicitudes que por el momento estaba teniendo por parte de clientes angustiados, dedicar ese impasse profesional al perfeccionamiento de diferentes técnicas de trabajo que, sin duda, me permitirían la consecución de logros que pocos detectives privados, por no decir ninguno ya que entonces menospreciaría al inigualable Sherlock Holmes, han alcanzado a lo largo de su carrera. (Y por supuesto tampoco los detectives públicos).

Ya no era momento, en pleno siglo XXI, de tirar de lupas ni otros artilugios obsoletos. Y tampoco sería yo quien me dedicara a realizar pruebas de ADN o simplezas similares, que han dado al traste con el carácter genuino e imaginativo que todo buen detective privado debe poseer. No... yo había preferido seguir un camino diferente y, aprovechando mi experiencia como tarotista, especialidad adivinatoria de la que me considero muy buen conocedor, tomé la decisión de profundizar en otras mancias y disciplinas ocultistas. Comencé con el estudio de la cristalomanía en su modalidad “bola de cristal”, y también profundicé en el estudio de las EFC, es decir, Experiencias Fuera del Cuerpo, o más comúnmente conocidas como “viajes astrales”.

Con el apoyo de estas fantásticas herramientas, junto con mi inigualable método intuitivo-deductivo<sup>9</sup>, estaba seguro de conseguir insólitos éxitos detectivescos y dejar boquiabiertos a los clientes que llegasen desconsolados y desencantados a mi oficina virtual, buscando una solución a su angustiada vida. Debo insistir en estos cuadernos detectivescos que, debido a diversas circunstancias ya especificadas, no podía tener ninguna oficina abierta que no fuera de tipo virtual, por lo que sólo podía atender a mis clientes de forma clandestina, y con un cobro en modalidad “economía sumergida”. (No quise, ni quiero, denominarlo dinero negro puesto que en ocultismo el negro tiene connotaciones poco deseables).

Gracias a la coincidencia de producirse durante aquellos días la fecha de mi cumpleaños, aproveché la ocasión para pedirle a Ella un regalo muy concreto, siempre claro está como respuesta

---

<sup>9</sup> Sobre las características de este método de razonamiento ya he dejado escrito lo necesario para su entendimiento en otro cuaderno, por lo que aquí no insistiré en más explicaciones evitando así caer en la redundancia.

a la clásica pregunta que todo buen cónyuge debe realizar a su pareja cuando se acerca tan señalado evento.

—¿Qué quieres que te regale este año por tu cumpleaños? —me espetó Ella para ver si tenía la suerte de que le dijera algo en concreto y no tener que devanarse los sesos para intentar encontrar el regalo adecuado, algo, según me ha comentado en muchas ocasiones, harto difícil en mi caso.

—Pues una bola de cristal —le contesté yo, consciente de cuál sería su siguiente pregunta y cuál mi respuesta a esa siguiente pregunta.

—¿Una bola de cristal?!... ¿y para qué quieres tú una bola de cristal?

—Pues porque es muy triste no tener en la memoria recuerdos de tus abuelos paternos, y de esta manera quizás podría verlos dentro de la bola —le repliqué de forma estudiada y premeditada, consciente de que la falta de recuerdos de mis abuelos paternos es algo que me importa un pimiento, pero convencido al mismo tiempo de que no era el momento de avanzarle la verdadera utilidad que esa bola tendría para mí en un futuro cercano.

—Pero si tú no crees en los espíritus, que te has declarado siempre ateo convencido.

—Bueno, con la edad el concepto de ateísmo puede cambiar y, además, no tienen por qué aparecer sus espíritus a charlar un rato conmigo, sino que con la bola podría transportarme al pasado y verlos a ellos haciendo sus labores cotidianas.

—¿Y tú te crees esas cosas?

—No es por nada, pero como tarotista experimentado que soy, ya he sido testigo de más de una experiencia paranormal, experiencias que de hecho te he contado en alguna ocasión.

—Ya, ya... pues a mí me da vergüenza ir a comprar eso.

—No te preocupes que yo te acompaño y de paso podemos añadir al regalo algún buen manual sobre videncia. Precisamente conozco una tienda que se encuentra en una de las calles donde trabajo como guía turístico, en la que ya compré hace años unos mazos del Tarot. Ahí seguro que encontramos de todo.

\*\*\*

Unos días después ya contaba en mi escritorio con una caja de cartón en cuyo interior se encontraba una espléndida bola de cristal de nueve centímetros de diámetro, junto con una peanita de plástico para colocar encima la diáfana esfera. Por supuesto que, la misma mañana de la adquisición, me preocupé de comprar en una tienda de chinos, un gran pañuelo negro (tipo fular) para envolver mi nuevo artilugio adivinatorio, tal y como mandan los clásicos cánones cristalománticos.

—Tres eudlos —me dijo un chino sonriente, al que no pude corresponder con otra sonrisa por parecerme todo un robo, tratándose como se trataba de un establecimiento chino. Sin embargo, no quise desprender energías negativas que pudieran quedarse impregnadas en el fular negro, de manera que condicionasen mis futuras visiones, provocando en lo sucesivo imágenes escabrosas dentro de mi preciada bola, y pudiendo terminar por ver sólo a los asesinados en lugar de a los asesinos.

Reconozco que estuve a punto de desenvolver el paquete de regalo que me acompañaba, donde estaba la bola comprada escasamente 15 minutos antes, y decirle al chino ese (contemplando al mismo tiempo la bola en pose profética) que su negocio no tendría ningún futuro y que más valía que bajase los precios si no quería acabar en la miseria.

Reprimidas esas intenciones, decidimos Ella y yo irnos directamente a casa lo más rápidamente posible, ya que yo me moría de ganas de iniciar mis prácticas cristalománticas, y Ella se moría de ganas de profundizar sobre la historia del surrealismo, pues una revista especializada había aceptado su propuesta de realizar un reportaje fotográfico titulado “Mallorca surrealista”, con vistas a sacarle buen partido a nuestra cercana visita estival a esa isla. Sin embargo, al llegar al dulce hogar, Ramona, sabedora perfectamente de que ese día no era un día normal de entre semana,

sino nada más y nada menos que un sábado, no dejó que me dedicara a escudriñar los secretos escondidos en mi regalo de cumpleaños, y no paró de acosarme hasta que consiguió que, como cada sábado y domingo, la sacara a dar un paseo antes de comer.

Por supuesto, al volver del paseo ya no era momento de mirar ninguna bola de cristal, sino de hacer unos tallarines con ajo y perejil. La emoción de saber que en mi hogar había ahora una enigmática y vaticinadora bola de cristal, hizo que me excediera con las cantidades de ajo añadidas y las repercusiones que ese exceso tuvo durante horas, a modo de continua somnolencia y continua orgía estomacal, se materializaron en que tampoco me fuera posible comenzar esa tarde mi iniciación en el mundo de la cristalomancia.

## EXPERIENCIAS CRISTALOMÁNTICAS

### 1ª Experiencia:

Mi primera experiencia en el manejo de la bola de cristal no fue lo satisfactoria que cabría esperar en alguien que, al fin y al cabo, tenía ya un largo bagaje como tarotista experimentado y con resultados excelentes, tal y como así me lo habían manifestado muchos de mis consultantes.<sup>10</sup>

Todos los manuales y sitios on-line que hablan sobre el manejo de las bolas de cristal, advierten de la necesidad de armarse de paciencia hasta conseguir los primeros resultados satisfactorios.

En mi caso, me pasé tres cuartos de hora intentando visualizar un objeto dentro de la esfera, tal y como se recomienda en los textos especializados que debe hacerse las primeras veces. Yo decidí visualizar mi viejo violonchelo, recuerdo de mis años de conservatorio, sin que en ningún momento pudiera contemplar más que molestas lucecitas. Sin embargo, las consecuencias de esos tres cuartos de hora, con la mirada estática intentando no parpadear de ninguna de las maneras, fueron bastante evidentes no sólo para mí sino, lo que es peor, para Ella, puesto que al salir del dormitorio, lugar donde había decidido realizar mis prácticas cristalománticas, llevaba tal mareo encima que me fue imposible bajar las escaleras hacia la planta de abajo sin tropezarme y dar un sonoro traspiés, por el que milagrosamente no me rompí la crisma, pero cuyo estruendo hizo que Ella se alarmara y saliera de su estudio.

—¿Pero que ha pasado? —me preguntó Ella toda asustada y con cierta cara de zanahoria.

—No, nada, un pequeño tropezón —contesté yo con naturalidad, intentando ofrecer una imagen absolutamente normal y tranquilizadora.

—¿Y por qué me miras con esos ojos? —insistió, motivo por el que ya empecé a sospechar que aquello se convertiría en un interrogatorio que acabaría por delatarme.

—¿Qué ojos? —repliqué con un tono inocente, pero al borde de la confesión de mi delito.

—Pues esos.... que ni siquiera parpadeas.

—¡Hay Dios!... a ver si estoy sufriendo una parálisis facial —le dije a Ella, y a mí mismo, en lo que podría muy bien clasificarse como ataque de pánico incipiente.

—Pero cómo vas a tener una parálisis facial si no paras de gesticular...¿se puede saber qué estabas haciendo? —me preguntó con cierta mirada escrutadora.

—Es que he estado un ratito mirando mi bola de cristal para empezar a practicar con ella, y resulta que al salir del cuarto he desenfocado un poco la imagen de la escalera. Además, recomiendan no parpadear mientras se hace la consulta.

—Pues a ver si la bola nos va a dar un disgusto. Tu tienes trece dioptrías y no estás para hacer tonterías con la vista... y vaya porrazo te has dado... que hasta te ha salido un chichón

---

10 El hecho de que esos consultantes fueran, y son, mayoritariamente amigos y familiares, no quita para que esa valoración esté impregnada de absoluta objetividad.

colorado en la frente.

—No...qué va...eso es que en un momento, mientras miraba la bola, me he quedado dormido y al dar la cabezada me he golpeado contra la bola de cristal, pero afortunadamente no se cayó al suelo y ha quedado intacta.

—Sí... pero el que no ha quedado intacto has sido tú, así que haz el favor de no pasarte con la bolita de las narices —dicho lo cual se volvió a su estudio a seguir profundizando sobre el surrealismo en la fotografía, alternando eso sí con largas estancias en el sofá en postura decúbite supino, y jugando con la tablet a sus juegos favoritos descargados desde Internet.

Después de este tropezón por las escaleras, que bien me pudo haber costado un disgusto, decidí ordenar un poco mis prácticas esotéricas, tanto en su modalidad bola de cristal como en la de viaje astral, empezando la redacción de un diario ya que esta práctica, me refiero a la redacción de diarios, me ha dado excelentes resultados en otros momentos de mi vida.

Así pues, al día siguiente de mi primera experiencia cristalomántica y, tras haber estado a punto de romperme el cuello en una aparatosa caída por las escaleras de nuestra casa, que se quedó en un simple tropezón y susto, compré el típico cuaderno que uso para estos menesteres y del que no tuve ni que especificar sus características, ya que el dueño de esa papelería me los ha vendido por decenas. Una vez en mis manos, rápidamente escribí en su portada el siguiente epígrafe:

### DIARIO DE PRÁCTICAS OCULTISTAS

La primera entrada de este diario correspondía en realidad a la segunda experiencia, puesto que la primera, es decir la del cabezazo contra la bola y la caída casi fatal por las escaleras, preferí no incluirla.

Paso ahora a transcribir lo que decía (y por supuesto sigue diciendo) la primera entrada, que concernía en realidad a la segunda experiencia.<sup>11</sup>

#### 2ª Experiencia.

*Vuelvo a entrar en nuestro dormitorio. Apago todas las luces, salvo la que hay en la mesita de noche del lado de la cama donde duerme Ella. Pienso que ese ambiente penumbroso es lo más parecido al que indican los manuales sobre uso de bolas de cristal, en los que se prescribe la iluminación del habitáculo destinado a la consulta mediante una vela solamente. Siento cierto escalofrío por si se me aparece en la bola algún espíritu maligno, eso que llaman “bajo astral”. Pienso que debo concentrarme en visualizar un objeto dentro de la bola. Vuelvo a elegir el violonchelo de mis años de conservatorio. El violonchelo no aparece ni a tiros, pero el miedo a que se me aparezca el Demonio se acrecienta. La penumbra de la habitación no ayuda a eliminar ese miedo. Consigo no dormirme y no pegarme otro cabezazo contra la bola, pero no llego a ver el dichoso violonchelo. Creo que tendré que elegir un objeto diferente para su visualización. Pienso que quizás los violonchelos no son buenos objetos visualizables y que la bolas prefieren otros instrumentos, o mejor otra cosa que no sea un instrumento.*

*¡Aparece el violonchelo!, pero me pongo tan nervioso que se desintegra en el momento. Era un violonchelo pequeñito, pero era un violonchelo. Vuelvo a intentarlo. Ahora no tengo miedo de que me aparezca el Demonio en el interior de la bola, pero sí de sufrir un desprendimiento de retina. Mis trece dioptrías, junto con el astigmatismo, la presbicia y los prismas añadidos a mis gafas, puede que me jueguen una mala pasada si mantengo los ojos sin parpadear tres cuartos de*

---

11 En las sucesivas transcripciones que pueda hacer de mi Diario de Prácticas Ocultistas, dejaré de indicar qué número de entrada es y me limitaré a indicar sólo el número de experiencia, simplificando así su cronología. También prescindiré de la fecha en que se produjo dicha experiencia, algo irrelevante en este cuaderno de relatos sobre mis investigaciones privadas.



*hora en sesiones diarias. Pienso que con estos nervios y miedos no voy a conseguir ver ni violonchelos, ni nada que no sean lucecitas y reflejos de mi propia cara deformada por el cristal, por cierto, de aspecto espeluznante.*

*Doy por concluida la segunda experiencia antes de cumplirse los tres cuartos de hora. Vuelvo a salir mareado del dormitorio, pero esta vez me agarro con fuerza a la barandilla de la escalera mientras bajo a la planta inferior. Pienso en tres cosas buenas de esta experiencia:*

- 1 No me he dormido ni golpeado contra la bola.*
- 2 Me he mareado pero no me he caído por las escaleras*
- 3 No se me ha aparecido el Demonio, ni ningún espíritu maligno.*

4 SANTIAGO RUSIÑOL Y GEORGE SAND  
VERSUS GUÍAS TURÍSTICAS

—No sé para qué te has comprado todas esas guías turísticas de Mallorca —le comenté a Ella con un tono algo irónico, para hacerle visible mi particular animadversión hacia ese género de publicaciones—. Sería mucho mejor que contactáramos con un buen guía profesional para que nos hiciera de cicerone. Yo podría buscar alguno de calidad a través de mi empresa.

—Pues vaya rollo, si tenemos que estar aguantando al pesado del guía ese todo el santo día...vamos, que ni pensarlo. Es mucho mejor ir a nuestro aire, y por eso las guías que he comprado nos pueden orientar bastante a la hora de elegir algunos sitios que visitar, y donde pueda hacer fotos lo más adecuadas para mi proyecto.

—No es por nada, pero los turistas que atienden a mis explicaciones cuando hacemos los recorridos por el casco viejo de la ciudad, disfrutan como locos y no creo que yo les parezca un pesado insoportable —le contesté algo ofendido por su comentario contra los guías turísticos.

—Yaaa, hombre, yaaaa, no te lo tomes a mal, seguro que tus explicaciones son fantásticas, pero yo tengo que centrarme en mi encargo fotográfico y necesito estar a lo mío y no escuchando a otra persona soltándonos su particular visión del asunto.

—Pues yo creo —le dije insistiendo— que sería mucho mejor si leyeras a don Santiago Rusiñol y a la excelsa George Sand, para poder hacerte una idea lo más acertada posible de las características de esa isla, tal y como la sintieron dos grandes espíritus.

—Pero si él estuvo en Mallorca hace cien años y ella hace casi doscientos. Cómo demonios van a ofrecer una imagen realista de Mallorca, si ya no existirán ni la mitad de los ambientes que describan —terminó Ella por sentenciar creyendo que me ofrecía un argumento de peso.

—El tiempo no tiene ninguna importancia cuando hablamos de las impresiones recibidas por elevados seres espirituales —le contesté mientras me rascaba una oreja y un nalga simultáneamente, debido al picor que seguramente me estaba ocasionando el apasionamiento por defender a esos dos reconocidos artistas—. Y ya ni te cuento de Chopin, quien lo dijo todo con los preludios que compuso en la Cartuja de Valldemossa.

—Mira... tú lee a quien quieras que yo leeré mis guías y así tendremos dos visiones complementarias del viaje, algo siempre interesante y enriquecedor.

—Pues si crees que esas repugnantes guías turísticas te van a enriquecer el viaje vas dada, pero trato hecho. Yo me leo al Rusiñol y a la Sand y veremos luego quién tiene la información más valiosa sobre la verdadera Mallorca —le espeté zanjado la discusión y retándola a un duelo turístico-intelectual de cara a nuestro futuro viaje a la Isla de la Calma, en expresión del ínclito Rusiñol.

\*\*\*

No tardé mucho en hacerme con sendos ejemplares de *La isla de la calma* y de *Un invierno en Mallorca*, gracias claro está a algunos de mis sitios favoritos on-line, entre los que se encuentran algunas estupendas librerías virtuales. Quiero aclarar que esta decisión, me refiero a la de adquirir estas dos famosas obras de la literatura sobre Mallorca mediante compra on-line, la tomé después de visitar cuatro librerías situadas en las calles donde suelo realizar mis recorridos con grupos reducidos de turistas, y obtener nulo resultado y escasísimo interés por parte de los dependientes por conseguir dichas obras.

Reconozco que al realizar una lectura simultánea de estos dos libros, así como de escuchar los preludios op. 28 de Chopin, compuestos en parte durante su estancia en la Cartuja de Valldemossa, me encontré ante dos visiones bastante opuestas de la isla (la visión de Chopin preferí

no tenerla en cuenta, puesto que sólo se veía a sí mismo).

Si me atenía a los comentarios de la Sand, más valdría no ir nunca a esa especie de refugio satánico que representaba para ella la más grande de las Baleares. Pero si me decantaba por el catalán, seguramente no regresaría jamás de aquel paraíso terrenal. Debía seguir leyendo esos dos libros para intentar alcanzar un sincretismo que me permitiera visitar el lugar sin prejuicios antagónicos, ya que de lo contrario acabaría sufriendo una especie de esquizofrenia turística. En cualquier caso, preferí padecer un síndrome bipolar viajero, que rendirme a la dictadura de una de esas guías para turistas sin personalidad. Creí que Ella corría el peligro de dar al traste con su proyecto fotográfico sobre una Mallorca surrealista, y me vi en el deber de dirigirla hacia derroteros más imaginativos y sugerentes que los expuestos en esas deplorables ventanas a la mediocridad que son, por lo general, las guías de viaje.

\*\*\*

—Mira, han llamado mis amigos de Mallorca para que les hagamos una ruta turística por nuestra zona, con los lugares más interesantes, comidas más típicas y todo eso, y de paso les he dicho yo que nos hagan lo mismo con Mallorca. De todas formas he pensado que ya que eres guía, quién mejor que tú para hacerles ese recorrido.... ¿vale?— me dijo Ella justo cuando me encontraba en mi escritorio subrayando un pasaje del libro de Sand, donde comenta que Napoleón descendía de mallorquines.

*En 1411, Hugo Bonapart, natural de Mallorca, pasó a la isla de Córcega en calidad de regente o gobernador por el rey Martín de Aragón.<sup>12</sup>*

—Sí... no te preocupes que ya les haré un buen recorrido y de lo más selecto— le contesté sin darle mucha importancia, para no alargar la conversación y poder seguir subrayando el interesantísimo párrafo en el que me encontraba inmerso.

—Pero esmérate ¿eh?, que ya sabes que ella es mi amiga del alma de toda la vida.

—Que sí, que sí... no te preocupes.

\*\*\*

48 horas más tarde

—¿Pero qué mierda de recorrido les has diseñado a estos pobres?... ¡por favor!, si parece que lo has hecho a propósito para que no vengan —me asaltó Ella justo cuando estaba a punto de darle el paseo vespertino a Ramona, ya con el picaporte de la puerta en mi mano y a punto de abrir la susodicha para echarme a la calle.

—Cómo que qué mierda, pero si es una ruta de lo más original y alternativa, elegida de forma meticulosa para que aprecien los rincones escondidos y bastante desconocidos, en vez de los típicos lugares comunes que les pueda ofrecer cualquiera de esos repugnantes libros en forma de guías turísticas —le respondí mientras soltaba el picaporte de la puerta y Ramona lanzaba sus treinta kilos contra mi pierna en un acto de protesta por retrasarnos en su esperado paseo.

—Pues hombre, yo no le veo nada interesante visitar el lugar donde nació el tal Amancio de las Heras, ni ir al arrabal, donde todos sabemos que sólo hay prostitutas y traficantes de drogas. Por no hablar del listado de calles que has apuntado donde todavía se ven restos de impactos de munición de la guerra. ¡Ah!... ¿y los restaurantes?... ¿pero cómo se te ocurre darles los nombres de todos los restaurantes vegetarianos que hay en la ciudad?

—Pues para empezar el tal Amancio de las Heras, fue un conocido vidente local, que hizo las primeras sesiones de espiritismo aquí, y seguramente unas de las primeras en toda España,

---

<sup>12</sup> Esto es un extracto del párrafo que estaba subrayando en el libro de Sand cuando apareció Ella, y que luego terminé de subrayar cuando se fue. Por cierto que la Sand no afinó mucho, puesto que Martín I, el Humano, murió en 1410.

cuando el espiritismo en este país estaba en bragas, mientras que por ahí ya llevaba años circulando un Flanmarión, un Wallace, un Victor Hugo o nada más y nada menos que un Conan Doyle. Por otro lado en el arrabal no sólo hay putas, allí se pueden ver las últimas casitas del gremio de zapateros que existió en la ciudad y que eran descendientes de los gremios medievales. Y los impactos de balas, no son únicamente de cuando la Guerra Civil sino que les he dado señas de casas donde todavía se ven las marcas de los balazos de los soldados franceses en su salvaje entrada a la ciudad en 1808.

—Ya...¿y tu crees que eso les va a interesar?... ¿y los restaurantes vegetarianos, cuando ellos no son vegetarianos?... porque tú seas vegetariano no lo van a tener que ser los demás.

—Pues me niego a decirles que vayan a ver el mercado de abastos, donde cuelgan todos los cadáveres de esos pobres conejos y lechazos sacrificados para satisfacer la voracidad de la masa humana que todavía se agarra a las costumbres más atávicas, primarias y salvajes.

—Bueno, vale... pues ya les haré yo el recorrido, no te preocupes —me contestó de forma seca y contundente, momento en el que sentí todo un escalofrío recorriéndome el cuerpo por ser consciente de lo que ese “no te preocupes” significaba.

Afortunadamente Ramona no tuvo la consciencia de ese “no te preocupes” y pudo disfrutar de su paseo nocturno de forma normal y cotidiana, a pesar de la ausencia absoluta de alumbrado público que una supuesta avería había causado en la mitad del pueblo. Para mí, sin embargo, esa oscuridad no era sino el color que mi sempiterno complejo de culpa estaba esparciendo por todo mi cuerpo, cerebro y espíritu.

—Está bien... les haré una ruta más convencional, como la de cualquier turista normal y corriente... yo lo hice con toda mi buena intención para que vieran cosas poco o nada habituales en los típicos recorridos para viajeros sin pretensiones culturales. En cualquier caso, me niego a recomendarles restaurantes carnívoros, eso si quieres lo haces tú —le dije a Ella, con el tono de voz más suave de entre todos los tonos suaves que tengo guardados en mi colección de registros de voz, y sin siquiera haberme quitado el abrigo, ni a Ramona su arnés, recién regresados del paseo.

Ella, que estaba en su estudio, inclinada sobre la mesa de trabajo, se volvió y me preguntó enseñándome la foto de una patata convertida en reloj:

—¿Te parece surrealista?

\*\*\*

No es este el lugar idóneo para detallar la discusión que comenzamos a entablar después de que a mí se me ocurriera decirle que esa patata horaria era más dadaísta que surrealista, algo que no pareció sentarle muy bien, pues al parecer antes de ir a Mallorca quería estar imbuida del surrealismo más puro.

—Pero si tus fotografías ya eran surrealistas antes de que te pusieras a estudiar el surrealismo —tuve que espetarle para que no se llevara mayor disgusto con mi comentario acerca del dadaísmo de su patata-reloj, o reloj-patata.

Sin embargo, sigo pensando que esa patata con manecillas, inscrita toda ella en un círculo horario, es mucho más dadaísta que surrealista. El caso es que, en aquel instante, me pareció que aquella discusión no había terminado ahí.

5 EL CURIOSO ENIGMA  
DEL MARIDO INFIEL (I)

Es momento de relatar ahora, al igual que lo hiciera mi querido Watson con su querido Holmes, pero haciendo la salvedad de que en mi caso narrador e investigador confluyen en una misma persona (que soy yo), uno de mis más singulares casos resueltos hasta el momento. Con este, ya sumaban tres magníficos casos resueltos favorablemente con la simple utilización de mi cerebro colocado en modo intuitivo-deductivo<sup>13</sup>. Qué no sería (pensaba yo) cuando comenzase a aplicar mis métodos basados en las técnicas ocultistas, cuyo estudio me estaba ocupando largas horas semanales.

El caso al que estoy haciendo referencia comenzó un buen día de entre semana, al poco de inaugurar mi página web profesional con los datos esenciales de mi empresa detectivesca, es decir, nombre de la agencia y un número de teléfono de contacto; número que no era otro que el de mi teléfono móvil particular. Había considerado que sería mejor no ofrecer ningún otro tipo de información on-line, ni tan siquiera fotografías, mías o de quién fuese. De todas formas, en la página se podían leer, y aún se puede, un par de comentarios laudatorios acerca de la efectividad de todos nuestros empleados. Nadie tenía por qué saber que el único empleado era (y soy) yo, ya que el resto son empleados en la clandestinidad e inconscientes, por lo que ni siquiera ellos saben que lo son. También estuve tentado de poner como contacto el número de teléfono móvil de la empresa para la que trabajo como guía turístico, pero luego me lo pensé mejor y creí conveniente no mezclar churras con merinas.

Estaba yo trabajando en plena explicación sobre los antiguos baños árabes que proliferaban por la ciudad, y de los que nada más nos queda uno, pero visita obligada para los turistas ávidos de información cultural, cuando de repente me sonó el teléfono móvil, que como es normal suelo llevar en el bolsillo derecho del chaleco, ya que en el izquierdo introduzco el otro teléfono, es decir el de la empresa con la que me gano los garbanzos hasta el momento.

—¿Sí? —Le dije al teléfono, y al supuesto interlocutor, no sin antes haberme excusado ante el pequeño grupo de turistas norteamericanos que andaban de crucero por el Mediterráneo, y que habían decidido conocer los entresijos del casco antiguo de la ciudad.

—¿Es usted la detective Ramona? —oí que decía una frágil vocecita que hacía imposible calcular la edad aproximada de la persona que la emitía al otro lado del aparato, aunque dejando bien a las claras que ese lenguaje articulado no correspondía a un hombre sino a una mujer.

—Sí... soy yo... dígame —decidí contestarle y no darle explicaciones de todo lo que ocurrió con los serigrafistas amigos de, a su vez amigo mío, señor Ruiz, lo cual supuso que en mi página web apareciera, y siga apareciendo, el nombre de la empresa como *Ramona Detective Privada* y no como *Ramón y Asociados Investigación Privada*, tal y como era mi intención.

—Pero usted parece un hombre y yo quiero hablar con la detective Ramona y con nadie más —insistió la vocecita con su mismo tono de voz casi inaudible, pero persistente en su propósito.

—Si, bueno, yo no soy ni la detective Ramona ni el detective Ramón, es que el nombre de la empresa lo puse en honor a mi abuela, nada más y nada menos que la primera detective privada de la historia en este país, pero en realidad soy yo el investigador que dirige esta empresa —tuve que explicarle para ver si dejaba de molestar y se decidía por contratar mis servicios de una vez, al mismo tiempo que rezaba a todos los dioses para que no me preguntara quién era mi abuela, pues no tenía tiempo de inventarme más estupideces con todos esos americanos mirándome como si fuera un traidor a la patria digno de ser sentado en la silla eléctrica.

—Pues es que yo quería contratar a una detective y no a un detective, es una verdadera pena —prosiguió la vocecita, a estas alturas todavía casi inaudible pero ya insoportablemente cansina.

---

13 Como ya mencioné anteriormente, de los enigmas de poca importancia, o mini-casos, no daré cuenta en este compendio.

—Mire señora, yo, si quiere, le hago un precio especial por ser justamente la cliente nonagésima que recurre a mis servicios— le dije ya con cierto tono alterado de mi voz y con la única intención de que me dejara continuar mis explicaciones acerca de las costumbres que tenían los árabes de bañarse cada dos por tres en esos baños públicos, y mientras contemplaba cómo los norteamericanos empezaban a ponerse nerviosos y a mirar el reloj, seguramente porque deberían volver al autobús que les había traído desde el cruce.

—Pero oiga qué se ha creído, que yo no soy tan vieja —me contestó la mujer, dejando a un lado la vocecita y sacando no sé de dónde un timbre de mezzosoprano que me sorprendió sobremanera.

—Quiero decir que usted hace el número noventa de mis clientes, y que por eso he decidido rebajarle considerablemente el precio de mi tarifa habitual —le transmití a esa pesada, a sabiendas de que no era la nonagésima cliente, sino la primera que se ponía en contacto conmigo utilizando la página web, pero consciente de que si le decía el verdadero número ordinal que le correspondía, seguramente colgaría el teléfono y yo me quedaría sin caso por resolver, aunque a esas alturas comenzaba a pensar que quizás lo mejor sería que fuese yo el que le colgase a ella el maldito teléfono.

—Bueno, siempre puedo echarme para atrás en caso de que no me convenza —me dijo dulcemente—. ¿Pues dónde tiene sus oficinas, porque en su página web no aparece ninguna dirección?

—Es que todo buen detective privado ha de mantenerse lo más escondido que le permita su trabajo, para no ser carne de cañón de sus víctimas, es decir, no de los clientes sino de aquellas personas a las que logra descubrir en sus añagazas. Así que si le parece podemos quedar en el bar Prudencio, situado al lado de los baños árabes que hay en el casco antiguo —le propuse, al mismo tiempo que leía “Bar Prudencio” justo en el portal que se encontraba frente a mí, a dos palmos de distancia, y que me pareció el lugar ideal para comenzar mis actividades detectivescas de forma profesional—. ¡Que pase un buen día! —Y colgué el dichoso aparato para continuar atendiendo a mis nerviosos turistas yanquis.

—Aquí se bañaban lo mismo hombres que mujeres, pero eso sí, haciendo estrictos turnos, nada de mezclarse desnudos unos con otros —les comentaba mientras podía comprobar en las caras de los norteamericanos una expresión de desagrado que no sabía si achacarlo al hecho de que se imaginaran a todos aquellos árabes desnudos en ese pequeño recinto, o a la premura de tener que regresar al barco, momento en el que me di cuenta que había dejado de dar mis explicaciones en modo inglés, y que debido a la molesta llamada telefónica mi cerebro se había quedado colocado en modo castellano. Sin embargo, cuando estaba dispuesto a retomar mi información sobre los Arab Baths, volvió a sonar mi bolsillo derecho, lo cual significaba que alguien quería localizarme y hablar conmigo.

—¿Sí? —le dije al teléfono y al posible interlocutor, pero por supuesto habiéndome disculpado previamente con los ya hartos turistas.

—Que no me ha dicho ni qué día ni a qué hora quiere que nos veamos —oí que me decía la misma vocecita débil y frágil de la llamada anterior.

—Ah... pues si le parece bien mañana a esta misma hora, por mí perfecto —le propuse a la buena y al parecer angustiada señora, improvisando la cita, pero pensando de forma rápida y sucinta que por las tardes no podría ser, puesto que tendría que mentirle a Ella, inventándome una cita vespertina en la ciudad, algo hartos raro en mi conducta cotidiana. Por el contrario, al día siguiente tenía que acompañar a un grupo de turistas gallegos, que querían hacer un recorrido por varios museos conocidos y reconocidos del lugar, así que ya me las apañaría para llevar a los gallegos esos a ver los baños árabes, aunque esa no fuera su intención.

—Sí, a mí me va muy bien, así que mañana a esta hora en el bar Prudencio.

—No, no, Prudencio —le tuve que corregir, no fuera que la mujer se marchara a otro bar, a pesar de que enfrente de los baños árabes sólo hay uno, y ese es el Bar Prudencio.

—Bueno, eso, Prudencio, es que en estos momentos lo masculino parece que me da bastante asco. Hasta mañana entonces.

—Adiós y que pase un buen día —le deseé, para ver si su melancólico estado de ánimo se disipaba un poco, mientras los turistas de Carolina del Norte se estaban semi-desnudando y haciéndose unos selfis con sus teléfonos móviles, como para dar la sensación de que estaban bañándose en esos antiquísimos baños islámicos, algo que me produjo no poca indignación, por lo que representaba de falta de respeto al patrimonio histórico de nuestra ciudad, e incluso de nuestro país.

Así que les dije que la visita guiada se había terminado, que a partir de ese momento eran libres de hacer lo que les diera la gana y que como ya conocían el camino de vuelta al autobús del crucero, mi presencia allí era completamente innecesaria, motivo por el que puse pies en polvorosa y me fui al bar más cercano a tomarme un café con leche y pensar en mi cita del día siguiente. Ni qué decir tiene que cuando pensé en el bar más cercano, quedaba descartado el bar Prudencio, ya que en cualquier momento esa panda de estadounidenses energúmenos, incultos e irrespetuosos, podían entrar y arruinar la concentración que en esos momentos necesitaba para programar con toda meticulosidad la cita que suponía mi primer trabajo profesional como detective privado.

\*\*\*

### AL DÍA SIGUIENTE, EN EL BAR PRUDENCIO

Un buen narrador no puede ir al grano dejando de lado la adecuada ambientación y una meticulosa descripción de los hechos previos que hubieran motivado, o no, la situación objeto del relato; al menos el ínclito Watson así lo hacía de continuo. En realidad fueron muy pocos los relatos narrados por el propio Holmes y, la verdad sea dicha, como narrador don Sherlock estaba muy lejos de don James.

Así que antes de pasar a relatar la fascinante conversación que mantuve con mi primera clienta (conversación que aconteció entre aquellos muros grasientos, impregnados no de la humedad típica del punto del mediterráneo en el que me encuentro desarrollando mi existencia, sino de los densos vapores salidos de unos mantecosos guisos que los dueños, campurrianos ambos de origen, cocinan cada día sea invierno o verano), he de situar previamente a los personajes que allí se dieron cita, en número de treinta y dos (contándome a mí mismo), y justificar el porqué de esa conjunción humana en tan reducido local habitualmente vacío, exceptuando algunos fieles feligreses que residen en la zona, muy escasos en número y en ganas de consumir caldos montañeses con una temperatura ambiente de 37 grados centígrados a la sombra y una humedad relativa del 85 % , eso en la calle, porque dentro del Bar Prudencio las lecturas de temperatura y humedad podrían dispararse y batir todos los récords desde que se iniciaron los registros meteorológicos en nuestro país, ya que la invención del aire acondicionado todavía no ha llegado a este recóndito rincón.

Por lo tanto, no me queda más remedio que remontarme a las 9:30 horas de aquella especial mañana, en la que mi empresa había concertado una cita con aquellos veinticinco gallegos venidos de las Rías Baixas para dejar de ver llover durante unos días y, de paso, visitar alguno de nuestros más renombrados museos.

Afortunadamente el gallego no es una de las lenguas que puedo hablar, y digo afortunadamente porque padezco un problema bucal por el que mis encías pueden llegar a sangrar abundantemente cuando hablo otras lenguas que no sean el español, así que no tuvieron más remedio que colocarse ellos en modo castellano para poder disfrutar de mis explicaciones acerca de nuestro patrimonio histórico-artístico.

—Oiga, mire, aquí tenemos una lista de museos para visitar que nos facilitó la chica de la agencia de viajes, muy maja y guapiña, pero nos ha llamado mi tía de Camariñas, para decirnos que

su prima, que vive aquí pero que es de Cangas no de Camariñas, aunque estudiaron juntas en Santiago, lo que cada una estudiaba una cosa, mi tía estudiaba derecho y su prima, Carmiña, a esa le dio por la farmacia, lo que pasa es que ninguna terminó los estudios y acabaron de amas de casa. Bueno, pues Carmiña le ha dicho a mi tía, Elisa, aunque todos la llaman Lisa con mala leche porque nunca estuvo muy dotada de delantera, que, justo ahora, la Obra Social de la Caixa tiene una exposición sobre cosas de Egipto que quita el hipo, así que hemos pensado que como a Egipto no vamos a ir por el momento, porque allí no están las cosas ahora como para hacer turismo, sin ir más lejos a mi amigo Manoel Verdiñas, que tiene posibles, casi le pilla allí un atentado de esos, fijese usted, así que como para ir por allí, mientras que como aquí siempre podemos venir pues que será mejor ir a ver eso de Egipto que no los museos de la lista, digo yo —me soltó el que parecía líder del grupo, y que también podría pasar por un macho alfa dadas las dimensiones de su cuerpo, que, por otro lado, contrastaban fuertemente con lo reducido de su cabeza, la cual daba sensación de irse incrustando en los hombros con el paso del tiempo, para llegar un momento en el que seguramente desaparecería para siempre engullida por toda esa masa corporal y humana.

A mí, dicho cambio en el programa cultural me venía que ni al pelo, porque la exposición esa de la que me hablaba el hombretón con cabeza de jíbaro, estaba muy cerca del bar Prudencio, a unos quince minutos andando, cosa que me facilitaba muchísimo mis verdaderos propósitos.

Sin embargo todo empezó a torcerse cuando a las 10:30, y sólo quince minutos después de haber entrado en esa sala donde se exponían, sin mucha gracia, todo sea dicho, un montón de estatuillas de animales y un par de momias de gatos, les dije a mis clientes, o mejor dicho a su inmenso líder, al que me imaginaba comiéndose para desayunar cada día una empanada de sardinas, de las grandes, que sintiéndolo mucho yo tenía que ir a tomarme un café con leche porque si no mi estómago me pasaría factura y entonces tendría fortísimos dolores el resto del día.

—¡Qué buena idea!, pues vámonos todos que total esto ya está visto —me dijo el cabecilla del grupo (y nunca mejor aplicado lo de cabecilla), al tiempo que prorrumpió en gritos—. ¡Eh chicos que el guía se va a desayunar!

En ese momento la estampida fue tal que finalmente fui yo el último en salir de aquel lugar donde un intenso olor a conservante de momias de gato hacía bastante insoportable la permanencia por más de diez minutos.

Cuando vieron que pasábamos de largo por delante de un bar y dos cafeterías, se produjo la situación que ya tenía prevista y para la que ya había preparado un contraataque, el cual estaba compuesto de una gran mentira y de una no menos grande capacidad de observación, ya que el día anterior no pude resistir la tentación de pasarme por el bar Prudencio a tomar una caña (después de haberme tomado el café con leche, claro está, en otro sitio) y de paso hacerme una idea de dónde tendría lugar mi primera cita profesional para así ir yo por delante de mi cliente.

—¿Pero dónde nos lleva usted a tomar ese café con leche, si ya hemos pasado por delante de unas cuantas cafeterías y bares? —me preguntó, como era de esperar, el gallego devorador de empanadas de sardinas.

—Pues al bar Prudencio, único en el lugar, regentado por unos campurrianos, y donde puedo encontrar el mejor calmante para mis dolencias gástricas.

—¡Coño, y de dónde son esos campurrianos? —siguió preguntándome ese monstruo marino todavía con más acento gallego, algo que parecía imposible hacía escasos segundos.

—Pues de dónde van a ser... todos los campurrianos son de Aguilar de Campoo —le contesté algo indignado por su desconocimiento acerca del gentilicio de esos palentinos, y detectando que su acento gallego comenzaba a contagiármese. Es cierto que el nerviosismo que se acrecentaba en mi persona, debido a la importancia del momento que se acercaba para mi futuro profesional como detective privado, hizo que me precipitara un poco en mi contestación al gallegón, por lo que no le especificué que también eran campurrianos los de Reinosa, los de Arija y otros pueblos de la zona del alto Campoo, pertenecientes a las provincias colindantes de Cantabria y Burgos.



—¡Anda el pueblo ese de las galletas!

—Pues justo... y es el único bar de la zona donde puedo tomarme un café con leche junto con unas verdaderas María, las únicas galletas que me calman la maldita úlcera péptica que padezco hace años —le dije arriesgándome con mis afirmaciones, puesto que el día anterior lo que me había tomado en el bar Prudencio fue una caña fresquita, y aunque la decoración del local rebosaba de fotografías de galletas Fontaneda, no estaba seguro de que me pudieran servir una ración de Marías.

—¿¿Aquí cuándo se desayuna?! —gritaban unos cuantos del grupo de gallegos.

—¡Tranquilos, que me dice el señor guía que ya estamos llegando a un bar de campurrianos! —les lanzó el cabecilla para que se calmaran y no se sublevaran antes de tiempo.

—¿¿De campu qué!? —gritó al unísono el coro de la Rías Baixas.

—Ya estamos —les dije, pero sin gritar, a todos los concurrentes, y procedí a abrir la puerta de aquel pequeño recinto, momento en el que salió un vaho que hizo que se me empañaran las gafas de forma instantánea.

—Joder, ¿aquí a qué huele? —dijo el cabecilla, al mismo tiempo que me pareció oírle emitir un par de arcadas.

—Es que esta gente está tan influenciada por el arte románico, que se dedican muchos de ellos a revivir auténticas recetas medievales del lugar —les tuve que comentar, a modo de nueva invención, para ver si adquirirían un poco de curiosidad por el bar Prudencio.

Al entrar en marabunta, noté que al dueño no le hacía mucha gracia toda esa invasión imprevista, y todavía menos a un pequeño señor con cara enrojecida, que ya estaba el día anterior sentado en el mismo taburete de la barra y del que pude deducir, por su conversación con el dueño, que era natural de Reinosa. De aquella conversación también entresaqué que el matrimonio que regenta este bar, ambos ex-trabajadores del gremio galletero, se acogió a una jubilación anticipada con la crisis de las galletas del año 2002, se vinieron aquí y abrieron el bar Prudencio.

Enseguida fui consciente de que, sentada en una mesa de la esquina, había una mujer bien vestida y de aspecto agradable, que miraba el reloj frecuentemente. Inmediatamente los gallegos se lanzaron a preguntarle al dueño acerca de lo que podían desayunar, o más bien almorzar, y a relatarle los encantos de las Rías Baixas, al mismo tiempo que el supuesto Prudencio adoptaba cara de congrio. Yo, por mi parte, me dirigí a la señora de la esquina sin pensármelo dos veces.

—Hola, soy Ramona, ya me entiende usted —le dije no sin cierto nerviosismo en el habla, ya que se trataba de mi primera cita profesional como detective privado.

—¿Ramona?...¿que si le entiendo?...¡Lo único que entiendo es que es usted un buen cerdo, un transexual de esos, y que cuando vuelva mi marido del baño se va a enterar de lo bien que le entiende él!

—Perdone usted señora, me he debido equivocar, le ruego que no se ofenda y acepte mis disculpas —le contesté todavía más nervioso que antes, pero ahora imaginándome al marido saliendo del baño, instante en el que decidí mezclarme entre los veinticinco gallegos apelonados en la barra del bar.

—Carallo señor guía, qué le ha dicho a esa muller que se ha puesto tan anoxada —me comentó el cabecilla, aumentando el empleo del idioma gallego en proporción directa a la ingesta de vino blanco, mientras yo le pedía un café con leche al dueño del bar, al que ahora vi que todos los gallegos llamaban Prudencio sin ningún tipo de dudas acerca de su apelativo.

—¿No tendrá usted unas galletas María para acompañar el café? —le pregunté dubitativo a Prudencio, teniendo que levantar el tono de voz de forma alarmante para que se me pudiera oír entre aquel tumulto.

—Qué cosas tiene, cómo no vamos a tener María. Todos los años venimos de Aguilar con un cargamento de ellas —me dijo con su cara de congrio rebajándose en intensidad.

—¡Prudencio!, ¿que tal si nos haces unas alubias de esas con almejas que anuncias en la pizarra para luego venir a comer, que aquí a los amigos les llama mucho la atención eso de comerse unas almejiñas con unas fabas?...¡qué carallo! —vociferó el líder de la manada al mismo tiempo que

Prudencio salía envuelto en vapores de la cocina, donde se suponía que estaba su mujer pergeñando las pócimas medievales del día.

—¿Para cuantos? —preguntó de forma seca y tajante el campurriano, al mismo tiempo que colocaba delante de mis narices una caja enorme en cuyo interior se adivinaban tres columnas de galletas María protegidas con sus correspondientes envoltorios de plástico.

Justo cuando comenzaba a desprecintar una de esas columnas galleteras, fui consciente de tres movimientos humanos que se producían en el bar, algo que por otro lado delataba mi gran capacidad de observación, cualidad imprescindible en todo buen investigador, privado o público.

Movimientos observados:

—¡Pues para todos, que somos veinticinco!, aquí nadie quiere perderse las almejas con alubias —contestó el gallego colándose en mi observación de los movimientos humanos.

- Entra al bar una mujer de mediana estatura y porte distinguido.
- Sale del baño el marido de la mujer que me había tomado por lo que no era.
- Se marcha del bar el hombre de Reinoso con cara de pocos amigos.

—Son alubias con almejas, no almejas con alubias —le corrigió el campurriano al gallego, dejando claro cuál sería la proporción de los componentes, no fuera que luego hubiera decepciones por parte de los comensales.

Mientras esos dos discutían sobre la prioridad entre las alubias y las almejas, yo me dirigí café con leche en mano (con alguna galleta colocada sobre el platito), hacia la mujer distinguida que acababa de entrar pero con el firme propósito de que no se produjera el malentendido anterior.

—Eu estou sanxenxino, e en Sansenxo non hai moitas fabas —continuó el gallego descabezado cuando ya casi se había cepillado él solo una botella de vino blanco, cuya marca no llegué a distinguir, seguramente porque toda mi capacidad de observación estaba ocupada en otros menesteres.

—Buenos días señora, perdone que le moleste... ¿ha quedado usted aquí hoy con una persona para tratar asuntos profesionales? —le pregunté a esa agradable mujer, mientras sostenía el café con leche cada vez más tembloroso con mi mano derecha, y cuyo contenido ya empezaba a salirse de la taza para anegar el platito donde se mantenían en equilibrio, milagrosamente, tres galletas María auténticas de Aguilar de Campoo.

—¡¡Carallo!!, ¡estas pastitas de las Clarisas están que resucitan a un muerto! —gritaba una de las gallegas hasta entonces callada, pero desde ahora con ansias de destronar al cabecilla del grupo.

—Pues sí, se puede decir que sí, siempre que se refiera usted a la empresa de Ramona, la investi...

—¡¡Chsssssss!! —le susurré a la mujer poniendo el índice de mi mano izquierda sobre mis labios, para dejarle bien claro que nadie podía enterarse de mi condición detectivesca. Momento en el que decidí tomar asiento a su lado, y momento también en que el café con leche decidió salirse casi por completo de la taza para ir a para a todas partes incluida la mesa y sillas donde nos habíamos acomodado, aunque este no debería ser el término empleado dada la dureza y extraña forma de aquellos asientos de madera, diseñados al parecer por alguien que no tenía un buen concepto del ser humano.

—¡Pues se las podríamos llevar a las momias de los gatos, a ver si saltan de sus sarcófagos! —gritaba otra gallega, refiriéndose a las pastas de las clarisas y produciendo un coro de carcajadas estentóreas que hacía ensordecedor el ambiente del lugar.

—Yo soy Ramona, ya me entiende —dije esta vez con la seguridad de que no se produciría ningún malentendido.

—¡Joder señor guía, usted le entra a todas ¿eh picaruelo?! —me gritaba desde la barra el ya no sólo descabezado sino también descerebrado, ballenato de Sangenjo.

—¿Pero toda esa gente va con usted?, ¿y por qué le llaman señor guía? —me preguntó la mujer distinguida, con cara de alboroz mojado.

—Bueno, eso sólo es una tapadera. He tenido que darme de alta como guía turístico. Entienda que este es un trabajo muy peligroso, me refiero ya sabe usted a cual, y cuanta menos personas sepan a lo que en realidad me dedico pues mucho mejor —le estaba intentando explicar a la asustada mujer cuando de repente noté que alguien se acercaba por mi espalda y con no muy buenas intenciones, algo que deduje por la cara de chimpancé alarmado que se le puso a mi interlocutora.

—¡Le está molestando este cabrón señora! —vi al girar mi cabeza hacia atrás y hacia arriba, que le preguntaba un hombretón (seguramente también campurriano por lo colorado de su rostro) a mi primera cliente, que estaba a punto de dejar de ser las dos cosas, es decir primera y cliente.

—Huy no que va, todo lo contrario, si lo que está es ayudándome —contestó con la cara desencajada la pobre señora.

—¿¡¡Señor guía se apunta usted a comer con nosotros las almejas de unas judías!!? —me gritaba el elefante marino mientras se arrancaba otra vez el cora de carcajadas de las Rías Baixas.

—¡¡Que asco, así que usted es de la misma cuerda!!... desde luego esto ya parece Sodoma y Gomorra, ¡¡qué vergüenza por favor!! —le espetó el iracundo ser colorado a mi cliente, al mismo tiempo que agarraba a su mujer del brazo (la que minutos antes me había tomado por lo que no era), y salieron del bar pegando un portazo que incluso se pudo oír por encima del jolgorio gallego.

—No se preocupe, es que se trata de alguien que pasó dos años en la cárcel porque yo descubrí que fue el autor de un robo importante en una empresa de calzados, y claro, se puede imaginar usted el cariño que me tiene. Pero qué le vamos a hacer, esto son gajes del oficio —le expliqué mientras me inventaba de forma simultánea todo el contenido de la explicación, y me daba cuenta que esa encantadora mujer, todavía no había podido contarme el motivo de su angustia vital —. Pero dígame, ¿cuál es el motivo de su consulta?

—Señor guía, nosotros le dejamos aquí con sus Marías, je je, y nos vamos a ver el mercado de abastos que nos ha dicho Prudencio que está aquí a la vuelta de la esquina, mientras hacemos tiempo para luego volver a por las alubias esas. ¿Se apunta usted con nosotros?

—No puedo, se lo agradezco mucho, pero tengo que atender a un grupo de turistas franceses que vienen a ver la ciudad —le contesté educadamente, evitando darle explicaciones de mi condición de vegetariano convencido y así tampoco ofrecer información adicional a mi primera cliente, algo siempre poco recomendable para un investigador privado.

Los gallegos se marcharon en tropel y se despidieron todos muy agradecidos por haberles llevado al bar Prudencio, de la exposición de momias de gatos no me dijeron nada en absoluto.

\*\*\*

Una vez relatados todos los antecedentes y circunstancias que me llevaron, o mejor dicho, que llevaron a mi primera cliente hasta el bar Prudencio, lugar de encuentro y primera oficina clandestina de mi empresa detectivesca, creo necesario dejar los pormenores de su problemática, así como los detalles de la resolución del caso, para más adelante, y dedicar ahora mi tiempo a otros asuntos no menos importantes que han influido sobremanera en el desarrollo de mis técnicas profesionales, de las cuales yo pensaba que muy posiblemente supondrían el futuro de una nueva generación de investigadores privados (ya que los públicos no creía que se fueran a decantar por el perfeccionamiento de esas técnicas).

—Cariño... nuestros amigos de Mallorca me han enviado fotos de su casa para que nos vayamos ambientando y quieren que nosotros hagamos lo mismo con la nuestra. Tienen una casa preciosa, ¡qué envidia! —oí que me gritaba Ella desde su estudio, mientras yo repasaba en el mío unas notas entresacadas de las lecturas de los libros de Rusiñol y de Sand.

—¿Quieres venir a verlas?

—Ahora no puedo, mejor si me las envías a mi correo electrónico y en cuanto acabe con esto las veo —le respondí, mientras pensaba que debería comprarme unos cuantos cuadernos más, porque sería conveniente ordenar las notas de las lecturas, es decir, los pensamientos derivados de las experiencias mallorquinas de Sand en un cuaderno y los de Rusiñol en otro, pero, además, otros cuadernos con las siguientes funciones: uno para las prácticas solamente con bola de cristal, también creí que debía dedicarle diferentes cuadernos o diarios a las prácticas de viajes astrales, otro al viaje que haríamos en verano a Mallorca... etc. De todas formas, el cuaderno para los relatos de mis casos detectivescos resueltos, quedaría intacto.

—Ya te lo he enviado... verás qué casa más bonita, nos lo vamos a pasar en grande —me volvió a gritar toda ilusionada, lo cual empezó a despertar mi curiosidad e hizo que aparcase momentáneamente la clasificación de mis futuros cuadernos y diarios.

Lo que a continuación pasó, es algo de lo que tardaría mucho en reponerme, dado la gravedad del asunto.

En cuanto vi que en el escritorio de mi ordenador aparecía el simbolito de haber recibido el e-mail de Ella, pinché para abrir mi correo y seguidamente volví a pinchar para que se abriera su mensaje. Finalizado este procedimiento rutinario, pinché una vez más sobre el simbolito de documento adjunto y... ¡ahí aparecieron las fotografías!

Todo iba de maravilla hasta que vi las imágenes correspondientes al dormitorio del matrimonio, que supuestamente sería nuestro dormitorio durante las semanas de vacaciones. Lo que allí contemplé me causó una serie de escalofríos que recorrieron todo mi cuerpo a modo de convulsiones diabólicas. Rápidamente hice un zoom con mi ordenador y aquello que se presentó ante mis ojos confirmaba mis peores sospechas.

En el dormitorio de esa gente se habían producido unas clarísimas teleplastias, de forma que se podía percibir con perfecta nitidez diferentes rostros de personas, algunos con tal aspecto demoníaco que resultaban absolutamente espeluznantes. Cerré y abrí los ojos repetidamente, e incluso retiré el zoom y lo volví a aplicar con la intención de que eso no fuera el resultado de una pareidolia, es decir, una representación en mi mente sin fundamento parapsicológico alguno. Pero no... allí continuaban esas caras... y lo peor... no sólo esas, sino que al pasar a ver las fotografías de la cocina, volvieron las teleplastias, solo que esta vez con forma de animales, alguna cabra (animal demoníaco), un jabalí (otro animal asociado al demonio) y un sinfín de moscas, nada más y nada menos que moscas, que todo el mundo sabe que al diablo se le denominaba el Señor de las moscas.

El problema que tenía ahora era el de dilucidar si esos supuestos amigos mallorquines no serían en el fondo acólitos de Satanás o, por el contrario, sólo eran las pobres víctimas de algo terrible que antiguamente ocurrió en la casa (un posible hecho luctuoso y violento) que ahora afloraba mediante los efectos típicos de toda casa encantada. Si lo primero, estaba claro que nos habían propuesto el intercambio de moradas para llevarnos a ese santuario del mal y ponernos en manos de sus oscuros moradores. Si lo segundo, quizás con ayuda de mis prácticas ocultistas podría liberarlos del encantamiento y dejarles una casa limpia de todo fenómeno Psi-Kappa, es decir libres de las huellas que seres del más allá, angustiados, e inconformes con su situación, estaban dejando en el habitáculo para incomodar a sus ocupantes.

—¿Pero qué haces mirando esas manchas, hombre...? —me preguntó Ella, un tanto

desconcertada al acercarse a mi ordenador justo cuando estaba analizando, con ojos de estudioso de los fenómenos paranormales, las terribles caras del dormitorio.

—No, nada, es que tenía curiosidad por ver el tipo de pintura que han utilizado para decorar el dormitorio —pude responderle en una salida de la que me sentí muy orgulloso, por la rapidez de improvisación y por lo convincente del argumento.

—¿La pintura?...¿y desde cuándo te interesa a ti la pintura de las paredes, el bricolaje y esas cosas? —siguió Ella preguntando, demostrándome que el argumento no había sido todo lo convincente que yo creía segundos antes.

—Mira anda, déjate de pinturas y vamos a ver juntos la casa, tienen piscinita, un jacuzzi en el baño y las habitaciones aguardilladas como a ti te gustan.

Durante la media hora siguiente estuvimos repasando juntos las fotografías de esa espeluznante casa, sin que por supuesto, yo le comentara nada acerca del encantamiento de la misma y del peligro al que nos enfrentábamos si finalmente decidíamos pasar nuestras vacaciones allí.

—Oye... de todas formas ¿tú crees que es buena idea irnos de veraneo a Mallorca? —le pregunté comenzando lo que iba a ser un intento de abortar los planes vacacionales—. Mira que igual Ramona no puede soportar el viaje en barco, o quizás lo que no soporte sean los calores húmedos de la isla o...

—Venga hombre, ¿a qué viene ese miedo ahora?, si ya hemos planeado todo lo de Ramona. Además, a estas alturas ya no hay vuelta atrás, porque yo no puedo dejar sin entregar el reportaje fotográfico con el que me he comprometido y del que ya sabes que me han dado un pequeño adelanto —me dijo Ella algo decepcionada al ver mi repentino rechazo—. ¿Pero es que no te ha gustado la casa?... si es una preciosidad.

Preferí no seguir con el intento de aborto, al ver que la cosa no tenía remedio y, por otro lado, tampoco estaba dispuesto a meterle el miedo en el cuerpo avisándole de la verdadera naturaleza de esa casa embrujada.

—¿Pero tus amigos son normales? —le pregunté, cambiando de tercio pero con la intención de recavar información de alto valor, para intentar dilucidar el problema antes mencionado.

—¿Cómo que si son normales?

—Pues que si no has notado nada raro en ellos, cambios de voz inusuales, gestos absurdos... algo por el estilo.

—¿Pero se puede saber a qué vienen ahora esas tonterías?... a mí lo que me parece es que tienes envidia de su casa... bueno, me voy a seguir preparando el recorrido fotográfico que tengo que hacer en la isla.

Ella se fue a su estudio, inconsciente por completo del oscuro futuro que nos estaba esperando en medio del Mediterráneo. Asimismo, Ramona seguro que detectaría inmediatamente la presencia de espíritus circundantes y tendríamos que proporcionarle algún tranquilizante, no fuera que terminase por sufrir un ataque al corazón o, Dios no lo quisiera, que sufriera la posesión de alguno de aquellos seres del bajo mundo.

La mejor arma defensiva que podía tener en mis manos, no era otra que el perfeccionamiento urgente de las técnicas ocultistas que ya estaba desarrollando para mis labores detectivescas, técnicas estas que se concretarían en el manejo de la bola de cristal, la práctica de viajes astrales, la radiestesia, la psicometría y todo aquello que fuera surgiendo a lo largo del camino.

\*\*\*

Había llegado ya el momento de poner un poco de orden en mis cuadernos y diarios, dado el enorme ritmo de trabajo al que me tendría que enfrentar en los siguientes meses. Así pues, tomé la decisión de tirar a la basura el *Diario de Prácticas Ocultistas* y, en su lugar, abrir dos nuevos

diarios, el *Diario de prácticas cristalománticas*, dedicado únicamente a las experiencias que fuera teniendo con el uso de la bola de cristal y, por otro lado, el *Diario de prácticas psicométricas*, donde anotaría el día a día de las visiones que me asaltasen al someterme a esta curiosa actividad, basada en la visión de estados, personas, cosas o vicisitudes del pasado y / o presente, por el mero hecho de tocar un objeto.

También tomé la sabia decisión de comenzar lo que sería el *Diario de viajes astrales*, que antes creía adecuado incluir en el ya destruido *Diario de prácticas ocultistas*, pero que finalmente tendría su propio espacio, algo mucho más adecuado para este tipo de experiencias. Ni qué decir tiene, que los relatos de mis casos resueltos y los que viniesen por resolver, tendrían su lugar en el cuaderno de relatos, es decir este en el que estoy escribiendo en estos momentos. Creí conveniente, además, abrir un cuaderno que llevaría por epígrafe *Cuaderno de prácticas radiestésicas*, donde apareciesen los resultados que poco a poco fuese obteniendo con el empleo del péndulo, en el caso de que finalmente me decidiera por su empleo. Dadas las diferentes características que comportan las prácticas radiestésicas, decidí no denominar diario, sino cuaderno, a esta recopilación de notas y pensamientos sobre mi relación con el péndulo.

Con respecto a las cartas del Tarot, no necesitaba abrir ningún diario puesto que me considero un experto tarotista y cualquier uso que hiciera de ellas, para solucionar eventuales investigaciones, pasarían directamente a formar parte de los relatos de investigación, de la misma forma que el consumo esporádico y terapéutico de cocaína, así como las frecuentes interpretaciones con el violín, formaban parte de la rutina narradora de Watson, cuando daba forma literaria a la vida cotidiana de Sherlock en aquellos momentos de inactividad necesarios entre una aventura y otra.

No pude dejar de añadir a la lista de diarios y / o cuadernos, otros tres: uno para las impresiones y anotaciones derivadas de la lectura de *Un invierno en Mallorca* de George Sand, otro para las de *La isla de la calma* de mi admirado don Santiago Rusiñol y, por último, un diario de viaje para reflejar nuestras experiencias en la isla de Mallorca durante nuestro veraneo allí.

Finalmente me salían un total de ocho diarios/cuadernos, incluyendo este en el que estoy relatando mis primeros casos detectivescos, y donde también tenía la intención de relatar los que se me presentaran en un futuro cercano, o al menos un par de ellos más.

\*\*\*

En cualquier caso, como veía que el problema de las manchas de la casa esa de Mallorca muy bien podría convertirse en un nuevo caso detectivesco que resolver, creí que sería muy conveniente introducir en este cuaderno de relatos detectivescos, algunas anotaciones hechas en mi *Diario de prácticas radiestésicas* ya que, finalmente, y gracias a las casualidades del destino (que por supuesto no son tales casualidades), me había hecho con un magnífico péndulo y con su consabido manual de usuario.

Todo tuvo su origen hacía escasamente tres días, cuando estábamos Ella y yo en una librería de la ciudad para buscar algunos libros sobre pintura y fotografía surrealistas, biografías de Buñuel, Dalí, Bretón, y cosas por el estilo. Yo estaba contemplando los volúmenes que Ella iba escogiendo, pero la verdad es que sin mucha emoción, incluso de vez en cuando miraba a mi alrededor para ver si por ahí encontraba alguna lectura que fuera de mi interés, momento en el que me fijé que Ella tenía entre sus manos un curioso ensayo sobre Francis Picabia.

—No irás a comprar ese libro ¿no? —le pregunté un tanto sorprendido por su elección.

—¡Anda!... ¿y por qué no?, me parece de lo más sugerente para mi trabajo —me respondió, sin separar ni un segundo los ojos de una página doble donde aparecía, por un lado, la bujía de un automóvil con el título de *Retrato de una chica americana en estado de desnudez y, del otro lado, una especie de mono de peluche maltratado, sobre el que se leía “Retrato de Cézanne.*

—Pues porque Picabia es ante todo dadaísta y no surrealista —le respondí de la manera más natural y menos incendiaria que se pueda uno imaginar, pero provocando la reacción menos natural

y más incendiaria que me podía yo imaginar en ese momento.

—Mira... ya me tienes harta con tu manía esa del dadaísmo. Para que sepas que Picabia le dio a todo, lo mismo hacía impresionismo, que cubismo, que dadaísmo, que surrealismo... y eso es lo que más me interesa de él, así que no te hagas el listo porque ya sé muy bien lo que hacía el maldito Picabia —me espetó sin levantar la voz lo más mínimo, pero con la impresionante habilidad de hacer que aquel susurro pareciera, en realidad, el rugido de un león en celo.

—Vale, vale... yo solo quería ayudar... porque como te rechacen el trabajo por ser dadaísta en lugar de surrealista, tendrás que volver a Mallorca a repetir el reportaje —me atreví a decir en mi defensa con un hilo de voz casi inaudible, al mismo tiempo que oía cómo Ella resoplaba. Yo, por mi parte, me alejé hacia estanterías situadas en las antípodas del lugar donde acababa de acontecer ese instructivo debate.

Fue entonces cuando, sin comerlo ni beberlo, me encontré de sopetón en el apartado de *Esoterismo*, donde me lancé a mirar desafortunadamente los lomos de cada uno de los libros allí aprisionados. No tardó mucho en aparecer ante mis ojos el *Kit del radiestesista experimentado*. ¡Justo lo que yo necesitaba!... ¡y el destino me lo estaba poniendo delante mismo de mis narices!

El resto de nuestra estancia en aquella providencial librería, carece de interés para el contenido de estos relatos, eminentemente detectivescos, aunque con ciertos tintes iniciáticos.

\*\*\*

Pasaré, por tanto, a reflejar aquí las primeras entradas del entonces recién inaugurado *Cuaderno de prácticas radiestésicas*.

### 1ª Práctica radiestésica.

*Con los consabidos nervios a flor de piel debido al oportuno, a la vez que enigmático, descubrimiento del “Kit del radiestesista experimentado”, pero con la ineludible tarea por delante de preparar unas verduras al horno junto con un puré de patatas (por supuesto de sobre y con las patatas deshidratadas convertidas en copos), dada la tardía hora a la que hemos vuelto de la librería, me limito a abrir el paquete donde se incluye un manual de uso y un estupendo péndulo puntiagudo sujeto a una cadenita dorada. Decido meterme el péndulo y su cadena en el bolsillo de mi camisa para que se vaya acostumbrando a mi cuerpo.*

*Del resultado de las verduras al horno y del puré de patatas deshidratadas, y en copos, que a continuación he realizado, creo que se puede prescindir en este cuaderno, a pesar de lo delicioso del mismo.*

*Llegado el momento de la siesta, y ante la ansiedad que me corroía todo el cuerpo, he decidido, creo que muy sabiamente, prescindir de mi habitual siesta, y prepararme un café para poder abordar el inicio del aprendizaje pendular, con todos los sentidos bien dispuestos y engrasados.*

*Según prescribe el manual del Kit, he procedido a esclarecer cuáles son para mi péndulo las señales de “búsqueda”, “sí”, “no” y “quizás”. Una vez establecido este código elemental, algo que ha resultado sencillo y muy cordial entre ambos, es decir entre el péndulo y yo, he procedido a realizar algunas preguntas de carácter básico, con el mero propósito de establecer los primeros diálogos radiestésicos, algo que debe comenzar por lo más sencillo, de igual manera que los niños comienzan a leer de forma elemental, juntando la p con la a para decir pa... y esas cosas.*

*Con los nervios a flor de piel, he cogido una patata, extraída del saquito de patatas gallegas que tenemos en la cocina, de forma cuidadosa, como si se tratara de la bola con el número del gordo de la lotería de navidad. Acto seguido, la he depositado encima de la mesa de la cocina y he procedido a preguntar a mi péndulo que si eso era una patata, a lo que el péndulo me ha contestado que “sí”. Ni qué decir tiene que el alborozo despertado en mi persona es difícil de*

*describir. No cabía en mí de gozo, y no pude reprimir la emoción y el impulso de dar un beso a mi péndulo.*

*Pasada esta primera, pero primordial etapa emotiva, he repetido la operación pasando a preguntarle al péndulo otras cinco preguntas, resultando correctas casi todas sus respuestas. Las preguntas realizadas han sido las siguientes:*

1      *¿Es esto una patata? (esta vez preguntádoselo delante de un pimiento rojo)*

*Péndulo: No*

2      *¿Es esto una patata? (preguntádoselo delante de una zanahoria)*

*Péndulo: No*

3      *¿Es esto una zanahoria? (preguntádoselo delante de una zanahoria)*

*Péndulo: Sí.*

4      *Es esto una zanahoria (preguntádoselo delante de una patata)*

*Péndulo: No*

*Llegados a este punto he decidido rizar el rizo y elevar la dificultad de las preguntas para comprobar si el aprendizaje de mi péndulo es tan meteórico como me está pareciendo a mí.*

5      *¿Es esto una patata de secano? (preguntádoselo delante de una patata gallega)*

*Péndulo: Quizás.*

*En ese momento me he venido un poco abajo, dada la comprensible decepción sufrida ante tamaño desconocimiento del mundo de las patatas por parte de mi herramienta radiestésica, al que ya empezaba a tomar por todo un superdotado de los péndulos. En cualquier caso, no queda más remedio que ralentizar un poco el aprendizaje y relajar el método a seguir. Pienso que debo ser sincero conmigo mismo y admitir que, quizás, el coeficiente intelectual de mi péndulo no es el que en un primer momento me había imaginado, lo cual no quita para que juntos, los dos, podamos esclarecer en un futuro, con ayuda claro está de la bola de cristal y de mis cartas del Tarot, los más intrincados casos criminales (o no criminales) sin resolver.*

*Creo que como primer interrogatorio es suficiente. Pienso que es mejor no estresar al péndulo y dar por terminada la primera práctica radiestésica.*



—¡Yo maté a tu amigo Carvajal! —esto es lo que me dijo un bigotudo decimonónico en uno de mis primeros viajes astrales o, mejor tendríamos que decir, en uno de mis primeros paseos astrales, ya que su duración no fue lo suficientemente larga como para considerarlo un viaje. Incluso llegué a plantearme si ni siquiera fuese astral.

La cuestión es que unos quince días después de mi primera experiencia radiestésica (no entiendo por qué, a pesar de la importancia del suceso, no apunté la fecha exacta en la que tuvo lugar este episodio paranormal) y en el momento en que comenzaba a despertarme, tuve una serie de visiones que, ni eran sueños, ni eran imaginaciones, sino que surgían de un rincón diferente de mi cerebro, hasta entonces desconocido para mí. Después de un rato viendo cómo aparecían y desaparecían figuras humanas, más o menos borrosas, se me presentó en primer plano un hombre de bigote exagerado, podríamos decir que nietzscheano, y sin ningún tipo de preámbulo me espetó esa frase con la que iniciaba el párrafo anterior. Una vez espetado aquello de que él mató a mi amigo Carvajal, el bigotudo, vestido con ropas humildes y en conjunto algo desaliñado, cogió y se desvaneció tan de improviso como había hecho para mostrarse. Acto seguido el paseo astral dio paso a una reunión de gente entorno a una mesa ovalada, algo que parecía el ágape de la celebración de algún acontecimiento, pero donde no reinaba la alegría precisamente, por lo que pensé en una comida de duelo por la muerte de algún familiar.

Ese día me desperté con algo de angustia y me dediqué a apuntar esas visiones pero, como ya he dicho, sin especificar la fecha del día, ni la hora, algo inaudito en mi persona cuando llevo a cabo la redacción de anotaciones en mis diarios o cuadernos. Por otro lado, dichas anotaciones adolecen de cierto caos retórico, seguramente por haber sido escritas inmediatamente después de regresar del viaje, o paseo, astral. Es por esto que me abstendré de transcribir aquí las anotaciones correspondientes a esa primera experiencia viajera. Tan sólo, y a modo de testimonio, reflejaré algunas líneas de lo allí anotado:

### *1º Viaje astral*

*Figuras que aparecen. Figuras que desaparecen. Alguna gente reunida. ¿comen?, ¿desayunan?... no sé qué comen, o qué desayunan, ni siquiera sé si ingieren algo. Tampoco veo que beban. La mesa es grande. Hay como diez, diez, diez, diez personas reunidas entorno a la mesa... ¿hablan?... no sé si hablan...*

*Se me presenta en primer plano un hombre con un gran bigote, con ropas no muy exquisitas. Tiene poco pelo en la cabeza, al contrario que en la cara. Me mira fijamente y me dice que él mató a mi amigo Carvajal, aunque en realidad no abre la boca y lo que dice me imagino que lo dice, ya no hay nadie comiendo, ni siquiera hay una mesa ovalada, ni de ningún otro tipo. El bigotudo desaparece sin decirme nada más, o sin imaginarme que me dice nada más.*

*Parece que quieren surgir nuevas imágenes, pero mi estado de ansiedad, después de la aparición del bigotudo desaliñado, provoca la inmediata desaparición de las mismas, mismas, mismas, mismas ¿quién es Carvajal?, ¿y su amigo?, hay una imagen que quiere salir pero no la dejo, no sea que venga otra vez el bigotudo a decirme algo, decido regresar del viaje y abrir los ojos para poner mi cerebro en modo normal.*

Como se puede apreciar, la primera entrada en el *Diario de viajes astrales* no estaba exenta de ciertas incoherencias, pero estaba convencido de que eso no le restaba ningún valor al episodio experimentado.

Pensé que los viajes astrales podían estar modificando de alguna manera el hemisferio

izquierdo de mi cerebro. Preferí, pues, dejar constancia de esa metamorfosis cerebral por la que estaba atravesando, y mantener las incoherencias e incluso esos atascos y repeticiones en el vocabulario. Además, siempre podría justificarlos como una especie de anáfora literaria.

Una vez recuperado del viaje, y anotadas las visiones y sensaciones experimentadas, me puse manos a la obra para intentar dilucidar quién podría ser el tal Carvajal, además, por supuesto, de su amigo, es decir yo. De estar en lo cierto el bigotudo decimonónico, y de estar yo convencido en la existencia de esos viajes astrales en el tiempo y / o el espacio (que por supuesto lo estaba, y lo estoy), tendría que asumir entonces que, en una vida anterior, ese Carvajal tuvo alguna relación con otra reencarnación mía. Esto me sorprende sobremanera, y no por el hecho de ser consciente de haber tenido otras vidas, cosa que debido a mis estudios y prácticas budistas realizadas en tiempo muy reciente, es algo que tengo completamente asumido, sino porque debido a esos estudios y prácticas llegué en su día a la conclusión, y certeza casi absoluta (poniendo el “casi” por puro acto de humildad), de que en otra vida yo fui Rodrigo Díaz de Vivar, es decir, El Cid, y que el resto de reencarnaciones de mi camino hacia el Nirvana estarían encaminadas a eliminar el enorme karma negativo que el caballero burgalés acumuló durante su existencia en el siglo XI. Lo que realmente me sorprende es el hecho de haber pasado de ser un personaje de primera importancia en la historia mundial a, seguramente, renacer como un mindundi durante el siglo XIX, ya que no creo que el amigo ese de Carvajal fuera nadie importante, aunque...¿quién sabe?

\*\*\*

Mis primeras investigaciones on-line acerca de carvajales conocidos dieron algún resultado positivo. Empecé por los famosos, ya que me negaba a creer que alguien que en otra vida fuera Mío Cid, se reencarnase en un don nadie, si acaso, tendría que haber tenido amigos famosos sobre los que influir. Esto también me llevó a la convicción de que en mi vida actual tenía que estar destinado a la realización de una hazaña importante (además de seguir eliminando el karma negativo del Cid), y esa hazaña estaba seguro que no sería otra que la renovación absoluta de toda la investigación privada, de forma que en el futuro se hablaría de un antes y un después del Detective Ramona.

Tras una serie de indagaciones ciberespaciales, me topé con la figura de Froilán Carvajal, un revolucionario del siglo XIX que terminó sus días fusilado en el penal de Ibi, conocida localidad de Alicante, aunque en realidad él era de un pueblecito de la provincia de Cuenca. De este personaje, de características románticas, se había pensado durante mucho tiempo que solamente existió en la imaginación creativa de don Ramón J. Sender, ya que en su obra *Mr Witt en el cantón*, aparecía el susodicho Froilán Carvajal como cuñado de uno de los protagonistas. Pero estudios contemporáneos han sacado a la luz su verdadera historia, y este revolucionario existió de verdad, incluso escribió una obra literaria destinada a los más jóvenes, titulada *El faro de la niñez*, publicada póstumamente en 1883. También el ínclito Pérez Galdós lo nombra en uno de sus *Episodios Nacionales*, concretamente en el titulado *Prim*.

Las imágenes on-line que encontré sobre don Froilán, que fueron muy pocas, lo representaban como un típico señor barbudo del siglo XIX, con cara de pocos amigos, que debía de infundir cierto nerviosismo en todo aquel que lo tuviera delante de sus narices. Rastreando un poco más, averigüé que un gran amigo suyo fue el periodista Enrique Rodríguez Solís... ¿y si el tal Enrique fuera en realidad esa reencarnación mía en la que compartí hazañas con el revolucionario Carvajal?

GRAN DECEPCIÓN... rastreando en ese infinito universo que se esconde tras la pantalla del ordenador, comprobé que el bigotudo de mi supuesto viaje astral, no fue el bigotudo que mató a don Froilán, o al menos no fue el Coronel Arrando, otro bigotudo pero, este bigote, era de clarísimos tintes castrenses, cuyo portador en nada se parecía al desaliñado de mi experiencia astral.

Éste suceso, el fusilamiento de Froilán Carvajal, es una triste historia que preferí dejar para otra ocasión, ya que lo que entonces me interesaba era encontrar al desaliñado, a la par que

bigotudo, que tuvo el atrevimiento de aparecérseme estando yo todavía en la cama. Me limitaré a relatar aquí que, ese Arrando, sería mucho coronel, pero le engañó vilmente al pobre de Froilán, prometiéndole no pasarle por las armas si se entregaba, y por su puesto por las armas le pasó un 8 de octubre de 1869, después de que el confiado Froilán se entregara al coronel.

Necesitaba estar perfectamente preparado ante la avalancha de acontecimientos que estaban a punto de suceder en mi vida. Por un lado, los personajes que pudieran ir apareciendo en mis viajes astrales, y de los que tendría que averiguar su identidad, así como sus intenciones para conmigo. Por otro lado, debía perfeccionarme en el aprendizaje ocultista, de cara a la terrible experiencia por la que seguramente tendríamos que atravesar durante nuestra estancia en esa espeluznante casa mallorquina repleta de teleplastias. Y eso sin poder descartar que en el ínterin se presentase cualquier cliente que solicitara mis conocimientos, como investigador privado, para resolver algún problema que le trajera por la calle de la amargura.

Tengo que reconocer que no daba abasto con la profundización que requerían mis nuevas técnicas ocultistas-detectivescas. Había continuado con las prácticas radiestésicas así como con las cristalománticas, pero sin los resultados que me hubiera gustado obtener a esas alturas, ya que apenas quedaba mes y medio para comenzar nuestras vacaciones en Mallorca, por llamarles de algún modo, ya que me parecía que serían de todo menos vacaciones y, de hecho, echando la vista atrás, tampoco ahora las clasificaría así. Para entonces, es decir a mediados de julio, debía estar en plenitud física y psíquica para poder enfrentarme a los avatares que allí nos esperaban, empleando el término avatar en varias de sus acepciones, osea, como cambio o vicisitud, pero también, y era lo que me resultaba más aterrador, como sinónimo de reencarnación o incluso encarnación de alguna deidad, buena o mala claro está.

Por lo que respecta a la relación con el péndulo...mi péndulo... no es que hubiera mejorado mucho precisamente. De hecho, me había sometido a uno de los ejercicios básicos que prescribe el manual del usuario del *Kit del radiestesista experimentado*, y el resultado fue el peor que cabría esperar, o al menos fue el peor según indica dicho manual. Empecé a tener mis sospechas, o más que sospechas, de que con el Kit recientemente adquirido me habían endosado un péndulo discapacitado mental. Creí que seguramente, en la editorial que los comercializaba, lo tendrían apartado de entre todos los péndulos, pero que a algún trabajador de la empresa, un ser caritativo, le dio pena y finalmente lo metió de forma subrepticia en el paquete donde debería haberse incluido uno de los péndulos normales.

Recuerdo que aquella tarde, una vez regresados respectivamente del trabajo, y ya terminada la comida, nos dejamos abrazar por Morfeo en los sofás donde realizamos Ella y yo habitualmente las siestas. Fue luego, después de materializadas una serie de búsquedas infructuosas sobre la vida y milagros de Froilán Carvajal, cuando decidí apagar el decepcionante ordenador y retomar mis lecturas y estudios radiestésicos. Llegado el momento de practicar uno de los ejercicios donde se necesitaba la ayuda de un tercero, no me quedó otro remedio que pensar en qué tercero podría ayudarme en tan importante tarea, y la opción se reducía a Ramona o a Ella, motivo por el que no tardé en decantarme por Ella.

—¿Me puedes echar una mano en un ejercicio que tengo que realizar? —le pregunté, al mismo tiempo que le mostraba el péndulo suspendido por su cadenita dorada, la cual sujetaba yo con los dedos pulgar e índice de mi mano derecha.

—¿Y tiene que ser ahora? —me contestó desde el sofá y sin haber variado ni un ápice la postura que adoptase un par de horas antes para ofrecerse al abrazo morfeico, es decir, decúbito supino y con las manos agarradas a su tableta electrónica.

—Pues si no es mucho pedir... es que en este preciso instante tengo el péndulo caliente, y ya he procedido a realizar los ejercicios de sintonización por lo que, si espero, quizás se podría desintonizar.

—Vaaaaaaale —se limitó a decir de forma lastimosa pero lo suficientemente

condescendiente, como para que yo pasara a la acción de forma inmediata.

—Mira, te tengo preparado en este papel una cuadrícula con diez filas donde tienes que apuntar la respuesta real y la respuesta del péndulo.

—¿Y cuáles serán las preguntas? —inquirió, al mismo tiempo que se incorporaba y adoptaba una postura sedente.

—Tú sólo tienes que tirar una moneda al aire diez veces y apuntar en una columna si ha salido cara o cruz, mientras que en la otra columna apuntas lo que el péndulo diga. Hasta el final no me puedes mostrar el resultado.

—Ya... ¿y cómo sabré qué es lo que el pendulito ese está contestando?

—Eso ya te lo diré yo ¡hombre!, que para eso soy el radiestesista.

—Venga, pues dame una moneda —me dijo con un brillo en los ojos que denotaba incluso cierto interés en la prueba.

—Espera, espera, primero tengo que comprobar qué me dice el péndulo cuando aparece una cara y cuando aparece una cruz.

Dicho esto, pasé a realizar los pasos pertinentes para saber en qué ocasión el péndulo me quería decir si lo que había salido era una cruz o una cara. Para ello saqué una moneda de dos euros de mi bolsillo derecho del pantalón, pensando que mejor sería adiestrarle con la moneda de más cuantía que no con una miserable pieza de un céntimo. La coloqué encima de la mesa situada al lado de los sofás y comprobé los movimientos que el péndulo realizaba según le mostraba la cara o la cruz. Memorice rápidamente su reacción, que afortunadamente fue diferente según el lado de la moneda que le mostraba, y rápidamente pasamos a la práctica del ejercicio.

—Ya está... cuando quieras podemos empezar —le dije a Ella, justo en el momento que parecía que quería volver a la postura decúbito supino—. Toma la moneda y empieza a lanzarla al aire.

—Pero es que yo no sé lanzar la moneda al aire —me dijo contrariada.

—Bueno pues tírala en la mesa... yo qué sé, pero date prisa que se me va a desintonizar el péndulo.

—Mira, no me pongas nerviosa que entonces se va a ir la moneda a la porra —dijo Ella mientras tiraba la moneda con cierto asco, brusquedad ésta (junto con la energía cinética administrada) que hizo que se fuera más allá de los límites físicos de la mesa y acabara por el suelo.

—Espera vamos a repetirla —decía Ella mientras buscaba agachada el paradero de la maldita moneda de dos euros.

—¡No, no!, que el péndulo está diciendo que es cara— tuve que gritarle no fuera que le despiotáramos al pobre péndulo ahora que estaba ya en plena actividad radiestésica.

Durante los tres primeros lanzamientos de moneda todo fue desarrollándose a las mil maravillas, y yo estaba seguro de que mi péndulo estaba contestando de forma irrefutable a cada una de las pruebas a las que le estábamos sometiendo. Pero llegada la cuarta vez, comencé a sufrir de visión doble, debido a que de tanto contemplar al péndulo por debajo de mí, la mirada se estaba mezclando con las líneas de las baldosas y eso empezaba a provocarme una mezcolanza de imágenes que terminó por hacer que todo girara a mi alrededor, algo parecido a los vértigos que en otras ocasiones, y por motivos bien diferentes, he sufrido de forma muy alarmante.

—¿Pero qué haces... a ver si te vas a caer? —dijo Ella levantando la voz hasta el límite justo en el que podría pasar a denominarse grito en lugar de voz.

—Nada, nada, tú a lo tuyo, es que como tengo una pierna más corta que otra, me cuesta mantener el equilibrio —tuve que contestarle para que no se alarmara y abortara un ejercicio de primerísima importancia para el perfeccionamiento de mis técnicas ocultistas, pero sufriendo terriblemente para poder enfocar la mirada en un lugar donde dejara de marearme. Eso hacía que tuviera que observar al péndulo de reojo, y al mismo tiempo evitar ver las baldosas del suelo, cosa harto complicada.

Finalmente decidí apoyarme en la pared con la mano libre no fuera a dar allí el espectáculo

de caerme al suelo, algo que haría prácticamente imposible la participación de Ella en nuevos ejercicios radiestésicos.

A duras penas pude mantenerme en pie hasta la prueba número diez, pero una vez terminada ésta, me lancé al otro sofá, en el que estaba Ramona durmiendo plácidamente ajena a todas nuestras prácticas pendulares.

—Pero hombre, ten cuidado que casi aplastas a la pobre Ramona —me increpó Ella al ver que la forma de sentarme en el sofá había sido anormalmente brusca. Algo que asustó a Ramona, la cual optó por salir disparada y buscar un lugar más seguro para su integridad física.

—Bueno ¿y cuál es el resultado? —le pregunté con los nervios a flor de piel.

—Pues bastante bueno... has acertado cinco y fallado cinco, es decir, el 50 %.

—¡Vaya mierda!, es justo el peor de los resultados según el manual del usuario —le contesté bastante indignado ante lo que parecía todo un desastre interpretativo por parte de mi limitado péndulo—. Estoy empezando a pensar que es retrasado mental el péndulo este. Si al menos hubiera fallado más del 50 % eso podría indicar que no se realizó el ajuste inicial de forma debida, pero justo el 50 % es el resultado que obtendría cualquiera sin péndulo alguno, si nos atenemos a un simple cálculo de probabilidades, dado que la moneda sólo tiene dos opciones de caer, o cara o cruz.

—Bueno, no te lo tomes así...con un poco de práctica seguro que sacáis mejores rendimientos —me dijo Ella intentando rebajar la enorme decepción que en esos momento estaba sufriendo, y curiosamente refiriéndose a “nosotros” en plural, es decir otorgándole personalidad propia a mi péndulo, algo que al menos me produjo cierta satisfacción entre toda aquella angustia.

Luego, una vez repuesto del disgusto, le pedí a Ella la hoja de resultados y pude comprobar que los cuatro primeros lanzamientos habían sido acertados uno por uno, lo cual me trajo a la mente que fue justo a partir del cuarto cuando la imagen de las baldosas comenzó a mezclarse con la del péndulo, llevándome a un estado de confusión visual que me hizo muy difícil mantener el equilibrio. Estaba seguro de que el mal resultado se debía sin duda al vértigo ocasionado por aquellas asquerosas baldosas, y que de no haber sido por ellas, muy posiblemente habría tenido delante de mí una hoja de resultados intachable, con el 100 % de aciertos, o al menos con el 90 %.

He procedido nuevamente a pedirle disculpas (me refiero al péndulo) y a darle una nueva oportunidad antes de calificarle como discapacitado psíquico y, por lo tanto, actuar en consecuencia de esa discapacidad.

\*\*\*

Respecto a los viajes astrales números 2 y 3, poco tengo que decir, porque todo lo he dicho en su correspondiente cuaderno de anotaciones, y porque continuaron las imágenes recurrentes de funerales, si bien la número dos se centró en funerales en “petít comité”, mientras que la número tres estuvo formada por la visión recurrente de una manifestación multitudinaria de dolor, donde se portaba un féretro a hombros y donde las calles estaban atestadas de gentes mostrando el respeto al difunto...pero ¿quién era el difunto?...ese es el dilema, y Froilán Carvajal no podía ser puesto que lo fusilaron contra una mala pared de la cárcel de Ibi.

Tenía que seguir haciendo rastreos on-line.

\*\*\*

Los siguientes rastreos on-line dieron como resultado un hecho sobrecogedor. Resultó que el nicho donde estaba enterrado Froilán Carvajal se estaba viniendo abajo, bueno el suyo y el de los adyacentes, por lo que desde hacía algunos meses el Ayuntamiento de Ibi buscaba a los descendientes de los allí sepultados, para que se hicieran cargo de los restos o, de lo contrario, llevarlos a osarios individuales ubicados en una nueva zona del cementerio.

¡Dios mío!... eso era aterrador. Seguramente don Froilán estaba alterado por el inminente derrumbe de su nicho, y ante la falta de descendientes que se hicieran cargo de sus restos mortales, estaba incordiando a quien en su día le mató y éste, a su vez, me estaba incordiando a mí para ver si yo hacía algo con el nicho ese, pero a ver cómo me presentaba yo en el Ayuntamiento de Ibi diciendo que en otra vida fui amigo de don Froilán Carvajal, y que me quería hacer cargo de sus restos mortales porque había un bigotudo desaliñado que se aparecía en mis viajes astrales para importunarme.

Creí que sería mejor dejar pasar un tiempo y hacer un par de viajes astrales más, a ver si el tema de los funerales daba paso a otra cosa algo más gratificante y, con suerte, Carvajal y su asesino me dejaban en paz. Al fin y al cabo, seguro que los responsables del cementerio de Ibi le colocarían en un buen sitio, y soleado.

—Cuauauauauauauau... cuauauauauauauau... cuauauauauauauau —comenzó a sonar nuestro teléfono fijo, pero al mismo tiempo inalámbrico, con su habitual tono nasal y galáctico.

—¿Por favor lo puedes coger tú?, es que yo estoy con la bola de cristal! —le grité a Ella mientras mantenía mis ojos sin parpadear, mirando fijamente a mi querida esfera clarividente, justo en el momento en el que parecía que comenzaba a visualizar en su interior una figurita de plástico que representa al Cid, la cual me encontré en nuestro supermercado habitual hace cosa de dos años, y que por supuesto no pude resistirme a comprar, dada mi ascendencia castellana. Figurita que tengo continuamente en mi escritorio y que ahora estaba dispuesto a visualizar dentro de la bola como un paso más en mis ejercicios cristalománticos.

—Pues yo estaba con mi tablet —me contestó algo contrariada por tener que desprenderse por unos minutos de su preciada joya.

—¿Si? —preguntó Ella con el aparato telefónico pegado a su oreja derecha, sin mostrar ningún tipo de emoción en su interpelación.

—...

—¡Hombre Francisco!... ¿cómo os va por Mallorca? —volvió a preguntar, pero esta vez manifestando una fuerte efusividad en su interpelación.

—... (Francisco dijo algo, pero no supe el qué).

—No... todavía no hemos visto vuestro e-mail con la propuesta de rutas por la isla. De todas formas, aparte de lo que nos propongáis, ya tengo una idea de cuáles serán los sitios donde vayamos para poder llevar a cabo mi reportaje fotográfico, aquel que te comenté sobre una posible visión surrealista de la isla en plena temporada turística.

—... (seguía sin saber qué decía Francisco).

—Pues la verdad es que no habíamos pensado visitar ningún faro, pero ahora que lo dices, quizás podría estar bien... vale, espera, ahora me apunto el teléfono de tu compañero por si al final decidimos ir a ver alguno... ¿dices que se llama Joan?... ¿y su teléfono es el?... ok gracias, si eso le llamamos. ¿Seguro que no le importará?... bueno, pues si tú dices que es muy majo pues es que lo será. Mil gracias por todo... ¿y cómo está Rosa?... pues dile que trabaje menos y que me llame más, je je je.

—... (imaginé que Francisco, antes de despedirse, le estaba apuntando una última sugerencia, pero no sabía cuál).

—No me digas que tú crees en fantasmas —oí que decía Ella, momento en el que dejé de mirar la bola y comencé a mirar al suelo, pero sin dejar ni un segundo de escuchar su conversación, cosa que, de todas formas, estaba haciendo desde que sonó el maldito teléfono.

—... (volví a imaginarme lo que decía Francisco, pero esta vez con un incipiente ataque de ansiedad).

—Ja ja ja, pues si vamos a la isla esa estaremos pendientes del fantasma que me cuentas... ¡qué gracioso!, bueno un beso muy fuerte para los dos, y gracias por el correo, estamos en contacto.

Lo más asombroso para mí fue que, después de esa conversación telefónica, Ella se volvió al sofá y retomó su tableta electrónica como si tal cosa, así que no tuve más remedio que levantarme de la silla y dirigirme a su estudio para saber algo más acerca de esos fantasmas de los que habían estado hablando a mis espaldas.

—¿Quién era? —le pregunté haciéndome el ignorante, pero sabiendo muy bien que el autor de la llamada no era otro que el farero de la casa con teleplastias.

—Era Francisco, qué majo, nos llamaba para decirnos que ya nos ha enviado un correo electrónico con una ruta de sitios para visitar durante nuestras vacaciones. Ah... y también me decía que si nos interesa ir a ver algún faro, que nos pusiéramos en contacto con su compañero de trabajo,



que ya le había dicho que posiblemente le llamaríamos. ¿A ti te apetece ver un faro por dentro?... puede estar bien ¿no?

—Sí, sí...¿Pero qué le decías tú sobre fantasmas?

—Caray, ¿pero no estabas concentrado en tu bola de cristal? —repuso Ella, dándose perfecta cuenta de que yo había estado escuchando toda la conversación—. Pues nada, que si vamos de excursión a una pequeña isla, creo que se llama Dragonera, que tengamos cuidado de no quedarnos allí, puesto que la última barca de vuelta es a las cinco de la tarde, y se dice que por las noches deambula el fantasma de un antiguo farero.

—¿Pero él ha visto el espectro de ese farero? —le pregunté, sospechando que alguien que en su casa duerme acompañado de un montón de teleplastias diabólicas, seguramente verá espectros por todas partes.

—¡No digas tonterías!, eso sólo son leyendas locales, hombre, ¡cómo va a ver un fantasma!

—¿Y por qué no?, muchas leyendas están basadas en hechos verídicos, solo que a veces algo tergiversados con el paso del tiempo —le respondí, convencido de que Francisco, el farero, sabía algo más del fantasma de la isla Dragonera, y de los fantasmas de su propia casa.

Preferí dejar de acosarla con preguntas al respecto, para no despertar ningún temor en su persona, pero sin embargo acabé por tomar la firme decisión de visitar ese islote, costase lo que costase y, de hecho, comencé a realizar en aquel mismo momento un buen rastreo on-line, para ver qué demonios se cocía en aquella isla para que la gente viera fantasmas. Pensé que siempre sería mucho mejor visitar ese interesante enclave, que no dejarnos caer por cualquier playa atestada de turistas embadurnados con protectores solares de todas las graduaciones.

\*\*\*

Después de someterme durante unas cuantas horas a una exhaustiva navegación por Internet, sólo conseguí encontrar una serie de noticias sobre inexplicables ruidos submarinos escuchados en los alrededores de la Isla Dragonera, y los típicos desvaríos acerca de avistamientos ovnis en la zona de la Sierra de Tramontana. Pero nada en relación a las apariciones del fantasma de un antiguo farero allí destinado.

Esto corroboró mi teoría de que, el tal Francisco, era poseedor de información muy valiosa, y que seguramente sólo él y algunos allegados conocían, o quizás también otros fareros, además, claro está, de los guardas del parque, porque esa isla es un parque natural. Quizás ellos fuesen excelentes testigos oculares de los acontecimientos, es decir, de las apariciones.

La única manera de saber algo más acerca de lo que estaba hablando Francisco, sería ir a Dragonera con todas mis herramientas ocultistas, e intentar ver allí lo que los turistas habituales no pueden ver, es decir... lo oculto.

Decidí, pues, que éste sería mi siguiente caso por resolver como detective privado especializado en temas poco convencionales. Sin embargo, fui consciente de que debía estar muy bien preparado, porque no sabía contra qué fuerzas ocultas me tendría enfrentar, ni quiénes serían aquellos que se molestasen por mis indagaciones que, en este caso, está claro que no se trataría de seres de esta dimensión, sino de otras muy diferentes. De todas formas, cuando elegí esta profesión (en su modalidad clandestina), fue con el claro y firme propósito de contribuir al procomún, para así eliminar el karma negativo que acumulé cuando estuve encarnado en la persona del Cid y, esa contribución, muy bien podría ser prestada a pobres almas en pena que no han sabido encontrar su camino evolutivo y permanecen atadas, para desgracia suya, a nuestro plano físico.

Pretendía proseguir aquí con el relato acerca de mi esclarecedora intervención en los problemas de la primera clienta que tuve en cuestiones detectivescas, María Luisa Vermeulen Gómez, hija de holandés y española, de ahí su extraño apellido, pero debo primero hacer referencia a una aterradora noche por la que hemos atravesado Ella y yo y que, por desgracia, me hizo sospechar que sólo eran los preámbulos de lo que verdaderamente nos esperaba en Mallorca...«¡Dios quiera que sobrevivamos a estas demoníacas fuerzas que nos están manipulando con aviesas intenciones!»... pensé.

Por lo tanto, y a falta de un cuaderno o diario específico para este tipo de noches aterradoras, me veo obligado a introducirlo aquí. No creo que a María Luisa Vermeulen le importe mucho esta pequeña intromisión en su relato. También Watson se despachaba a gusto en el *Estudio en escarlata*, el primero de los relatos holmesianos, insertando una larguísima historia que transcurre nada más y nada menos que en la Norteamérica profunda, es decir, a más de seis mil kilómetros de Baker Street. Al menos, en mi caso, no me salgo ni siquiera de la provincia, ¡qué digo!, ni siquiera de mi pueblo.

Todo comenzó un viernes, cuando recibí en mi teléfono móvil, de última generación, uno de esos mensajes verdes que ahora están tan de moda, y en el que ciertos viejos amigos nos informaban que al día siguiente (es decir, el sábado) vendrían a nuestro pueblo para comer en un restaurante vegetariano del que tenían muy buenas referencias, lo cual me sorprendió tremendamente por dos motivos: uno, porque ya eran las 14:30 y estaba a punto de terminar mi jornada laboral sin que hubiese tenido ningún tipo de sorpresa durante toda la mañana, y dos, porque desconocía por completo la existencia de un restaurante vegetariano en el pueblo donde residimos Ella y yo. El mensaje terminaba invitándonos a unirnos a la comida, pero sin invitarnos a la comida, estaba claro que sólo a unirnos a ellos.

Al regresar a casa, tras la jornada laboral, y consultar con Ella el contenido del mensaje verde, decidimos contestar afirmativamente a la invitación, es decir, que optamos por sumarnos a la comida en el desconocido restaurante vegetariano. Sin embargo, ahora creo que tomamos la decisión equivocada o que, seguramente, actuamos dominados por extrañas fuerzas ocultas que empezaban a manejar nuestros destinos.

Ese aciago sábado, comenzó con lo que prometía ser una agradable mañana saturnina en la que debíamos recoger de la estafeta de Correos un nuevo teléfono móvil, de ultimísima generación, que a Ella le había encasquetado hacía algunos días una hábil vendedora murciana, durante una de esas asquerosas e impertinentes llamadas telefónicas en las que te intentan encasquetar de todo y a toda costa.

Después de recoger el paquete en Correos, nos dirigimos a nuestro hipermercado habitual (el de la figurita del Cid), para realizar la compra con la que restablecer nuestra mermada reserva de víveres. Sin embargo, lo atestado del establecimiento y la ansiedad por ver el nuevo aparato telefónico, despertó en nosotros un estado nervioso que no hizo otra cosa que crecer y crecer a lo largo del día, y sobre todo durante la comida con nuestros amigos, hasta convertirse en lo que, ya por la noche, se materializó en un interminable conjunto de alaridos emitidos en sueños por parte de Ella, y en una ingesta de ibuprofeno, de 400 miligramos, a las dos de la madrugada, por parte mía.

Tengo que reconocer, en honor a la verdad, que la ingesta de ibuprofeno por mi parte, no se debió a los alaridos emitidos por Ella en sueños, seguramente como consecuencia de una fuerte pesadilla que estaba sufriendo y de la que no podía sacarla por más empujones que le daba, sino que lo del ibuprofeno fue la natural consecuencia de haber estado tres horas seguidas, después de volver del restaurante vegetariano, intentando configurar el maldito nuevo teléfono que la vendedora

murciana nos había encasquetado.

Una vez calmado mi principio de migraña y terminados los alaridos de Ella, cuando el reloj digital mostraba en su pantallita que eran las 3 horas y diez minutos del incipiente día, comencé poco a poco a sentir una fuerte somnolencia, la cual dio paso a un sueño en el que me sumergía en unas curiosas aguas. Comenzaba a nadar tranquilamente, cuando, de repente, el nadar se convirtió en bucear y el bucear en volar. Entonces vi que volaba por un paisaje precioso y que abajo había un lago con un pescador de caña, dentro de una barquita. Decidí hacerle unas cuantas pasadas al pescador para asustarle, no sé con qué motivo. Efectivamente, el pescador se asustó y miró hacia arriba pero sin poder verme a mí, que seguía, como un fantasma, haciendo bruscas pasadas cerca de su cabeza. Por cierto, que el pescador estaba fumando en pipa. Hasta el momento, nunca la ingesta de un ibuprofeno me había provocado sueños alucinatorios de este tipo, por lo que descarto a dicha píldora como la causante de esta extraña experiencia onírica.

Al día siguiente, domingo, Ella seguía sin acordarse de qué era lo que le produjo esa espantosa noche de terroríficos gritos, gemidos y lamentos.

Como detective que ya me consideraba, me vi en la obligación de analizar de forma escrupulosa los sucesos acontecidos en las últimas 24 horas, o 48 si me remontaba al mensaje verde.

—¿Has soñado con algas? —le pregunté a Ella para intentar sacar alguna información de interés.

—Ya te he dicho que no me acuerdo de nada de lo que he soñado esta noche, y además ¿por qué tengo que haber soñado con algas?

—Pues porque ayer comiste aquellas asquerosas algas en el restaurante del pueblo.

—No eran asquerosas... a mí me gustaron mucho, y no veo por qué tengo que soñar con lo que comí, ¿acaso has soñado tú con calabacines? —me contestó con verdadera lógica aplastante.

Ante este vacío deductivo, sólo tuve una alternativa de peso, que fue llamar a los amigos con los que compartimos comida.

—¿Sí? —me dijo una suave voz al otro lado del auricular.

—Hola Paquita, ¿que tal estáis? —le pregunté de forma puramente convencional para seguir yendo poco a poco al centro de la cuestión—. Llamaba para deciros que ayer pasamos una velada estupenda con vosotros y para agradeceros el habernos descubierto ese agradable restaurante —continué de forma hipócrita en lo referente al restaurante que no así a su compañía, pero con la firme intención de avanzar con el interrogatorio hasta llegar a preguntarles que cómo habían pasado ellos la noche y si habían tenido terribles pesadillas.

—Nosotros también lo pasamos muy bien. Por cierto que sabemos de otros restaurantes vegetarianos en pueblos de los alrededores al vuestro, así que si queréis podemos quedar otro fin de semana para ver cómo están y si merecen la pena, porque le verdad es que últimamente...

—¿Oye, habéis tenido pesadillas esta noche? —tuve que preguntarle directamente, al ver que la conversación estaba tomando unos derroteros que para nada eran los derroteros que yo tenía previstos.

—¿Qué?

—Sí, hombre, que si habéis soñado cosas horribles, yo qué sé, con demonios o con asesinatos...cosas así —le especificqué para que no hubiera ya confusión alguna acerca de la información que yo necesitaba.

—¿Pero cuando? —me preguntó Paquita con cierto tono débil y casi tembloroso en su voz.

—Pues esta noche, ¡cuándo va a ser! —le contesté ya algo excitado, porque el que tenía que hacer las preguntas era yo y no ella, y porque ya estaba nervioso por conseguir la respuesta.

—No —respondió Paquita de la forma más lacónica y pusilánime.

—O sea, que habéis dormido como lirones, ¿no? —tuve que decirle para concretar ya de una vez por todas y no dejar flecos colgando.

—Pues, podemos decir que sí, pero... ¿por qué me preguntas estas cosas?

—No, por nada, era simple curiosidad...mira ahora mismo la olla a presión está

comenzando a pitar, así que te tengo que dejar no sea que explote —le respondí, inventándome la mejor excusa que pude encontrar en el momento y con la que evitar que Paquita retomara el tema de los restaurantes vegetarianos en los pueblos vecinos, algo sin duda muy interesante, pero que en ese momento no me importaba lo más mínimo.

Aparcadas, aunque no del todo, las posibles causas alucinógenas de las algas y / o los calabacines que ingerimos en ese restaurante, no tenía otra opción que empezar a pensar en las teleplastias de esa abominable casa isleña, donde inexorablemente parece que íbamos a tener que habitar durante tres semanas estivales. Pensé que las fotografías que Rosa y Francisco le enviaron al correo electrónico de Ella, y que a su vez me las reenvió al mío, estaban actuando de forma oculta sobre nuestras vidas. También pensé que esas teleplastias estaban por lo tanto introducidas en los ordenadores de nuestra vivienda, con lo que a esas alturas serían conscientes (las teleplastias) de nuestra intención de acudir a Mallorca para pasar veinte días.

Quizás lo mejor que podíamos hacer, por el momento, sería destruir esas fotografías, cosa que en mi caso era muy fácil...tan fácil como apretar el botón de mandar a la papelera el correo seleccionado, cosa que hice sin demora alguna. Acto seguido busqué en la papelera y eliminé del todo ese innombrable mensaje y sus documentos adjuntos...¡¡¡HECHO!!! Ahora sólo faltaba hacer lo mismo en el ordenador de Ella, pero cuando no estuviera en casa, para que no intercediera en su favor, es decir en favor de las fotografías, las cuales tenían que ser destruidas a toda costa.

\*\*\*

Retomando por fin el relato de María Luisa Vermeulen Gómez, y retomándolo justo a la salida del bar Prudencio, pero ya con la información suficiente como para iniciar mis pesquisas para desenmarañar toda aquella oscura situación que atormentaba a mi clienta, mi primera clienta (incluso mi primer cliente en el sentido general del término), es momento de dejar por escrito todo lo sucedido.

Pasaré a describir la conversación que mantuve con aquella distinguida mujer, para lo cual, y bien pensado, será entonces mejor volver a entrar en el bar Prudencio pero justo en el momento en que los gallegos se habían largado, prescindiendo esta vez de los otros concurrentes en el bar, que de todas forma se limitaban a Prudencio (permanentemente pegado a la barra, sin saber muy bien qué hacer) y su mujer, supuestamente escondida entre los vapores de la cocina.

—Pues usted me dirá señora —le dije a Vermeulen Gómez rompiendo no sólo el silencio establecido entre ella y yo, sino también la taza de café con leche que me habían servido, puesto que con los nervios todavía sin controlar le pegué un buen meneo y la tiré al suelo justo cuando separaba los brazos intentando expresar que todo mi ser se abría ante su dolor.

—Vaya por Dios, ya lo siento —comenté al aire, pero girando ligeramente la cabeza como para que Prudencio se diera por aludido. Y prudencio se dio por aludido, puesto que no tardó ni quince segundos en aparecer con una escoba y un recogedor para poner orden en aquel desaguisado.

No se preocupe...será por tazas —contestó amablemente Prudencio, algo que agradecí sobremanera puesto que así yo me podía eximir del terrible complejo de culpa que en esos momentos sufría, y concentrarme en el interrogatorio que toda buena investigación ha de tener.

—Pues usted me dirá señora —decidí repetir sin hacer esta vez aspavientos con las manos.

—Mire, resulta que estoy convencida de que mi marido se entiende con otra...¡qué digo con otra!, mucho peor, estoy convencida de que no para de entenderse con otras, cada semana con una diferente, incluso estoy pensando si no se estará yendo de putas...¡hay Dios mío, qué desgracia más grande! —y comenzó a sollozar.

—Bueno, bueno, no se preocupe, todo en esta vida tiene arreglo menos la muerte —le dije sin saber muy bien qué es lo que tenía que decir en momentos así, puesto que nunca me había visto en esa tesitura, dado que se trataba del primer cliente que solicitaba los auxilios de la empresa *Ramona Investigadora Privada*, pero que realmente es *Ramón y Asociados Investigación Privada*,

aunque no voy a repetir en este relato el porqué de la tergiversación. Tan sólo apuntar que, una vez más, volví a acordarme de todos los antepasados de mi amigo el señor Ruiz.

—Sí, claro, vaya consuelo, pensar en la muerte como la solución final a tus problemas —replicó Vermeulen demostrando no haber entendido nada en absoluto de mi frase hecha y traída por los pelos al momento.

—No, no quiero decir eso, sino que seguramente podremos encontrar una solución a su problema —continué para intentar arreglar el malentendido que se estaba produciendo entre la compungida señora y yo.

—Pero qué solución va a tener el que mi marido se vaya de putas, ¡a ver, dígamelo usted! —dijo la medio holandesa llorando a moco tendido, mientras Prudencio no dejaba de quitarnos ojo al mismo tiempo que simulaba lavar unos vasos en el fregadero situado detrás de la mugrienta barra.

—Es que quizás usted se equivoque y su marido no está requiriendo los trabajos de ninguna meretriz —expliqué pausadamente como para dar la sensación de experiencia en esos temas, es decir en los temas detectivescos y no, claro está, en los temas puteros.

—Ya, y entonces por qué cada jueves aparece tan tarde, por la noche y con aspecto cansado, ah y oliendo a perfume que, por cierto, cada semana el olor es de un mejunje o colonia diferente, que de eso las mujeres entendemos mucho —dijo tirando de pañuelo para intentar sonarse la nariz, cosa que no llegó a realizar puesto que prefirió continuar con el destilado nasal que le producía aquella actitud plañidera—. ¡Hay Dios mío!, ¿pero por qué me pasan a mí estas cosas?

—Bueno dígame... ¿y siempre se va de putas, es decir, siempre cree usted que se va de putas, los jueves y únicamente los jueves? —le pregunté a la medio española, sacando una libreta del bolsillo y preparándome para tomar las notas que todo buen detective debe tomar, y así poder luego elaborar la teoría oportuna con la que desenmascarar el entuerto.

—Sí, sólo vuelve en esas condiciones los jueves. El resto de la semana regresa a la hora normal del trabajo y tan contento, pero los jueves es que llega hecho un guiñapo, no quiero ni pensar lo que puede hacer con esas guarras. Yo lo que quiero es que me consiga usted una fotos de ese mal nacido echado encima de cualquier pelandusca, para que así pueda yo pedirle el divorcio y, por supuesto, la casa.

—Bueno, bueno, no adelantemos acontecimientos, por favor, señora, así que le ruego que se tranquilice y llevemos este asunto de la forma más profesional posible. Usted déjeme a mí hacer y por favor vuelva a su casa como si no sospechara nada en absoluto, sin adoptar ningún tipo de variación en su comportamiento, no sea que entonces él sospeche que usted sospecha algo y cambie a su vez el comportamiento, con lo cual con todos los comportamientos cambiados me sería imposible llegar a ninguna conclusión resolutive.

—¿Eh?

—No... que por favor siga su vida como si nada ocurriera —le dije resumiendo lo anterior para mejor comprensión por su parte—. Por ahora únicamente necesito que me especifique el lugar de trabajo de su marido, así como el horario ordinario y el extraordinario, es decir, el de los jueves.

La señora Vermeulen Gómez me detalló con la máxima precisión que pudo, entre sonar de mocos y sonar de mocos, todo lo que le acababa de solicitar, y le pedí un teléfono donde pudiera localizarla para un nuevo encuentro en cuestión de un par de semanas. Ah...y una foto del marido, cosa que, afortunadamente, me facilitó en el momento sacando una que llevaba en la cartera.

\*\*\*

No me fue difícil localizar al supuesto marido infiel saliendo del trabajo y encaminándose a su casa, lo cual, tratándose del horario ordinario y en un día también ordinario, no me aportó información alguna de interés o, al menos, que pudiéramos calificar como significativa. Tuve que esperar al primer jueves que apareció en la semana, para seguirlo disimuladamente entre las callejuelas que conforman el casco antiguo de la ciudad, y averiguar el motivo que causaba ese

horario extraordinario, así como su llegada al hogar ya en horas nocturnas y en un estado lamentable.

—Oye, esta tarde me han encasquetado una visita guiada, con un grupo de cubanos disidentes que tienen el capricho de ver la maldita catedral cuando esté iluminada, así que no sé cuándo volveré —le tuve que explicar a Ella, para que no se preocupase debido a mi anormal regreso a tales horas ya que, habitualmente, es decir siempre, llego a nuestro hogar entre las 15:20 y las 15:30, dependiendo del tráfico de la jornada—. ¡Al menos me pagan como horas extras! —añadí para que pensara que valía la pena el esfuerzo, imaginando yo que la mentira no era tanta puesto que debido a esta investigación sacaría un dinero añadido a mi sueldo habitual.

—Vale, no te preocupes, yo no tengo que ir a ningún sitio así que estaré en casa.

Todo trascurrió sin percances. Esa mañana yo tuve una jornada laboral sin grupos a los que guiar y me dediqué a organizar el material divulgativo que ofrecemos a los turistas, con ayuda de mi compañera Jacinta, con la que ya llevo ocho años compartiendo trabajo.

Debido a que el supuesto infiel, de nombre Teodoro, tenía jornada partida, me vi obligado a esperar hasta las 18 horas, momento en el que, cada día, salía de la oficina para dirigirse a su casa, exceptuando claro está cuando se veía sometido al horario extraordinario, es decir los jueves... ¡y en jueves estábamos! No me quedó más remedio que hacer tiempo y dirigirme con el coche a un bar donde ponen los mejores bocadillos de tortilla con queso de la ciudad, bar que conocemos por encontrarse justo al lado del comercio donde adquirimos el pienso para nuestra querida perra Ramona. Me comí con verdadera fruición el bocadillo, acompañado de una extraordinaria cerveza, y luego compré pienso para Ramona, a pesar de que todavía no se le había acabado el saco anterior, pero de esta manera ganaría unos cuantos minutos más en la larga espera. Hecho esto, volví a dirigirme al centro de la ciudad y aparqué el coche en el reservado que tenemos para los trabajadores de nuestra empresa turística. Me fui a ver librerías (sin intención, por supuesto, de comprar libro alguno) y a eso de las 17:30 puse dirección hacia el lugar de trabajo de Teodoro, consistente ese trabajo en llevar la contabilidad de una empresa pequeña de alquiler de coches y bicicletas para los turistas.

Teodoro fue puntualísimo. Salió como seguramente debe de salir siempre, con la cabeza inclinada hacia abajo y las manos metidas en los bolsillos de su gabardina. Avanzó unos metros por la calle donde reside su empresa, pero a los cinco minutos giró a la izquierda, para más tarde girar a la derecha y luego otra vez a la izquierda, momento en el que yo ya no sabía muy bien dónde estaba, puesto que esas callejuelas se salen del recorrido habitual por donde guío a los grupos de visitantes. Aquello comenzaba a tener aspecto de barriada sórdida y quizás no muy segura. No me hacía mucha gracia contemplar lo que estaba contemplando, y ya estaba prácticamente convencido de que la pobre señora Vermeulen Gómez, haciendo un extraordinario uso de su intuición femenina, estaba completamente acertada con respecto a las deplorables actividades de su marido los jueves por la tarde.

Y efectivamente, dos o tres calles más y pude ver cómo el asqueroso de Teodoro entraba en un portal de mala muerte, donde no podría hacer otra cosa sino desahogar sus más bajas y viciosas pasiones. Esperé siete minutos y decidí entrar yo también en ese decadente vestíbulo de donde arrancaban unas no menos decadentes escaleras. Se oía una música procedente, sin duda, de uno de los pisos superiores. El edificio carecía de ascensor, cosa que me pareció normal por tratarse de un lugar dedicado a esos lujuriosos menesteres. Ahora la duda estaba en intentar averiguar cuál de los pisos era el degenerado destino del putero Teodoro.

—Hola, buenas tardes —les dije, manteniendo las más elementales normas de educación, a una parejita que bajaba riéndose y con la que no tuve otro remedio que cruzarme en pleno rellano de la entreplanta.

—Hola, ja ja ja —contestaron de forma no tan educada como lo había hecho yo, puesto que nadie debe reírse al contestar el saludo de un desconocido, ya que el desconocido puede darse por aludido y pensar que se están riendo de él, tal y como me sucedió a mí en ese momento y en ese

sórdido rellano.

Miré detenida pero nerviosamente las dos puertas que había en ese entresuelo, pero decidí continuar mi ascensión hacia los pisos superiores, ante la firme convención de que Teodoro no se había introducido en ninguna de ellas, todo gracias a haber colocado previamente mi cerebro en modo intuitivo-deductivo. Ahora soy consciente de que si en esos días me hubiera iniciado ya en el arte de la radiestesia, podría haber sacado mi querido péndulo y haber ido puerta por puerta hasta que me contestara afirmativamente a la pregunta: ¿se ha metido aquí Teodoro?

Pero por entonces sólo disponía como herramienta detectivesca de mi fantástico método basado en la colocación del cerebro en modo intuitivo-deductivo, algo de lo que me considero autor y de lo que estoy verdaderamente orgulloso.

Llegué a la primera planta, pero mi cerebro me dijo que tampoco allí se encontraba el sospechoso, ni en el 1º A, ni en el 1º B. Por otro lado, la música iba escuchándose cada vez con más intensidad, y creí coherente pensar que esas tonadillas estarían ambientando los oscuros rincones del lupanar que sin duda habían instalado en esa miserable finca.

Así pues, decidí subir directamente a la tercera planta y llamar a la puerta de donde procedían aquellas pegadizas melodías, sin saber muy bien a lo que me iba a enfrentar ni lo que debería hacer en caso de que una de aquellas rameritas me ofreciera sus servicios.

—Hola Caballero, buenas tardes, ¿viene usted para aprender? —me dijo la que sin duda debía ser la madama del local, dado su aspecto regordete y pintarrajeado. En ese instante me sentí ofendido, al insinuar esa especie de Mesalina de todo a 100, que yo me encontraba ahí para recibir lecciones en las artes amatorias. Eso me hizo pensar que mi aspecto delataba, para esa furcia sudorosa, bisoñez en dichas artes.

—Hombre, yo en principio sólo había venido para echar un vistazo —le contesté un poco azaroso al mismo tiempo que intentaba escudriñar, por encima de su voluminoso hombro, en el interior del habitáculo, para ver si distinguía a Teodoro.

—Ah, vale, es usted de los tímidos, no se preocupe, todos dicen lo mismo —me contestó la esperpéntica cortesana, mientras se echaba a un lado como para indicarme que ya tenía la autorización para entrar en ese santuario de la depravación.

Una vez dentro las gafas se me empañaron al instante, debido al calor humano que allí se respiraba, pero a pesar de todo pude distinguir a Teodoro bailando con una mujer delgada y espigada que, sin duda, y a tenor de su figura ciertamente esbelta y distinguida, debía tratarse de una de las profesionales más caras del local.

—¡Pero por Dios quítese la ropa, que así no va a poder hacer nada! —tuvo la desfachatez de proponerme aquella zorra, maquillada sólo con los colores primarios, a la que no tenía la más mínima intención de obedecer, no fuera que al desprenderme de mi abrigo me encontrase más propenso a contagiarme de cualquiera de las enfermedades venéreas que seguramente pululaban a sus anchas en aquella espaciosa sala, y no digamos en las pequeñas habitaciones que, por descontado, debían de situarse a lo largo de un pasillo que podía distinguirse en uno de los laterales del salón.

—No, muchas gracias, pero prefiero dejarme puesta mi prenda de abrigo, porque padezco de una fuerte Tiroiditis de Hashimoto que me provoca gran sensibilidad al frío —le contesté acordándome en ese momento de esa extraña enfermedad, que por supuesto nunca he padecido, pero que me venía al pelo para no tener que desnudarme en ningún momento, pasase lo que pasase.

—Ah..., bueno..., pues intentaremos hacerlo así —me dijo toda compungida, y con cara de merluza al horno, la meretriz en jefe de esa mancebía.

A pesar del vaho acumulado en los cristales de mis gafas, puede tantear una silla que estaba pegada a la pared, junto con unas cuantas más. Así que allí me senté y allá estaba Teodoro, baila que te baila con la que aparentaba ser la fulana más selecta. Era pues el momento de comenzar a realizar un buen reportaje fotográfico con el que luego demostrar a su pobre esposa, la distinguida y entrañable señora Vermeulen Gómez, las deleznable actividades a las que se entregaba el vicioso

de su marido, los jueves por la tarde de cada semana.

—¡Cambio de tercio! —gritó repentinamente la madama, justo cuando se había terminado la musiquilla anterior y reinaba el más absoluto silencio, sólo interrumpido por el jadear de aquellas parejas sudorosas, que seguramente lo único en lo que pensaban era en calentar sus cuerpos hasta llegar al punto exacto en el que echar a correr a las habitaciones donde perpetrar el ignominioso acto—. ¡Ahora un vals tranquilo! —prosiguió aquella tratante de cuerpos y bajos deseos, dirigiéndome la mirada y acercándose a mi silla de forma descarada.

—¡Venga hombre!, lo mejor es que comience conmigo para dar sus primeros pasos en este arte —tuvo la desvergüenza de decirme aquella bruja, mientras me agarraba una mano y tiraba de mí hacia el centro de la sala, momento en el que comenzaba a sonar un vals que disparó un resorte por el que el resto de parejas se pusieron a dar vueltas como si alguien les hubiera dado cuerda.

—Un, dos, tres, un, dos, tres, ¡cuente con su cabeza!, un, dos, tres, un, dos, tres, ¡pero muévase por lo que más quiera! —gritaba la gran puta, al mismo tiempo que me hacía girar aplicando un extraño par de fuerzas, consistente en cogerme la mano derecha con la suya, elevarlas hacia lo alto y simultáneamente, con su mano izquierda, tirar de mi espalda hacia dentro del eje imaginario establecido entre su figura y la mía, lo cual, al menos, me dejaba una mano libre (mi mano izquierda), para poder proceder al reportaje fotográfico.

—¿Pero se puede saber qué demonios hace usted con ese teléfono? —me gritó la muy zorra, justo en el momento en el que simulaba hacerme una auto-foto pero con el firme propósito de enfocar a Teodoro, dado que nos encontrábamos casi rozando nuestras espaldas.

—Pues es que quiero dejar constancia de este momento, que para mí es muy importante —le contesté a la regente del negocio.

—¡Hay!... ¡que me ha dejado ciega con el flash, caray! y deje ya el telefonito ese que no para usted de pisarme.

—Huy, perdón, parece que no había colocado mi teléfono en modo auto-foto. Lo siento— me excusé mientras procedía, girando y girando sobre mí mismo, a poner la cámara del teléfono en disposición de auto-fotografiarme, pero con la verdadera intención de fotografiar a Teodoro con las manos en la masa.

Afortunadamente conseguí disparar la cámara unas cuantas veces pero, desafortunadamente, entre el deslumbrar de los flashes y las vueltas del vals, todo mi ser interno sufrió un profundo y serio desvarío.

—¡¡Por favor, ¿el baño?!! —le pregunté completamente desencajado, y ciego, a la dueña del burdel, mientras intentaba soltarme de sus manos y dejar de dar vueltas al son de aquel repugnante y lujurioso vals.

—Pues al fondo del pasillo... ¿pero se encuentra usted bien?... está blanco como la leche —oí que me decía la oficiante de aquel aquelarre, mientras yo me abría paso a topetazo limpio contra las parejas que seguían con su ritual satánico, hacia donde mi memoria espacial me decía que se encontraba el misterioso pasillo.

Una vez en el pasillo, y con la vista algo recuperada, era perentorio encontrar el baño antes de que el vómito tomara la delantera en esa carrera hacia el desahogo. Afortunadamente la primera puerta, y al parecer única, era la del deseado cuarto de baño.

Diez minutos más tarde, y ahora con un pasodoble de fondo, pude reaparecer en aquella desenfrenada reunión de adoradores del macho cabrío, en un estado bastante lamentable y después de haber regurgitado lo que imaginé que serían los restos digestivos del fantástico bocadillo de tortilla con queso, ingerido unas horas antes.

—¡Dios bendito, qué mala cara trae usted!... ¡siéntese, ande, siéntese y mire cómo lo hacen las demás parejas —insistía aquella mal nacida, imbuida de insaciables instintos lascivos, a pesar de verme en un estado físico, y psíquico, con el que difícilmente podría entregarme yo a ningún devaneo erótico, en el caso impensable de estar dispuesto a dicho devaneo.



Sin darle ni siquiera las gracias por el ofrecimiento, pues creí que una mujer así no se las merecía, procedí a sentarme en otra de aquellas sillas que estaban pegadas a una de las paredes, como para que las personas inexpertas, o los *voyeurs*, se dedicaran a la contemplación de los allí congregados. Sin embargo, sólo por la satisfacción de haber podido fotografiar al mal bicho de Teodoro y poder así conseguir que su mujer se divorciase de él y le dejase sin casa y, si fuera posible, despojado también del coche, bici o cualquier otra pertenencia de su agrado, ya era para mí una gran satisfacción y compensaba todo aquel martirio por el que estaba atravesando.

Yo no pensaba abandonar aquel antro hasta ver qué es lo que hacía mi sospechoso, una vez alcanzado el momento en el que entregarse a los menesteres dionisiacos, pero ese momento no llegaba ni a tiros, y ya hacía tres horas que estaba sentado en aquel potro de tortura camuflado de silla escuchando la obsesiva e infecta música, que no dejaba de sonar para que nadie se parara ni un minuto. Toda esa danza enfermiza provocaba la sudoración, por otro lado excesiva, de los participantes, con lo que la temperatura en el habitáculo iba subiendo y subiendo, así como el olor a humanidad, algo que mi persona debía soportar estoicamente, ya que en ningún momento estaba dispuesto a despojarme de mi querido y protector abrigo.

—Está usted congestionado. Si no se quita el abrigo le va a dar algo, por mucha tiroditis esa que tenga —me espetó la primera bacante (que no vacante), pero sin ninguna intención esta vez de hacerme salir al ruedo, algo que, tengo que reconocer, le agradecí sobremanera.

Gracias a Dios, una vez terminado un endiablado Fox Trot, Teodoro consultó el reloj de su muñeca izquierda y decidió ir al perchero que había junto a la puerta de entrada para recoger su ropa de abrigo con la intención de salir de allí, algo que me sacó del adormecimiento en el que había caído (dejé de contar las cabezadas que estaba dando, una vez que alcancé la número veinte), provocando en mi ser una reacción en cadena que podría resumirse como sigue:

Levanté la cabeza, salté del asiento, observé a Teodoro, me dirigí yo también al perchero, vi cómo Teodoro se despedía de la madama y se dirigía a la puerta de entrada, me despedí yo también de la madama y me dirigí igualmente a la puerta de entrada pero un grito me frenó en seco...

—¡Oiga que son 30 €! —me gritó la vieja bruja, y puta, justo cuando estaba a punto de cruzar el umbral de la salida al exterior.

Le di los 30 €, salí por la puerta de entrada y / o salida y la cerré. Una vez en el rellano, escuché los pasos de Teodoro bajando por las escaleras de la finca, me lancé corriendo en su persecución, me tropecé varias veces y casi me rompo la crisma, logré alcanzarle justo en el vestíbulo de entrada cuando ya estaba cruzando (me refiero a Teodoro) la puerta principal de ese sanctasanctorum del sexo venal.

—¡Vaya, cómo sale uno de ahí! —le espeté al impresentable de Teodoro, utilizando deliberadamente una expresión que podía entenderse de muchas maneras, al mismo tiempo que sospechaba que si al final no se había metido en ninguna habitación con su fulana de lujo es porque, o no había más habitaciones, o porque le debía parecer el precio muy caro y sólo pagó para que la meretriz de figura distinguida se dedicara a susurrarle cochinas al oído, mientras estaban dándole al meneo corporal, en el sentido bailarín de la expresión.

—Y que lo diga, puff, lo que tiene que hacer uno por amor —me respondió el muy asqueroso.

—¡Hombre, yo no lo llamaría amor precisamente! —le repliqué, sin poder contenerme la lengua ante tamaña afrenta al amor puro y verdadero.

—Pues usted me dirá cómo llamarle a esto —comenzó Teodoro a explicarme, mientras torcíamos por unas y otras calles, camino de su casa, pero no del lugar donde yo tenía aparcado mi coche—. Resulta que el mes que viene mi mujer y yo cumplimos nuestras bodas de plata, ¡veinticinco años casados!, y su sueño siempre ha sido ir de crucero por el Mediterráneo, así que le voy a dar la sorpresa de irnos este verano de crucero, pero en esos chismes creo que hacen fiestas y bailes y todo tipo de cosas, y como yo no sé bailar, pero ella sí, pues he decidido tomar unas clases para que el regalo sea completo.

Ni qué decir tiene que en ese preciso momento Teodoro pasó de ser el acólito de Lucifer repugnante y depravado que estaba siendo hasta ese momento, para transformarse en Teodoro santo y mártir.

—Entonces, ese lugar de donde salimos ¿era una escuela de baile? —le interrogué para no tener ninguna duda a la hora de hacer el pertinente informe para la señora Vermeulen Gómez.

—Pues claro...¿qué se pensaba usted que era?

—No, no, no me mal interprete, yo sólo albergaba la duda de si era una escuela o un club de baile.

—Pues lo pone bien claro en el letrero que cuelga del balcón, *Escuela de baile Ginfred*, ya sabe... Ginfred, una mezcla de Fred Astaire y Ginger Rogers.

—Claro, claro, bueno pues buenas noches y que lo pase usted bien en el crucero con su señora —le respondí al bueno de Teodoro, al mismo tiempo que daba media vuelta y volvía al edificio donde se encontraba esa escuela para hacerle una foto al maldito letrero que yo no había visto, pero que sería la prueba concluyente para doña María Luisa Vermeulen.

—Bueno, pero nos volveremos a ver allí, ¿no? —me gritó desde ya cierta distancia mi ahora apreciado colega de baile.

—Hombre claro —decidí contestarle, aún sabiendo que yo no volvería a pisar ese antro por nada del mundo...ni siquiera por amor.

Esa misma noche al regresar a casa, sufrí en mis propias carnes el malentendido que estaba sufriendo aquel extraordinario ser llamado Teodoro.

—Hola ya he vuelto —les dije a Ramona y a Ella, bueno, mejor dicho a Ella y a Ramona, justo en el momento de entrar en casa a eso de las 21:45 horas de la noche.

—Hola, ¿qué tal, cómo te ha dio la visita nocturna esa a la catedral? —me preguntaba Ella cariñosa mientras me daba el consabido abrazo y beso de bienvenida al hogar—. Oye...pero si apestas a perfume barato —continuó, pero esta vez ya sin abrazo alguno de por medio y con cierta cara de molusco en sus facciones.

—Ah...claro, debe ser por culpa de la pesada de doña Evelin, que se me abrazó como loca cuando comenté, no recuerdo por qué, que este verano íbamos a ir tú y yo a Mallorca, y resulta que sus abuelos eran de Sóller. Y luego, al despedirnos, otra vez se me abrazó y me dijo que fuéramos al puerto de Sóller, que sus abuelos no paraban de hablar en Cuba de ese lugar, y que para ella es como su segunda patria.

—Caray, pues vaya perfume que usa la tal Evelin —exclamó ahora con una sonrisa en la boca, pero con los moluscos faciales ya completamente abiertos y filtrando el agradable cariño del ambiente.

—La verdad es que casi me produjo arcadas, no sé que tipo de colonia usará la buena mujer —pude improvisar mientras me acordaba de aquella señora de la que ni siquiera llegué a saber el nombre y de la que tomé por lo que no era, pero a la que estuve sujeto mientras girábamos en un *perpetuum mobile* que me hizo recordar en algún momento aquel célebre palíndromo latino: *in girum imus nocte et consumimur igni*. También me acordé de mis arcadas, las verdaderas, las que dieron al traste con el delicioso bocadillo de tortilla con queso.

\*\*\*

El resto de este curioso caso no merece mucho detenimiento. Al día siguiente de mi aparición en la escuela Ginfred, me puse en contacto con doña María Luisa y la cité para mostrarle mi reportaje fotográfico, así como para explicarle la verdad del asunto y lo equivocada que estaba con sus sospechas. Tampoco desperdicié la ocasión para hacerle ver lo afortunada que era por tener un marido como Teodoro. La señora Vermeulen no paraba de llorar, debido a la emoción que le había causado lo del crucero por el Mediterráneo. Afortunadamente tuve la precaución de no citarla otra vez en el bar Prudencio, ya que si me hubieran vuelto a ver acompañado de esa mujer y de

nuevo con un ataque de llantina por su parte, quizás hubieran sospechado cosas que no tendrían por qué sospechar.

Puede que sólo merezca la pena recordar un pequeño comentario que me hizo la medio holandesa, o medio española (según se mire su medio origen).

—Pero si aquí sólo sale usted con los ojos cerrados, y en estas otras está tan borroso que no se puede distinguir nada —me dijo la señora Gómez mirando las fotografías almacenadas en mi teléfono móvil, demostrando cierta decepción en su estado de ánimo.

—Hombre, tiene que tener en cuenta lo difícil que resulta hacer un reportaje fotográfico en pleno campo de batalla...pero si se fija bien, esa mancha que hay al fondo es su marido.

Sólo me queda añadir a este relato detectivesco, a diferencia de Watson que nunca lo hizo con los suyos, los honorarios correspondientes por la feliz resolución de ese difícil asunto.

Por gastos durante la investigación (en la Escuela de Baile Ginfred) ..... 30 €

Por minuta correspondiente a los días empleados ..... 70 €

—¿Y el descuento por ser la cliente nonagésima? —me preguntó la harpía de la señora Vermeulen, recordando mi ofrecimiento el día que se puso en contacto conmigo.

—Sí, claro, es que ahora mismo no lo recordaba. Pues en ese caso deme lo gastado durante la investigación, es decir los 30 €, y lo daremos por zanjado —se me ocurrió improvisar, pensando que más valía dejar contenta a mi primer cliente, que no faltar a una promesa y que luego esa tacaña fuera soltando maledicencias acerca de mi empresa detectivesca. Porque si era capaz de pensar esas atrocidades de su pobre marido, qué no sería capaz de proclamar a los cuatro vientos sobre el detective Ramona (tal y como ella se piensa que me llamo profesionalmente).

La verdad es que no estaba en condiciones de abrir el cuaderno oportuno para introducir mis anotaciones, también oportunas, mientras Ella curioseaba, con indumentaria veraniega, por el jardín de esta endemoniada casa, junto a la piscina (seguramente también endemoniada). Mi intención, sin embargo, era la de intentar bosquejar los primeros apuntes sobre, lo que estaba seguro que sería, uno de los más importantes casos en mi carrera como investigador privado, que no era otro que el de dilucidar y eliminar los poderes ocultos que se escondían entre estos viejos muros, y más que viejos, puesto que la casa supera los cien años de antigüedad.

—Cariño, me voy a poner el bañador para tomar un poco el sol junto a la piscina...¿quieres venir? —me había dicho Ella hacía cosa de media hora, ataviada únicamente con un maillot negro y portando una gran toalla de baño en el brazo izquierdo, como portan los toreros su capote justo en el momento de salir al innoble ruedo donde torturarán y sacrificarán a varios morlacos inocentes.

—No gracias, no estoy dispuesto a volver de vacaciones con un carcinoma encima, o peor aún, con un melanoma —le contesté desde la mesa escritorio donde había depositado mi pequeño ordenador tipo *notebook*, que me llevé, para poder trabajar durante esas vacaciones en mi nuevo caso detectivesco, ya que me parecía bastante indiscreto pedirles las contraseñas de sus ordenadores a los amigos mallorquines. Y, aunque primero anotaba todo a mano en el cuaderno correspondiente, con bolígrafo de tinta negra, era luego, en el ordenador, cuando le daba forma verdadera de investigación argumentada, dejando entonces de ser puras anotaciones. De todas formas lo que sí les pedimos a nuestros amigos, y dueños de aquella casa, fue la clave del wi-fi, la cual no dejaré aquí anotada no sea que algún pirata informático la copie y haga un uso delictivo con ella, en caso de irse de vacaciones a Mallorca para realizar actividades informáticas ilícitas.

—¡Caray!, no digas tonterías...hay que ver qué exagerado eres, además, para eso están los protectores solares —exclamó, pero dando por zanjado el asunto ya que, mientras decía eso, abrió al mismo tiempo la puerta que comunica la cocina con el jardín de la casa, y salió fuera—. ¡Y alegre esa cara, que parece que has venido al infierno, hombre!— remató, sin saber que para mí ese lugar era precisamente lo más parecido al infierno, por dos motivos principales: uno, el insoportable calor húmedo y reconcentrado que hacía, y otro, los diabólicos seres que estaba seguro nos observan desde dimensiones no muy lejanas y que no estarían dispuestos a abandonar esa morada, al menos por el momento.

Sin embargo, las secuelas del viaje emprendido desde nuestra residencia habitual hasta la estival (que nada tuvo que envidiar al que realizaron Geord Sand y Frederic Chopin, junto con los hijos de aquella, metidos todos en la bodega del vapor *Mallorquín*, y rodeados de un montón de cerdos, cuando regresaron de la isla camino de Barcelona y de allí a Marsella), todavía me estaban impidiendo concentrarme en la investigación, tal y como mandan los cánones de todo buen investigador.

Así que antes de centrarme en los temas puramente específicos de mis pesquisas, creí conveniente anotar los datos más significativos relativos al deplorable viaje que nos llevó hasta allí. Y la forma más descriptiva de reflejar aquella singladura, sería la de hacer aquí un corta y pega de las anotaciones transcritas en mi cuaderno titulado *Un verano en Mallorca*, que no es otra cosa que mi diario de viaje al que había decidido titularlo así en honor al famosísimo libro de la Sand. El motivo de mis primeras 24 horas privadas de sueño fue, como digo, el viaje en barco, pero las otras 24 horas siguientes fueron aún peores, puesto que al instalarnos en el dormitorio de los dueños de la casa, pude ver con mis propios ojos lo que ya había podido ver a través de la pantalla de mi ordenador, días antes de emprender el terrible viaje, es decir: ¡¡las terroríficas teleplastias!! Y es que aquel dormitorio era el escenario de esas espeluznantes y demoníacas caras estampadas en la pared, justo enfrente de la cama, de manera que no pude pegar ojo en toda la noche al pensar que esos

seres del ultramundo estaban ahí, en la habitación, contemplándonos a Ella y a mí, metidos en la cama, y esperando seguramente a asaltarnos para hacer con nosotros a saber qué cosas.

Pero vayamos por partes, y comencemos por orden cronológico a analizar esas primeras horas de unas vacaciones que se suponían diseñadas para el descanso y esparcimiento, pero que por el momento sólo eran comparables a las primeras horas de aquellos pobres capturados por las autoridades inquisitoriales para someterlos inmediatamente a tortura, y lo que era peor aún, a la posterior pira sacrificial.

Extracto del diario de viaje titulado *Un verano en Mallorca*:

*10 de julio; 23 horas.*

*He podido pasar desapercibido para los marineros de este inmenso barco, y así quedarme dentro de nuestro coche acompañando a Ramona, ya que en ningún momento estábamos dispuestos a encerrar a nuestra pobre perra en una de esas asquerosas jaulas donde se supone que deben viajar los perros. Por su parte, Ella ha subido al camarote que teníamos reservado, a un precio astronómico, dicha sea la verdad, para pasar lo mejor que pueda esta travesía nocturna. Permaneceremos en contacto a través del teléfono móvil, siempre que haya cobertura y siempre que Ella no esté dormida, claro está. Parece que el barco comienza a moverse. Gracias a Dios que empieza la cuenta atrás de esta tortura. Al menos Ramona parece que no sabe muy bien dónde está, y ronca plácidamente en el asiento de atrás de nuestro coche, mientras yo intento estirar algo las piernas en el asiento del conductor. No me atrevo a encender el CD del aparato de radio y escuchar algo de Rameau para tranquilizarme, puesto que eso podría alertar a cualquier marinero que pase por aquí (he de especificar que está terminantemente prohibido quedarse dentro de los coches), o todavía peor, dejar sin batería al coche y luego no poder salir de este sarcófago marino.*

*Marco en mi teléfono el número de Ella, para ver cómo se encuentra. Me dice que ya estaba dormida y que hasta mañana.*

*11 de julio; 2 horas*

*Después de tres horas aquí encerrado y en la más absoluta oscuridad, mis nervios comienzan a derrumbarse. Por otro lado el calor ya está haciendo mella en la pobre Ramona, que jadea como si hubiera corrido la San Silvestre de Madrid. Yo tampoco soy ajeno a la altísima temperatura que padecemos, lo que pasa es que no jadeo y me limito a sudar de manera enfermiza por todas las partes de mi cuerpo, incluido el cuero cabelludo. Menos mal que ya venía preparado para esta contingencia y traigo un pequeño ventilador portátil que se puede conectar al encendedor del coche y cuyo consumo, según me ha comentado un amigo que entiende de estas cosas, es mínimo y no afectaría para nada a la batería del coche, incluso teniéndolo toda la noche ventilando.*

*11 de julio; 3 horas*

*El ventilador ha rebajado algo el sofocante ambiente que respiramos Ramona y yo en esta tumba con ruedas. Pienso que me han introducido en una especie de matrioska de la muerte, es decir un ataúd dentro de otro ataúd y este a su vez dentro de otro y así... Pienso que me da igual si mañana no puedo sacar el coche y que ya me remolcará alguno de los enormes camiones que han embarcado en este cementerio flotante. Es el momento de poner un CD en el aparato de radio. Me importa un pimiento si lo oye algún marinero. Pienso que si Ramona y yo morimos aquí dentro, mejor será que lo hagamos escuchado alguna música que nos ayude a realizar el tránsito hacia el más allá. He decidido no elegir a Rameau. Pienso que Rameau está muy bien para muchas cosas*

*pero no para escuchar durante el tránsito hacia el Hades. Creo que lo mejor será escuchar la 5ª sinfonía de Schubert, de la que llevo precisamente una grabación en el coche.*

*11 de julio; 5'30 horas.*

*Gracias a Schubert he podido pegar una cabezada, y Ramona también. Afortunadamente traía conmigo varias botellas de agua de litro y medio, de las que Ramona se ha bebido dos y yo otra más. El problema que tenemos ahora mi perra y yo es el de la imperiosa necesidad de miccionar. Pienso que yo puedo hacer de menores dentro de una de las botellas vacías de litro y medio que Ramona ha ingerido. Pienso que, de todas formas, como el coche está empapado de agua, debido a que no es muy fácil dar de beber a Ramona a morro (única forma en la que está dispuesta a beber), y que por lo tanto una buena cantidad de líquido ha ido a parar al asiento y al suelo de nuestro Dacia, tampoco se notaría mucho si procedemos a aliviar nuestras vejigas aquí mismo. En cualquier caso, por adecuadas medidas higiénicas, creo que será mejor pensar en otra idea. Tomo la decisión de dejar que Ramona siga aguantándose el contenido de su vejiga urinaria, pero comienzo a elaborar un plan con el que poder yo llevar a cabo el alivio de la mía.*

*11 de julio; 6 horas.*

*Ante la imposibilidad en la que me encontraba para poder miccionar fuera del vehículo, por miedo a que algún marinero inoportuno apareciera justo en el momento de la micción y me denunciara por llevar a cabo un acto incívico de esas características, me he visto en la obligación física de aliviar mi reventona vejiga en una de esas botellas vacías mientras al mismo tiempo permanecía sentado en el asiento del conductor de nuestro coche. Después del ensayo de varias posturas con las que realizar el desalojo del molesto fluido he decidido que, de entre todas las ensayadas, la mejor sería “la del conductor”, es decir esa en la que parece que estoy conduciendo el coche pero con solo una mano al volante, mientras con la otra se lleva a buen puerto la acción iniciada.*

*Sin embargo, anoto ahora en este cuaderno, ayudado de una pequeña luz tipo led portátil, y de forma precipitada para que no se me olvide lo acontecido, que dada la hora que es, justo en el momento en que mi uretra estaba dejando escapar todo el contenido urinario en el interior de una de esas botellas de agua mineral consumidas (aunque no sé si esa concretamente fue consumida por Ramona o por mi), oí las voces de unos supuestos marineros que al parecer bajaban a la bodega para comenzar a preparar el desembarque de los vehículos, momento en el que el susto y los nervios han provocado que no fuera consciente del importante proceso al que me estaba entregando en cuerpo y alma, primando en esos instantes el acto de esconderme de los extemporáneos grumetes. Ahora, todavía dentro del coche, pero refugiado en postura casi fetal sobre el asiento, me he percatado de lo precipitado de dicha acción y de las molestas y húmedas consecuencias que han tenido en mis pantalones, al no haber terminado aquella delicada operación aliviadora de la forma en que estaba previsto que terminara, sino de manera muy diferente. Creo que, afortunadamente, nadie tendrá que contemplar esta vergonzante mancha, o mejor dicho manchón, ya que para nada pienso salir del coche.*

*Ramona se intriga por mi postura fetal y comienza a ladrar. Tengo que gritarla en susurros para que se calle de una vez, pero Ramona no se calla y salta al asiento del conductor para olerme y preguntarme a su manera que qué demonios estoy haciendo. Tengo que proceder a acariciarle la barriga para que deje de ladrar, por lo que me veo en la obligación de cortar mis anotaciones en el diario de viaje.*

*11 de julio; 6 horas 20 minutos.*

*Afortunadamente con el estruendo que están montando esos marineros de las narices no han debido de oír los ladridos de Ramona. Sólo tengo ya que esperar a que empiecen a bajar los pasajeros para meterse en sus respectivos vehículos e iniciar el desembarque. Será cuestión de llamar a Ella y despertarla (si es que ha podido pegar ojo pensando en nuestras penurias aquí abajo)*

*11 de julio; 6 horas 30 minutos.*

*Quiero anotar en este diario que Ella dormía profundamente en el momento de recibir mi llamada telefónica.*

\*\*\*

Afortunadamente en mi maleta puse, además de las diez libretas destinadas a cuadernos y diarios (de las que tres eran de repuesto por si acaso), y los libros de Rusiñol y Sand, otro pantalón además de un par de camisas de manga corta. Ni qué decir tiene que en ese equipaje había espacio también para un par de calzoncillos y otro par de calcetines, que completaban los que ya llevaba puestos. Ah...y un bañador tipo calzón con el que envolví la bola de cristal, que a su vez estaba protegida por su paño negro y metido todo ello en una caja donde se encontraban también mis cartas del tarot (pero sólo el mazo del tipo marsellés), la bolsita con el péndulo y un pequeño manual sobre rituales y conjuros esotéricos. Por este motivo, y nada más llegar a la casa de nuestros amigos, introduje el pantalón en el que me oriné (de forma fortuita como ya he dicho) dentro de la lavadora, junto con el calzoncillo y calcetines que traía puestos durante el viaje, los cuales también se vieron perjudicados, especialmente y como es de suponer, el primero.

—¿Ya vas a lavar ropa?...pero si no llevamos ni media hora en esta casa —me dijo Ella al ver que me dirigía al cuarto de baño del piso inferior (donde se encuentra la lavadora) con un montoncito de ropa arrugada en mis brazos.

—Es que he sudado mucho durante el viaje y me da mucho asco llevar puesta esta porquería de prendas empapadas —le respondí, para dejar limpia mi persona, no sólo higiénicamente hablando sino, también, en cuanto a coherencia y lógica conductual.

A penas dos horas antes había podido convencerla de que esa mancha enorme que mostraba la parte más vergonzante de mi pantalón no era lo que parecía, aunque en realidad sí que fuera lo que parecía, sino restos de agua consecuencia de haber dado de beber a Ramona en numerosas ocasiones, por la noche y en posturas casi circenses. Hay que especificar otra vez, aunque peque de reiterativo, que Ramona sólo bebe a morro y nunca de un plato o recipiente ad hoc, lo cual facilitó la credibilidad de mi mentira. Sin embargo he de ser sincero, como todo buen detective privado ha de serlo, y tengo que confesar que la cosa estuvo a punto de torcerse, porque yo no recordaba, o no me había enterado, de que nuestros amigos (a la par que anfitriones) estaban esperándonos en el puerto de Palma para intercambiarnos una copia de las llaves de nuestras respectivas casas, y luego dirigirse ellos al aeropuerto donde deberían coger un avión a eso de las 10'30 horas con destino a nuestra casa en la península.

—¡Mira ya los veo! —gritó Ella toda emocionada dentro del coche, cuando distinguió las figuras de sus, o mejor dicho, nuestros amigos, aguardando en la zona donde la gente esperaba a que desembarcasen los pasajeros.

Aparcamos el vehículo, de forma irregular por lo imposible de estacionarlo ahí correctamente, y bajamos a abrazarnos mutuamente, y por supuesto dejar que Ramona pudiese desahogar su reventona vejiga. Fue entonces, justo cuando había colocado su correa a la perra y la estaba dejando que orinara junto a un arbolito allí situado, cuando Ella vino hacia mí acompañada de sus, nuestros, amigos, con la intención de presentármelos.

—Mira, estos son Rosa y Francisco...¿pero que demonios te ha pasado?!...oye tú no te habrás meado encima, ¿no? —susurró Ella, esto último bastante azorada, y sin saber muy bien dónde mirar, momento en el que pasé a darle todo tipo de explicaciones referente a lo del mal beber de Ramona y sus consecuencias.

Acto seguido, y con sus dudas aclaradas, pasó a realizar las oportunas presentaciones. Ahora sí, todos nos abrazamos y saludamos con efusividad, aunque en mi caso guardando las distancias para que nuestros amigos no se vieran inmiscuidos en mis infaustas humedades.

Una vez nos hubimos despedido de esta entrañable gente, a las que Ramona manchó de babas al querer demostrarles la buena impresión que le habían causado, nos pusimos en marcha dirección al pueblo donde tienen su residencia, y cuyo nombre no delataré aquí para evitar dar más datos de los necesarios. Gracias a los teléfonos de última generación, no nos fue difícil localizar la ruta adecuada y llegar sin mayor dificultad a nuestro ansiado destino.

Entramos en la residencia por el jardín, y he de especificar que a Ramona ese jardín le pareció maravilloso, pero nosotros no creímos que fuera el lugar adecuado para que estuviera a sus anchas, puesto que al estar allí ubicada una pequeña piscina, encontramos muy arriesgado dejarla en ese espacio, sola, con el peligro de morir ahogada en aquella enorme bañera. Acto seguido entramos en la casa propiamente dicha, lo cual se hace a través de la cocina (también dispone de otra entrada en el piso intermedio que da al otro lado de la vivienda, algo muy curioso) y comenzamos el recorrido por todas sus dependencias. Tengo que mencionar que estos amigos disponen de una biblioteca maravillosa, con volúmenes de todas las características y materias como filosofía, historia, faros, fotografía, literatura en general, música...etc. Una verdadera bendición para nuestros ojos.

Pero la dicha no duró mucho tiempo puesto que en el tercer piso, el superior, nos esperaba lo que a mí me venía atemorizando desde que contemplé aquellas fotografías de esa siniestra morada. En aquella planta se sitúa la antigua habitación de su hijo, ahora residente en el extranjero, un fastuoso baño con jacuzzi, y el dormitorio de la pareja. Fue justo en el mismo instante de entrar en ese dormitorio cuando las vi con mis propios ojos...

—¿A que es una pasada de casa? —me preguntó Ella con toda su buena intención—. ¿Pero qué haces mirando como un tonto las paredes, hombre?

—No, nada —fui lo único capaz de responderle, para no atemorizarla haciéndola consciente de las terribles y horripilantes teleplastias que habían surgido en el trozo de pared situado encima de la puerta de entrada al dormitorio.

Ni qué decir tiene que esa primera noche en la casa maldita, la pasé con los ojos abiertos por completo, y eso que la noche anterior no había pegado ojo dentro del coche, dentro del barco y en medio del mar.

Al día siguiente, mientras Ella disfrutaba de su primer baño en la piscina y yo de mis primeras anotaciones en el mini-ordenador, entre cabezada y cabezada, es cuando por fin vi con cierta claridad los siguientes pasos que debía tomar, una vez que había fracasado por completo a la hora de intentar convencerle a Ella de que sería mucho mejor dormir en el dormitorio del hijo.

—Pero no digas tonterías, ¿cómo vamos a meternos en esa camita de chico, teniendo la otra enorme de matrimonio?, eso de los campos magnéticos que dices no son más que tonterías —arguyó, no sin cierta lógica, la verdad, motivo por el cual pasamos a ocupar el dormitorio del matrimonio.

Así que, en vista de los acontecimientos, los pasos a seguir ahora serían los siguientes:

1.- Comprar un póster (uno cualquiera) para colocarlo encima de las teleplastias y así poder dormir aunque fuera someramente.

2.- Comenzar a pergeñar un plan ocultista para liberar a esa casa de todos aquellos seres del bajo astral, atados a la casa por motivos desconocidos pero, seguramente, nada agradables. Incluso se me pasó por la cabeza que allí, posiblemente, se podía haber cometido un terrible



asesinato.

Así que sin más contemplaciones me fui al pueblo a comprar un póster.

—Mira, mientras tú tomas el sol y te bañas en la piscina, he pensado que me voy a dar una vuelta por el pueblo y así inspecciono dónde nos podemos tomar unas buenas tostadas para desayunar mañana.

—Bueno, en la casa hay de todo, pero como quieras. Ten cuidado no te pierdas, que te tengo miedo...ah, y llevate un juego de llaves para entrar cuando vuelvas.

En la casa había otro juego de llaves, con lo que de esa forma Ella tenía uno y yo otro, algo que sin duda me proporcionaría la independencia necesaria a la hora de luchar contra las fuerzas oscuras que se albergaban en ese cobijo satánico. De todas formas, tengo que especificar que hasta entonces no había sentido vibraciones especialmente negativas, aunque tampoco positivas, algo, quieras que no, que me tranquilizaba ligeramente.

\*\*\*

De mi primera visita al pueblo nada tengo que decir, porque en realidad el pueblo me importaba un pimiento y yo sólo quería hacerme con un buen póster del tamaño suficiente con el que tapar esas horripilantes caras. Afortunadamente encontré, en la única librería-papelería de esa localidad, un póster de tamaño adecuado para mis propósitos, con la imagen de unos campos circundantes llenos de almendros en flor. Muy cursi para mi gusto, pero al menos no creí que los almendros me impidieran conciliar el sueño.

—Hola, ya estoy de vuelta —le dije a Ella según entraba por la puerta del jardín y comprobaba que no había variado ni un ápice su postura decúbite prono, que mantenía encima de una de las dos tumbonas existentes, y permanentemente abiertas, al lado de la piscina.

—¿Qué tal el pueblecito? —me preguntó en un tono tan adormilado que hacía muy difícil su inteligibilidad.

—Precioso, tienes que venir a verlo —le respondí de la forma más automática de la que soy capaz, puesto que en realidad, si ahora mismo me hicieran un examen acerca de las singularidades de esa villa, seguramente sacaría un cero absoluto.

No perdí ni un segundo y me dirigí, ipso facto, al dormitorio de la planta superior, es decir, la tercera si se entra por el jardín, o la segunda si se entra por la plaza que hay al otro lado. Una vez en ese antro del más allá, desplegué el póster y, ayudado de una silla, me encaramé para colocar en la pared esa melindrosa fotografía mediante sus correspondientes trozos de celo. Quiero puntualizar que, una vez en la librería-papelería del pueblo, tuve la feliz idea de hacerme con una buen rollo de papel celo, no fuera que en la casa no hubiese o que no supiéramos encontrarlo.

Acto seguido, saqué de mi maleta la bola de cristal y me coloqué en una de las sillas del dormitorio, junto a la cama, y la bola sobre ésta. Ahora le tocaba el turno a mis capacidades cristalománticas. Me concentré en conectar mi mente con los autores de esas teleplastias y...

—¿Pero qué haces ahí dormido de esa forma? —oí que me decían al mismo tiempo que me sacaban de un sueño del que no recuerdo absolutamente nada.

—¡Ah!... nada, es que quería practicar un poco con mi bola de cristal y se ve que me he quedado dormido.

—Ya... ¡anda!, ¿y esa cursilada de póster la has puesto tú?

—Sí, mira, lo vi paseado por el pueblo y pensé que sería una buena forma de dormirme plácidamente contemplando esos almendros floridos.

—Pues no sé yo si voy a ser capaz de dormirme muy plácidamente teniendo esa exaltación almibarada enfrente de mis narices.

—Bueno, siempre puedes pensar que es bastante surrealista contemplar un campo primaveral en plena canícula.

—Eso no sería para nada surrealista, sólo anacrónico, además de cursi.

—Pues yo estoy convencido de que vamos a dormir como lirones.

—No sé tú, pero yo esta noche he dormido de un tirón y no me ha hecho falta ningún almendro en flor.

—Por cierto, ¿no tenías que llamar a Rosa y Francisco para ver qué tal se han adaptado a nuestra casa? —se me ocurrió decirle para dejar zanjada la conversación anterior y no tener que darle ninguna explicación acerca de las espantosas e inquietantes teleplastias.

—Pues no habíamos quedado en nada pero, ahora que lo dices, igual los llamo y les digo que estamos aquí encantados —me contestó, momento en el que pensé que aquí la única que estaba encantada era esta maldita casa.

Por desgracia, aunque el hogar disponía, como ya he dicho, de una formidable biblioteca, repartida en varias habitaciones, sin embargo, tengo que decir que echaba en falta, es más, muy en falta, la existencia de un apartado dedicado a las ciencias ocultas, algo que me hubiera venido de perlas para la misión que tenía que llevar a cabo en ese lugar. Dios quisiera que no tuviéramos que sufrir ninguno de los típicos fenómenos asociados a las casas encantadas y / o poltergeist, porque Ella no creo que fuera capaz de soportarlos, ni Ramona tampoco.

\*\*\*

Por fin pude dormir como Dios manda, y todo gracias al póster de los almendros en flor, aunque la noche no estuvo exenta de sobresaltos, pero sobresaltos enriquecedores, todo sea dicho. Después de pasear a Ramona por los alrededores de la casa, cenar ligeramente y ver las noticias en uno de los canales televisivos, decidimos irnos a la cama con unos buenos libros entresacados de la completísima biblioteca de nuestros amigos (completísima a pesar de la carencia de obras sobre ocultismo, esoterismo, mancias... etc). Ella echó mano a un volumen monográfico sobre fotografías de Mallorca, pero nada que ver con un posible surrealismo isleño, mientras que yo preferí hacerme con un curioso librito que contenía tres pequeños cuentos de J. R. R Tolkien, los cuales nunca había leído.

Todo transcurrió con normalidad, es decir, que a los cinco minutos, yo caí en los brazos de Morfeo y Ella no sé, porque al estar dormido desconozco el tiempo que aguantó mirando ese montón de imágenes sobre rincones mallorquines. Sin embargo, la noche se truncó de forma dramática a las 2:37 horas (y lo sé porque miré el reloj digital que esta pareja tiene justo en la mesilla de mi lado de la cama).

—¡¡¡Aaaaaahhh!!! —grité yo aterrorizado al despertarme bruscamente mientras el póster de los almendros en flor se caía de la pared haciendo un considerable ruido.

—¡¡¡Qué pasa, qué pasa!!! —gritó Ella al despertarse bruscamente también, pero no como consecuencia del desprendimiento de los doscientos almendros y sus millones de flores adosadas, sino a causa de mi alarido.

—¡¡Qué va a pasar, pues que han tirado el póster!! —dije yo, continuando con mi tono exaltado, debido al terror que en esos momentos dominaba todo mi ser.

—¡¡Pero quiénes han tirado el póster!!

—Pues quiénes van a ser...las teleplastias, ¡¡coño!!, las teleplastias —exclamé ya en pleno ataque de pánico, y sin poder controlar la revelación del secreto que hasta ahora mantenía tan escondido.

—¡Pero qué teleplastias ni qué teleleches!, haz el favor de tranquilizarte que me estás asustando ¡caray!

—¡¿Pero es que no ves en la pared la cara de Belcebú y un montón de acólitos del bajo astral?! —tuve que espetarle con cierta iracundia para demostrarle de una vez por todas la terrible situación en la que nos encontrábamos—. Hace más de un mes, desde que tus amigos nos enviaron las fotografías de esta casa, que casi no puedo dormir de la angustia por saber que vendríamos a la morada del mal, pero no he podido disuadirte del empeño en viajar a Mallorca, y ahora mira... aquí

estamos, enfrente de esas malignas caras que no dejan de observarnos mientras dormimos, bueno, mientras duermes tú.

—Por Dios, pero si esas manchas no son sino el resultado de que Francisco quería retocar un poco la habitación antes de nuestra llegada y pintar algunas humedades, pero el rosa que compró no era idéntico al que había en las paredes y por eso parece ahora que hay manchas.

—¿Humedades?...¿y por qué no me lo habías dicho, jobar? —tuve que preguntarle con un ligero aire de enfado.

—Pues porque Rosa me lo había comentado de pasada, en una conversación telefónica que tuvimos y en la que hablamos de vosotros, ya sabes... cosas de chicas.

—Pues podías haberme comentado algo y me habría ahorrado un montón de horas de insomnio —le dije dando por zanjada la conversación. A partir de aquí, el resto de la noche dormí como un bendito.

\*\*\*

El tema de las teleplastias quedaba ya dilucidado de una vez por todas pero, al día siguiente, 14 de julio, todavía quedaba otra sorpresa por presentarse, y no una sorpresa cualquiera, sino algo que posiblemente supondrá un antes y un después en mi vida, no sólo detectivesca, sino de mi vida en un sentido general.

Y es que, esa mañana, después de regresar de desayunar en el primer bar que encontramos (del que tuve que decir que fue el que más me gustó el día anterior, cuando salí supuestamente a reconocer el pueblo, pero realmente en busca de un póster) sufrí una verdadera catarsis existencial. Sin embargo, lo mejor será que mi diario de viajes sea el que lo cuente:

*14 de julio; 11 horas 15 minutos.*

*Acabamos de regresar de un bar en el que hemos desayunado bastante bien. Ella ha optado por probar unas ensaimadas elaboradas en un horno del pueblo, mientras que yo he seguido con mi costumbre de ingerir, en la primera comida del día, unas simples tostadas con aceite, dado que esas famosas representantes de la repostería mallorquina están hechas con manteca de cerdo, y de ahí su nombre puesto que, en lengua mallorquina, “saïm” significa justo eso: manteca de cerdo. Y todo vegetariano convencido como yo, rehuye de comerse nada que haya sido confeccionado con los restos de esos pobres e inteligentísimos animales.*

*Sin embargo, no estoy escribiendo estas notas en este diario de viaje por motivos gastronómicos, sino porque hace exactamente diez minutos que, perdiendo un poco el tiempo, he comenzado a escudriñar entre los anaqueles destinados a la bibliografía sobre faros, y cuál no ha sido mi pasmo, cuando en una de esas publicaciones relativas a los faros mallorquines, he ido a parar con una fotografía impactante a la par que escalofriante.*

*Esa fotografía fue tomada en los años veinte, y aparecen cuatro fareros de la isla Dragonera con sus familias. Pero... ¿qué es lo que he visto para poder afirmar, sin ningún tipo de titubeo ni duda al respecto, que mi vida ha dado un giro de 180°?*

*¡¡¡AL ASESINO DE CARVAJAL!!!... sí...el mismo bigotudo de aires decimonónicos y aspecto desaliñado, que en uno de mis viajes astrales me dijo que él había matado a mi amigo Carvajal.*

*Pero justo cuando mis capacidades clarividentes habían quedado en entredicho, al desvelarse que las teleplastias no eran tales, sino el típico fenómeno de pareidolia (visión errónea de rostros humanos en simples manchas o formas abstractas) que había sufrido, seguramente, por haber estado sometido al estrés que todo viaje provoca en el viajero, esas mismas capacidades se ven ahora reforzadas y consolidadas de forma incuestionable.*

*Por lo tanto, pienso que soy un nada despreciable paragnosta y creo que debo hacer un*

*buen uso de esas capacidades. ¿Que cómo?...pues averiguando qué demonios le ocurrió al pobre de Carvajal y por qué su asesino se cruza en mis viajes, astrales y ordinarios.*

En cualquier caso, no es momento de mezclar los relatos detectivescos con mi diario de viajes, ni tampoco con ningún otro diario o cuaderno de los que en aquellos momentos tenía abiertos y en activo. Así que, como todo relato que se precie debe tener la información dosificada y organizada adecuadamente por capítulos, es ahora tiempo de dejar a Carvajal y la fotografía de su asesino, para el capítulo siguiente.

Ahí lo tenía, delante de mí, con su bigotazo y su ropa raída, acompañado de catorce personas más, todos ellos posando para una fotografía con motivo seguramente de alguna celebración, una primera comunión con toda probabilidad, puesto que uno de los niños aparece muy puesto, tan puesto que hoy pensaríamos que está a punto de salir a las calles a celebrar el Halloween, pues lo habían vestido todo de negro, chaqueta larga negra, chaleco negro, pero camisa blanca con puños y cuellos almidonados que sobresalían y relucían. Él, mi bigotudo, es el primero de la izquierda de la fila superior, esa en la que sólo están ellos: los fareros.

La fotografía estaba tomada (según los créditos de la publicación) en uno de los faros de la isla Dragonera, el del sur, denominado “de Llebeig”, es decir del Suroeste, en lengua mallorquina. No tuve la menor duda. Ese hombre era idéntico al bigotudo de mi viaje astral, incluso vestía de la misma forma. Así pues, aquel personaje que se apareció en uno de mis desdoblamientos experimentales, no era otro que uno de los fareros de ese islote. Ahora sabía que a Carvajal lo mató ese tío, pero seguía sin saber por qué lo había matado y, lo que es peor, también ignoraba quién era el tal Carvajal. Porque, en consecuencia, y aunque ya lo sospechaba, resultaba imposible que mi Carvajal fuese Froilán Carvajal, el histórico revolucionario, puesto que éste murió en octubre de 1869, y la fotografía que acababa de contemplar fue tomada más de medio siglo después. Así que no, por mucho que ahora estuviese el pobre de don Froilán con su nicho a punto de derrumbarse, y con el Ayuntamiento de Ibi buscando a sus descendientes, mi Carvajal no era don Froilán.

Fui anotando las cuestiones pertinentes a este enigmático caso en el diario del viaje a Mallorca, que acabó teniendo el título de *Diario sobre una estancia estival en Mallorca* y el subtítulo de *Un verano en Mallorca*, pero después de unas cuantas anotaciones pensé que sería mejor abrir un diario nuevo (menos mal que en mi maleta puse tres libretas de repuesto, previendo que sucediera algo así). Este nuevo cuaderno de anotaciones tendría que titularse *Diario de investigación del caso Carvajal*.

*Diario de investigación del caso Carvajal*

*14 de julio. 11 horas 30 minutos.*

*Acabo de cerrar mi diario “Un verano en Mallorca” así como el cuaderno de relatos detectivescos, para comenzar este diario con las anotaciones que vaya tomando acerca del caso Carvajal, caso al que he denominado así debido al apellido de su protagonista, un tal Carvajal que debió ser asesinado por uno de los fareros de la isla Dragonera, hace cosa casi de un siglo.*

*¿Por qué sé todo esto? Porque el asesino de Carvajal se me apareció en un viaje astral (no me gusta nada esta rima pero no tengo tiempo de pensar en mejorarlo) y me dijo que él había matado al susodicho.*

*¿Y cómo sé que el asesino fue uno de los fareros de esa isla, de tan curioso nombre? (como curioso nombre me refiero al de la isla y no al del farero, que no tengo ni idea de cómo se llamaba). Pues porque acabo de encontrarme su imagen hace cosa de un cuarto de hora en una publicación sobre faros, escrita por nuestro amigo Francisco.*

*Pienso que no voy a tener la paciencia suficiente como para esperar a escribir el relato sobre este crimen, una vez hayamos regresado del viaje por tierras mallorquinas. Creo que la única solución será escribir el libro de relatos como si ya hubiera pasado un considerable tiempo (sin especificar cuánto) y así relatarlo en pasado pero viviéndolo en realidad en presente. Nadie tiene por qué saber que mientras lo escribo todavía no sé cómo acabará todo el asunto.*

\*\*\*

Bien...no hay que hacer mucho caso de lo transcrito arriba, procedente del comienzo de mi diario sobre el caso Carvajal, puesto que fue anotado en pleno estado de euforia, como consecuencia de haber encontrado aquella reveladora fotografía. Sencillamente me encontraba yo en una situación anímica de exaltación por todo el trabajo que se me venía encima, y el poco tiempo del que disponía para resolver el enigma, es decir, el asesinato de aquel pobre hombre, y cuyo infame asesino estaba empeñado en que, cien años después, fuera yo a resolver ese caso olvidado para así, seguramente, poder continuar su camino evolutivo en paz consigo mismo, y también en paz con Carvajal.

Esa mañana del 14 de julio, conmemoración de la toma de la Bastilla, aunque eso en Mallorca no tenga la menor relevancia, y después del fantástico descubrimiento en aquella revista sobre los faros mallorquines, se presentó Ella con su cámara de fotos colgando del hombro y un plano de la isla en su mano derecha, derrochando optimismo, ilusión y belleza.

—Nos vamos a Valldemossa — dijo, utilizando el habitual autoritarismo de quien dedica horas a preparar un viaje con un proyecto concreto que llevar a cabo.

—¿Y no prefieres ir a Dragonera? —le sondeé, para ver si existía alguna posibilidad de disuadirla de sus intenciones y conseguir la tan ansiada, a la par que necesaria para mis propósitos, visita a esa enigmática y misteriosa isla.

—¿Dragonera?...¿y qué vamos a hacer en Dragonera, si allí no hay nada?

—¿Como que no hay nada?, pues si estuviera aquí Dalí, seguro que se iba a esa isla a pintar algo —opté por argumentar para ver si así cambiaba de planes y se convencía de que el surrealismo y Dragonera no estaban reñidos.

—¿Pero tú no eras el que se volvía loco de ganas por ir a Valldemossa para ver la celda donde estuvieron George Sand y Chopin?...¡a ver si nos aclaramos!

—Bueno, es que estoy seguro que nos enseñarán una celda cualquiera, en la que estaría Perico el de los Palotes, sin embargo Dragonera no la pueden cambiar por otra isla y, por tanto, tampoco pueden timarnos de mala manera, a no ser en el precio del viaje, claro está.

—Anda, vamos a Valldemossa que ya lo tengo todo preparado y quiero hacer allí unas fotografías con el contraste de la Cartuja, construida para la oración y el silencio, y la masa de turistas alborotadores.

—Bah, desde que Mendizábal la amortizó, no creo que haya habido mucho silencio ahí, es más... estoy convencido que se convirtió en el lupanar del lugar.

—¡Puuuuf! —se limitó a contestarme, seguramente por no disponer en ese momento de argumentos convincentes que contradijeran los míos.

Ese día no me quedó más remedio que adaptarme a sus planes, pero en mi cabeza sólo daba vueltas la idea de cómo convencerla a Ella para irnos a ese islote. Sin embargo, ante la posibilidad de que la visita a Dragonera se retrasase unos días y, mientras recogía, antes de salir con destino a Valldemossa, todo el material que tenía desplegado en la mesa de trabajo de Francisco, apareció ante mis ojos el *Diario de prácticas psicométricas* y, por supuesto, me vinieron a la mente mis propias capacidades en la materia.

—¡¡Cómo no se me había ocurrido antes!! —me dije a mí mismo, con cierto tono de rabia e incluso hasta el punto de llegar al límite del auto-insulto.

Esa era la solución temporal hasta que llegara el día del viaje propiamente dicho: viajar a la isla, mediante técnicas astrales y / o psicométricas. Seguro que Francisco tiene por la casa, algún libro, fotografía o plano de ese faro en el que se tomó la reveladora imagen de grupo, y en la que aparece el asesino de Carvajal, imagen con la que poder poner en práctica mis habilidades en materia psicométrica.

—¿Y Ramona? —me preguntó Ella, mientras miraba cómo nuestra perra estaba dormida, y por supuesto roncando, encima de uno de los dos sofás negros que nuestros amigos tienen en el salón de estar.

—Será mejor que se quede aquí tranquilita—le contesté—. Hace demasiado calor para ella y lo pasaría mal por Valldemossa, además, seguro que no nos dejan meterla en la falsa celda de Chopín.

—¡Y dale con que es falsa! —se limitó a decir Ella mientras yo cerraba la puerta que comunica con el jardín, para dirigirnos al coche.

—¿Cuánto cuesta la entrada para ver la Cartuja? —le pregunté a la mujer que despachaba los tiques con los que poder entrar a ese viejo santuario en honor a San Bruno.

—Pues son ocho con cincuenta, si vienen menos de cuatro personas.

—¡¡¡Ocho con cincuenta!!!, pero si entrar a la Catedral de Burgos cuesta siete euros —le contesté a esa vieja bruja, adoptando una de las caras de sapo más repulsiva de entre todas las caras de sapo con que dispongo en mi repertorio de expresiones faciales desagradables —. Y además, allí se puede visitar la tumba del Cid..., espero que por lo menos podamos entrar en la verdadera celda de George Sand y Chopin.

—¿En la celda número cuatro?

—Yo qué sé el número. Lo que nosotros queremos es poder visitar el habitáculo donde residieron esos dos insignes artistas, no muy bien tratados por los mallorquines, todo sea dicho.

—Es que aquí se saca el tique para ver la Cartuja y el palacio del rey Sancho, pero no la celda número cuatro.

—¿Pero la celda número cuatro es donde estuvieron Sand y Chopin?

—Según una sentencia judicial del 2011, sí.

—¿Y antes del 2011?

—Era la dos, aunque antiguamente esa era la celda número uno.

—¿Y la cuatro cual era antiguamente?

—Era la tres.

—¿Please, can I have the tiket? —preguntó un turista imbécil, mientras me empujaba con su corpachón británico, canadiense, norteamericano o de donde fuera.

—Mire, con todos mis respetos por la historia mallorquina, pero a mí el rey Sancho me importa un pimiento, nosotros sólo queremos visitar la verdadera celda de Sand y Chopin.

—Pues aquí no es, tienen que ir a la otra calle, donde venden los tiques para la celda número cuatro.

—¿Pero esa celda no está dentro de la Cartuja también?

—Sí señor, pero ya le digo que para verla hay que sacar otro tique, porque con este puede entrar a la Cartuja pero no a esa celda, aunque sí a otras celdas.

—¡I'm in a hurry, please! —insistía el pesado del turista, con la cara algo más colorada que en la queja anterior.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ella, que venía de hacer algunas fotos por los alrededores mientras yo sacaba los tiques, o mejor dicho, mientras yo supuestamente tenía que sacar los dichosos tiques.

—Pues que nos quieren cobrar ocho con cincuenta para no poder ver ni siquiera la celda de George Sand y Chopin, cuando por siete euros en Burgos puedes ver su catedral, la tumba del Cid, la de los Condestables y un sinfín de tumbas más.

—¿Do you mind?...¡y want my ticket! —dijo el turista estúpido apartándome de forma algo brusca y maleducada.

—¡Es usted el típico mendrugo disfrazado de turista al que van a timar de la manera más descarada!—tuve que espetarle a esa masa viajera y descerebrada.

(El turista no respondió nada y se limitó a sacar su lamentable e inútil tique)

—Por favor déjalo ya, que aquí hemos venido a disfrutar. Vamos donde se tenga que sacar el tique de la celda esa y ya está —intervino Ella, evitando así lo que seguramente hubiera terminado en un enfrentamiento a tres bandas, la banda del turista cabeza hueca, la banda de la bruja expendedora de tiques-estafa y mi propia banda.

No estaba muy lejos la calle esa donde debíamos sacar la entrada para poder ver la supuesta



celda de aquella famosa pareja de románticos arquetípicos. En este caso, y dado que el endemoniado tique sólo daba derecho a entrar en la celda número cuatro, el precio era de cuatro euros, menos dinero pero mucho más caro si tenemos en cuenta que con el otro boleto podías ver toda la Cartuja (menos la celda número cuatro, tres antiguamente) y además el palacio del rey Sancho, donde parece ser que estuvo alojado nada más y nada menos que el ínclito Ruben Dario, y que por allí pasó gente de la talla moral e intelectual de Jovellanos, Unamuno o, ahí es nada, el mismísimo Santiago Rusiñol.

En cualquier caso me negué a pagar cuatro euros por una cosa y luego otros ocho por el resto, estando todo en el mismo complejo turístico, ya que nos habría ascendido la broma a un total de 25 euros y todo para no estar seguros que de aquí a un par de años vuelva a haber otro juicio y entonces el magistrado de turno sentencie que la verdadera celda de Sand y Chopin no fue la cuatro (tres antiguamente), ni la dos (uno antiguamente), sino la cinco (vete tú a saber qué número antiguamente).

—Vaya, click, click... pues sí que eran grandes las celdas de los cartujos —comentó Ella mientras empezaba a manejar la cámara fotográfica como si fuera una prolongación más de su mano. Algo a lo que no pude contestar por encontrarme en esos momentos sumido en un verdadero trance casi extático, al pensar que quizás, con suerte, allí estuvieron viviendo y componiendo algunas de sus obras, los dos insignes artistas decimonónicos, junto con los dos hijos de ella, aunque la verdad sea dicha, a estos críos los tenía por el momento completamente olvidados en mi imaginación.

—Anda...click, click, click, y este debe de ser el piano donde trabajó Chopin —comentaba, al mismo tiempo que le disparaba al pianino vertical Pleyel, una instantánea tras otra, algo que yo no encontraba surrealista para nada, pero que preferí no mencionárselo por respeto al lugar.

—Bueno —dije yo— el piano que exponían en la celda número dos, la que enseñaban hasta el 2011, y que aseguraban que era el verdadero piano de Chopin, resulta que fue construido con posterioridad a la muerte del compositor, así que a saber de cuándo es este de aquí, por mucho que se diga en estos documentos que es el original vendido a la familia Canut antes de que partieran para Barcelona la pareja de artistas, junto con toda una piara de cerdos, en el vapor Mallorquín.

—Haz el favor, click, de no estar tan negativo, click click, y disfruta de todo esto que es una preciosidad, click, click, click, click.

Pero yo no podía permanecer instalado en la duda por más tiempo, y necesitaba resolver ese mini caso detectivesco que se me presentaba en aquel preciso instante, que no era otro que el de dilucidar si esa celda y ese piano eran los auténticos con los que convivieron George (Aurore, como realmente se llamaba) y Frédéric, y saber de una vez por todas si nos habían timado. Afortunadamente llevaba encima, o mejor dicho, dentro del bolsillo derecho de mi pantalón (estilo vaquero), nada más y nada menos que mi querida herramienta radiestésica, o sea, el péndulo.

—¿Es esta la celda de Sand y Chopin?, ¿es esta la celda de Sand y Chopin?, ¿es esta la celda de Sand y Chopin?... —estaba yo preguntando para mis adentros al péndulo, mientras éste, es decir el péndulo, todavía se encontraba en modo búsqueda, cuando súbitamente apareció un hombre menudo (casi como un gnomo) y supuesto cuidador de la celda número cuatro (antiguamente tres).

—¿Qué hace? —me espetó el vigilante con cierta cara de anguila, cosa que me hizo recordar las veces que me preguntaron eso en un viaje que hice a Burgos para resolver unos asuntos de carácter cidiano, de vital importancia en mi vida.

—¿Es que es usted de Burgos? — le repliqué adoptando mi propia cara de anguila.

—¿De Burgos?... què putes, jo som mallorquí —concluyó el supuesto vigilante, y enano, dejándome bien clara su procedencia, tanto por el contenido como por el continente de su expresión.

—¡Mire...me esta diciendo que no! ... si ya sabía yo que esto era un timo.

—¿Pero quién le está diciendo que no, y a qué? —dijo el vigilante recuperando su castellano especial para turistas.

—¡Pues el péndulo!... ¿es que no lo ve? — le contesté en plena euforia, al comprobar con mis propios ojos que mi herramienta radiestésica estaba contestando con rotundidad un “no” como un piano de cola, y digo de cola para que no se piense en el modesto pianino que allí se exhibía —. Esto podría ser una prueba de solidez para volver a reabrir el caso de la verdadera celda y el auténtico piano de Chopin / Sand, además de llevar a los tribunales a la familia que ahora explota este cuchitril.

—¿Está usted buscando agua? —preguntó en ese momento una mujer de unos sesenta años, algo chaparra y con acento argentino.

—No señora, lo que estoy buscando es la verdad de todo este embrollo y pantomima.

—Mire, o deja de montar escándalo o me veré en la obligación de echarle de aquí —me amenazó el impertinente del vigilante.

—Espere, que se lo voy a demostrar una vez más —y me fui justo al lado del pianino para hacerle otra pregunta a mi querido péndulo, momento en el que agradecí que Ella estuviera en el jardín de la celda disparando su cámara como una verdadera posesa y no fuera consciente del proceso de mis demostraciones públicas.

—Un momento, que primero el péndulo se tiene que poner en modo búsqueda —les previne al vigilante, a la argentina y a otros dos turistas más que se habían sumado al corro de espectadores.

—¿Tocó este piano Frédéric Chopin?, ¿tocó este piano Frédéric Chopin?, ¿tocó este piano Frédéric Chopin?, ¿tocó este piano Frédéric Chopin?, ¿tocó este piano Frédéric Chopin?... — le preguntaba yo al péndulo, pero esta vez en voz alta y con buena vocalización para que todos los allí presentes entendieran lo que decía.

—¿Qué le contesta? —dijo el vigilante con la curiosidad de una gallina capona.

—Todavía nada —tuve que responderle no sin cierta ansiedad en mi voz.

—¿Está usted buscando agua? —preguntó otro turista que se acababa de incorporar al grupo de curiosos, y que parecía alemán por su empleo dificultoso y torpe del idioma español, típico de los turistas teutones.

—¡¡Chsssssss!! —le hizo callar la argentina que minutos antes había hecho la misma absurda pregunta.

—Sí —comenzó a decir el péndulo.

—Mierda, dice que sí —dije yo.

—¿Lo ve? ... ¿por qué no deja de hacer el payaso y de alborotar a la concurrencia? — comentó con tono de autoridad el vigilante, que ahora se veía a sí mismo más como un guardia civil disolviendo a un grupo de supuestos facinerosos, que como el simple y aburrido vigilante que era, momento en el que pensé dirigirme al jardín de la celda y ahogar al péndulo en el estanque de piedra que allí había (y todavía supongo que hay), repleto de agua con unos peces rojos y gordos como ballenatos.

—¿Cómo me haces esto, imbécil? —le dije en voz baja al péndulo mientras lo volvía a introducir en el saquito donde habitualmente permanece descansando.

Afortunadamente Ella no se percató de nada de lo ocurrido, algo que me daba pie para intentar otra práctica de tipo ocultista con la que despejar mis dudas, porque nadie me quitaba de la mollera que allí nos habían timado, y no sólo por lo que respecta al abusivo precio pagado para ver una única celda de todo el monasterio, sino por estar convencido de que ni siquiera era la verdadera celda de Chopin y Sand. Además, el molesto vigilante había tenido que salir fuera de la Cartuja ya que le requerían en la entrada para sustituir a la expendedora de tiques (seguramente dicha expendedora debería encontrarse en la necesidad de ir al baño, o al menos eso supuse yo), algo que tenía que aprovechar rápidamente, así que sin pensármelo dos veces me puse junto al pianino, me subí a la tarima donde lo tienen expuesto y apoyé mi frente sobre la tapa superior del instrumento para someterme a una experiencia psicométrica.

—¡Ay!... qué te pasa... ¿te has mareado? —oí que exclamaba la voz de Ella, interrumpiendo mi hasta ese momento improductiva psicometría.

—No... pero no veo nada.

—¡Ay por Dios!, pues habrá que llamar a una ambulancia... espera que voy a pedir una silla, tú aguanta de pie un momento.

—¡Que no!, lo que quiero decir es que no veo a Chopin tocando el pianino este, ¡hombre! — le contesté algo contrariado por haberme interrumpido mi práctica psicométrica.

—¿Pero tú sabes el susto que me has dado, al verte con la cabeza apoyada en el piano?, si no estuviéramos en este lugar público no sé lo que te haría. Haz el favor de bajarte de esa tarima y no montar espectáculos que nos van a terminar echando del lugar —me recriminaba Ella sin saber que esa amenaza ya me la habían lanzado hacía tan sólo diez minutos.

El resto de la estancia en la celda número cuatro (tres antiguamente), transcurrió con la incertidumbre del timo rondando continua e insistentemente dentro de mi cabeza, junto con un montón de preludios y nocturnos de Chopin. Esa noche, después de cenar livianamente y de comprobar como siempre que en la televisión no se podía ver nada que mereciera la pena, decidí escribir las correspondientes entradas en algunos de mis diarios y cuadernos, mientras Ella se relajaba con sus juegos favoritos on-line utilizando, por supuesto, su tableta, y no los ordenadores de nuestros amigos, aunque sí su wi-fi particular, del que nos habían facilitado la clave, como ya especifiqué anteriormente.

Creo que, como posibles pruebas testificales (al menos para mi propio juicio), merece la pena transcribir algunas de las anotaciones hechas esa noche, en relación a nuestra visita al pueblo de Valldemossa y a su famosísima Cartuja.

## CUADERNO DE PRÁCTICAS RADIESTÉSICAS

### 5ª Práctica radiestésica.<sup>14</sup>

*En la celda nº 4 (antiguamente 3) de la Cartuja de Valldemossa, a eso de las 11 de la mañana.*

*Hoy me ha dejado en ridículo el anormal de mi péndulo. Pienso que debería amenazarle con ahogarle o enterrarle antes de empezar una nueva práctica radiestésica. Pienso que, quizás, si le someto a determinadas mini-torturas pueda obtener mejores resultados de los hasta ahora alcanzados.*

*Creo que si el Padre Pílon hubiera estado conmigo hoy en la Cartuja de Valldemossa, todo hubiera ocurrido de forma muy diferente. Creo que no ha habido en España otro radiestesista mejor que él. Pienso que de seguir con vida (el Padre Pílon), seguramente me hubiera yo puesto en contacto con él para recibir unas lecciones magistrales sobre el manejo del péndulo. En cualquier caso, el Padre Pílon ya no está entre nosotros y por lo tanto no podré recibir esas clases, a no ser que me ponga en contacto con su espíritu mediante determinadas técnicas ocultistas. Es posible que desde la otra vida esté dispuesto a impartir esas enseñanzas vía bola de cristal o mediante cualquier otro medio de comunicación esotérico.*

*De todas formas, no puedo permitir que este maldito péndulo del demonio me contradiga y, lo que todavía es peor, se contradiga a sí mismo, delante de un buen número de espectadores.*

*El proceso abochornante ha sido el siguiente:*

(Ahorro al lector la relación de los hechos anotados en el Diario, por haberlos leído ya en el pasaje anterior. Así pues, continuaré con el resto de la entrada cuyo epígrafe es el de “5ª Práctica radiestésica”.)

---

14 De las tres prácticas realizadas (y anotadas) entre la 1ª y la 5ª, no merece la pena que transcriba aquí nada.

*Ahora, con la calma necesaria para poder escribir estas notas en el cuaderno destinado a este tipo de prácticas, decido pensar en todo lo sucedido e incluso someterme a cierta autocritica, para intentar aclarar si la contradicción en la que cayó el péndulo pudo ser causada por una mala praxis en mi formulario de preguntas. Todo buen radiestesista sabe, y el Padre Pílon lo sabía mejor que nadie, que si una pregunta no se hace de forma correcta y adecuada, le respuesta del péndulo puede ser incorrecta o prestarse a equívocos.*

*Por otro lado, también es posible que el péndulo no se haya equivocado para nada, y que ese fuera el piano auténtico, es decir el vendido por Chopin a la familia Canut, pero que lo tengan expuesto en una celda equivocada.*

*Creo que debería volver allí para realizar una tanda de preguntas, esta vez bien pensadas con anterioridad, en calma y con mucha premeditación. Sin embargo, creo que esto lo dejaré para los últimos días, porque nada tiene que entrometerse en el verdadero asunto al que tengo que entregarme con todas mis fuerzas, que no es otro que el del asesinato de mi amigo (amigo en otra vida) Carvajal.*

*Antes de terminar con las anotaciones correspondientes a este día y a este cuaderno, quiero especificar que en momento alguno experimenté dentro de la celda número cuatro (tres antiguamente), ni en el pasillo de la Cartuja por donde pudimos pasear; la percepción de ningún fenómeno Psi-Gamma (ni tampoco Psi-Kappa). Sólo percibí la insistente sensación en mi interior de haber sido timado.*

Ahora pasará a transcribir las anotaciones de los cuadernos en los que me había volcado para anotar los comentarios a las lecturas de los libros de Sand y Rusiñol sobre la isla de Mallorca, y donde también había decidido incluir unas líneas destinadas a abordar nuestra visita a Valldemossa.

Comenzaré por el cuaderno al que he titulado: *Apuntes y comentarios a una lectura de George Sand* y seguiré después con el dedicado al libro *La isla de la calma* del pintor y escritor catalán. Quizás luego, incluya también algunas anotaciones de otros cuadernos y diarios de los que disponía y en los que estaba trabajando simultáneamente.

## APUNTES Y COMENTARIOS A UNA LECTURA DE GEORGE SAND

*14 de julio. Día de insoportable y húmedo calor (como todos aquí).*

*Qué razón tenía la pobre de la baronesa Dudevant (es decir George Sand), cuando se refería a los caminos de Mallorca como horrorosos. Han pasado 178 años desde la llegada a la isla de esta preclara escritora, y nosotros hemos sufrido en nuestras propias carnes la misma tormentosa experiencia de viajar por las rutas interiores de la isla.*

*Una vez desayunados en el pueblo de Santa María del Camí, que nos venía, nunca mejor dicho, de camino, pusimos rumbo a Valldemosa a través de una carretera secundaria para evitar las siempre anodinas autopistas. Sin embargo, a los diez minutos de salir de ese pueblo (donde todo sea dicho desayunamos unas buenas tostadas y a un precio “normal”), fuimos conscientes del craso error de nuestra decisión, ya que nos encontramos con un pelotón de ciclistas que discurrían en doble fila ocupando casi todo nuestro carril, lo cual, dada la gran cantidad de curvas, y la sempiterna línea continua de la calzada, nos hacía imposible el adelantar a toda esa caterva de velocipedistas maleducados, y quiero resaltar lo de “maleducados” dado el comportamiento de todos ellos, tanto por su continuo vocerío como por su falta de respeto a la señalización vial.*

*Recuerdo que Ella me dijo que observase la cantidad de almendros y algarrobos que había diseminados por los alrededores y también dijo algo sobre unos olivos viejos y preciosos, pero yo le contesto que lo único que puedo contemplar es el culo del estúpido del ciclista que va a la cola del*

*pelotón que, además, es un buen gordo ya entrado en años al que seguro que le terminará por dar un infarto antes de llegar al final de su recorrido.*

*Finalmente, media hora después de avanzar a paso de ciclista, y con una considerable cola de coches detrás de nosotros, hemos tomado la decisión de dar media vuelta allí donde se ha podido, y regresar a Santa María para coger la anodina y fantástica autopista.*

\*\*\*

*He vuelto a acordarme de esta escritora y de su preclaro libro, que en este cuaderno estoy comentando, al ver el disparatado sistema establecido para entrar a visitar la Cartuja y la celda donde se instalaron en diciembre de 1838 Sand y Chopin, junto con los dos hijos de ella.*

*Disparates y timos de los que hemos sido testigo y víctimas:*

*Timo 1: cobrar 8 euros por visitar la Cartuja y el palacio de Don Sancho pero sin poder entrar en la celda de Sand y Chopin.*

*Timo 2: cobrar 4 euros por entrar a la celda de Sand y Chopin pero sin poder ver el resto de la Cartuja.*

*Disparate 1: Una vez en el interior de la Cartuja, y según la entrada que hayas adquirido, puedes entrar a ver varias celdas o solamente la número cuatro.*

*Disparate 2: A los que pagan para ver la Cartuja, pero no la celda nº 4 (antiguamente la 3), les colocan una pulsera para que puedan entrar en el palacio de don Sancho, creo que los que no llevan pulsera no entran.*

*Ante este panorama pienso en los timos que tuvieron que sufrir Sand y Chopin durante su estancia valdemosina. Pienso en la señora María Antonia, vecina de celda de los artistas decimonónicos, que les robaba comida cada vez que podía. Pienso en el timo de los aranceles que tuvieron que pagar esa pareja de creadores geniales, para poder llevar el pianino Pleyel hasta la Cartuja. Pienso en el sacristán que habitaba este convento, ya desamortizado cuando llegaron Sand con sus hijos y su amigo compositor, que fue acusado y convicto de abusar de una señorita que pasaba unos días en la Cartuja con sus padres, pienso también en los niños de la Dudevant cuando varios vecinos del pueblo les apedrearon por verles dibujar las ruinas del convento, incluso llego a pensar en los días que todo el pueblo se conjuró contra los artistas venidos de Francia, para no venderles ninguna comida como castigo por no ir a misa. Decido no pensar nada más e intentar sacar algo de provecho de esta visita.*

#### APUNTES Y COMENTARIOS A UNA LECTURA DE RUSIÑOL

*Qué razón tenía el inclito don Santiago, cuando adulaba esta pacífica isla por su calma y tranquilidad. Nada más entrar en la estupenda celda donde residieron Sand y Chopin durante 55 maravillosos días, y donde compusieron destacadísimas obras cada uno, he podido ser consciente de esa quietud a la que tan insistentemente hace referencia el inefable Rusiñol. ¡Qué sosiego!, ¡qué sinfonía de colores y olores!, ¡qué exuberancia estival!... y qué pereza... hasta los turistas son calmados y perezosos... a la par que increíblemente educados.*

*No me extraña que este excelso catalán reposara su cuerpo y su mente en esta isla durante largas temporadas, y llegara a instalarse en la casa de la familia Sureda, propietaria del conocido como palacio de don Sancho, hoy afortunadamente visitable.*

*Pienso que si yo fuera pintor, escritor o músico, también vendría aquí a componer mis obras. Pienso que quizás incluso podría alquilar una de estas celdas a un módico precio, y digo módico porque estas gentes seguro que valorarían más la fortuna de tener entre sus muros, y entre sus vecinos, a un gran artista, que el simple hecho, limitado, lucrativo y crematístico, de cobrar un*

alquiler abusivo.

Oigo los vencejos gritar en el cielo. Oigo, desde el jardín de la celda, cantar abajo en los alrededores del pueblo, a los ruiseñores, y oigo también, los maravillosos preludios op. 28 compuestos por el polaco entre estas paredes durante su dulce y paradisiaca estancia mallorquina, que con tan buen gusto han decidido los propietarios de la celda, emitir por altavoces perfectamente disimulados entre la exquisita decoración.

Sólo el sosiego invade mi espíritu, porque es verdad... ¡estamos Ella y yo en la isla de la calma!

Espero con ansia el momento de visitar otros embriagadores lugares y rincones de estos Campos Eliseos del Mediterráneo

## DIARIO DE PRÁCTICAS PSICOMÉTRIAS

14 de julio... sin número de práctica.

He tenido la oportunidad, nada más y nada menos, de experimentar una retrocognición y poder presenciar las impregnaciones psíquicas dejadas por George Sand y Frédéric Chopin en la celda que habitaron durante su estancia en la Cartuja de Valldemossa. Pero esa oportunidad se ha truncado debido al desagradable ambiente que se respira entre estos muros por varios motivos, uno el apestoso espíritu usurero que rodea todo este montaje turístico y, otro, el discurrir sin pausa de turistas maleducados cuyo único objetivo es poder hacerse una auto-foto con el piano de Chopin detrás de ellos.

Recuerdo que, ante las dificultades de obtener información fidedigna mediante una serie de prácticas radiestésicas, seguramente por encontrarse mi péndulo sometido a un estrés ambiental al que no está acostumbrado, decidí someterme a una interesantísima sesión psicométrica aprovechando la presencia del pequeño piano vertical de Chopin en una de las habitaciones de la celda donde, supuestamente, residieron estos dos artistas tan queridos y apreciados por mí.

Recuerdo que una vez evaluados los pros y contras, y aprovechando que Ella estaba fotografiando completamente ensimismada todo lo que podía fotografiar en el jardín de la celda, decido subirme en la tarima donde está expuesto el piano y apoyar mi cabeza sobre la tapa superior del instrumento. Oigo que algún turista protesta porque quiere hacerse su auto-foto con el piano detrás pero sin mi figura apoyando la cabeza en el piano. Decido hacer caso omiso y seguir con mi práctica psicométrica. Me concentro en las figuras de Sand y Chopin. No me concentro en las figuras de los hijos de Sand. Veo luces en mi mente. Veo una luz roja. Oigo a otro turista impertinente pidiéndome en inglés que me quite del piano para hacerse ellos una foto en grupo delante del piano. Decido seguir haciendo caso omiso. Dejo de ver la luz roja y paso a ver una masa oscura. Oigo cámaras de fotos (o teléfonos móviles) haciendo el click correspondiente al disparo fotográfico. Me percató que esos clicks se oyen cada vez más cerca, incluso noto el aliento de alguien que me está haciendo una fotografía, pero no abandono ni por un momento mi práctica psicométrica, aunque todavía no haya visto la impregnación psíquica de Sand, ni tampoco la de Chopin. Paso de la masa oscura a unas luces rojas que deambulan, me pongo nervioso porque presiento que en cualquier momento puede aparecer la figura de Federico componiendo alguno de sus preludios en el piano donde tengo mi cabeza apoyada, justo con mi sexto chacra apretando la madera del piano para ver si así se acelera el proceso de retrocognición. Oigo una voz cerca de mí, una voz que me resulta familiar. Creo que esa voz me pregunta de forma nerviosa que qué me pasa. Contesto a esa voz, una vez identificada con la voz de Ella, que no veo nada, a lo que la voz de Ella comenta, más nerviosa todavía, algo sobre ambulancias, momento en el que decido dejar de hacer caso omiso a las voces y abrir los ojos, levantar mi cabeza del piano y dirigirme a Ella, algo confuso eso sí, para decirle que lo que no veo son las impregnaciones psíquicas de Sand y Chopin. Bronca y se acaba la experiencia.

\*\*\*

—Creo que yo me voy a ir yendo a la cama —me dijo Ella justo cuando estaba terminando de anotar mis últimas entradas en los diarios y cuadernos correspondientes.

—¿Por qué no me enseñas la fotografías que has hecho hoy en Valldemossa? —le pregunté con la curiosidad de poder ver su visión surrealista de la Cartuja y de todo lo que habíamos experimentado esa jornada.

—No, no, hasta que no las pase por el ordenador y les dé mi toque personal no se pueden ver —sentenció de forma ineluctable, motivo por el cual nos fuimos ambos a la cama.

Una vez metidos en el sobre, Ella decidió leer un volumen que había encontrado en la librería de nuestros amigos sobre la vida de Miró en Mallorca, mientras que por mi parte seguí con los cuentos breves de Tolkien, ya que todavía no me había acabado ni siquiera el primero, puesto que tantas experiencias durante el día hacían que al llegar el momento de acostarnos, un profundo sueño me aletargase en cuestión de minutos, o mejor dicho, de segundos.

—¿Te parece que hoy vayamos a ver la Catedral de Palma?, creo que es una preciosidad y la única gótica al lado del mar —me preguntó Ella después de haber desayunado unas ricas tostadas con aceite (y las suyas, además de aceite, con unas espléndidas lonchas de queso) en un bar cercano a la casa de nuestros amigos.

—¿Y no crees que sería mejor quedarnos en casa para que fueras tratando en el ordenador las fotografías que has hecho?, si no luego se te va a acumular el trabajo.

—La verdad es que tienes razón, así, además, veo poco a poco el enfoque que les voy aplicando a las fotos. Porque ahora mismo no sé muy bien cómo unificar el trabajo. Había pensado en deformar todas las imágenes y convertirlas en ensaimadas.

—Hombre...yo creo que convertir en ensaimada la catedral de Palma puede estar bien, pero la celda de Sand y Chopin, eso me parece una falta de respeto —le comenté, ante la deplorable imagen surgida en mi mente del pianino del genio polaco embutido en una de las espirales de las que toda ensaimada se compone, bien con cabello de ángel, con crema, con nata o incluso sin relleno alguno.

—Bueno, es sólo una idea, pero creo que alguna de las imágenes serán ensaimadas, otras sobrasadas, otras butifarras...así que debemos investigar a fondo la gastronomía isleña, porque acabo de encontrar el hilo conductor del proyecto...¡la gastronomía!, que además está super de moda —comentó Ella toda emocionada, al mismo tiempo que se dirigía a su ordenador portátil para empezar el tratamiento digital de las fotografías realizadas el día anterior en Valldemossa.

En ese momento di gracias a Dios por lo acertado de mi proposición, ya que ahora tenía yo la oportunidad, y el tiempo necesario, para husmear en unas cajas archivadoras que había visto esparcidas por el estudio de nuestro amigo Francisco, en las que me pareció adivinar la documentación antigua de algunos faros y donde, con suerte, podría encontrar algo relacionado con el faro ese de la isla Dragonera en el que vivió el asesino de mi amigo Carvajal, amigo en otra vida, y del que no tenía ni idea quién fue ni qué hizo, sólo sabía que un vil farero de ese islote acabó con su vida miserablemente, y que ahora ese criminal me había confesado su fechoría, colándose en uno de mis viajes astrales. Y si ese homicida me había elegido a mí para confesar su atroz delito, sería por algo.

—¡Ya tengo el nombre para el proyecto! —oí que me gritaba Ella desde el salón comedor, habitación en la que había montado su improvisado y provisional estudio—. ¡Se titulará “Una isla para comérsela”!

—¡Me parece de lo más acertado y sugerente! —le respondí yo, también gritando, mientras descubría que esas grandes carpetas archivadoras contenían en su interior unos legajos antiguos correspondientes a la correspondencia oficial que se establecía entre los faros y la Jefatura de Obras Públicas de Palma—. ¡Pero ese título ya se lo dieron a un programa de televisión sobre la gastronomía española...se llamaba “Un país para comérselo”! —le volví a gritar para dejarle claro lo inapropiado del nombre.

—Vaya por Dios —escuché que mascullaba con decepción.

Mientras, yo comenzaba a escudriñar dentro de aquellas cajas archivadoras, y me dio la impresión que nuestro amigo, a la vez que co-anfitrión, estaba preparando la composición de un libro sobre la historia de los faros de las Baleares. Sólo era cuestión de rebuscar hasta encontrar lo que yo necesitaba, es decir, los documentos correspondientes a los faros de la isla Dragonera.

—¡Gastrografías!...¡ese será el título! —me volvió a gritar ella desde el comedor / estudio.

—¡Está muy pillado!...¡hay cantidad de cosas hechas con ese epígrafe! —le contesté, después de haber introducido la palabreja esa en el buscador de mi teléfono con acceso a Internet y



de haber encontrado lo que tan ansiosamente estaba buscando (y no me refiero a las gastrografías, de las que salían cantidad de enlaces en mi teléfono de última generación, sino al tesoro objeto de mi pesquisa)... ¡¡¡allí estaban!!... varias cajas, unas con la correspondencia del faro de na Popia, otras con las del faro de Llebeig y otras con las del faro de Tramuntana, todos ellos faros situados en... ¡¡¡Dragonera!!!.

—¿¡Y Mallorca Emplatada!? —continuaba Ella gritando posibles títulos para su proyecto sobre fotografía surrealista de la isla.

—¡¡Dios mío!! —exclamé para mis adentros—, esta es la oportunidad de oro que mi investigación sobre el caso Carvajal estaba necesitando —continué exclamando para mis adentros.

—¡No está mal! —exclamé para mis afueras—, ¡puede ser original y sugerente! —continué exclamando para mis afueras.

De manera que ni corto ni, mucho menos, perezoso, comencé a sacar esos valiosísimos legajos así como los oficios y escritos enmudecidos entre el balduque que los amordazaba. Sólo era cuestión de localizar algunos documentos del faro de Llebeig (ese de la fotografía familiar donde aparece mi bigotudo) y de la época en que se tomó la tan mencionada instantánea, es decir hacia los años veinte.

No tardé mucho en localizar el legajo correspondiente. Se trataba de un montón de cuartillas escritas a mano, con alguna excepción mecanografiada, de caligrafía a veces clara y comprensible y otras muy débil y de difícil entendimiento. Afortunadamente Francisco tenía una buena lupa, que seguramente emplearía en el descifrado de muchos de estos documentos, la cual me fue de gran utilidad para poder comprender lo que escribían aquellos torreros, nombre este que recibían los guardianes de los faros por aquel entonces.

Sin embargo, pronto me di cuenta de que estaba haciendo el canelo, ya que a mí no me interesaba para nada lo que se había escrito en aquella correspondencia oficial, sino el acceder astralmente al faro ese de los demonios mediante técnicas psicométricas, es decir, mediante la retrocognición, de manera que así, quizás, podría ver yo personalmente al bigotudo asesino y, quién sabe, también a mi amigo de otra vida, Carvajal. Y la mejor forma de utilizar esa documentación histórica para viajar astralmente al faro de Llebeig era poniéndola en contacto con mi sexto chacra, el de la clarividencia, o sea, el de mi frente.

—¡Cada monumento o lugar de interés, o simplemente cada fotografía seleccionada, la convertiré en una comida típica y reconocida, al mismo tiempo que aparecerá servida en un plato!... ja, ja, ja... ¿¡qué te parece!?

—¡¡Fantástico!! —le contesté, mientras apretaba el primero de aquellos papeles manuscritos contra el centro de mi frente.

Llegados a este punto, y con la intención de no repetirme en explicaciones, creo que lo mejor para este relato detectivesco será el transcribir directamente lo escrito en mi “Diario de viajes astrales” respecto de lo visto, y también de lo no visto, durante la práctica ocultista con la documentación histórica de aquel faro.<sup>15</sup>

## DIARIO DE VIAJES ASTRALES

15 de julio. Viaje a Dragonera. (astral, por supuesto)

*Cojo un documento y me lo coloco en la frente. No veo nada. Cojo otro documento. Sigo sin ver nada, vuelvo a coger otro documento del montón y lo aprieto con mi mano derecha contra mi frente, de la misma forma que he practicado con los documentos anteriores pero ahora con algo*

---

15 Aunque en realidad esta experiencia no era otra cosa que una práctica psicométrica, el hecho de querer viajar en el tiempo y el espacio al extremo sur de la isla Dragonera, además de la circunstancia de no haber escrito casi nada todavía en el *Diario de viajes astrales*, hizo que la incluyera en este diario y no en el *Cuaderno de prácticas psicométricas*.

más de fuerza en la presión ejercida contra el supuesto punto donde se encuentra mi chacra, el sexto claro está. Sigo sin ver nada, Ahora lo aprieto con mi mano izquierda, pero también contra la frente. Nada ocurre, sólo oscuridad. Pienso si debería probar colocándome el documento en otros chacras, pero ante la incomodidad de apretarlo contra mi coronilla (chacra 7) o situarlo entre los omóplatos (chacra 4), opto por seguir en el chacra sexto. (Ni qué decir tiene que en ningún momento me he planteado colocarme el escrito en el chacra 1, es decir, el localizado en las partes pudendas). Decido apretar la cuartilla (siempre contra mi frente) con las dos manos. Ahora comienzo a vislumbrar un faro que se aleja a mis espaldas. Tiene la torre muy pequeña. No es el faro de Llebeig, el cual conozco por haberlo visto en algunas fotos. Es bastante diferente. Dejo de ver ese faro.

Elijo otro papel. Lo aprieto contra mi frente. Hace un calor del demonio. Veo borroso, pero no por el calor sino por estar comenzando un viaje astral. Ahora parece que veo una chica vestida con uniforme y llevando una cofia. Parece que está planchando ropa o algo parecido. No sé que pinta una chica de servicio en un faro. Pienso que mi práctica de retrocognición está resultando todo un fiasco. Decido separar la cuartilla de mi frente y leer el contenido. Compruebo que el farero que suscribe solicita unos días de permiso para restablecer su salud mediante unos baños de agua en un balneario. Pienso que mi visión era de lo más acertada, y que la chica con cofia seguramente sería una empleada de aquel balneario dedicado a la hidroterapia. Vuelvo a colocarme el documento en la frente para ver si ocurre algo entre la chica y el farero que quería ir a ese establecimiento. Pienso que quizás los baños curativos a los que hacía referencia en su escrito estaban pensados, en realidad, para realizarlos en compañía, y que el verdadero terapeuta era la de la cofia y no un supuesto reumatólogo calvo y regordete.

Procedo a ponerme en la frente un total de veinticinco documentos, de los que sólo tres me producen visiones de relevancia. Dos de esas visiones ya están anotadas más arriba. La tercera visión es una habitación repleta de herramientas colocadas por la pared. Deduzco que se trata del taller del faro. De hecho, consulto el contenido del documento y compruebo que se trata de un envío de material con destino a esa señal marítima. Vuelvo a poner ese documento en mi frente, recalentada por el calor y por el esfuerzo al que estaba sometiendo a mi sexto chacra, por ver si da algo más de sí. Pienso que un documento parlanchín como este, hay que exprimirlo hasta el final.

Mientras estoy con el documento número veinticinco “exprimiéndolo” en mi frente, oigo la voz de Ella acercándose de forma progresiva. No presto atención a lo que dice, sólo al sonido “in crescendo” de su melodiosa voz, aunque en este caso no tan melodiosa como lo es habitualmente. Oigo algo sobre una lavadora. Oigo algo sobre una inundación. Oigo también algo sobre qué demonios estoy haciendo, momento en el que decido dejar de someterme a la psicometría número veinticinco e intentar escuchar lo que Ella me está diciendo. Abro los ojos y la contemplo con cara de iguana asustada. (No sé que cara tengo yo en esos momentos). Mientras le dirijo la mirada, aunque reconozco que todavía con mis sentidos no muy activos en el plano físico, escucho cómo me dice muy alterada que la lavadora se ha roto y que la cocina, junto con el baño de abajo, están inundados, momento en el que intento concentrarme en sus palabras y abandonar por completo el plano astral, a pesar de los grandes logros obtenidos hasta el momento. Sin embargo, cuando estaba a punto de realizar yo alguna pregunta, no recuerdo cual, porque seguramente la pregunta todavía no estaba formada en mi cerebro, escucho que Ella me pregunta a mí primero, y me dice que qué hago con un papel pegado en mi frente, a lo que yo le respondo que estaba someténdome a unas interesantísimas psicometrías y que al parecer, con el sudor que fluye por toda mi cabeza, se había quedado adherido a la frente. Añado varios exabruptos hacia el execrable ambiente húmedo y caluroso que hay en esta casa, en este pueblo y en esta isla.

Recuerdo, al escribir las notas correspondientes en este diario, escritas algunas horas después de lo sucedido, que en ese momento Ella retiró el manuscrito de mi frontispicio, y emitió un grito ensordecedor, para acto seguido mostrarme el espeluznante documento y echarme en cara que con el sudor de piel se había corrido toda la tinta, de manera que ahora se hacía ininteligible

*el contenido.*

*Ella abandona la cara de iguana asustada y adopta otra de serpiente de cascabel, hasta ahora desconocida para mí, mientras comienza a examinar todos los escritos manipulados hasta ese instante, momento en el que se echa las manos a la cara y me pregunta, farfullando y con el sonido saliendo a través de sus manos, que cómo pienso solucionar eso y que si soy consciente de lo que acababa de hacer. En ese mismo instante, reconozco que yo también me sorprendí de lo acontecido y del daño que habían sufrido algunos de aquellos centenarios documentos, pero armándome de valor le contesté que no pasaba nada, que George Sand casi destruye por completo una carta náutica del siglo XV, la cual había pertenecido nada más y nada menos que a Américo Vespucio.*

(Por fidelidad a los hechos, y en beneficio del relato detectivesco, creo que será mejor dejar por el momento las transcripciones y pasar a la acción propiamente dicha)

—¿Pero a nosotros qué nos importa la maldita George Sand?, de la que comienzo a estar un poco harta la verdad —me espetó Ella con las manos todavía en su cara, demostrando con ese lenguaje no verbal que tenía encima un susto de muerte, no sé si debido a la inundación de la lavadora, al destrozo de unos cuantos manuscritos centenarios o a ambas cosas.

—Yo creo que si los quemó nadie se va a enterar de que alguna vez existieron. Además, en ellos no había ninguna información de interés, todo eran comunicaciones rutinarias absolutamente anodinas.

—¡Pero cómo vas a quemarlos!... Tendrás que explicárselo a Francisco, pero claro ahora que lo pienso a ver cómo le explicas lo que hacían esos documentos en tu frente sudorosa —continuó Ella con su mini juicio inquisitorial.

—En realidad la culpa no es mía, sino de este repugnante calor y de la ausencia de aire acondicionado en esta también repugnante casa, que será muy bonita, pero parece una tahona. Por cierto, que en realidad no fue la pobre George Sand la que tiró el tintero sobre la carta de Valseca, sino de uno de los sirvientes del Cardenal Despuig, lo que pasa es que prefirieron echarle la culpa a los franceses, es decir a la Sand.

—Que dejes ya en paz a la maldita George Sand, ¡caray! Ahora tenemos que solucionar lo de la lavadora, y luego ya veremos qué hacemos con los escritos esos. Creo que lo mejor será dejarlos así en el interior de las cajas, y cuando los vea Francisco seguramente se pensará que el paso del tiempo y la humedad del faro donde estuvieron guardados durante años, los han deteriorado —sentenció Ella, ahora recuperando su cara estándar y presta a solucionar todo ese caos acontecido en tan sólo una hora desde que decidimos no ir a ver la Catedral de Palma.

Sin embargo, yo no estaba dispuesto a portear, como un pobre serpa tibetano, toda la culpa de aquellas contrariedades surgidas como de la nada, de las que quién sabe si, incluso, no fueran enviadas por algún bajo astral que deambulaba por esa extraña casa.

—Por cierto...¿qué le ha pasado a la lavadora?... a lo mejor es que te has dejado la puerta abierta —le dije, intentando que ese simple comentario fuera en realidad una acción de consecuencias similares a la de meterle un dedo en el ojo.

—Pero no digas tonterías, ninguna lavadora funciona si no le cierras la puerta por donde se introduce la ropa —me contestó, siendo finalmente Ella quien me metió el dedo en el ojo a mí.

\*\*\*

Después de varios cubos de agua desalojados de la cocina y el baño adjunto, y arrojados a las plantas del jardín para, por lo menos, aprovechar todo ese agua perdida, nos pusimos a investigar el origen de la fuga.

—Oye...¿qué has hecho con el agua que recogíamos en los cubos? ...inquirió Ella, ahora demostrando tener una capacidad sudorífica tan grande como la mía.

—Pues se la he echado a las plantas del jardín para reciclar toda esa agua desperdiciada.

—¿Pero no tendría detergente?... a ver si también les matamos toda la vegetación de ese precioso jardín y cuando vengan no reconocen su propia casa.

No, no, nada de detergentes —le contesté, sin pensar si en realidad el agua tendría detergente o no, puesto que lo verdaderamente importante para mí era terminar con todo ese asunto de la inundación, y poder volver al estudio de Francisco para continuar con mis investigaciones en el caso Carvajal.

—Riiiiiiiiing —sonaba el teléfono fijo de la casa de nuestros amigos.

—Cógelo por si tenemos que anotar algún mensaje para Rosa o Francisco —me dijo Ella mientras yo todavía estaba con la fregona intentando secar los rincones más rebeldes de la cocina que permanecían algo encharcados.

—Mejor cógelo tú que tienes más confianza con ellos y así entenderás mejor el posible recado —le contesté para evitar hablar con cualquier ser desconocido y, lo que podía ser peor, plomizo y charlatán compulsivo.

—Vaaaaale, ya voy.

—¿Sí? —oí que preguntaba Ella de la forma más tradicional posible a la hora de descolgar un teléfono y querer saber qué se cuece al otro lado del auricular.

—¡Hola Rosa, qué sorpresa! —exclamó muy contenta, motivo por el que deduje que la persona que llamaba era Rosa la amiga de Ella y propietaria, junto con Francisco, de la casa que se nos acababa de inundar.

—Pues estamos de maravilla.

—¿La casa?... pues fenomenal, la verdad es que estamos encantados y todo está resultando de lo mas confortante —continuó Ella diciendo, pero ahora con su cerebro colocado en modo mentiroso e hipócrita.

—¿Y vosotros qué tal en nuestra casa? —preguntó a nuestra amiga Rosa, me imagino que para desviar la conversación a otro punto de interés y evitar tener que seguir mintiendo u omitiendo el asunto de la inundación y el de la destrucción de documentos históricos.

—No os preocupéis por esas manchas del sofá, no son vuestras, todas las ha ido haciendo Ramona, que es su lugar favorito de descanso.

—Pues no, no nos da asco, ¿por qué? La perra está muy sana así que no tengáis cuidado que no hay nada de lo que os podáis contagiar.

—En todo caso, si os da un poco de reparo, poned encima del sofá alguna de las sábanas que hay en la cómoda de nuestro dormitorio, que luego ya la lavaremos nosotros.

—¿La lavadora?...si, si, ya sabemos dónde está, pero todavía no la hemos tenido que utilizar —seguía Ella mintiendo cada vez de forma más flagrante.

—¿Que a veces hay algunas fugas de agua porque se afloja la goma que hay en la puertecita redonda?... pues qué bien que nos lo dices porque así estaremos pendientes y la apretaremos antes de ponerla en funcionamiento.

—Venga, pues nos llamamos para cualquier cosa...y vosotros también, que disfrutéis mucho, un beso muy fuerte para los dos —terminó por decir Ella, dejando de colocar su cerebro en modo mentiroso.

—Pufff, qué apuro he pasado para que no notara nada en mi tono de voz, que las mujeres somos muy brujas —me dijo mientras volvía a colocar el aparato telefónico de esta casa, e inalámbrico, en el cargador donde siempre reposa.

—De hecho, me parece muy curioso que haya llamado justo cuando acabamos de sufrir la inundación. Creo que tu amiga Rosa tiene altas capacidades telepáticas receptoras, o quizás las tengas tú, pero en tal caso emisoras en lugar de receptoras.

—Bah, eso no son más que casualidades.

—Bueno, yo voy a guardar esa documentación con la que estaba trabajando.

—Trabajando...será más bien destrozando. Por favor escóndela muy bien para que no resalte sobre el resto.

—No te preocupes, soy un maestro del camuflaje —le contesté, alardeando de una capacidad que nunca había sido consciente de poseerla, y de la que sigo sin serlo.

Una vez recogido todo el fascinante material histórico, y amordazado de nuevo con el balduque, lo deposité en el ataúd-archivador y me dediqué a escudriñar esas publicaciones que rondaban encima de la mesa escritorio de Francisco, dedicadas a los faros del archipiélago. Al cabo de unos cinco minutos aproximadamente, di con una fotografía que inmediatamente reconocí y que, por el hecho de reconocerla, me produjo los escalofríos más intensos que nunca había experimentado.

¡En esa fotografía aparecía el faro de mi experiencia psicométrica realizada escasamente dos horas antes!, el faro que visualicé de torre pequeña y que se iba alejando a mis espaldas de forma progresiva. Pero los escalofríos llegaron a su clímax en el momento de leer la nota a pie de foto: *Faro de na Popia (Dragonera), todavía en funcionamiento, hacia 1908.*

¡Ese faro era uno de los de la isla Dragonera!, justo el primero, el que se tuvo que apagar por culpa de haberse construido demasiado alto y padecer muchos días al año una niebla que impedía su visibilidad.

Seguí leyendo acerca de la historia de ese curioso faro, que resultaba ser el construido a más altura sobre el nivel del mar en toda España, siendo precisamente eso la causa de su corta vida, pues hizo que se tuviera que apagar en 1910 e inaugurar otros dos más abajo, en cada extremo del islote, es decir uno al sur y otro al norte. Pero ya bastaba de historia. Era el momento de pensar ahora sobre todo lo sucedido, a excepción de la inundación producida por la fuga en la toma de agua de la lavadora, claro está.

Y después de pensar unos minutos sobre todo lo sucedido, menos sobre la inundación, llegué a la conclusión de que quizás los documentos que me habían producido visiones astrales, son los que me estaban comunicando información relativa al asunto Carvajal. Creí, y todavía creo, que alguien desde el más allá, se estaba tomando la molestia de transmitirme datos de altísimo interés para la resolución del caso. De manera que si ese faro, el de na Popia, apareció en mitad de una práctica psicométrica, era porque allí había algo que yo debía descubrir o desentrañar.

No quedaba, pues, más remedio, que pisar esa isla cuanto antes, y no sabía cómo podría hacer para convencerla, a Ella, de aparcar la idea de visitar la catedral de Palma, sin interés alguno para mí en ese momento (por mucho retablo gótico, baldaquino de Gaudí o capilla de Barceló que exista en su interior).

Sin embargo, no fue Ella quien retrasó nuestra visita a Dragonera, sino la presencia en Mallorca de la persona más inesperada que nunca podía imaginar, mi amigo soriano de toda la vida: ¡¡el Mingusino!!

15 UN ENCUENTRO INESPERADO,  
Y UN DOCUMENTAL TODAVÍA MÁS INESPERADO.

—¡¡Está sonando tu teléfono móvil!! —oí que me gritaba Ella mientras yo estaba dentro del baño intentando descongestionar mi tránsito intestinal.

—Toc, toc, toc —llamaron a la puerta del baño, lo cual, dado que no había más gente en la casa a parte de Ramona y Ella, lo lógico era pensar que se tratase de Ella.

—Corre cógelo que se va a cortar —me dijo algo nerviosa, momento en el que no tuve más remedio que abandonar mi postura sedente para dirigirme a trompicones hacia la puerta.<sup>16</sup>

—Toma, ya te lo he descolgado —pormenorizaba Ella al mismo tiempo que aparecía una mano a través de la puerta entreabierta, y me cedía el teléfono como si se tratara del testigo en una carrera de relevos.

—¿Sí? —pregunté al posible interlocutor, mientras volvía encorvado (no sé por qué) y dando ridículos pasitos hacia el lugar donde recuperar mi anterior postura sedente.

—¡¡Coño!!!...si que has tardado en cogerlo...ya pensaba que estabas jodido o jodiendo, ¡ja, ja, ja! —oí que me gritaba desde el otro lado del auricular, una voz inconfundible, tanto por su tono y timbre, como por la cantidad de exabruptos e imprecaciones capaz de emitir en una sola frase.

—Anda, Mingusino, cuánto tiempo sin saber nada de ti —le dije al Mingusino, mi amigo soriano de hace mil años, y con el que compartí muchas andanzas por el Cañón del Río Lobos, así como por otros parajes sorianos, y no sorianos, en mi época de afición a la ornitología.<sup>17</sup>

—¡Oye cabrón, que me ha dicho el modorro de Gonzalo que andas por Mallorca, cacho maricón! —continuó el Mingusino en el mismo tono habitual de siempre, lo cual me dio pie a pensar que nuestro común amigo Gonzalo (también aficionado a la ornitología pero no soriano sino abulense) le había comunicado mi actual paradero.

—¿Y a que no sabes dónde estoy yo, pedazo lesbiano? —me preguntó el Mingusino, sin dejar que yo pudiera meter ni una sola palabra en todo aquel cóctel de juramentos.

—¡¡Pues en Mallorca!!, ¡tócate los cojones!...¿a que tiene huevos, eh? —siguió voceando el Mingusino, momento en el que por fin pude meter baza en la conversación, aunque con el dilema de si obedecer a su imperativo o responder a la pregunta recién formulada.

—Pues sí la verdad, vaya coincidencia —le dije una vez que elegí responder a la pregunta, a pesar de lo fácil que me hubiera resultado obedecer su ordenanza, dada mi posición sedente y la desnudez que mi cuerpo ofrecía en esos instantes de cintura para abajo.

—¿Y no me vas a preguntar qué cojones hago yo en esta isla? —continuó el Mingusino dilatando el interrogatorio que había comenzado.

—Pues justo te lo iba a preguntar ahora mismo —le contesté, haciendo honor a la verdad.

—Joder, joder, pues resulta que me han invitado los de la Universidad de aquí a dar una charla sobre los panochos que emigraron a Arizona durante la Guerra Civil y que se empeñaron en mantener la lengua panocha allí, aunque no lo consiguieron los muy jodíos.

—¿Y cuándo tienes que dar la charla? —le pregunté por cortesía, pero esperando zafarme de asistir a la misma, dado que yo ahora tenía que ocupar todo mi tiempo en esclarecer el truculento misterio de la isla Dragonera.

—¡¡¡El día 16!!!, ¡¡¡ja, ja, ja!!!, ¡¡¡cagüen la parió!!!, ¡¡¡es la hostia ¿verdad?!!!

—Eso es mañana, ¿no? —le pregunté con inocencia y esperanza.

16 Quiero especificar que lo de caminar a trompicones no era producto de una lesión en mi sistema locomotor, sino fruto de tener en ese momento toda la ropa destinada a cubrir el cuerpo de cintura para abajo, acumulada en mis tobillos, dejando la capacidad de movimiento severamente limitada.

17 Fue precisamente en ese Parque Natural, pero antes de que se declarase Parque Natural, donde nos conocimos el Mingusino y yo, cuando él buscaba egagrópilas de Búho Real y yo egagrópilas de Búho Chico.

—Joder, ¿pero en qué mundo vives?, ¡manda huevos!, cómo se nota que estás de vacaciones maricona... ¡¡el 16 es hoy!!, y la charla esta tarde a las ocho y media, y como mañana me vuelvo para Soria, pues no te queda más remedio que venir a verme... je, je, je ... ¡¡¡te jodes!!, ¡¡¡ja, ja, ja!!

—¿Y dónde es el acto? —le pregunté con todas las esperanzas ya abandonadas y entregado por completo a la voluntad del Mingusino.

\*\*\*

—¿Quién gritaba así, que hasta le oía las voces yo desde aquí? —me preguntó Ella, una vez que pude salir del baño (completamente vestido, por supuesto), con una doble angustia, por un lado debido a la ineluctable cita de esa misma tarde y, por otro, como consecuencia de no haber podido descongestionar el tránsito intestinal, debido al estrés que esa llamada me había ocasionado.

—El Mingusino.

—¿¿Quién??

—El Mingusino, un amigo mío de hace mil años, con el que me iba a ver pájaros.

—¿Ahhh, de esos con los que hicisteis un grupo ecologista?

—Una agrupación ecologista, que por cierto tuvo bastante éxito y aparecimos en más de un artículo de prensa —tuve que especificarle para que no creyera que aquello fue un juego de niños.

—¿Y qué quería?

—Pufff, pues decirme que está en Mallorca y que esta tarde tiene que dar una charla en Palma a la que, por supuesto, me ha dicho que tengo que ir porque mañana se vuelve para Soria.

—Vale, pues vas y ves a tu amigo, ¿cuál es el problema?

—¿El problema?... ¡pues que yo ahora no puedo perder el tiempo en tonterías, con lo ocupado que estoy! —le respondí, reconozco que algo irritado e incluso salido de tono.

—¡Pero si estás de vacaciones, y no tienes nada que hacer! —me respondió, mostrando su más absoluta ignorancia acerca del importante trabajo detectivesco al que me había entregado en cuerpo y alma. Ignorancia, por otro lado, que yo estaba muy decidido a mantener.

—Pues las vacaciones son para eso... para no hacer nada, y no para asistir a conferencias sobre los panochos que emigraron a Arizona durante la Guerra Civil.

—Hombre, sí que es un poco rara la charla esa. ¿Pero si tu amigo es soriano, qué hace dando una charla sobre los murcianos?

—Es que Mingusino tenía un tío que emigró a Murcia para trabajar en la huerta, y mi amigo iba todos los veranos a ayudarlo a coger melones, tomates y esas cosas, con lo que se sacaba un dinerito que luego le venía muy bien para pasar el duro invierno castellano. Y verano tras verano, terminó por cogerle cariño al habla de la zona, de forma que llegó a hacerse un reconocido experto en lengua panocha y en la historia de los panochos.

—¡Vaya!, si que es curioso tu amigo. ¿y de dónde le viene lo de Mingusino?

—Esa es otra historia. Resulta que Joaquín, como en realidad se llama, era un enamorado de los instrumentos populares del lugar, la dulzaina, el tamboril, la botella de Anís del Mono y esas cosas, pero un día conoció a unos palentinos que tocaban el Rabel, algo que transformó su vida por completo. Tanto fue así, que se compró varios rabeles, se fue a Cantabria, a Burgos, a Zamora y a un montón de sitios para que los viejos del lugar le enseñaran a tocar el instrumento y las tonadillas tradicionales, pero el problema comenzó cuando quiso fusionar el folclore castellano-leonés con el Jazz y, más concretamente, con el de Charles Mingus, con quien estaba absolutamente obsesionado. De hecho, su profuso estudio sobre los cuatro gatos panochos emigrados a Arizona, viene de que se instalaron en Nogales, el pueblo natal de Charles Mingus. La cosa se le fue un poco de las manos y terminó por tener que visitar a un psicólogo para contarle su fijación jazzística con el famoso contrabajista americano. La cuestión es que con tanto Mingus por aquí y tanto Mingus por allá, empezó a salir por las calles de Covaleda, de donde es original, para tocar el rabel pero como si fuera un mini-contrabajo, algo verdaderamente insoportable, lo cual dio pie a que finalmente los

covalenses le apodaran el Mingusino, así como de que sufriera unos cuantos apedreamientos para que dejara de dar la murga con su desquiciante instrumento.

—Caray, pues es todo un personaje el tal Mingusino. Ya me contarás qué tal la charla, seguro que es interesante.

—¡Pues vente conmigo! —le dije a Ella, viendo las puertas del cielo abiertas por verme acompañado en tan tremendo trance.

—La verdad es que estoy liadísima, porque ahora mismo estoy emplatando la Cartuja de Valldemossa con una guarnición de guisantes y no puedo dejarlo a medias, no sea que luego el programa informático no me responda o no me guarde bien los tratamientos digitales o... ¡o yo qué sé! —terminó por decirme, para dejar muy claro que me tenía que enfrentar yo sólo a la conferencia sobre los panochos emigrados a Arizona, y del intento de establecer su lengua en aquellas tierras.

\*\*\*

—¡¡Holaaaaa, ya estoy aquí!! —grité según traspasaba la puerta de la cocina, lugar por donde me estaba acostumbrando a entrar durante esos seis primeros días de estancia estival en la casa mallorquina de nuestros amigos, ya que el coche lo dejábamos a las puertas del jardín pues, normalmente, nunca había problema de aparcamiento, y si se accede a la vivienda por el jardín, luego la entrada obligada al interior de la casa, es por la cocina.

—¿Que tal la charla? —me preguntó Ella sin despegar ni un segundo su cara de la pantalla del ordenador portátil, al cual intenté echarle un vistazo según me acercaba para darle un beso (a Ella, no al portátil, claro está).

—Eh, eh, eh, no se puede ver hasta que no esté acabado el trabajo.

—Vale, vale.

—¿Qué tal la conferencia de tu amigo Mingusino?

—Pues resulta que no era una charla propiamente dicha, sino la proyección de un documental que ha realizado mi amigo sobre los panochos que emigraron a Arizona. ¡Caray con Mingusino!, vaya documental que ha realizado, la verdad es que está muy bien y le han aplaudido mucho. Mira, le he comprado un DVD por 15 € para contribuir a la causa y para tener de recuerdo. Ahora ha dicho que va a realizar otro documental sobre la gastronomía panocha. Creo que hay cierta obsesión con eso de la comida, incluso tú estás convirtiendo los lugares turísticos de la isla en platos de restaurante.

—Bueno, está de moda y hay que aprovecharlo —me contestó, como justificando su elección de convertir los monumentos y lugares más representativos de Mallorca, en comidas servidas y listas para zampar.

—En el documental también se habla de los sefardíes de la isla de Rodas que emigraron a California como consecuencia del antisemitismo previo a la Segunda Guerra Mundial. Lo curioso es que los panochos se pusieron en contacto con ellos para poder hablar en español, pero como no había manera de entenderse entre los de habla ladina y los de habla panocha, pues se abortó la toma de contacto.

—¿Pero hubo muchos murcianos que se largaron a Arizona? —preguntó Ella en un atisbo de interés sincero por el asunto.

—Parece ser que fueron sólo un par de familias, lo que pasa es que a Mingusino eso le da pie para hablar del panocha a un nivel internacional, incluso estoy empezando a pensar que todo es fruto de su invención, a excepción de los sefardíes de California, porque justo de esos sí que había fotografías y documentos que lo acreditaban.

—¿Os habéis despedido?

—Pues claro

—¿Y qué te ha dicho tu amigo?

—¡¡¡Cagüen dioro, a ver si vas por Covaleda hostias!!! —contesté utilizando todas mis



dotes de actor, para ser lo más fiel posible a la despedida del Mingusino.

—Por Dios, no hace falta que seas tan literal ni expresivo ¡hombre!, a ver si se piensan los vecinos que me estás maltratando y llaman a la policía —me gritó Ella, pero en voz baja, dando a entender que mi actuación teatral no había sido de su agrado.

—Bueno, ¿te parece que mañana vayamos a ver la catedral de Palma? —me preguntó Ella dejando zanjado el asunto panocho y pasando al programa para el día siguiente.

—¿No prefieres que vayamos a la isla Dragonera?

Ni catedral ni Dragonera... al final... piscina en casa. Este fue el resultado de nuestros planes, el día siguiente, domingo, al darnos cuenta que era, precisamente, eso... domingo.

—Oye, ¿qué te parece si el día de hoy lo dedicamos a disfrutar de la piscina tranquilos en casa, porque al ser domingo puede que todo esté saturado de gente? —me preguntó Ella, con cara de albatros mustio.

—Vale, pero primero podríamos ir a desayunar al pueblo y buscar un bar diferente al habitual —le contesté con la esperanza, al menos, de compensar el retraso de mi ansiado viaje a Dragonera, con el descubrimiento de un establecimiento donde mejorasen lo que nos ofrecían en el bar del que ya éramos clientes asiduos desde que llegamos a Mallorca, y del que no se podía decir que fuera una mala oferta, la verdad sea dicha, pero es que uno siempre aspira a encontrar mejores oportunidades cuando se trata de desayunos vacacionales, o “finde semanales”.

Todo trascurrió según lo esperado, es decir, el bar donde entramos a experimentar una mejora en los desayunos ofertados, resultó ser todo un fiasco, sirviendo unos cafés con leche de un casi inexistente café y con tal cantidad de leche que uno podía imaginarse la teta de la vaca como un surtidor inagotable destinado a desbordar todas las pocillos que se colocaban debajo de ella. Por si fuera poco, nos colocaron unas tostadas minúsculas escasamente regadas con el aceite de oliva más insípido que se pueda uno imaginar. Y eso, por no hablar de las lonchas de queso que a Ella le soltaron encima de sus rebanadas de pan, las cuales podrían ser utilizadas como papel de fumar si no fuera por el extraño sabor que le daría el queso a la picadura de tabaco.

Lo que no trascurrió según los planes, fue lo que nos encontramos al llegar a casa, algo terrorífico que, por desgracia, provocó el retorno de mis ideas acerca de la naturaleza encantada de aquella escabrosa vivienda en la que todavía nos quedaban ¡trece noches! por pasar.

La primera sorpresa la tuvimos cuando, una vez atravesado el jardín, y dentro ya de la cocina, descubrimos una de sus paredes destrozada por la base, con trozos arrancados a mordiscos por algún monstruo enfurecido. A parte de ser conscientes, en ese mismo instante, que dicha pared había sido construida con un simple y baratísimo pladur, dejamos a un lado la paupérrima consistencia del material de construcción empleado, y decidimos pensar en Ramona como principal sospechosa de ese abominable acto, y por lo tanto como supuesto monstruo enfurecido.

—¡Ay Dio mío, pero si ha destrozado la cocina!, ¿a ver cómo arreglamos todo esto antes de que vuelvan Rosa y Francisco? —gimió Ella toda, compungida por el lamentable espectáculo al que estábamos asistiendo—. Pero si sólo llevamos una semana y ya casi hemos acabado con su preciosa casa y, además, tú, con los documentos históricos esos... ¡qué desastre!

—No te preocupes, hombre, que esto es pladur, así que se repara en un pis pas y ellos nunca se darán cuenta de nada —tuve que responderle para calmar sus nervios, antes de que comenzara a estallar en llantos y fuera, además, consciente de que en mi sistema nervioso, estaba asomando una seria alteración en su últimamente equilibrado estado, sobre todo porque hacía mucho tiempo que Ramona no se comía una pared, algo que en su infancia y primera juventud llegó a terminar por convertirse en un acto compulsivo.

—¡¡¡Ramona!!! —gritó Ella esperando encontrar a la perra para responsabilizarla de lo ocurrido y reprenderla por su ataque desmesurado contra una de las paredes de la cocina.

—¡Ramona! —grité yo, con algo menos de intensidad, para evitar que la perra se amedrentara y no quisiera salir de su escondite por miedo a las reprimendas ya que, de lo que no me quedaba ninguna duda era de que, ella, Ramona, estaba siendo muy consciente de lo que había hecho aunque, quizás no tanto, de por qué lo había hecho.

—¡¡¡¡Ramona!!!! —gritamos los dos al unísono, juntando nuestras respectivas intensidades.

—¡¡Guau!! —gritó esta vez Ramona, aparentemente sin ningún complejo de culpa, lo cual

deduje inmediatamente por el tono de su ladrido.

—¿¡Dónde estás, Ramona!? —continué yo, en un tono más tranquilizador para intentar orientarme a través de su ladrido y poder localizar el lugar de procedencia de aquel guau, y consecuentemente encontrar a la pobre perra, la cual debía de estar en un estado psíquico deplorable, debido a la regresión infantil que acababa de sufrir.

—¡¡Guau, guau!! —respondió con el clarísimo ánimo y esperanza de ser descubierta cuanto antes.

Aquel guau, guau, dejaba bien a las claras que Ramona se encontraba en una situación de apuro, dado su alterado tono de voz y, dada también, su procedencia: ¡¡¡el baño!!!

Sí, Ramona estaba encerrada en el baño que hay junto a la cocina, en ese en el que también se encuentra encerrada la lavadora aunque ésta, a diferencia de Ramona, sin protestar.

—¿Pero qué demonios estás haciendo ahí encerrada? —le pregunté a Ramona esperando poder obtener alguna respuesta inteligible. Sin embargo, la perra, una vez que se vio fuera de su cárcel, comenzó a realizar tales muestras de agradecimiento por su liberación que, tanto Ella como yo, nos vimos incapaces de recriminarla y, mucho menos, de castigarla por su comportamiento agresivo contra aquella mediocre pared de pladur.

—Nos está intentando decir algo —le comenté a Ella, para que no descargase su mal humor sobre la traumatizada perra y para que, entre los dos, averiguásemos lo que de verdad nos quería decir, sin que mediara previamente aporreo alguno de periodicazos en la cabeza de nuestra querida bulldog inglés, técnica que yo considero la más adecuada para corregir sus frecuentes cabezonerías.

Después de unos cuantos aspavientos, lamentos e intentonas (infructuosas por supuesto, dada su constitución de bulldog inglés) para saltar sobre nuestras personas, y de jadeos repletos de babas que ya colgaban de sus belfos como estalactitas bucales, interpreté que la pobre había entrado en el baño con la intención de dirigirse al bidé y poder beber, aunque con la decepción de no tener a nadie que le abriera el grifo para que el agua saliera en forma de chorro y calmar así su sed. Pensé esto, primero por la actitud de Ramona y, después, porque ese es el bidé donde le dábamos a Ramona de beber cada día, durante esas inusuales, y ya casi angustiosas, vacaciones estivales.

—Sí, ya sé que ella entra sola al baño empujando la puerta, pero ¿cómo se le ha cerrado luego y le ha impedido salir del baño? —repuso Ella, demostrando que todavía tenía dudas sobre el extraño suceso acontecido.

Acto seguido, y esta vez sin interpretar ningún comportamiento ni conducta de Ramona, deduje que cuando la perra vio que del grifo del bidé no salía nada de agua, seguramente durante una espera de minutos o quién sabe si incluso horas, quiso salir del baño pero empujando la puerta con su corpachón de forma que, involuntariamente, la cerró y ella, Ramona, se quedó completamente enclaustrada, por no decir emparedada.

Esta fue la interpretación que le di a Ella, pero sólo fue una de tantas interpretaciones y deducciones que durante esos larguísimos instantes, mi mente detectivesca estuvo elaborando de forma casi compulsiva. Y una de las que más rondaba mi cabeza, no era esa interpretación precisamente (la cual tiré al cubo de la basura una vez se la expuse a Ella) sino otra fundamentada en la teoría del fenómeno Psi-Kappa, es decir, el cierre de la puerta sin intervención de ningún individuo físico presente en ese momento. Según esta teoría, que para mí iba creciendo en plausibilidad, algún cuerpo astral, de baja calaña claro está, le había jugado una broma pesada a la pobre de Ramona. De nuevo cobraba fuerza en mi persona el recuerdo de las teleplastias del dormitorio y que, aunque fuera cierto que el torpe de Francisco hubiera utilizado un tipo de color diferente para pintar la pared, nada impedía que lo que estaba intentando pintar y, por lo tanto, disimular, no fueran simples humedades, sino las caras de Bélmez del siglo XXI, por lo tanto, nada de pareidolias, sino verdaderas teleplastias.

\*\*\*

Durante el resto de ese día, los paseos con Ramona fueron determinantes para decidir el plan de lo que haríamos al día siguiente y, una vez más, Dragonera no entraba en nuestros propósitos aunque, afortunadamente, tampoco la catedral. Nada de eso, puesto que el comportamiento anormal de Ramona, mordiendo como una posesa la correa en cada uno de sus paseos, con verdaderos ataques de locura transitoria, de los que hacía varios meses no sufría ninguno, nos llevó a tomar la ineluctable decisión de visitar la mejor clínica veterinaria de Palma, al menos la mejor según nuestros amigos Francisco y Rosa, a los que llamamos para pedir la dirección de un buen veterinario sin mencionarles, por supuesto, nada en absoluto referente al incidente con la mediocre pared de pladur de su cocina.

El imbécil del veterinario, además de cobrarnos 60 € por la consulta, no le dio importancia al comportamiento de nuestra perra, con lo cual demostraba tener muy poca idea de la etología canina y, mucho menos, de la de los bulldog ingleses.

—Seguramente Ramona sufre un pequeño episodio de estrés, debido al viaje y al proceso de adaptación a su nueva vivienda así como a la climatología del lugar —nos dijo ese pedante, veterinario de profesión pero, seguramente, carnicero de vocación.

—Para esto nos podríamos haber quedado en casa y nos habríamos ahorrado los 60 € —me dijo Ella, con lógica aplastante, según salíamos de esa estúpida clínica veterinaria, ideada, por lo visto, para atender a las mascotas de algunos ricachones dueños de yates—. Y no será porque no te avisé.

—Sí, sí, ya sé que me avisaste de este posible timo, pero no nos podíamos quedar tan tranquilos en casa pensando que Ramona podría estar padeciendo un principio de esquizofrenia irreversible.

—El problema va a ser dónde dejar a la perra ahora, cada vez que salgamos a dar una vuelta por la isla —razonó Ella, aventurando nuevos ataques contra las paredes de la cocina, o contra otras paredes, muebles o electrodomésticos de esa asquerosa casa.

—Además, en Dragonera no dejan introducir mascotas —pensé yo en voz alta temiendo que por culpa de Ramona no pudiéramos visitar la isla, algo impensable para mis investigaciones sobre el caso Carvajal.

—Qué pesadito estás con la isla esa de las narices, como si no hubiera sitios más interesantes que visitar en Mallorca —me contestó algo alterada, por no haberle proporcionado una solución al problema de cómo ni dónde dejar a Ramona durante nuestras escapadas isleñas—. Además, hasta ahora sólo tengo emplatada la Cartuja de Valldemossa, y a este paso me voy a volver a casa con cuatro fotos de mierda.

—Esto lo arreglo yo en un santiamén, tú tranquila con tus fotos —le dije, ya dentro del coche y preparados para volver al pueblo, en un atisbo de lucidez, mientras bendecía a Dios por haberme iluminado, porque gracias a él, al atisbo me refiero, pudimos al fin realizar todas las visitas programadas sin sufrir más percances con conductas agresivas de Ramona aunque, eso sí, a un precio algo elevado.

\*\*\*

—¿Tú crees que era necesario comprar todo eso? —me preguntó Ella, que había estado esperando en el coche con Ramona mientras yo llevaba a cabo las acciones necesarias en un hipermercado (el cual nos pillaba de paso volviendo a la casa del horror), al verme con un bolsón enorme repleto de muñecos de trapo y peluche.

—¿Pero se puede saber cuántos muñecos has comprado? —prosiguió inquiriendo.

—Pues está claro... ¡doce!... uno por cada día que nos queda de vacaciones en Mallorca, así no le da tiempo a aburrirse y retomar conductas agresivas contra las paredes o contra lo que sea. De hecho, si yo fuera veterinario, sería lo primero que recetaría a cualquier perro, o perra, que se presentara en mi consulta con un episodio de locura transitoria, como el que acaba de sufrir

Ramona. Un peluche diferente cada día es la mejor manera de que no se amortigüen las respuestas a los estímulos lúdicos desencadenados por los juguetes.

—Si tú lo dices —repuso Ella, con algo más de convicción en su tono de voz y, sobre todo, con la esperanza retomada de acabar de forma satisfactoria el reportaje fotográfico sobre la Mallorca surrealista, al que se había comprometido con una revista especializada.

\*\*\*

—Oye...¿no crees que estas plantas se están poniendo todas mustias? —me preguntó Ella, según entrábamos por la puerta del jardín, al regreso de la consulta del veterinario.

—¡Hombre!, no me extraña en absoluto. Con estos calores yo también estaría mustio si no fuera por la cerveza.

—¿Tú estás seguro que el agua que achicabas de la inundación no contenía detergente o lejía?

—Pues claro...ese agua estaba tan limpia como la del manantial de un balneario.

—Y la piscina... parece que está cogiendo un tono verdoso —masculló, prosiguiendo con su pesimista visión del entorno.

—¡Qué va!...eso no es otra cosa que un efecto óptico debido a la inclinación de los rayos solares —tuve que responderle, para evitar que su interrogatorio prosiguiera más de lo debido y que, por consiguiente, entorpeciera mis lecturas acerca de la isla Dragonera, en las que, a falta de viaje físico, me había volcado en cuerpo y alma, tanto a través de algunas publicaciones encontradas en los anaqueles de la biblioteca de nuestros amigos, así como mediante la documentación histórica hallada en esas cajas con escritos procedentes de los faros, pero esta vez leyéndola con los ojos y no con la frente.

17 VIAJE A DRAGONERA  
¡¡PERO ESTA VEZ FÍSICO!!

—Entonces...¿seguro que no quieres venir? —le volví a preguntar a Ella, con la esperanza de que se arrepintiera de su decisión en el último momento y decidiera finalmente acompañarme a la isla de mis sueños, en el sentido literal de la expresión.

—Que no, que no, que yo me quedo y me voy tranquila al pueblo para hacer algunas fotos de paisajes para luego emplatarlos. Aquí hay unos alrededores impresionantes de bonitos —me reiteró por enésima vez—. Además, no me apetece nada subir hasta ahí arriba con el calor que hace, y más vale que tú te lo tomes con calma no te vaya a dar un soponcio, que el calor lo llevas muy mal.

—Bueno pues ya te contaré a la vuelta, yo creo que para la hora de comer ya estaré aquí —le contesté resignado, y con cierto complejo de culpa por irme yo solo a esa magnífica experiencia.

Serían eso de las 8:00 horas cuando salía de nuestra bonita casa (bonita pero seguramente repleta de espíritus atascados en su tránsito evolutivo) camino de la isla Dragonera, esperando encontrar respuestas que contribuyeran a solucionar el complejo e intrincado caso Carvajal, y... ¡¡vaya si las encontré!!

Como cuando llegué a Sant Telm, lugar de donde sale la barca con el trayecto más corto (y por lo tanto seguramente más barato) eran todavía las 9:00 aproximadamente, y quedaban tres cuartos de hora para el primer viaje, decidí ir tranquilamente en busca de un bar donde tomarme mi segundo café mañanero, pero sin tostada alguna que lo acompañara. De hecho, ya llevaba en mi mochila unas cuantas galletas de tipo dietético, un tomate y una buena botella de agua de litro y medio, para avituallarme durante la caminata de subida, y por supuesto también de bajada.

Ya que el nombre en catalán es tan parecido al nombre en castellano, a partir de ahora me referiré a Sant Telm, como San Telmo, algo que me resulta mucho más relajado de pronunciar y, además, todo el mundo lo entiende. Enseguida pensé que ese nombre no era casual, porque precisamente dicho santo es el patrón de los marineros y ¿de quién más?... pues ¡de los fareros! Lo que seguramente no sabe nadie en ese pueblo, o más propiamente hablando, pedanía de Andratx, es que el bueno de Pedro González Telmo era de la provincia de Palencia, ahí es nada, y para más inri, de Frómista.

Recuerdo que andaba yo en estas disquisiciones, apurando mi café con leche, cuando, se ve que por dar muerte al monstruo del silencio, ese al que odian tan profundamente todos los dependientes de bares y / o cafeterías, la mujer que me había servido el café me preguntó lo que, al parecer, parecía obvio.

—¿Va usted a Dragonera?

—Pues sí...¿se nota? —le respondí en un tono amable señalando la mochila que había dejado aparcada encima de una de las sillas que había junto a la mía.

Y sin embargo, a pesar de ser consciente de lo peligroso que resultaba ofrecer la base de una “no conversación” a taxistas y dependientes de bares y / o cafeterías, cometí el craso error de hacerlo.

—Vaya calor que hace... —dije sin poder terminar la frase que pensaba pronunciar y de la que no recuerdo el final de la misma por ser precisamente eso, la base de una “no conversación”.

—Sí que hace sí, pero esto no es nada, yo es que soy de Jaen y se puede imaginar, allí de buena mañana cerramos todas las ventanas y persianas para quedarnos a oscuras y fresquitos hasta que ya, entrada la noche, volvemos a abrirlas. Usted no verá a nadie por las calles hasta pasadas las once de la noche, que es cuando se empieza a estar bien, pero claro, lo bueno que tiene aquello es que es un calor seco, no como esto que de húmedo que es, se te pega en el cuerpo y no te lo sacas, ni el calor ni la humedad ni na, y venga a sudar y a sudar porque, mire, yo es que vivo en un quinto,

pero no aquí sino en Jaen, muy cerquita de la catedral, que es un primor, ¿la conoce usted?, y en esa calle pues, como es estrecha, no se recalienta na, la casa, digo, pero por los parques de Jaen no pasa ni un alma, bueno lo de ni un alma es un decir porque con la de fantasmas que se dice que hay, yo creo que algún alma ya pasará, a lo mejor el espíritu ese del fantasma de la mora que cuentan que se aparece en el castillo de Santa Catalina, ¡qué tonterías!, pero ya ve usted, la gente antiguamente se las creía y se han quedado en la tradición, precisamente mi abuela Eufrasia, que la llamaron así por el patrón de Jaen que es San Eufrasio, decía que ella de adolescente, un día, y poco antes del anochecer, estaba en la catedral y vio al fantasma del niño que cuenta la leyenda deambula entre los muros de ese santo lugar, porque entorno a 1950 al ver salir el santo paso por Semana Santa, se encaramó a no sé donde y se cayó, muriendo allí mismo, y mi madre lo vio en el coro, cuando ya había muerto hacía varios años, justo donde todo el mundo dice que se aparece...

—Hola Juanita —dijo de repente mi ángel salvador, un ángel de sexo femenino, de igual edad que la dependienta, de igual grosor que la dependienta (es decir con sobrepeso casi mórbido), pero de color negro.

—Qué, ¿un café y un curasán? — preguntó la jienense a la gran Moreneta.

—¡Pues claro!, qué va a ser más que lo de siempre —contestó la oronda de tintes tostados con un claro acento brasileño—. Oye Juanita, cómo quedó lo de tu lavadora, porque ahora es la mía la que está dando por culo, mira que si antes te digo que nunca nos había dado problemas...

—Pues yo, desde que vino el técnico ese que te dije, el que estaba como un tren, ¿te acuerdas?, pues ni un problema, no, si ya se le veía que ese tío tendría buena mano, ja, ja, ja.

—Perdone, pero me podría cobrar el café, es que si me descuido voy a perder la barca —le dije con tono angustiado, debido al estado de nerviosismo que toda aquella visita turística por la muy noble ciudad de Jaen me había producido, aunque con las ganas —tengo que reconocer— de preguntarles el teléfono de ese técnico, por si hubiera que llamarle en caso de que nuestra lavadora volviera a inundarnos la casa..

—¡Huy!, pero qué dice usted, si todavía le quedan veinte minutos para que salga la Margarita.

—Ya pero es que yo soy muy puntual y si no estoy quince minutos antes en las citas, celebraciones o espectáculos, se me dispara el nervio y luego tengo que tomarme un ibuprofeno para atajar el dolor de cabeza —le respondí, pensando que si esa mujer seguía relatándome todas las leyendas de Jaen, sin duda alguna tendría que echar mano de una de las grajeas de ibuprofeno que llevaba conmigo, y que siempre llevo, por si las moscas, aunque gracias a la providencial aparición de aquella santa brasileira, era ya muy poco probable que retomara el tema de las apariciones espectrales de Jaen y dejara a un lado el de las lavadoras.

—Vale, vale, pues son uno con treinta.

Una vez en el puertecito de San Telmo, me dediqué a mirar los fondos marinos, algo verdaderamente relajante y entretenido de manera que, sin darme cuenta, no había apartado la mirada de un pececillo de colores apagados pero de bailoteo grácil, cuando la Margarita, es decir la barca que hace el recorrido entre San Telmo y Dragonera, llegaba procedente del Puerto de Andratx para comenzar a transportar turistas al Parque Natural que recibe el nombre de la isla.

No tardé en embarcarme, de forma algo torpe, todo hay que decirlo, tropezándome y a punto de tirar todo mi cuerpo por la borda, pero terminando la operación de forma exitosa. Creo que fui el primero en ocupar un sitio en la barquita esa, concretamente en el lado de estribor, es decir en el de la derecha según se mira a la proa. A los pocos minutos comenzaron a llegar turistas de no se sabe dónde, puesto que sólo un instante antes, allí no había nadie.

Mi nerviosismo ante la inminencia de pisar la isla Dragonera se acrecentaba, y ya estaba a punto de gritarle al capitán, patrón o lo que fuese, que arrancase motores de una vez y zarpara rumbo al islote, dejando en tierra a todos esos turistas perezosos que no se habían dignado a presentarse al menos diez minutos antes de la hora oficial de salida, por lo que para mí no tenían derecho alguno al viaje y deberían ser tratados como se merecían: es decir, abandonándolos a su

suerte. Pero está claro que el patrón de la Margarita miraba más por el rendimiento económico de su negocio, que por la enorme capacidad en la reconducción de comportamientos inmorales que tenía, y sigue teniendo, en sus manos.

Por supuesto, cuando ya parecía que estábamos todos, y no cabía nadie más, a menos que corriéramos un grave peligro de hundimiento, aparecieron dos féminas de un primer aspecto juvenil, pero de un segundo aspecto casi senil. Una vez zarpados, afortunadamente, algo por lo que acabé dando gracias al Señor todo poderoso a pesar de mi condición de ateo convencido, las féminas de aspecto agradable a larga distancia, se dedicaron a hablar y distraer al patrón, capitán o lo que fuera, de la Margarita, algo que me pareció del todo fuera de lugar y un acto de irresponsabilidad supino, ya que si por distracción del patrón, capitán o lo que fuera, nos fuésemos contra cualquier escollo poco visible y traicionero, nuestro naufragio hubiera sido consecuencia de la interacción de esas dos mujeres con el piloto de la nave.

Cuando ya me iba a levantar de mi asiento para pedirles a esas señoritas, o señoras, dependiendo de la distancia que te separe de ellas, que se callaran de una vez, oí que una de las dos decía que eran de Vallecas, lo cual me impresionó sobremanera, paralizando mis posaderas de tal forma que me fue imposible moverme e intentar hacer callar a esas vallecanas de lengua insaciable.

No habían pasado ni cinco minutos, cuando una de las madrileñas parlanchinas, la menos senil y que mantenía cierto atractivo a corta distancia, decidió abandonar a su paisana, que seguía dale que dale pegando la hebra en la cabina del patrón, capitán o lo que fuera, para venir a sentarse a dos palmos de mí, en el promontorio de madera (denominado tambucho en el argot marinero) que muy probablemente servía para cubrir los motores de la embarcación.

En ese mismo instante fui consciente de que lo mejor que podría hacer era sacar de mi mochila uno de mis diarios de repuesto, y que había tenido la fantástica idea de introducir en ella, junto con otros cinco diarios más, a saber: el Diario de viajes astrales (porque nunca se sabe lo que podría experimentar en el viejo faro de na Popia), el Cuaderno de prácticas radiestésicas (porque, por supuesto, llevaba conmigo mi querido péndulo, aunque no su manual de uso), el cuaderno titulado “Apuntes y comentarios a una lectura de George Sand”, su homólogo sobre Santiago Rusiñol y el diario de investigaciones del caso Carvajal, y proceder a introducir en él las pertinentes anotaciones.

Así que, rápidamente, rebusqué en el interior de mi práctica mochila y no tardé en sacar una libreta todavía virgen, pero que en muy pocos segundos comenzaría a ser fecundada con cientos de letras. De hecho...estas fueron mis primeras anotaciones, incluso antes de colocarle el título al diario.

*Una de las mujeres madrileñas que han entrado en último lugar a la barca Margarita, deja a su compañera hablando con el patrón, capitán o lo que sea, y se ha venido a sentar enfrente de mí, a dos palmos, justo encima de una estructura de madera que me imagino protege los motores de la embarcación. Sé que son madrileñas porque se lo han dicho a gritos al marinero, justo cuando se embarcaban. Lo primero que le han espetado es que eran de Vallecas, como si eso produjera un descuento inmediato en el billete. La mujer que ahora tengo a dos palmos de mis narices adopta una postura turbadora, aunque por lo visto turbadora para mí pero no para ella. Su postura me hace pensar en la maja vestida de Goya. De paso pienso también en la maja desnuda. Decido dejar de pensar en las majas, y paso a pensar en los posibles trabajos de investigación que debo llevar a cabo en el viejo faro del islote. Pienso que debido a su estado ruinoso no me será posible someterme a ningún tipo de psicometría. Pienso también que ha sido buena idea no traer mi bola de cristal, porque junto con las vituallas y los diarios, al final tendría que subir a la cima con una mochila de 15 kilos.*

*Vuelven a aparecer en mi mente las majas de Goya, esta vez las dos juntas, la vestida y la desnuda, parece que están discutiendo no sé muy bien por qué, las majas se levantan y se empiezan a tirar de los pelos, la situación se pone muy tensa y decido amenazarlas, mentalmente claro está,*



*con invocar al espíritu de Don Francisco para que con un simple brochazo deforme grotescamente sus cuerpos y las convierta en uno de sus caprichos. La majas se amedrentan y desaparecen. Decido dejar de anotar y mirar a la vallecana de postura turbadora. Veo que ahora está sentada de forma más normal pero mirándome de forma completamente anormal y con cara de alcaraván lunático. Decido mantenerle la mirada para hacerle ver que su conducta, mirándome a modo de alcaraván, y como si yo fuera un ser no sólo extraplanetario, sino extragaláctico, es del todo maleducada. Después de unos minutos de cruce intensivo de miradas, la madrileña decide retirar sus ojos de la línea visual de los míos. Ante la clarísima victoria por mi parte en el combate ocular que acabábamos de mantener, decido mirar hacia la isla y dejar de humillar a mi víctima, la cual, como para disimular, levanta su cabeza hacia el cielo y ofrece la imagen (completamente hipócrita y únicamente aparential) de estar tomando el sol.*

Dejo, por ahora, el recién inaugurado diario, al que como es natural le puse más tarde el epígrafe de *Viaje a Dragonera*, y vuelvo a los relatos detectivescos para ver si adelantamos algo en el caso Carvajal.

Una vez atracados en Cala Lladó, pequeña ensenada donde prácticamente sólo amarran las barcas de los guardas del parque y la Margarita, más algún catamarán procedente del puerto de Andratx, todos nos lanzamos a tierra con la intención de explorar la isla.

—Venga, vamos a darnos un baño muy rápido y subimos para arriba —oí que le comentaba una de las madrileñas a la otra, algo que me produjo escalofríos de espanto, pues inmediatamente pensé que tendría que compartir escenario paradisíaco con esas dos brujas metropolitanas y de lengua hiperactiva, lo cual debilitaría sobremanera mi concentración a la hora de buscar pistas esclarecedoras del caso que tan obsesionado me tenía.

Mientras subía unas escaleras de madera que han colocado para salvar el desnivel entre el muelle y el centro de recepción de visitantes, fui consciente que uno de los guardas estaba pidiendo los billetes de la barca, no sé muy bien con qué motivo, pero se me ocurrió una idea que dio excelentes resultados.

—¡Hola, qué tal! —le dije al guarda, mientras le extendía el requerido billete barquero.

—Hola —me respondió el guarda de forma rutinaria y bastante indolente.

—Francisco, el farero, me manda muchos recuerdos para usted —esa fue la idea, o mentira, que segundos antes se me había ocurrido, gracias a la cual pude observar que el semblante del guarda se mudaba por completo.

—¡Anda!, ¿que es de Xisco, que hace alguna semana que no aparece por aquí? —me preguntó, devolviéndome el tique mordido por un lado y ofreciéndome la mejor de sus sonrisas.

—Pues es amigo mío de toda la vida. Ahora está de vacaciones con su mujer en la Península —le contesté al transformado guarda, pero sin darle ningún dato acerca del lugar donde estaba veraneando el farero, puesto que ese lugar era nada más y nada menos que mi casa, y ningún detective privado que se precie va ofreciendo esa información tan personal a cualquiera que se le presente, y menos a alguien que te está pidiendo un billete de barca.

—Había pensado subir al faro viejo de na Popia, pues Francisco me ha dicho que merece la pena —continué para ver si ahora el guarda risueño me regalaba algún tipo de información extraoficial y... ¡¡bingo!!!

—¡Pues tenga cuidado con el fantasma de na Popia!, ja, ja, ja —me respondió el uniformado agente medioambiental, al mismo tiempo que soltaba una sonora carcajada, y se dedicaba a pedirle el billete a otros turistas que estaban esperando detrás de mí.

No me hizo falta preguntar nada más, para saber que en el pico más alto de la isla, donde en su día se construyó ese faro, se estaban produciendo apariciones espectrales, y dichas apariciones ya formaban parte del imaginario popular. De manera que emprendí rápidamente la ascensión, para ir directo al grano y, además, intentar llegar a la cima con la ventaja suficiente para que las vallecanas no me estropearan las investigaciones pertinentes, con su más que segura impertinencia y cháchara

a voz en grito.

Unos diez minutos más tarde, parecía que la mochila iba aumentando de peso en una proporcionalidad directa a los metros que ascendía. A pesar de ser sólo las 10 horas de la mañana, el sudor ya empezaba a resbalar por mi frente de forma considerable, introduciéndose en mis ojos y produciendo un picor bastante incómodo.

No había más solución que hacer un pequeño alto para secarme la exudación y anotar de paso algo en mi nuevo diario. Y esto es lo que anoté sentado en una pequeña roca en la orilla derecha del camino.

*Estoy ascendiendo por el viejo camino del también viejo faro de la isla Dragonera. Pienso mientras subo en las penurias que aquellos fareros debían pasar para transportar víveres, enseres y a ellos mismos, hasta la cima del maldito monte. Pienso también en las brujas vallecanas, que han dicho que subirían al faro de na Popia en cuanto se dieran un baño rápido en el puertecito donde nos han desembarcado. Deseo fervientemente que una medusa, mejor dicho, dos medusas, se introduzcan en sus respectivos bañadores y se ensañen a picotazos con las partes pudendas de ambas turistas. No tengo tiempo para anotar más cosas. Tengo que llegar a la cima con el suficiente tiempo para estar a solas un mínimo de 15 minutos y así poder concentrarme en mis investigaciones carvajalescas.*

Anotados estos breves pensamientos, y secado el sudor de mi frente, me levanté y procedí a continuar la ascensión con el ánimo recuperado pero, sobre todo, con el optimismo de ver que todavía no oía los gritos de esas dos espantosas mujeres, ni de ningún otro turista, también espantoso sólo por el hecho de pretender acompañarme en la ascensión o, mucho peor aún, en la posterior contemplación y estancia en la cima.

Una media hora después, con mis piernas empezando a notar el esfuerzo realizado, y con mi ropa empapada de sudor, sobre todo la ropa interior, oí que mi teléfono móvil comenzaba a sonar, lo cual era indicio más que razonable de que alguien quería hablar conmigo y, ante la posibilidad de que Ella, o Ramona, pudieran estar sufriendo un terrible percance en esa escalofriante mansión, me paré y abrí rápidamente la mochila antes de que se acabaran los tonos de llamada y se cortara la comunicación.

—¿Sí, sí? —le pregunté bastante alterado al teléfono, sin haber mirado antes cuál era el número que aparecía marcado en la pantalla, debido al estado de nerviosismo en el que me encontraba por haberme imaginado a Ella o a Ramona, incluso a ambas, sometidas a brutales agresiones por parte de un bajo, que digo bajo, un bajísimo astral.

—¿Qué te pasa, hombre, te noto muy alterado? —me dijo al otro lado del auricular una vocecilla que inmediatamente reconocí y asocié con Jacinta, mi compañera de trabajo en mis labores como guía turístico.

—Ah, eres tú, Jacinta, qué susto.

—¿Qué susto por qué?, no te preocupes que no te voy a pedir que vengas a trabajar, si ya me dijiste que estabas en Mallorca, caray —me respondió Jacinta, creo que algo ofendida por haberle dicho que su llamada me había asustado.

—No, perdona, es que pensaba que habría pasado algo en casa, yo es que ahora mismo estoy subiendo al pico de un monte en la isla Dragonera —tuve que explicarle para que esa susceptibilidad alterada se desalterase.

—¿Subiendo un monte, con esos calores que debe hacer?, ¿pero estás loco?, a ver si te va a dar algo —repuso mi compañera de trabajo, dejando escapar el típico instinto maternal que toda mujer deja escapar cada vez que tiene la oportunidad de que se escape, que suelen ser muchas.

—Es que arriba hay un faro en ruinas que es de lo más interesante —le contesté para que viera que todo ese esfuerzo tenía una más que justificada motivación.

—¿Un faro en ruinas?, pues vaya atractivo, si al menos estuviera en funcionamiento le vería

la gracia, pero así en ruinas, pues es un poco tonto pegarse esa caminata para nada, ¿no? —insistió dejando escapar ahora esa maldita manía Jacintana de querer tener razón siempre en todas las conversaciones, a causa de lo cual he tenido que recurrir muchas veces a técnicas de autoayuda para no terminar mandándola a la mierda.

—¿Bueno y qué te pasa Jacinta?... es que vienen detrás unas turistas madrileñas que no quiero que me alcancen.

—¡Anda!, y a ti que más te da que te alcancen, ni que estuvieras en las olimpiadas intentando batir el récord de ascensión al faro en ruinas —siguió la pesada de Jacinta, comenzando a desequilibrar mi sistema nervioso y sin tiempo para recurrir a técnicas de autoayuda con las que evitar mandarla a la mierda.

—¿Ha ocurrido alguna tragedia en el trabajo? —terminé por preguntarle yo a ella, para ver si dejaba de entrometerse en mi ascensión al faro de na Popia.

—¡Qué tragedia ni qué niño muerto!, es que hoy me ha tocado hacer de guía con unos turistas ingleses, que no hablaban ni papa de español, y como no estabas tú para entenderte con ellos pues ha sido un poco caótico. Yo creo que al final se han puesto un poco nerviosos o enfadados, porque la verdad es que yo les estaba despachando rápido para que me dejaran en paz. La cosa es que te llamaba para preguntarte que qué significa algo como “focllu”, que al final me lo repetían con cara de perro y también algo sobre mi madre que eso sí que lo he entiendo, lo de moder es madre ¿no?

—Ah...eso son tonterías típicas inglesas, no le des más importancia Jacinta, son detalles cariñosos, lo que pasa es que los ingleses son muy suyos y a veces se asemejan a los castellanos, que parece que te están insultando pero, en realidad, te están diciendo cosas muy agradables —tuve que inventarme para tranquilizarla, ya que si le dijera la verdad acerca de lo que esa gentuza le había espetado a mi compañera, sería capaz de buscarles por toda la ciudad y liarse a gorrazos con ellos, perdiendo luego el puesto de trabajo y viéndome yo por lo tanto sobrecargado de grupos a los que guiar.

—Sí, ¿pero qué querían decir exactamente? —insistía e insistía...

—Pues es de muy difícil traducción al español, algo así como “colega”, en un aspecto cercano, cariñoso. Si ten han dicho “focllu”, es que les has caído muy bien y se han ido encantados.

—Sí, eso pensé yo, que habíamos conectado enseguida, incluso sin entendernos.

—Vale, Jacinta, pues que pases un buen día, nos vemos a la vuelta.

—Caray, sí que tienes prisa para subir al faro ese ruinoso de las narices. Dale un saludo a tu mujer, y que disfrutéis de las vacaciones.

Decidí colgar el auricular sin más dilación, para no dar pie a un posible reenganche de Jacinta en otra conversación. Me colgué la mochila al hombro, después de haber guardado el teléfono en el mismo sitio donde se encontraba antes de la impertinente llamada, y retomé la ascensión, con el miedo a que con tanta pausa, las dos madrileñas me alcanzaran en cosa de minutos. No tenía más remedio que acelerar el paso para poder disfrutar arriba de, al menos, esos 15 minutos de soledad investigadora.

Cuando ya debía de llevar una hora de caminata empinada, el agotamiento comenzaba a dar muestras de aparición, pero nada iba a impedir que llegara yo solo a la maldita cima. Ni siquiera podía detenerme para apuntar nada en ninguno de los diarios que llevaba en mi pequeña mochila.

Hora y cuarto de senderismo extenuante y no tuve más remedio que parar para secarme el sudor con la camisa y quitarme por un momento la gorra blanca que portaba para proteger mi cabeza del inclemente sol. Comprobé que la gorra, estrenada justo para la ocasión, ya estaba por dentro bastante sucia, debido al roce con la frente y a la constante sudoración que mi cuerpo estaba produciendo, desde la cabeza hasta los pies. No le di mayor importancia al rápido deterioro de la gorra, aunque sólo en su interior, y volví a colocármela para evitar la insolación que, de no hacerlo, estaría garantizada.

Hora y media y... ¡¡allí estaba!!...en el viejo faro de na Popia, el más alto de toda España. La

emoción me invadía de tal manera que no sabía qué ver primero, y lo primero que vi fue el suelo pues comencé a sufrir un importante mareo debido, seguramente al esfuerzo realizado, y al calor reinante. Antes de caerme en tierra decidí tirarme yo mismo y, despojándome de la incómoda mochila, dejar mi cuerpo en posición decúbito supino, mientras todo daba vueltas alrededor y sentía que un sudor frío sustituía al caliente, que hasta ese momento había sido el dueño de mi cuerpo. Una vez que el cielo dejó de girar, procedí a sacar la botella de agua de litro y medio, beber un buen trago, y comenzar a mojar los puntos estratégicos neurálgicos para intentar recuperarme de la lipotimia que acababa de sufrir. Al cabo de un rato, bastante angustioso todo sea dicho, ya podía seguir anotando mis pensamientos y experiencias en el diario de turno, en este caso el de los apuntes sobre una lectura de Santiago Rusiñol, ya que fue el primero que encontré mi mano al introducirla en la mochila.

*Acabo de sufrir un desvanecimiento. Creo que he forzado demasiado la marcha para evitar que las madrileñas me alcanzasen. Afortunadamente un buen trago de agua y el humedecimiento de puntos estratégicos como sienes y muñecas, ha provocado la recuperación inmediata de mi estado físico e incluso anímico.*

*Me levanto, sin ningún nuevo percance ni vahído. Contemplo el impresionante paisaje que ofrece ese lugar. Pienso que no hay palabras que lo describan. Pienso que al menos yo no tengo palabras para describirlo aunque es muy posible que sí las haya. Creo que podría describir mucho mejor el estado ruinoso del viejo faro, pero que no es este el lugar para tales descripciones y que, por lo tanto, me las ahorro. Ante tanta belleza paisajística, me vienen tristes recuerdos de un farero que estuvo aquí destinado, muy joven, y que tuvo serios percances con sus compañeros, tan serios que amenazó con matarlos a todos. Recuerdo que en mis lecturas de la documentación histórica de este faro, recopilé toda la información sobre este muchacho y me acabé enterando que padecía sífilis en avanzado estado. Pienso en la sífilis. Pienso en el pobre de Schubert y en su sífilis. Comienza a sonar en mi cabeza el cuarto movimiento de la sexta sinfonía de Schubert. La música se hace tan insistente que una repentina euforia me invade y me pongo a bailar el susodicho movimiento, con la mochila en el suelo, claro está. Mientras bailo el cuarto movimiento de esa sinfonía schubertiana, parece que empieza a querer colarse por el medio la danza de los salvajes de Rameau. No le hago caso a la danza de los salvajes y continuo con mi bailoteo schubertiano. De repente se me aparece, en la mente por supuesto, la figura de Rameau con cara de muy malas pulgas. Dejo de bailar porque me asusta el aspecto de Rameau, el cual parece que me está increpando por no bailar su danza de los salvajes. Aparece en escena Schubert, le grita a Rameau que me deje en paz y se vuelve para decirme que siga bailando su sexta sinfonía, Rameau le dice tartamudeando a Schubert que es un imbécil y que él tiene mucho más derecho a que baile su música. El bueno de Franz le tira la peluca al suelo al malhumorado de Rameau, y se la pisa con ganas, a lo que Jean Philippe le responde con un sonoro bofetón momento en el que tengo que tomar parte en el pollo que se acaba de montar.*

—¡Señores, por Dios, compórtense! —les dije con mi voz interna a los dos insignes compositores, para ver si se calmaban —no pienso bailar ninguna de sus músicas ante tan lamentable espectáculo— terminé por decirles, momento en el que los músicos se desvanecieron y vi ante mis ojos el faro en ruinas, con sus arcos neo-renacentistas de bellísima facción, al mismo tiempo que me preguntaba por la extraña razón que había provocado el que, en esa misma mañana, ya se hubieran liado a tortazos dos compositores y las dos modelos más famosas de un genial pintor (aunque seguramente en vida fueran la misma persona).

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que todavía no había empezado a realizar mis investigaciones, y que seguramente las madrileñas estarían a punto de aparecer por el recodo del camino. Sin embargo yo no oía voz alguna y, de ser cierta su cercanía, sin lugar a dudas que se les oiría a una buena distancia.

Dejé de preocuparme por esa incómoda aparición y rápidamente saqué de mi mochila el saquito donde está durmiendo habitualmente mi preciado péndulo. Una vez sujeto con mi mano derecha y en la posición reglamentaria para dar comienzo a una sesión radiestésica, dejé que el péndulo se colocara, él solo, en modo búsqueda para, acto seguido, comenzar el interrogatorio.

—Hola Péndulo. Quiero buscar pistas sobre el asesinato de mi amigo en otra vida, Carvajal —le comenté suavemente a mi amigo Péndulo, para ponerle en antecedentes.

Péndulo seguía moviéndose en modo búsqueda.

—¿Soy capaz de realizar esta investigación? —le pregunté a Péndulo, dando paso así a las tres preguntas prescritas por los mejores manuales de uso de estas artes.

—Sí —dijo Péndulo, sin pensárselo dos veces.

—¿Tengo permiso para realizar esta investigación? —continué preguntando.

—Sí —volvió a contestarme mi amigo sin titubear en su oscilación afirmativa.

—¿Estoy preparado para emprender esta investigación? —le inquirí para terminar con las tres preguntas prescritas.

—Sí —contestó rápida y contundentemente moviéndose en el eje paralelo a mi cuerpo, dejándome claro que ya podía dar comienzo a las verdaderas preguntas con las que poner a prueba la ciencia radiestésica.

—Muy bien amigo mío —le dije de forma cariñosa, no fuera que debido a las descalificaciones que me obligó a espetarle en la Cartuja de Valldemossa, estuviera ofendido y guardara cierto resentimiento hacia mi persona.

Inmediatamente, Péndulo se colocó en modo búsqueda, es decir moviéndose a lo largo del eje perpendicular a mi cuerpo, demostrando, tal y como yo me imaginaba, que los péndulos no son rencorosos.

—¿Murió aquí el señor Carvajal? —le pregunté sin más rodeos, yendo al grano no fuera que de pronto aparecieran las malditas vallecanas, gritando y tirándose al suelo en modo maja, vestida, semidesnuda o desnuda del todo.

—Sí —me contestó Péndulo, pero pensándose un poco antes de ofrecerme su terrible respuesta.

De forma sutil, y para que no pensara que dudaba de su eficiencia radiestésica o profesionalidad, le repetí la pregunta no fuera que cayera en contradicciones como las acontecidas en la celda nº 4 (antiguamente nº 3).

—Perdona Péndulo, es que no te he oído bien, te voy a repetir la pregunta si no te importa.

—¿Murió aquí el señor Carvajal? —esta vez, no tardó ni un segundo en moverse en dirección afirmativa, lo que provocó que mis nervios se disparasen y convirtieran mi sistema nervioso en una verdadera ciclogénesis explosiva.

—¿Dónde murió Carvajal, bueno el señor Carvajal? —le repetí añadiendo el término de respeto que había utilizado en la pregunta anterior, no fuera que se despistara y pesara que Carvajal era otra persona diferente al señor Carvajal, mientras yo imaginé que el Padre Pilón nunca hubiera cometido ese error de principiante, a no ser en su época de principiante, por supuesto.

—NW.

Péndulo comenzó a oscilar en una clara dirección: el Noroeste, y eso me llevaba directamente al balcón situado justo al borde del acantilado. Un vez llegados a dicho balconcillo, de panorámica alucinante, no apto para los sufridores de vértigo, le realicé la única pregunta que ahora se le podía hacer, y en esto creo que el mismísimo Padre Pilón estaría de acuerdo conmigo.

—¿Murió aquí el señor Carvajal? —le pregunté, arrepintiéndome ahora de haber empleado al principio el trato de señor, lo cual hacía que durante todo el interrogatorio tuviera que seguir empleándolo, alargando así el proceso de forma gratuita e innecesaria.

—Sí

Igual que no tuve palabras para describir el espectáculo visual que se ofrecía desde ese viejo faro, ahora tampoco tenía palabras, ni tengo todavía, para describir, el torbellino de sensaciones que

se acumularon en mi cuerpo y mente, apelotonadas como personas a la puerta de los comercios el día que comienzan las rebajas de enero.

—¿Cayó por el acantilado?

—Sí

—¿Lo tiraron?

—Sí

—¿Quién lo tiró?

—¿?

Péndulo se quedó quieto, como una momia, y yo fui consciente en ese mismo momento de que me había dejado llevar por el tifón emocional que desbarataba todo mi ser, haciéndole una pregunta más típica de un interrogatorio de comisaría que de una sesión radiestésica. Luego, durante el descenso, y sentado en una piedra, pude escribir en mi *Cuaderno de prácticas radiestésicas* lo siguiente:

*Hace como una hora, y en plena sesión radiestésica, he cometido un terrible error que espero no tenga consecuencias de máxima gravedad en el estado “psíquico” de mi péndulo. Creo que aunque no lo digan así los manuales del buen uso pendular que me he leído hasta el momento, realizar una pregunta a tu querida y cercana herramienta adivinatoria, sobre el nombre de alguien, sea asesino o monje cartujo, puede originar un conflicto interno tan brutal, que de ahí en adelante el péndulo, al verse impotente para responder dicha cuestión, podría caer en un paralelo a lo que en nosotros suele denominarse como “mutismo selectivo”, dejando, por lo tanto, de comunicarse conmigo y, quizás ya, con nadie más. Es decir, que habría que tirar el péndulo a la basura. Afortunadamente, después de ese imperdonable error, por el cual el Padre Pílon me habría expulsado inmediatamente de entre sus alumnos, y me habría prohibido acercarme a su persona a menos de 500 metros, sometí a mi herramienta a nuevas pruebas, obteniendo al poco tiempo unos resultados sorprendentes. Me atrevería a pronosticar que el shock emocional al que, sin querer, le había sometido, hubo despertado en él unas capacidades hasta ese momento escondidas.*

*No tengo tiempo ahora para anotar más cosas, debido a que la romería de turistas ha comenzado su desfile, y no quiero que los primeros en descender me alcancen y me sometan a conversaciones insoportables, en inglés, catalán, o incluso castellano.*

Para no copiar y copiar ese extracto en todos los diarios donde fuese pertinente lo escrito, he decidido que, en su momento, haré fotocopias y, una vez recortado el párrafo, lo pegaré en los siguientes diarios: en el diario titulado *Viaje a Dragonera*, en el diario *Un verano en Mallorca*, incluso lo pegaré también el que lleva por epígrafe *Diario de viajes astrales*, ya que está muy poco anotado y le vendrá bien una entrada nueva.

Retomando el momento en el que cometí aquel imperdonable error, que podía haberme costado el tener que deshacerme de Péndulo, quitándole la cadenita, claro está, que podría servir para otro, vayamos al instante en que ocurrió lo inimaginable.

—Perdona Péndulo, no quería preguntarte eso, no te preocupes, olvídale —le dije de la forma más cariñosa posible, momento en el que vi, para mi más absoluta tranquilidad, que Péndulo se ponía de nuevo en movimiento y, nada más y nada menos, ¡que en modo búsqueda!

—¿Asesinaron a Carvajal, quiero decir, al señor Carvajal?

—Sí

—¿Hay en este lugar algo que pueda ayudarme a saber lo que pasó? —le pregunté de forma improvisada y algo torpe, dado que no disponía de mucho tiempo, pues las primeras voces de turistas ascendentes, ya se oían no muy lejos. Lo único bueno era que no se trataba de las brujas vallecanas, sino de otra cosa, pues eran voces humanas pero de tono bien diferente, casi seguro que correspondientes a extranjeros.

—Sí

—¿Dónde está ese algo?

Este fue un momento muy delicado pues, Péndulo, se quedó pensativo y las voces ya se acercaban de forma muy preocupante. En un primer momento pensé que a Péndulo no le haría gracia trabajar rodeado de turistas, pero luego recordé que en la celda nº 4 (antiguamente nº 3) trabajó sin problemas, bueno, digamos que los problemas fueron de otro tipo. Sólo esperaba que la presencia de otros seres humanos no le hiciera caer en nuevas contradicciones como las de Valldemossa.

—S, (es decir Sur).

Todavía nos encontrábamos en el balcón que se alza sobre un abismo de 350 metros de altura de caída libre sobre el mar y, afortunadamente, Péndulo señaló el Sur, como dirección a seguir, ya que si hubiera señalado el N o el NE, no sabría cómo lo tendría que haber interpretado pues sólo un inmenso abismo existe en esa dirección.

Llegados a la curiosa explanada, que es al mismo tiempo azotea de las viviendas situadas en el nivel inferior, y patio externo de las habitaciones anexas a la torre, en el nivel superior, le volví a preguntar por la dirección a seguir.

—¿Dónde está ese algo? —le dije, formulando exactamente la misma pregunta que antes para evitar confusiones que le hicieran caer en un posible mutismo selectivo.

—SE.

¡¡Sureste!! En esa dirección, no había más remedio que descender al nivel inferior para dirigirme a la vivienda que en su día correspondía al torrero principal y su familia, cosa que sabía muy bien por haber visto en la documentación y bibliografía de Francisco, unos planos del proyecto original del faro, del año 1852, donde aparecía la firma del ingeniero jefe Antonio López y Montalvo.

Mi estado de excitación hizo que al descender casi me diera de bruces contra el suelo, pero afortunadamente, nadie sufrió ningún percance que hubiera que lamentar, ni Péndulo, ni yo, ni mi mochila. Una vez entre las ruinas de aquella vieja morada farera, me dispuse a continuar mi investigación esotérica.

—¿Dónde está ese algo que me puede ayudar a saber lo que pasó con el señor Carvajal?

—Halo...¿are yo looking for water? —me preguntó de repente un impertinente turista que asomaba sus narices entre las piedras y la maleza de las ruinas.

—Chsssssss —le indiqué a ese imbécil de semblante rojo como un tomate por no haberse puesto un protector al menos de factor 100 para su macilenta piel.

—Oh, oh, sorry, sorry —me contestó en voz baja, dándose cuenta que estaba molestando, y mucho.

Dado que, seguramente por la interrupción de aquel inoportuno extranjero, Péndulo se había quedado cohibido, o porque al escuchar otra pregunta, aunque en inglés, acerca de si yo estaba buscando agua, pudiera muy bien haberse bloqueado sin saber a cual responder, si a la del agua o al la de Carvajal, decidí formularle una vez más la misma pregunta.

—¿Dónde está ese algo que me puede ayudar a saber lo que pasó con el señor Carvajal?

—Halo —dijo una turista nueva que aparecía como alma en pena.

—¡¡Chsssssss!! —le replicó el turista anterior, mandándola callar y quedando todos a la expectativa de lo que hacía Péndulo.

—¡¡¡NE!!!

Para gran sorpresa, ahora mi querida herramienta radiestésica me estaba indicando que saliera de la vieja vivienda del torrero principal y me fuera en dirección a la letrina, también del torrero principal. Esto comenzó a generar en mí el temor a que se repitieran los mismos hechos, o parecidos, a los ocurridos en la celda de Sand y Chopin, con lo cual ya no quedaría ninguna duda acerca de la animadversión de Péndulo hacia los turistas, fueran de la nacionalidad que fueran.

—Suchen sie wasser? —preguntó un alemán gordo, pero no rojo sino sonrosado.

—¡¡¡¡Chsssssssss!!! —le replicaron inmediatamente el resto de los allí congregados, como si

de un coro a capela se tratara.

En ese momento giré la cabeza y vi cómo unas diez personas se habían congregado a mi alrededor, mirándome con caras de avestruces dispépticas. No le di mayor importancia y actué con absoluta profesionalidad.

Una vez fuera de lo que en su tiempo conformó el hogar del torrero principal, insistí en la misma pero importantísima y definitiva pregunta.

—¿Dónde está ese algo que me puede ayudar a saber lo que pasó con el señor Carvajal?

—¡¡¡NE!!!

—¡¡¡Ohhh!!! —oí que exclamaban mis seguidores, pero en un tono muy suave y delicado para no molestarme, ni a mí, ni a Péndulo.

Continué moviéndome dirección Noreste y, de forma inexorable, mi destino quedaba claro que era la vieja letrina, también en ruinas como el resto del complejo farero. Mientras caminaba algo torpemente, debido a las matas, zarzas y piedras de todos los tamaños esparcidas por el suelo, noté cómo toda aquella gente, ahora muy educada, se movían tras de mí, como si estuvieran persiguiendo a un extraño jugador de golf a través de un no menos extraño campo escabroso y sin ninguna bola para meter en los infinitos agujeros.

Para poder introducirme en aquel diminuto, y reducido a escombros, antiguo escusado, me despojé primero de mi mochila, con la seguridad de que si aquella gente era capaz de seguir mis movimientos en silencio, también serían capaces de respetar mi macuto y las pertenencias que dentro se encontraban, incluidos el tomate y las galletitas dietéticas.

Entré como pude en aquella caseta derruida y, una vez en el interior, adoptando una postura algo incómoda, volví a preguntarle a Péndulo, mientras un montón de turistas, que seguramente superaban ya la quincena, se arremolinaban a las puertas de aquel váter construido con piedras del lugar hacía más de siglo y medio.

—¿Dónde está ese algo que me puede ayudar a saber lo que pasó con el señor Carvajal?

—W.

—¡¡¡¡¡Ohhhhhhhhh!!!! —susurraron una docena de cabezas que se asomaban como pollos por las aberturas que encontraban.

¡El Oeste dentro de la caseta!, ese Oeste me empujaba, claro está, contra una de las paredes, pero aunque fuera una construcción pequeña, la pared tenía como metro setenta de altura, por lo que era necesario exigirle a Péndulo mayor precisión en sus indicaciones.

—¿Está en la parte alta de la pared? —le pregunté, siempre en voz alta para que el espectáculo mantuviera entretenidos a los turistas y no se dedicaran a dar vueltas por ahí a voz en grito.

—¿Está buscando agua?

—¡¡¡¡¡CHSSSSSSSSS!!!! —le contestaron todos en muy mal tono, al cretino del turista español que, a pesar de ver concentrada toda aquella gente en silencio, no se le ocurrió otra cosa que levantar la voz y soltar la pregunta estúpida.

Por supuesto, al haber escuchado Péndulo otra vez la preguntita de las narices sobre el agua, se volvió a quedar quieto sin saber qué contestar, si a mi pregunta o a la del imbécil español.

—¿Está en la parte alta de la pared?

—No —me respondió con seguridad.

—¿Está en la parte baja de la pared?

—No —contestó también seguro de sí mismo.

—¿Está en el centro de la pared?

—Sí —me respondió, como era de esperar, puesto que si me hubiera vuelto a decir que no, quizás lo hubiera lanzado al abismo delante de toda aquella masa humana, curiosa y ávida de un espectáculo circense.

No me quedaba más remedio que comenzar a buscar entre las piedras con las que habían construido aquella caseta destinada al alivio intestinal de la gente que habitaba el ala derecha del



edificio inferior. Comencé por mirar escrupulosamente piedra por piedra, pero no veía nada anormal, exceptuando lo ya anormal de mi vista hipermiope.

Decidí colocar a Péndulo en modo búsqueda y recorrer la pared, con mi amigo radiestésico, muy cerca de las piedras, esperando a ver su reacción. No tardó en comenzar a moverse, y según lo acercaba a una piedra en concreto, más se movía, de manera que con la otra mano cogí la piedra en cuestión y ante mi sorpresa, y por supuesto la de los turistas allí congregados, o mejor dicho ante sus cabezas gallináceas, que curiosamente miraban desde fuera de la jaula al hombre que estaba dentro, la piedra hizo ademán de moverse, y de hecho se movió, y salió, y dejó ver en su interior un objeto que la oscuridad no dejaba identificar de forma precisa. Con algo de miedo, por si hubiera un escorpión en su interior y tuvieran que desalojarme de la isla en helicóptero para llevarme a algún sitio donde tuvieran un antídoto, metí la mano en el agujero y saqué una cajita de hoja de lata.

—¡¡¡¡Ahhhhhhh!!!! —comenzaron a gritar los turistas al mismo tiempo que aplaudían enfervorecidos.

Yo les mostré la cajita como si de un trofeo se tratara. Salí del excusado ruinoso y, delante de todo el mundo, abrí con cautela el tesoro encontrado. Y ante la estupefacción de la concurrencia y la mía misma, comprobé que en su interior había un papel con una nota, pero era tan antiguo y había tenido que soportar condiciones climatológicas y medioambientales tan adversas que, si no tenía cuidado, el trozo de papel se desharía por completo y perdería toda la información descubierta. Así que volví a cerrar la caja, le di un beso a Péndulo, a la par que las gracias, claro está, y me despedí de todos aquellos turistas que ahora sólo querían preguntarme acerca del descubrimiento.

—Thank you, thank you —dije— pero esto es un asunto secreto y no puedo desvelar ninguna información...it's top secret —concluí, y la chusma parece que lo entendió porque se dispersó sin rechistar, para hacer las pertinentes fotos que todo turista que se precie debe realizar, vaya donde vaya, y más en nuestros días, debido a las cámaras de los teléfonos móviles.

Allí se habían congregado 25 ó 30 personas pero de las mujeres madrileñas no vi ni rastro, por lo que pensé que mi conjura para que sendas medusas les acribillaran a picotazos, quizás había tenido éxito. Ahora lo pertinente era bajar a toda prisa, para evitar que alguno de esos extranjeros se me uniera en el descenso y comenzara a hacerme preguntas acerca de Péndulo y de la cajita recién encontrada. Y no digamos si en lugar de un extranjero se me instalaba al lado el español que también había llegado a la cima de na Popia.

La bajada la pude realizar a buen ritmo y sin altercado de ningún tipo. Incluso me dio tiempo a untarme de nuevo con el protector solar 50 que había incluido en mi equipamiento, aunque, creo que con las prisas me embadurne en exceso, dejando mi barba y brazos con los pelos emplastados de crema, debiendo ofrecer todo mi ser un aspecto parecido al de Marcel Marceau en sus mejores tiempos. En cualquier caso, pensé algunas buenas excusas para evitar cualquier tipo de actuación si alguien me solicitaba que realizase una pantomima o una bufonada típica de mimos.

Según descendía, y en vista de que nadie venía por detrás, paré y me senté en una piedra para descansar y para apuntar algunas anotaciones en mis diarios, tal y como ya había comentado más arriba, y esto fue lo que anotaba en mi diario recién inaugurado titulado *Viaje a Dragonera*, después de haber hecho lo pertinente en los otros cuadernos.

*Prefiero no anotar aquí nada de lo que ya he anotado en otros cuadernos y diarios, así que de esas anotaciones dejaré aquí constancia, más tarde por supuesto, mediante un simple "corta y pega". Sin embargo, eso sí, quiero especificar en esta libreta de anotaciones, que la ascensión a la cima de na Popia ha sido de lo más productiva aunque no exenta de ciertas contrariedades, como el padecimiento de una lipotimia y un amago de ceguera espontánea. Afortunadamente la lipotimia se pasó aplicando las técnicas apropiadas a base de humedecer con agua los puntos neurálgicos clave, y la ceguera espontánea fue una falsa alarma originada cuando quise mirar con mis binoculares un pajarillo, que muy bien podría ser una curruca cabecinegra, momento en el que noté que con el ojo derecho no veía absolutamente nada, lo cual me produjo el lógico ataque de*

*pánico. Sin embargo, una vez retirados los prismáticos y luego mis suplementos solares de las gafas, pude comprobar que por ese ojo veía perfectamente, aunque por desgracia la curruca cabecinegra ya se había ido. Por lo tanto, fui consciente que mirar a través de anteojos con los suplementos solares puestos, no daba buenos resultados.*

*Durante el descenso, no he parado de cruzarme con turistas que saludan invariablemente emitiendo un “halo” al que me niego a contestar de la misma forma y lo hago manteniendo el orden de las vocales que siempre he mantenido, es decir con el tradicional “hola”. De hecho, mientras escribo esto, tres turistas pasan al lado de la piedra donde estoy sentado y emiten el consabido “halo”.*

*Una vez que los turistas han pasado, veo que una gaviota se acerca andando torpemente por el camino hacia donde yo estoy. Pienso que es una gaviota muy descarada y confiada. Creo que viene a pedirme comida. Este comportamiento me hace pensar que tanta afluencia de turistas está produciendo una desviación inducida conductual, por la que ahora esta especie está perdiendo el miedo al ser humano y, además, le está empezando a exigir su particular pago por entrar al parque natural, que no es otro que el de alimentarlas.*

*No puedo negarme a los encantos de la gaviota argéntea (creo que ahora les han cambiado el nombre, pero yo prefiero usar el de toda la vida) y decido rebuscar en mi macuto, coger una galletita dietética y trocearla para, acto seguido, echarle unos trozos en el camino. Observo que la gaviota, a la que acabo de bautizar con el nombre de Pepa, me mira con agradecimiento, y se lanza ávida para engullir de golpe el primer trozo de galleta que pillá. Una vez engullido, observo que se va hacia el segundo. Decido trocear otra galleta y tirársela, pero la muy desagradecida coge el trocito con su pico y a continuación lo escupe, algo que me pareció de lo más ordinario y maleducado. A pesar del desaire que Pepa acaba de hacer no sólo a mis galletas dietéticas, sino a mí mismo, dejo que mi espíritu científico domine al espíritu justiciero (por el que me habría levantado para recriminarle severamente esa actitud imperdonable hacia mis galletas) y compruebo que a Pepa le interesan mucho más unas lagartijas que hay en las cercanías, que no mis galletas. Sin embargo, las lagartijas no tienen un pelo de tontas y en cuanto ven acercarse a Pepa, se largan a esconderse en el matorral más cercano. Ante tal fracaso gastronómico, Pepa decide levantar el vuelo y probar suerte en otro lugar. Pienso que seguramente cualquiera de esos turistas alemanes le ofrecerán un trozo de salchicha. Pienso que si esto sigue así, en pocos años las gaviotas de Dragonera serán famosas por su sobrepeso y por haber perdido la capacidad de vuelo. Con el paso de los años mutarán y se convertirán indefectiblemente en una especie de pingüinos sebosos, terminando por robar y atracar a los propios turistas.*

Una vez terminadas mis anotaciones, sentado en aquella piedra a la orilla derecha del camino según se sube, y por supuesto izquierda según se baja, levanté mis ya doloridas posaderas (no hay piedra verdaderamente confortable para las posaderas) y después de engarzada la mochila en mis brazos, proseguí el resto del camino hasta llegar a Cala Lladó, final de trayecto y punto de partida para regresar a casa y comenzar el análisis exhaustivo de la nota que contenía aquella antigua y oxidada cajita de hoja de lata.

Sin embargo, todavía quedaba una hora para que la Margarita zarpara. La barcaza estaba allí atracada, pero sus tripulantes estaban dormitando a la sombra de un cobertizo que hay delante del Centro de Interpretación del parque. No había, pues, más remedio que hacer tiempo, y el tiempo lo hice dando vueltas y buscando diferentes asientos donde descansar a la sombra. La primera sombra que encontré donde poder aposentarme duró poco, ya que al cabo de cinco minutos exactamente, apareció una pareja de italianos que hablaban a voz en grito y se sentaron pegando sus cuerpos contra el mío, para poder aprovechar la poca sombra que daba aquel escuálido pino.

Inmediatamente les puse cara de cocodrilo estreñido, pero no dio resultado alguno, y la pareja siguió berreando como si nada y golpeándome con sus cuerpos, bueno concretamente el cuerpo de ella, puesto que él estaba al otro lado de ella, de forma que ella estaba en medio entre él y

yo, todos apretujados para que no nos atormentara el abrasador sol que, a esas horas, las 14:15, estaba en plenitud de forma, quemando cualquier piel que se pusiera a tiro, incluso estando embadurnada con un buen protector solar factor 50, como era mi caso.

A los ocho minutos de soportar aquel despilfarro de zafiedad, decidí emprender la búsqueda de otra sombra en la que cobijarme, pero de manera tranquila. No tardé mucho en encontrar otro pino, junto al cual había uno de los abundantes muros de piedra que por toda la isla están dispersos, y de los que tan amantes son, o eran, los mallorquines. El muro era demasiado alto como para sentarme en su lomo, así que decidí tirarme en el suelo recostando mi espalda contra esa especie de dique forestal, que es lo que se me asemejan todas esas construcciones pétreas en medio de acebuches, pinos y lentiscos.

Curiosamente, fue despojarme de la mochila y dar con mi cuerpo en el suelo, cuando, de repente, un comando de lagartijas me asaltó inesperadamente, y comenzaron a escudriñar todas y cada una de las partes de mi anatomía: piernas, barriga, pecho, brazos y... ¡diario de anotaciones!

Justamente había seleccionado de entre todos los diarios que llevaba, el de *Un verano en Mallorca*, dado que el de *Viaje a Dragonera* estaba cobrando un exceso de protagonismo. Cuando esos reptiles lo vieron allí, abierto, en el suelo, y con un bolígrafo de color naranja haciendo de separador en la bisectriz de la libreta, se lanzaron como posesas para escudriñar tanto el contenido como el continente, no pudiendo sacar nada en limpio de todo aquel material insípido e inodoro.

En ese momento, mi espíritu científico se puso otra vez en acción, y sacó de la mochila, muy lentamente para que esos mini saurios no se alarmaran y se esfumaran poniendo pies en polvorosa, las galletitas dietéticas que había llevado como avituallamiento junto con un tomate, del que ya había dado buena cuenta. Comencé el pertinente troceado de galletas y enseguida fui lanzando los trocitos (mucho más pequeños que los que le hice a la gaviota Pepa) para ver si estas pequeñas y nerviosas criaturas se comportaban de forma más educada con mis agasajos.

Y qué sorpresa, sólo les faltó subirse a darme un beso en la boca. ¡Qué lagartijas más agradecidas!, ¡que amabilidad!, ¡qué buenas maneras en su disposición a la ingestión!, casi se podría decir que estaban a punto de hacerse una infusión para poder tomar sus pastas con té.

Sin embargo, en mitad de todo ese descubrimiento acerca de la maravillosa educación desarrollada por las lagartijas de Dragonera (las cuales creo que se merecen su propio nombre científico, que no podría ser otro que *Lacerta draconensis*), comencé a notar unos extraños picores por varias partes del cuerpo, y lo peor era que entre esas partes, se encontraban las partes pudendas. No tardé ni cinco segundos en percatarme que las causantes de esa desagradable comezón, no eran ni mucho menos las lagartijas, sino un montón de hormigas enanas, que habían invadido mi cuerpo como si del mismísimo día D se tratara.

Por más que me rascase, el hormigueo continuaba en la doble acepción del término, es decir como picazón y como incursión de cientos de hormigas a lo largo y ancho de mi fisonomía, a excepción de ojos, orejas y boca, últimos reductos desde donde debería afrontar la reconquista de mi escocido cuerpo.

Cuando estaba en pleno rascado de brazos, escuché varios “clicks”, los “clicks” característicos que produce toda máquina fotográfica en el momento de dispararse el diafragma, y que ahora imitan perfectamente los teléfonos móviles. Al levantar mi cabeza, pude contemplar a un grupo paritario de turistas, dos hombres y dos mujeres, disparando a troche y moche las cámaras fotográficas de sus teléfonos móviles, para captar la imagen de mis lagartijas leyendo en el diario, durmiendo en mis piernas, o escalando por mi pecho.

—Don't move please —me dijo uno de aquellos turistas para que me quedara quieto y así poder sacar su estúpida foto con toda la nitidez posible.

—¡Ni don't move ni leches, ¡¡coño!!, que me están comiendo las putas hormigas! —les medio grité en un, reconozco, ataque de grosería por mi parte, que no se merecían ni los turistas ni las educadas lagartijas, que terminaron por saltar al vacío desde mi cuerpo, todas alteradas y sin entender lo que allí estaba ocurriendo.

Afortunadamente ya eran las 14:45 horas y me dirigí directamente a la Margarita, donde comenzaba a arremolinarse alguna gente con la intención de subir a bordo y llegar a San Telmo para beberse, seguramente, unas buenas cervezas.

Del resto de la jornada “draconiana” nada tengo que relatar salvo que, una vez en tierra, me dirigí al bar más cercano para, uno, encerrarme en el baño y poder rascarme todas las partes de mi cuerpo incluidas sobre todo las partes pudendas, y dos, tomarme la consabida cerveza fresquita resucitadora de todo tipo de muertos.

Mientras saboreaba aquella deliciosa cerveza, en un bar diferente al que regentaba la jienense, no fuera que me abordara ahora con la lista de festejos populares de la ciudad, decidí abrir, con los nervios a flor de piel, el tesoro recién descubierto, mi tesoooooro, como diría el espantajo tolkiniano de Sméagol.

Y lo que, a primera vista, pude interpretar fue algunas palabras sueltas:

*...alijo...martes... vámon.....llos*

Y al lado, una florecilla seca y mustia, casi se podría decir que momificada. Debido al deplorable estado de conservación de la caja y, todavía peor, de la nota, tomé la sabia decisión de guardarlo todo, otra vez, dentro de una de esas bolsas de plástico que siempre llevo encima para recoger los excrementos de Ramona, pagué la consumición y me fui, rascándome las partes bajas, camino del coche.

—Mira papá, un mimo haciendo cosas —le dijo un niño español a su padre, también español.

—No mires, hijo, que ese hombre es un cerdo —le contestó el padre, pensando que mi actitud era la de un exhibicionista obsceno, en lugar de un pobre hombre atacado por las hormigas asesinas de Dragonera.

Durante el trayecto de vuelta en mi vehículo, tuve que luchar contra la imaginación (la cual hervía elucubrando todas las posibilidades que aquella nota acababa de abrir en el asunto Carvajal) y contra los terribles mordiscos que me estaban asestando esas devoradoras de hombres. Pensé que los responsables del parque tendrían que avisar a todos los pobres visitantes, para que estén alerta y no se les ocurra sentarse en el suelo o, por lo menos, en ningún suelo que se encuentre a la sombra de un viejo pino.

—¡Hola cariño!...¿ya has vuelto?...¿qué tal? —me preguntó Ella, al oír que se cerraba la puerta de la cocina y que subía rápidamente las escaleras que llevan al baño que hay en el piso de arriba, junto a nuestro dormitorio, el de las caras de Bélmez del siglo XXI.

—¿Pero eres tú?...¿que te pasa?, ¿por qué no dices nada? —siguió Ella preguntando y emprendiendo mi persecución, mientras yo me metía directamente al baño para proceder al ahogamiento impío de toda aquella marabunta antropófaga.

—¿Te encuentras bien?, ¿pero qué te ocurre?, ¿tienes cara de angustia?

Una vez con el agua eliminando de mis atormentados miembros, aquellos terribles himenópteros sanguinarios, ya pude contarle todo lo acontecido, para gran regocijo suyo, pero sin decirle todavía nada acerca de mi gran descubrimiento, eso sería... al día siguiente.

—¿Qué quieres que hagamos hoy? —me preguntó Ella, después de haber desayunado en el pueblo, y por supuesto en el bar de siempre, dejándonos de búsquedas experimentales, dado el último fracaso obtenido en este asunto.

—Nada —repliqué yo en el momento que tenía en mis manos la cajita encontrada el día anterior, en una de las letrinas del viejo faro de Dragonera.

—¿Nada? —eso sí que es raro en ti...¿qué te pasa?, parece que el viaje a esa isla te ha dejado un poco alterado.

—Es que mira lo que allí me encontré —me atreví a confesarle al mismo tiempo que le mostraba el tesoro hallado entre aquellas viejas y excusadas piedras.

—Que cajita más curiosa, redonda, y pone... creo que “Tortas Teclado de Jijona” —exclamó denotando cierta curiosidad por el hallazgo.

—Sí, pero lo verdaderamente importante no son las Tortas Teclado, sino una nota que hay en su interior —intervine para que se dejara de superficialidades y entrara de una vez por todas a formar parte de mis investigaciones, ya que, aunque Ella no lo sabía —y sigue en la actualidad sin saberlo— siempre la he considerado como una colaboradora del tipo inconsciente, es decir de aquellos que en cualquier momento pueden realizar trabajos de utilidad para mis investigaciones, sin ser conscientes de su importante colaboración. Y, sin duda alguna, ese momento había llegado.

—¡Anda!, qué curioso ¿y qué pone en la nota? —me preguntó mientras dirigía algo esquivamente su mirada hacia el trozo de papel que reposaba desde hacía más de cien años en aquel ataúd de mensajes.

—Pues es que están muy desgastados el papel y la tinta, con lo que hay trozos casi invisibles, por eso quiero que lo fotografíes a la máxima resolución posible para que luego, en tu ordenador, puedas restaurar lo que ahí ponía por escrito y saquemos a relucir el texto original de la nota.

—Bueno, y a ti qué más te da lo que pusiera, ni que estuvieras investigando un crimen, ja, ja, ja —exclamó para luego rematar la cosa diciendo— además eso me llevaría bastante tiempo y total ¿para qué?

—Si me haces ese favor, te cocino hoy unos huevos fritos con sémola —se me ocurrió chantajearle con una de sus comidas favoritas, y única con la que podría chantajearle ya que, según Ella, yo frío los huevos como nadie, pero a parte de eso con ninguna otra receta podría chantajearla.

—Bueno, pero nada de restauraciones profesionales, yo te lo repaso por encima y seguro que ya puedes leer lo que pone.

—Vale.

\*\*\*

—¡¡Ya lo tienes!! —me gritó Ella desde su estudio fotográfico improvisado para las vacaciones, mientras yo intentaba realizar alguna práctica cristalomántica, sujetando con una mano la cajita de las Tortas Teclado y mirando, simultánea y fijamente, a mi bola de cristal, pero con nulo resultado desde el punto de vista de un ocultista, aunque no desde el de un oculista, puesto que, de resultas, padecía una considerable irritación en los ojos y visión terriblemente borrosa, algo que por desgracia ya comenzaba a ser frecuente en este tipo de prácticas esotéricas.

Antes de anotar en mi *Diario de prácticas cristalománticas*, el resultado negativo de las prácticas número 25, 26 y 27, decidí acudir rápidamente a observar los efectos producidos por el tratamiento digital aplicado a la nota hallada en el interior de la cajita de Tortas Teclado, empresa ésta

(la de las tortas) fundada en 1824, por lo que en ningún caso pudiera tratarse de un oopart<sup>18</sup>, es decir, uno de esos interesantísimos objetos que a veces se encuentran en un contexto imposible, en otras palabras, objetos de tecnología desconocida para su época pero que la datación arqueológica los enclava en aquellos tiempos remotos donde era imposible su fabricación.

—Me ha costado muy poco resaltar la letra que estaba débil, y parece que se trataba de contrabandistas, porque mira lo que pone.

*EL ALIJO LLEGARÁ EL MARTES. VÁMONOS CON ELLOS.  
MISMAS —► HORA.*

El primer trabajo que Ella había realizado como colaboradora inconsciente de “Ramón y Asociados Investigación Privada” (aunque por desgracia, agencia detectivesca más conocida en las redes sociales como *Ramona Investigadora Privada*), era absolutamente excelente y demostraba lo acertado que yo estuve en el momento que decidí que podría ser una estupenda colaboradora inconsciente, y seguro que también consciente, aunque para dar el salto a esta importante categoría necesitaría que pasara algo más de tiempo, transcurrido el cual ya estaría yo en condiciones de revelarle cuáles son mis actividades profesionales paralelas o clandestinas e, incluso, mi convicción acerca de las responsabilidades existenciales que acarreo como consecuencia de ser, casi con toda seguridad, la reencarnación, nada más y nada menos que, del Mío Cid.

—¿Es que no vas a decir nada? —me preguntó Ella rompiendo el silencio que se había adueñado de aquella habitación, mientras yo miraba ese texto en la pantalla de su ordenador, aunque reconozco que con el cerebro prácticamente en blanco y sin saber cómo reaccionar ante tamaño descubrimiento.

—Pero hombre di algo, tampoco es tan raro, seguramente que durante años en esa isla se hacía contrabando, como en muchas partes de la costa de España —comentó para ver si así yo entraba en reacción y pronunciaba alguna palabra o incluso frase.

—Es que no me encaja lo de “mismas hora”, o es “mismas horas” o en todo caso “misma hora”, pero esa discordancia en el número, que no en el género, me tiene perplejo.

—Pues vaya tontería, se ve que con las prisas de escribir la nota, el autor se hizo un lío.

—Ya... ¿y la flecha? —seguí yo metiéndole el dedo en el ojo.

—No sé... la flecha puede ser un recordatorio de otras horas en las que ya habían hecho las mismas operaciones de contrabando.

—No... hay algo que no me encaja... tendré que darle más vueltas.

—Tampoco hace falta que te lo tomes tan en serio. Por cierto ¿qué te parece si después de comer algo nos acercamos a Campanet a ver cómo fabrican el vidrio?, creo que hay una fábrica de lo más interesante y que, además, se puede visitar —me sugirió, dando por zanjado el tema de la nota, algo que por supuesto yo no estaba dispuesto a zanjar así como así.

—Sí, sí, me parece muy bien. Y muchas gracias por el trabajo. ¿Me lo puedes grabar en mi memoria USB para estudiarlo yo más tarde en mi pequeño ordenador?

\*\*\*

Después de tres horas de observación y estudio meticuloso de aquella misteriosa nota, con los mismos resultados que con las prácticas cristalománticas de esa mañana, es decir, nulos, nos pusimos a engullir una ensalada de garbanzos que habíamos hecho para alimentarnos bien pero de la forma más fresca y ligera posible<sup>19</sup>.

El problema es que no había tiempo para echarse ninguna siesta algo que, si cotidianamente

---

18 Acróstico, algo malsonante, de la expresión inglesa “out of place artifact”.

19 Tengo que reconocer que incumplí mi promesa de hacerle unos huevos fritos, y me decanté por una, mucho más rápida de preparar, ensalada de garbanzos. Eso sí, aliñada con salsa de mostaza como recompensa.

resulta necesario para el buen funcionamiento de las neuronas en las horas vespertinas, durante el periodo vacacional pasa a obtener un carácter casi obligatorio, incluso prescriptivo diría yo. Pero esa tarde nos saltamos las prescripciones estivales, en cuanto a la obligatoriedad de echarse una siesta de una hora mínimo de duración, y nos montamos en el coche camino de ese singular pueblecito del interior mallorquín, no sin antes haberle dejado a Ramona el peluche del día, para que se ensañara con él y lo matara de la forma más cruenta posible, en su imaginación, claro está.

—Mira... si parece un castillo —decía Ella, mientras yo intentaba buscar una escuálida sombra donde aparcar el coche, y así luego no tener que someternos al terrible proceso de hornearnos a 200 grados, cuando quisiéramos volver a la casa.

—Pues a mi se me asemeja más a un templo. A ver si aquí se oculta alguna secta tipo Rosacruces, Templarios, o algo del estilo —repuse yo con cierta sensación de inquietud ante lo extraño y anacrónico de aquel imponente y enigmático edificio. Una apariencia que no me encajaba para una simple fábrica de vidrio.

—Hola, buenos días —saludó Ella, de la forma más educada posible, según trasasábamos el dintel de la puerta de acceso a la tienda que allí hay, y cuyo pertinente cartel con la palabra “TIENDA” podía divisarse desde buena distancia una vez que bajas del vehículo.

—Buenos días —respondieron dos mujeres, también en el mejor de los tonos, tal y como corresponde a todo dependiente que quiera obtener óptimos resultados de ventas.

Por mi parte no dije nada, como corresponde también a cualquier persona que se siente sobrepasada por las circunstancias.

—Podrías saludar, que no te cuesta nada, hombre —me recriminó Ella, con toda la razón del mundo, pero sin tener en cuenta el estado emocional en el que me encontraba, lo cual resultaba ser uno de los mayores atenuantes que podrían esgrimirse en mi favor.

—¿Eh? —fue lo único que me consideré capaz de responder en mi defensa.

Después de contemplar algunas de las bellísimas piezas de cristal que allí se exponen para su venta, Ella decidió ir al grano y preguntarles a las dependientas por la posibilidad de ver con nuestros propios ojos la fabricación de aquellas exquisitas esculturitas de cristal, así como vasos, vasijas, jarrones, búcaros y todo tipo de objetos propios de la artesanía vidriera.

—¿Perdonen, pero se puede ver cómo hacen el vidrio soplado? —les preguntó con la intención de dejar para lo último el repaso de piezas a la venta, y la posible compra de alguna de aquellas figuritas.

—Pues claro, además ahora creo que están a punto de hacer una pieza —respondieron casi al unísono las dos amables dependientas.

—Gracias —respondimos nosotros dos, también casi al unísono.

El espectáculo que allí nos encontramos es difícil de describir, o al menos el que yo me encontré, porque pienso que no coincidieron ambos espectáculos, es decir el que ella se encontró y el que yo me encontré.

Mientras Ella se dedicaba a contemplar todo aquel ritual metódico y, aparentemente, automático, a través del ojo de su cámara fotográfica, con la intención seguramente de luego emplatar alguno de aquellos artesanos del vidrio, yo sufrí un viaje de siglos hacia tiempos medievales, pero sin que se tratara de un viaje astral en forma alguna. Sin embargo puedo afirmar que nunca, en ninguna de las visitas que Ella y yo hemos realizados a templos medievales, fueran de corte románico o gótico, o incluso en las que he realizado yo solo a la Catedral de Burgos, nunca, digo, he estado, ni sentido que estuviera, tan inmerso en la Edad Media, como lo estuve observando a aquellos dos artesanos realizar sus piezas de vidrio soplado.

En mi interior comenzaron a sonar los cánticos de aquellos monjes disolutos que fueron los Goliardos, pero por supuesto no en la versión distorsionada y anacrónica que hizo Orff, sino la de los auténticos monjes aficionados a la bebida y a la juerga desenfadada. Sin embargo, el silencio reinaba dentro de aquel verdadero templo, de tintes neogóticos, como muy bien me había parecido cuando, todavía en el exterior, aterrizábamos con nuestra nave utilitaria. De sus bocas sólo salían

monosílabos, emitidos con la justa entonación y el imprescindible volumen para que el otro pudiera escucharlo y acometer el movimiento correspondiente a esa especie de danza del cristal. Todo en su justa medida, las palabras, los movimientos, el olor a leña quemada, la temperatura, nada exagerada (a pesar de los hornos encendidos) al entrar el aire por amplios espacios. Nunca, en definitiva, había experimentado un estado de trance que me catapultara mil años atrás, como el producido por aquellos dos artesanos de Campanet.

Y eso sólo fue el preámbulo de la experiencia catártica a la que todavía me debía de enfrentar, porque sin ese primer trance provocado por los vidrieros de Campanet, nunca hubiera tenido lugar el acontecimiento paranormal que a los pocos minutos aconteció allí mismo, pero en la parte de la tienda y no en la del soplado.

### *Diario de Prácticas Cristalománticas*

*Práctica 25: Resultado nulo.*

*Práctica 26: Resultado nulo.*

*Práctica 27: Resultado nulo pero con irritación acentuada en los ojos y visión borrosa durante media hora después de terminada la práctica.*

*Práctica 28: ¡¡¡Asombroso!!! Es necesario anotar aparte y con profusión de detalles el contenido prodigioso de esta experiencia vigésimo octava.<sup>20</sup>*

*Me encuentro terriblemente emocionado en el interior de una fábrica de vidrio cercana a un pueblecito mallorquín que tiene por nombre Campanet. Tengo que dejar aquí anotado que previamente a verme sometido, de forma involuntaria, a esta práctica cristalomántica, entré en una especie de trance espacio-temporal mientras contemplaba el proceso de fabricación de un jarrón aparentemente con finalidad decorativa. No puedo especificar en qué estilo decorativo encajaría mejor ese jarrón. Pienso que tanto el olor a leña quemada procedente de sus hornos destinados a la cocción del vidrio, así como los mantras que el vidriero mayor pronunciaba aparentemente para dar instrucciones al vidriero auxiliar, todo ello en voz baja y casi inaudible para un oído poco avezado, al mismo tiempo que los movimientos repetitivos y rituales que ese mismo vidriero mayor practicaba para moldear el futuro jarrón decorativo, han contribuido a dejar mi mente en un estado casi pre-hipnótico, por no decir hipnótico del todo.*

*A pesar del estado pre-hipnótico, o absolutamente hipnótico<sup>21</sup>, en el que me encuentro, soy capaz de entender que la fabricación del jarrón con finalidad aparentemente decorativa, ha llegado a su fin. Soy consciente, o semi-consciente, de que Ella ya no está en la nave donde los vidrieros practican sus actividades artesanales propias del gremio, y decido abandonar yo también la susodicha nave de soplado, encaminándome de forma algo torpe a la sala contigua que no es otra que la tienda del establecimiento.*

*En el momento de traspasar el dintel que separa ambos habitáculos, me dirijo a una larga mesa sobre la que han colocado un montón de cestas con objetos de vidrio diferentes, llegando casi de forma involuntaria a un cestito donde se encuentran apiladas un montón de esferas de cristal, de también aparente función decorativa, quedando paralizado allí mismo con la mirada fija posada justo en la esfera más traslúcida de todas ellas, de hecho casi se podría decir que es transparente. Siento algún escalofrío. Siento al mismo tiempo algún sudor tipo sofoco. Dentro de la esfera traslúcida, casi transparente, aparece la figura de una mujer sentada. Compruebo que la mujer*

---

20 Por algo la suma de 2+8 es 10, que representa, nada más y nada menos, a la Rueda de la Fortuna en el Tarot.

21 Debo especificar que, como consecuencia de la carencia de experiencias anteriores de tipo hipnóticas, o pre-hipnóticas, no puedo precisar en cuál de esas experiencias estaba inmerso en aquellos instantes.



tiene las faldas bajadas y, dado las muecas que se ven en su cara, puedo deducir con rapidez que la figura femenina se encuentra haciendo de mayores. Sufro un ataque de pudor repentino por estar contemplando a esa mujer realizando una actividad tan íntima para cualquier persona, sin el permiso de ella para contemplarla. No quiero ser indiscreto ni realizar prácticas voyeristas, pero la imagen escatológicamente sedente de esa mujer continúa mostrándose dentro de la esfera casi transparente, momento en el que, todavía con las faldas bajadas, veo que extrae una piedra de la pared derecha del habitáculo (pared situada a la izquierda de la mujer sedente), saca del interior de la pared una caja redonda de hoja de lata (después de haber dejado la piedra en el suelo), a continuación abre la cajita y extrae de ella una nota de papel que lee con fruición. Después de leída, dobla la nota y se la mete dentro de un bolsillo situado en la parte superior izquierda de su camisa tipo blusa. Acto seguido introduce de nuevo la mencionada caja, ahora vacía de contenido, en su lugar de origen, es decir dentro del hueco de la pared, momento en el que no sé por dónde pero un gato se cuela dentro de ese habitáculo, que tiene todas las papeletas para ser una letrina o cuarto de baño algo primario. El gato, no muy grande, porta un collar de color indefinido y parece confiado con la mujer de las faldas bajadas. La mujer, al parecer ya aliviada de su otra ocupación, extrae otro papel del bolsillo de su blusa-camisa (y estoy seguro que es otro papel por ser de una tonalidad algo diferente y por estar doblado en muchos pliegues, pareciendo casi una pequeña cinta). Esa nota-cinta la sujeta al interior del collar del gato ayudándose de una cuerdecita que se quita del pelo y que contribuía a recoger la coleta, quedando toda su abundante melena suelta y caída como una cortina facial. El gato se larga del excusado. Afortunadamente cuando la mujer se hace con unos papeles que había en una repisa, con la clara intención de limpiar la parte corporal que acababa de realizar el trabajo físico para el que se diseñaron esos habitáculos unipersonales, la imagen se vuelve muy borrosa y sólo retorna en el momento en que, ya completamente vestida, contemplo cómo devuelve la piedra extraída de la pared a su lugar de origen y sale del cuarto de baño rupestre.

Con la esfera de nuevo en blanco, desvío la mirada hacia otra bola que hay al lado, pero ésta de color algo rojizo. Inmediatamente aparece en su interior la misma figura femenina que en la bola anterior, pero ahora en otro contexto, y con toda su ropa puesta. Lleva en sus manos un frutero de porcelana blanca conteniendo unos higos, chumbos y no chumbos, y lo que parecen un montón de almendras. Llega a una mesa donde se encuentran sentados tres hombres, uno es el bigotudo de mi viaje astral, otro es otro bigotudo pero con un mostacho más recortado y pretencioso, y el tercero es un personaje de aspecto más refinado pero sin pretensiones. Todos sonríen a la mujer del frutero, es decir no a la mujer de alguien que tiene una frutería en el pueblo más cercano, sino al personaje femenino que porta en sus manos un frutero de porcelana con higos chumbos y no chumbos. Noto que el personaje de aspecto más refinado, mira con ojos de cordero degollado a la mujer, la cual, ahora que la veo más de cerca, posee una cara atractiva aunque un peinado algo grotesco, pero quizás del gusto de la época. Comienzo a escuchar el cuarteto “La muerte y la doncella” de Schubert, no porque lo escucharan los comensales entorno al frutero, ni porque esté sonando en la tienda de la vidriería de Campanet, sino porque lo escucho en mi propio fuero interno, algo que me sugiere que la imagen de la chica del frutero está asociada a la muerte, pero ¿a la muerte de quién? Momento en el que siento que todos los personajes que diviso en el interior de la bola rojiza, comienzan a balancearse, como si estuvieran dentro de un barco que a su vez estuviera dentro de un temporal.

Las imágenes se desvanecen y en su lugar me encuentro a Ella, pero no dentro de la bola rojiza de cristal sino a mi vera y sacudiéndome el brazo, al mismo tiempo que hace aspavientos con la cara como preguntándome que qué me pasa, a lo que le respondo con otros aspavientos que tienen la intención de responderle que nada.<sup>22</sup>

---

22 He creído oportuno traer a colación este extracto del “Diario de prácticas cristalománticas”, dado el fiel reflejo de los acontecimientos que en él se muestra, y lo importante, por no decir decisivo, que ese reflejo es.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Ella, mientras me sacudía el brazo con una fuerza desahogada, como si tuviera la intención de arrancármelo para enseñárselo a las dependientas a modo de trofeo.

—Nada, nada, es que estaba intentando saber el precio de estas bolas —le respondí en un alarde de improvisación no muy acertado.

—Pues si lo pone bien claro en esos cartoncitos, y tú estabas como hipnotizado mirándolas..., casi parecía que estabas en trance, un poco exagerado por cierto, no sé que estarían pensando las dependientas, que me he fijado que no te quitaban ojo.

—Bah, qué más les da a las dependientas, ahora les compro una bola y ya está todo arreglado.

—¿Y por qué les vas a comprar una bola si no quieres comprar una bola? —replicó Ella entrando en un interrogatorio de tintes algo peligrosos.

—Bueno pues en lugar de una bola les voy a comprar un caracol de cristal y un pisapapeles...¿tú quieres comprar algo?

—Pues no, la verdad es que no quiero nada. Todo lo que me gusta es carísimo.

—Si te gustaran los pisapapeles no tendrías ese problema —le contesté, para zanjar una conversación trampa que dio origen de forma desprevenida para mí, y que ahora tenía la consecuencia de tener que comprar un caracol y un pisapapeles de cristal que en realidad no hubiera comprado de no haberme visto sorprendido por una conversación trampa, arrancándome de una experiencia cristalomántica de primer nivel, de forma brusca y sin previo aviso.

\*\*\*

De vuelta a casa, es decir a casa de Francisco y Rosa, y casa encantada llena de astrales más o menos bajos, me puse a pensar en las visiones que acababa de sufrir en esa práctica cristalomántica involuntaria. Ni qué decir tiene que antes de ponerme a pensar en los acontecimientos, anoté como es debido en el *Diario de prácticas cristalománticas* todo lo experimentado en la vidriería, tal y como puede comprobarse, en el extracto que he traído aquí a colación.

Después de haber anotado todo aquello, me puse a analizar lo allí reflejado, al mismo tiempo que colocaba mi cerebro en modo intuitivo-deductivo, algo que siempre me ha reportado excelentes resultados, no siendo diferente en esta ocasión.

—¿Quieres que salgamos esta noche y vayamos al cine? —me preguntó Ella, justo en el momento en que estaba a punto de comenzar mis indagaciones con mi cerebro colocado ya en modo intuitivo-deductivo.

—¿Al cine?...¿es que no hay cosas mejores que hacer en Mallorca que ir al cine? —le contesté reconociendo que con cierto tono desairado, debido a lo inoportuno de su pregunta.

—Vale, vale...tampoco es para ponerse así, vaya tardecita que llevas, primero das el espectáculo en la vidriería, que daba la sensación de que te había dado un ictus, y ahora sales con un pronto malhumorado que ¡caray!

—Perdona es que estoy muy concentrado con un asunto.

—¿Asunto?...¿qué asunto, si estás de vacaciones?...¿no volverás con el asunto ese de las teleplastias, verdad?

—No, no, qué va, se trata de la nota esa que encontramos en la cajita de “Tortas Teclado de Jijona”, que me tiene un poco intrigado.

—Vaya, tampoco es para tomárselo así, a ver si ahora te vas a obsesionar con esa nota. Mira que te tengo más miedo que a un nublado.

—Nada de obsesiones, se trata sólo de un pasatiempo veraniego y es que, además, no me apetece ir al cine, porque seguro que está lleno de jovencitos maleducados comiendo palomitas con la boca abierta.

—Pues mira, acaban de estrenar “Infierno azul”, que va de una chica que, cansada de nadar,

se sube a una boya y un tiburón asesino comienza a dar vueltas entorno suyo —me explicó con cierto retintín en el tono de voz, sabiendo lo gran aficionado que soy a las películas de tiburones asesinos.

—¡Bah!...seguro que es una tontería de esas que no asusta más que a los quinceañeros descerebrados —le contesté con verdadera comezón en mi interior por tener que dejar de asistir a la proyección de esa película tan sugerente, pero con el sentido del deber detectivesco presionando el lado ético de mi cabeza.

—Bueno, como quieras...luego no me digas que nos pasamos el día encerrados en casa y que las vacaciones son para hacer cosas diferentes.

Preferí no contestar a su última intervención, no fuera que finalmente me arrepintiera y nos fuéramos inmediatamente a ver esa película, donde con toda seguridad, y dada la avanzada tecnología que ahora aplican a los efectos especiales, aparecerían escenas espeluznantes del tiburón asesino ese comiéndose a la bañista enloquecida de pánico. Así que, resignado, y algo compungido, me puse a trabajar en el caso Carvajal, revisando con meticulosidad, las notas de mi *Diario de prácticas cristalománticas*.

De mis anotaciones acerca de las visiones sufridas, se deducía con claridad meridiana que, la escena contemplada en la primera bola, la casi transparente, era la de una mujer que estaba dentro de lo que parecía una de las letrinas del faro de na Popia, intentando aliviar su cuerpo al mismo tiempo que su alma ya que, allí, dejó algo más a parte de los desechos intestinales. Detrás de una piedra, que extrajo de la pared derecha del habitáculo, según se mira desde la puerta, sacó una cajita redonda para introducir en ella una nota que, a su vez, había extraído del interior del bolsillo de su blusa. Y esa cajita no podía ser otra que la cajita de hoja de lata de Tortas Teclo de Jijona, que yo descubrí en el viejo faro de Dragonera gracias a mi experiencia radiestésica con Péndulo.

—Toc, Toc, toc —oí de forma inesperada, y dado que mi cerebro estaba en ese momento colocado en modo intuitivo-deductivo, deduje inmediatamente que algún pesado estaba llamando a la puerta.

—Guau, guau, guau —respondió Ramona al pelma que golpeaba la puerta con sus nudillos, pelma que adoptaba, así, la típica actitud secular con la que se pretende que los habitantes de un hogar te franqueen el paso a su morada.

Hice caso omiso a las llamadas y a los ladridos de Ramona, al menos durante diez segundos, ya que cada vez que coloco mi cerebro en modo intuitivo-deductivo, es luego muy difícil retomar ese carismático estado cerebral en caso de interrupción súbita, por lo menos durante un largo rato.

—Toc, toc, toc —volvió a sonar, si acaso con mayor insistencia y volumen sonoro.

—¡¡Guau, guau, guau, guau, guau!! —replicó Ramona también de forma más contundente, y ya demostrando estar bastante nerviosa ante tan desagradable interrupción.

Debido a que la mesa donde había decidido trabajar durante ese periodo vacacional, estaba situada justo en un lateral de la puerta principal de acceso a la vivienda, que posee en su mitad superior dos considerables cristales, sólo tuve que deslizar un poco la silla con ruedas donde estaba sentado para ver, sin que a mí me vieran desde el exterior, de qué pelmazo se trataba.

—¡¡¡No te muevas, no te muevas, por favor, ni se te ocurra moverte!!! — le grité a Ella en voz baja, para evitar que se me oyera desde el exterior de la calle, pero para prevenirle de que estábamos ante una situación de altísimo riesgo.

Acto seguido, y ante los repetidos golpes en la puerta del individuo que seguía aporreando con sus nudillos, apretujé el cuerpo contra la mesa para evitar que desde la calle pudiera atisbarse ni rastro de mi espalda pero, ante la posibilidad de que Ella no me hubiera escuchado bien y cometiera la gran torpeza de levantarse para ver qué estaba pasando, no tuve más remedio que tirarme al suelo y arrastrarme como un combatiente que está luchando por sobrevivir en medio de un tiroteo.

—¡Pero qué demonios pasa! —oí que decía Ella mientras se levantaba de la silla que utilizaba para trabajar con el ordenador.

—¡¡¡Por Dios!!!, ¿¿¿qué haces tirado en el suelo???, ¿¿¿llamo a la policía???

—¡¡¡Apartate de la visión de la puerta por lo que más quieras!!!

—¡¡¡Hay señor, yo voy a llamar a la policía!!!, ¿pero qué está pasando?, dime algo.

—¡¡¡Que no llames a la policía, hombre!!!, que se trata de Iván, que está ahí fuera golpeando la puerta —le contesté mientras lograba alcanzar reptando como una lombriz la habitación donde Ella había instalado su estudio fotográfico provisional.

—¡¡¿Pero qué Iván?!!

—Qué Iván va a ser, mi amigo Iván, el pintor ruso.

—¿Ivan?

—Pues es lo que te estoy diciendo... ¡¡¡Iván!!!

—¿Pero tú sabes el susto que me acabas de dar?... ¿se puede saber por qué no abres la puerta y le dices a Iván que pase.

—¡¡¡NO!!!, ¡¡ni se te ocurra!! —tuve que contestarle, muy alterado todo sea dicho, mientras me levantaba del suelo después de haber atravesado todo el espacio que separa mi estudio del suyo, es decir, el estudio de Francisco, del salón comedor de la casa, y estar ya fuera de la línea visual de cualquiera que estuviera mirando desde el exterior de la puerta principal acristalada.

—Pero si es Iván, tu amigo de hace mil años. ¿Y se puede saber qué hace en Mallorca y cómo sabe que estamos en esta casa?

—Sí, sí, es Iván, mi amigo de hace mil años, pero se ha vuelto un drogadicto —tuve que inventarme, para que a Ella no se le pasara por la cabeza el abrirle la puerta al pesado de Iván y echara así al traste todos mis esfuerzos detectivescos por resolver el misterio de la isla Dragonera, ya que Iván, cuando se pone pesado, es muy pesado y, como todo artista, absolutamente egocéntrico, por lo que sólo se puede hablar de él y de lo que a él le importa, algo que en esos momentos no estaba dispuesto a hacer, justo en mitad de mis más importantes deducciones en ese caso de asesinato tan complejo, como era, y siempre lo será, el caso Carvajal.

—Ya no llama... se ha debido de ir... pero igual está en el bar de la calle esperando a ver si salimos de la casa —comenté algo aliviado al comprobar que tanto los golpes en la puerta como los ladridos de Ramona habían cesado por completo, pero al mismo tiempo angustiado, pensando que ahora podría estar interrogando a los metomentodos del bar para saber nuestro horario de comidas y / o desayunos.

—¿Iván drogadicto?, ¡qué asco!, nunca me lo habías dicho, sólo me dijiste que le daba un poco a la bebida.

—Ya sabes que los artistas le pegan a todo, y me da miedo que si le dejamos entrar, se acabe cortando las dos orejas delante de nosotros y de la pobre Ramona.

—¿Las dos orejas?... ¿y por qué se iba a cortar Iván las dos orejas?

—Pues porque si Van Gogh, que era un pintor holandés se cortó una oreja, quién te dice a ti que éste, que es un pintor ruso, no se vaya a cortar las dos, en plena borrachera, para luego dejárnoslas aquí.

—Pero si cuando estuvimos con él en aquel pueblo...

—Quintanabaldosa —le recordé yo.

—Eso, Quintanabaldosa, pues sólo tomaba cafés y parecía normal.

—Ya, pero después de aquello cayó en plena crisis creativa y le dio por profundizar en sus adicciones... es una pena, pero se ha convertido en una persona muy tóxica, en los dos sentidos, para él y para los demás.

—Vaya, pobre Iván... pues me da no sé qué dejarle ahí fuera y no abrirle la puerta.

—Ni se te ocurra flaquear. Ante este tipo de personas se ha de ser fuertes, por su bien y por el nuestro, y no digamos por el de Ramona. Imagínate que la pobre Ramona se comiera sus orejas recién cortadas.

—¡No digas tonterías, ¡por favor!

—Voy a llamar a Rosa a ver si ellos saben algo de Iván, porque alguien le ha tenido que decir dónde estábamos —especificó Ella con decisión, mientras se dirigía hacia la mesa donde tenía

su teléfono móvil.

—Hola Rosa...¿cómo os van las vacaciones? —le preguntó a su amiga, utilizando los modelos más estándares usados en una comunicación educada.

—Qué bien, cómo me alegro —dijo de nuevo Ella, después de una breve pausa, en la que deduje que Rosa le habría dicho que se lo estaban pasando muy bien, y eso que a esas alturas mi cerebro ya había dejado de estar en modo intuitivo-deductivo hacía un buen rato.

—Oye, por cierto, te quería preguntar una cosa...¿no habrá pasado por ahí, algún día de estos, un hombre ruso, de aspecto algo estafalario y de nombre Iván?

A partir de ese momento se creó una pausa en la conversación que, debido a los comentarios posteriores de Ella, podemos recrear bastante fielmente de la manera que sigue:

—¡Anda, es verdad, se me había olvidado comentároslo! Hace cosa de dos días se presentó en la casa un tío raro, pero atractivo, preguntando por tu marido. Nos dijo que era amigo vuestro, aunque enseguida me imaginé que más amigo de él que tuyo, y que sólo pasaba para haceros una visita breve puesto que se iba de viaje...¿y sabéis dónde nos dijo que se iba de vacaciones?...¡no os lo vais a creer!...¡¡a Mallorca!!... así que le dijimos que estabais en nuestra casa, y le dimos la dirección...je, je, je...qué casualidades ¿verdad? —se debió de explicar Rosa con todo lujo de detalles, de los que aquí sólo reproduzco una milésima parte.

—Pues sí, la verdad —respondió Ella de forma mucho más escueta.

—¿Y por qué me lo preguntas? —intuí que preguntaba Rosa dada la respuesta siguiente de Ella.

—Pues porque hemos visto una nota suya que ha metido por debajo de la puerta diciéndonos que estaría por la isla unos días, y nos ha extrañado mucho que supiera dónde estábamos alojados nosotros —comentó Ella, demostrando tener una buena capacidad de improvisación, al inventarse lo de la nota por debajo de la puerta.

El resto de la conversación entre Ella y Rosa, no tiene el más mínimo interés para esta recopilación de relatos detectivescos, por lo que eludo aquí su reproducción. Si acaso, sólo detallar que, al parecer, la estancia de Iván en Mallorca se reduciría, afortunadamente, a unos cuatro o cinco días. Eso, teniendo en cuenta que, seguramente, habría llegado el día anterior, y que nos encontrábamos a fecha 20 de julio, todo apuntaba que para el 24 ó 25 ya no estaría acosándonos con su presencia. En cualquier caso, era absolutamente necesario tomar las medidas oportunas, y esas medidas, o al menos las medidas más urgentes a tomar, fueron las siguientes:

-Apagado inmediato de los teléfonos móviles, para evitar que Iván se pusiera en contacto con nosotros.

-Cerrado inmediato del portón interior que hay como complemento a la puerta principal acristalada, para poder movernos por el interior de la casa, sin que nuestra figura se apreciase desde el exterior.

-Evitar de noche el encendido de ninguna lámpara que se encontrase a menos de cinco metros de la ventana situada justo al lado derecho de la puerta principal (visto desde el interior de la casa), no fuera que desde la calle, y a través de las rendijas de las persianas de madera tipo “mallorquinas”, se apreciara la existencia de luz en el interior de la vivienda, y por lo tanto se pudiera deducir que en su interior había gente “visitabile”.

-No desayunar, bajo ningún concepto, en el bar anejo a nuestra casa (la casa de veraneo, se sobreentiende), por si acaso Iván hubiera dejado alguna nota a los propietarios metomentodos del bar, para que nos la entregasen a nosotros, quedando de esa forma atrapados en sus redes y sin excusas para no ponernos en contacto con él.<sup>23</sup>

-Extremar la precaución en cualquiera de los lugares por donde pasásemos, no fuera que la casualidad hiciera que nos topásemos con el pesado de Iván el ruso.

Una vez designadas esas medidas como prioritarias, pero que no serían las únicas a tomar,

---

23 Tengo que especificar, que en ese bar no hemos desayunado todavía ningún día, debido a que Francisco nos advirtió de que los dueños son unos cotillas y verdaderos chismosos.

pensé muy seriamente en la posibilidad de tener que disfrazarme, algo que tampoco resultaría muy extraño en alguien que se dedica, aunque sea en la clandestinidad, a las tareas de investigador privado. No hace falta recordar aquí todas y cada una de las veces que el ínclito Sherlock Holmes recurrió al disfraz como forma más adecuada para avanzar en sus indagaciones. Sin embargo, Ella me disuadió de hacerlo.

\*\*\*

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Ella, cuando esa misma noche me pilló infraganti escudriñando en el armario ropero de Rosa, mientras me estaba probando unos trajes largos, y por supuesto veraniegos, así como unos fulares que decidí ponerme entorno a la cabeza para ocultar tanto el pelo del cogote como el de la barba, dejando asomar tan sólo mi nariz junto con sus sempiternas gafas de hipermiope, algo que, dada la cantidad de mujeres musulmanas que abundan por doquier, no llamaría en exceso la atención.

—Pues ya lo ves, creo que sería conveniente que tanto tú como yo, nos pusiéramos ropa de nuestros amigos para desfigurar nuestra apariencia cotidiana y así despistar a Iván en caso de que nos topásemos con él.

—Mira, esto ya se está pasando de castaño oscuro —me contestó Ella con cara de jaguar asesino—. Vale lo de la puerta de entrada y lo de los móviles, pero esto de cogerles la ropa a nuestros amigos para salir disfrazados con una especie de burka a la calle, ni pensarlo, además... ¡ni que Iván fuera un asesino!... ¡¡por favor!!

—Con los burka no se ven las narices de sus portadoras, y aquí sí —le repliqué, intentando convencerla de alguna forma, fuera la que fuera.

—Sólo faltaba que Rosa y Francisco se dieran cuenta que les hemos hurgado en sus armarios roperos... ¡qué vergüenza! —remató para dejarme con un importante complejo de culpa con el que trasegar el resto de la noche, y confirmando que el detalle mi nariz saliendo por encima del pañuelo, no había servido para convencerla en lo más mínimo.

\*\*\*

Ni qué decir tiene que con todas esas interrupciones, mis pesquisas en el caso Carvajal sufrieron un lamentable parón que, por desgracia, fui incapaz de subsanar. De manera que me vi en la obligación de posponer el análisis de las visiones sufridas en la vidriería de Campanet para el día siguiente, y eso si Iván nos lo permitía.

## EPÍLOGO AL CAPÍTULO 18

Creo que es importante epilogar este capítulo de mis recopilaciones sobre los casos detectivescos más importantes resueltos por mí en los últimos meses, describiendo un hecho acontecido entre Ella y yo, porque pienso que dará una idea más precisa del porqué transcurrieron los acontecimientos, y cómo transcurrieron. Se trata de una simple y breve conversación, pero muy importante por sus consecuencias inmediatas.

La noche había transcurrido sin incidentes de ningún tipo, con nuestros teléfonos móviles apagados y el portón interior de madera, añadido a la puerta acristalada principal de acceso, completamente cerrado.

—¿¡Pero qué haces!? —le dije a Ella, a eso de las 8 de la mañana, al ver que según se levantaba de la cama encendía su teléfono móvil para, acto seguido, dirigirse al recibidor de la casa con la clara intención de abrir el viejo portón de madera.

—Pues ya lo ves, abrirlo todo y encender mi móvil, no pensarás que nos vamos a pasar encerrados a oscuras e incommunicados el resto de nuestras vacaciones, vamos... ¡ni pensarlo!, me da igual si está Iván o Ivana.

—Vale, vale, pues, tú misma si aparece el alcohólico y drogadicto ese y se nos instala todos los días aquí para hablarnos de sus nuevas creaciones pictóricas, que por otro lado me parecen un verdadero churro. ¿Qué va a pasar con tu reportaje fotográfico?, ¿vas a emplatarse a Iván con sus dos orejas, luego a Iván con una sola oreja y finalmente a Ivan sin ninguna oreja?, o quizás vas a emplatarse las orejas de Iván sin Iván adosado a ellas —le dije, sacando del baúl de los recuerdos mi cara de australopiteco más irónico, atávico y, al mismo tiempo repugnante, que se pueda uno imaginar, pero por otro lado orgulloso de haber tenido la agilidad mental de enfrentarle a la posibilidad que más daño le podría hacer, que no era otra que verse incapaz de entregar su tan ansiado reportaje fotográfico, y de esa forma, conseguir yo la finalidad de todo este batiburrillo de tácticas para-bélicas, es decir, zafarnos de Iván, fuera como fuera.

Con esto pienso que el epílogo al capítulo 18 puede darse por zanjado, porque no creo que sea necesario explicar que todo continuó con las mismas normas restrictivas y “de salvación”, prescritas la tarde anterior. Esto era un verdadero estado de emergencia y así debíamos de seguir durante al menos cuatro días más, respetando escrupulosamente el protocolo para contingencias extremas como esta.

Con Iván rondando por la isla, todo se complicaba. Sin embargo, Ella no estaba dispuesta a perder ni un solo día de reportaje por lo que, al día siguiente de la aparición del ruso, ni corta ni perezosa se levantó de la cama diciendo de forma incontestable:

—Hoy nos vamos a las Cuevas del Drach.

Así que por mi parte no había nada más que decir, salvo un comentario que debería habérmelo callado.

—¿Y si nos encontramos con Iván?

Prefiero ahorrarme aquí el argumentario expuesto por Ella, a raíz de esa inoportuna observación mía.

Se había empeñado en emplatarse alguno de los más celebres enclaves mallorquines, entre los que no podían faltar las famosísimas Cuevas del Drach. Ni qué decir tiene que yo hubiera preferido quedarme encerrado en casa, por dos motivos principales, y por alguno más, pero los principales eran, uno, el de no arriesgarnos a encontrarnos con Iván en cualquier rincón de la isla, y dos, el dedicarme en cuerpo y alma a la interpretación y estudio de las visiones sufridas en las bolas de cristal de la vidriería de Campanet.

—No puedo irme de la isla sin fotografiar al menos un par de lugares de esos que aparecen en todos los folletos turísticos de Mallorca, pero dándoles una visión diferente, se podría decir que deconstruida, ahora que el término está tan de moda con la cuestión gastronómica —me dijo Ella, rematando toda una serie de razones para salir de casa y no quedarnos encerrados por miedo a encontrarnos con Iván.

—Pues no creo que a Derrida le hiciera mucha gracia ver en qué ha quedado su interesantísimo concepto filosófico —le comenté yo algo molesto por sus referencias a la deconstrucción derridiana.

—Tampoco seas tan drástico, ya sabes que hoy en día la filosofía está de capa caída, y a Derrida no lo conocen ni en su casa a la hora de comer —me contestó Ella tocándome la fibra sensible.

—¡Oye!, un respeto al pobre de Derrida, bastante tendrá él que soportar desde el más allá, viendo cómo su más emblemático concepto filosófico ha terminado utilizándose para dar nombre a un montón de estúpidas recetas con muchas más letras que sustancia —le contesté algo molesto por su apreciación irrespetuosa hacia el insigne pensador francés—. Ya sólo falta que te metas con Rameau.

—Caray, chico, qué susceptible te pones con según qué cosas. Anda, vámonos a ver las cuevas esas tan famosas.

—¡Hay Dios mío, lo que yo me temía era cierto! —continuó Ella diciendo, según salíamos por la puerta de la cocina y accedíamos al jardín de la casa, con intención de coger el coche.

—¿Está Iván ahí fuera, rondando el coche? —le susurré muerto de miedo, imaginándome al ruso esperándonos al lado de nuestro vehículo para cogernos infraganti saliendo de la casa.

—¡¡Ya está bien de Iván!!...lo que pasa es que todas estas plantas se han muerto, ¿no lo ves? Y todo porque les echaste el agua del cubo de la fregona el día de la inundación, y seguro que tenía lejía o algún producto químico que las ha machacado.

—No pasa nada, les decimos a Francisco y Rosa, que les hemos dejado un jardín deconstruido —le dije intentando hacerme el gracioso y rebajar así el disgusto que en ese momento Ella tenía encima.

—Pues no le veo la gracia por ninguna parte. Ahora tendremos que comprar todas las plantas que hemos matado, e intentar que quede todo tal y como estaba.

—Sí, pues mira la piscina, ha pasado del azul sucio al verde Amazonas —comenté yo al



percatarme de la nueva tonalidad que el agua de la piscina mostraba esa mañana.

—Hay Dios mío, a mí me va a dar algo —oí que decía Ella de la forma más compungida y lastimosa.

—Bueno, no te preocupes, ya llamaremos a algunos especialistas en piscinas para que lo solucionen, aquí en Mallorca debe haber cientos de profesionales del piscineo —le dije de manera casi arrulladora para que se calmara y no viera las cosas tan negras como en realidad se estaban poniendo. Aunque, a decir verdad, para alcanzar la oscuridad total era necesario que nos encontráramos al pesado de Ivan, cosa que por el momento no había ocurrido.

—Vamos a buscar ahora mismo por internet a alguien para que venga a solucionar lo de la piscina y luego nos marchamos a un vivero a comprar plantas —comentó Ella, cambiando el tono compungido por otro nervioso, que no mejoraba mucho las perspectivas para ese día, en el que ya me veía comprando plantas, viendo cómo un piscinero nos vaciaba la piscina para limpiarla y luego clavarnos una factura de mil demonios y, por si fuera poco, sin poder estudiar las visiones cristalománticas sobre el asunto Carvajal. Incluso llegué a imaginar que nos encontrábamos a Iván en el vivero de las malditas plantas, así que tenía que evitar todo eso como fuera posible y seguir adelante con el plan de las Cuevas del Drach.

—No, no...es mejor dejarlo para dos o tres días antes de irnos, no sea que se vuelvan a morir las plantas y ponerse de nuevo verde la maldita piscina —le contesté con toda la contundencia y firmeza de la que soy capaz, pero sin llegar a emplear un tono desagradable, claro está.

—Si...creo que tienes razón. Es mejor dejarlo para el final y arreglar la casa los últimos días.

—Pues no se hable más...¡vámonos a las Cuevas del Drach! —esto no recuerdo quién lo dijo, si Ella o yo.

\*\*\*

La verdad es que, puestos a ver cuevas, yo hubiera preferido visitar las cuevas de Artá, ya que don Santiago habla maravillas de ellas, sin embargo de las de Manacor relata una experiencia dramática sufrida por un tal Lorenzo Riu, su tío y el guía, que de guía tenía muy poco. Esta gente se perdió y tuvo que ser rescatada después de ocho horas, estando a punto de quedarse para siempre en las profundidades de la cueva. ¿Pero qué cuevas eran esas, me pregunto yo, las del Ham o las del Drach?, porque el bueno de Rusiñol no lo especifica y sólo se refiere a ellas como las cuevas de Manacor.

Después de un tranquilo desayuno, una vez más, en el pueblo de Santa María del Camí, pusimos rumbo a Manacor, un rumbo, todo sea dicho, que se nos hizo eterno.

Una vez llegados a la famosa villa mallorquina no nos fue difícil encontrar la desviación hacia Porto Cristo, pero una vez llegados a Porto Cristo sí nos fue difícil encontrar las malditas cuevas del Drach.

—Mira, ahí pone “Cuevas” bien grande —comenté yo justo cuando ya estábamos a punto de entrar en la localidad de Porto Cristo.

—Pues entra, a ver —contestó Ella, sin mucha convicción, todo hay que decirlo, como intuyendo que esas no iban a ser las cuevas que buscábamos.

Y su intuición, una vez más, fue acertada, puesto que esas no eran las “archifamosas” cuevas que Ella buscaba para su emplazamiento. De entrada, allí había mucho espacio para aparcar pero pocos vehículos aparcados, algo que se contradecía con la época en la que nos encontrábamos (julio) y con el reconocimiento turístico que tienen las mencionadas cuevas.

—Oiga, ¿estas son las Cuevas del Drach? —le pregunté con cara de turista atolondrado, al dependiente que estaba detrás de una de las taquillas, (no recuerdo ahora si había dos o tres taquillas).

—No señor, estas son las “dels Hams” —me contestó el taquillero, con cara de aburrimiento

supino—. ¿Quieren unas entradas? —insistió para ver si picábamos y terminábamos por comprar los malditos tiques.

—¿Aquí no fue donde se perdieron los amigos de don Santiago y casi se quedan dentro para siempre? —le repliqué al taquillero, cambiando la cara de turista anodino por otra de sapo no tan anodino.

—¿Qué Santiago?, que yo sepa aquí no se ha perdido nadie —me volvió a contestar el joven tras la mampara de cristal, esta vez adoptando un mueca de lo más desagradable y antipática.

—¿Cómo que qué Santiago?...pues don Santiago Rusiñol, que en su famosísimo libro “La isla de la calma” cuenta la historia de cómo unos amigos suyos entraron en las cuevas de Manacor con un inepto de guía y casi las diñan ahí dentro, de no ser porque otra gente que les esperaba fuera, al ver que pasaban ocho horas desde que entraron a las cavernas, decidieron ir en su busca.

—Mire oiga no sé de qué me habla y le aseguro que aquí no se puede perder nadie... ¿quieren entradas o no?

—Pues no, no queremos ninguna entrada, no sea que nos pongan en manos de algún guía descerebrado y nos pase lo mismo que a esa pobre gente —terminé por decirle algo encarado al inculto del taquillero, que no dio ninguna muestra de conocer ni a Rusiñol, ni tan siquiera al libro cuyo título generó el más famoso apelativo de la isla de Mallorca.

—¿Qué te han dicho? —me preguntó Ella cuando me vio regresar al lugar donde habíamos dejado el vehículo, y a cuyo lado se encontraba fumando un cigarrillo tranquilamente y, seguro, que imaginando cómo podría emplatarse esto o aquello.

—Que no, que estas no son las Cuevas del Drach —le dije todavía con cierto enfado por comprobar que en las taquillas de unas cuevas tan renombradas (aunque no fueran las del Drach) habían colocado a un empleado tan inculto y desconocedor de la historia del enclave que le proporciona los garbanzos diarios.

—Bueno, pues vamos a seguir —dijo Ella tranquilamente, mientras apuraba la última bocanada de humo de un cigarro que acabaría, instantes después, aplastado contra el cenicero portátil de nuestro querido utilitario.

La cosa no fue tan fácil como nos prometíamos porque, así como en Valldemossa estaban inmersos en una guerra de celdas, aquí quedaba claro que la lucha tenía un carácter troglodita, y por lo tanto se trataba de atraer al turista hacia la propia cueva intentando despistarles de las otras. De manera que una vez dentro de Porto Cristo, comenzamos a dar vueltas por callejones sin saber muy bien dónde dirigimos, hasta que Ella decidió bajar la ventanilla y preguntar al primer transeúnte que pillamos, no con el coche claro está, sino en el sentido metafórico de la expresión.

Finalmente pudimos llegar a las mundialmente famosas cuevas del Dragón.

—¡Dios mío, pero qué es esto! —exclamé yo al ver la cantidad de coches y gentío que allí se concentraba.

—Pues qué te esperabas, todo el mundo viene a ver estas cuevas —me contestó Ella con la típica lógica aplastante de la que suelo carecer, pero en esta ocasión no del todo ajustada, ya que mi expresión se refería no sólo a la ingente cantidad de seres humanos allí reunidos, sino al impresionante calor húmedo que hacía difícil respirar con normalidad sin exudar varios litros de agua a través de nuestra piel.

—Esperemos que entre toda esta gente no esté Iván —comenté yo sumando a mis contrariedades por el calor y la masificación humana, el miedo a la aparición inoportuna del pintor ruso.

—Por favor, quieres dejar de hablar ya del maldito Iván, porque cuanto más pienses en él más posibilidades habrá de que nos lo encontremos —me contestó Ella, demostrando una gran sabiduría acerca del poder de las palabras, y los pensamientos, para modificar el futuro y atraer a determinadas personas y / o circunstancias.

Estaba claro que esas eran las Cuevas del Drach, por lo que me dirigí a las taquillas (creo recordar que eran cuatro) para sacar directamente los tiques de entrada, sin preguntar esta vez si esas eran las Cuevas del Drach y, ni siquiera, si ahí se había perdido algún amigo de don Santiago. En el momento de llegar serían cosa de las 11:40 horas, y el siguiente pase no tendría lugar hasta las 13 horas, así que no quedaba más remedio que deambular por aquel recinto, intentando abrirse paso entre la muchedumbre.

Ante la obligación de tener que esperar durante una hora y veinte minutos, propuse irnos a tomar una cerveza, mientras que Ella sugería, casi simultáneamente, entrar a fisgonear por la pertinente tienda que todos estos enclaves disponen para gozo y uso de los curiosos y apiñados turistas. Por supuesto nos dirigimos inmediatamente a la tienda.

Mientras deambulábamos entre las estanterías y vitrinas de aquel anodino comercio me fijé que, justo en uno de los laterales del habitáculo, se había dispuesto un espacio para la venta de collares, pulseras, pendientes y todo tipo de accesorios fabricados con las perlas artificiales de una famosísima empresa mallorquina. Vi que una extraña turista, y digo extraña por ser española (cosa rara entre aquellos miles de zombis playeros) estaba probándose un anillo con su correspondiente perla coronando la parte superior, y el también correspondiente novio mirando desde uno de los lados de la mano ensortijada.

—¿A ti te gusta, cariño? —le preguntaba la turista al turista consorte.

—Claro, te queda precioso mi amor —le contestó él a ella, como si de un autómatas se tratara.

—Ya, pero el caso es que me aprieta bastante el dedo —comentó la cliente a la dependienta, al mismo tiempo que hacía una mueca de dolor con su boca y parte de la nariz.

—No se preocupe, es que en verano todos tenemos los dedos hinchados, pero en realidad es su medida —le dijo la hábil vendedora a la inocente compradora.

—Vale, pues nos lo llevamos —contestó la joven al mismo tiempo que eliminaba por completo la mueca de dolor, sonreía a la dependienta, miraba de reojo al novio y con el otro ojo libre se recreaba la vista en el anillo que relucía embutido en su regordete dedo, a esas alturas ya algo amoratado por el estrangulamiento al que le estaban sometiendo.

Recuerdo que dejé de fisgonear, acústicamente hablando claro está, por esa zona del establecimiento, y pasé por delante de unas chicas uniformadas como el resto de los trabajadores del complejo turístico denominado “Cuevas del Drach”, que estaban empaquetando unas rocas de pequeño tamaño, para su posterior venta al público. No pude por menos que sacar mi diario titulado *Un verano en Mallorca*, para anotar lo siguiente:

### 21 de julio. Cuevas del Drach

*Nos encontramos en las Cuevas del Drach, pero no dentro de las cuevas sino fuera. Hemos decidido entrar en el establecimiento destinado a tienda para turistas. No veo nada que me atraiga como comprador, sin embargo oigo conversaciones que me atraen como observador y estudioso del comportamiento humano. Decido no anotar aquí esas conversaciones para anotarlas mas adelante en mi cuaderno sobre relatos detectivescos. Por otro lado, creo que es oportuno dejar reflejado en este diario el extraño acontecimiento del que acabo de ser testigo, y del que continuo siéndolo mientras tomo estas notas. Veo dos trabajadoras del complejo turístico “Cuevas del Drach” empaquetando piedras del tamaño de un kiwi (y me refiero al kiwi fruta y no al kiwi ave). No son piedras vulgares, parecen rocas todas del mismo tipo y color, irregulares en su forma y de tonalidad arcillosa. Veo que cada paquetito lo etiquetan con una pegatina donde se puede leer el precio, el cual asciende a la cantidad de 2'75 euros. Pienso que es una barbaridad cobrar esa cantidad por un pedazo de roca. Pienso que quizás están esquilmando alguna región de España, o de cualquier otro país, troceando acantilados y vendiendo los pedacitos a los turistas como si fueran reliquias sanadoras de todos los males. Dirijo intensamente mi vista a los paquetitos y los*

*miro con mucha curiosidad. Observo que las dependientas me miran a mí con ganas de trocearme y poner precio a las partes de mi cuerpo. Pienso en el precio que le pondrían a un dedo mío. Soy incapaz de imaginarme un precio. Sólo la idea me repugna y dejo de mirar los paquetitos de piedras con curiosidad para pasar a mirar a las dependientas con verdadero asco y resentimiento. Compruebo que ellas también dejan de mirarme con curiosidad y adoptan simultáneamente caras de rana toro americana. Decido marcharme de ahí e irme al lugar donde se encuentra Ella, sin haber adquirido, sólo faltaba, ninguno de esos pedruscos sobrevalorados.*

*Compruebo que Ella está contemplando unos huevos de dinosaurio. Quiero especificar aquí, no sea que con el paso del tiempo se me olvide este detalle, que no son huevos fosilizados, sino artefactos de juguete para niños. Le pregunto a Ella que qué es lo que está mirando, a lo que me contesta, como era de esperar, que está mirando huevos de dinosaurio. Le pregunto también que si los quiere para emplatarse, a lo que me responde que no, que había pensado comprar uno para regalárselo al hijo de nuestro hijo.<sup>24</sup> Acto seguido me explica que, esos huevos, se tienen que introducir en agua y que al cabo de seis días eclosiona un dinosaurito de plástico. A los dos nos parece un juguete simpático, a la par que educativo, y decidimos comprarlo para llevárselo al hijo de nuestro hijo en la próxima visita que les hagamos, o que nos hagan.*

*Salimos de la tienda y yo dejo escapar un comentario acerca del nivel de ruido, calor y humedad, todos ellos insoportables, a lo que Ella me responde que no sea exagerado y que disfrute del momento. Pienso que cómo voy a disfrutar del momento si me estoy deshidratando por momentos, al mismo tiempo que los gritos de niños y padres me están a punto de producir una sordera “vitalicia”. Por lo menos, ahora ya no hay nada más que ver por los alrededores y nos dirigimos al espacio-bar para refrigerarnos un poco y lograr no morir por un golpe de calor, aunque con eso no consigamos disminuir las posibilidades de morir víctimas de un golpe de humanidad. Ante la desesperante cola que hay que guardar para poder llegar a la barra y pedir una consumición, Ella opta por largarse en busca de alguna mesa disponible (con sus correspondientes sillas) y a la sombra, no sin antes especificarme que quiere un café con hielo.*

*Creo que estoy a punto de sufrir un desmayo mientras guardo esta interminable cola. Veo cómo turistas de todo tipo piden cervezas de todos los tamaños, también coca-colas y agua con gas, pero mi turno no llega nunca. Pienso si comenzar a gritar “Alá es grande”, para que se produzca una desbandada y así poder acceder tranquilamente a la barra, incluso servirme yo mismo la cerveza. Pienso también que en tales circunstancias obviaría el café con hielo de Ella y le llevaría también otra cerveza. Ante el sutil movimiento que se produce en la cola, decido en el último momento no gritar nada y avanzar un paso hacia las quiméricas consumiciones.*

*Justo antes de sufrir la lipotimia asociada a todo buen golpe de calor, consigo apoyar mis brazos en la barra de aquel infernal lugar, no sin dar antes gracias a Dios a pesar de mi condición de ateo convencido. Esta vez sí decido gritar, pero no la sentencia antes imaginada sino simplemente “¡¡una caña y un café con hielo, por favor!!”.*

*Ya con un vaso en cada mano, el del café con hielo y el de la caña de cerveza, oteo rápidamente el panorama para intentar encontrar la figura de Ella entre todo aquel paraíso mefistotélico. Llego al feliz destino, es decir una silla, una mesa, una sombrilla, Ella... y comienzo a ingerir de forma algo compulsiva el contenido de mi vaso, antes de que el golpe de calor decida tomar las riendas de aquella situación y deje que me desplome por culpa de un brutal desmayo.*

*Después de dar tres sorbos, quizás cuatro, y mientras Ella contempla casi en estado de hipnosis su teléfono móvil, veo pasar a pocos metros de nuestra mesa con sombrilla, un hombre que lleva una chaquetilla, tipo cárdigan, echada al hombro. Pienso inmediatamente si será oriundo de Burgos o de Soria. Pienso también en la posibilidad de que sea un enfermo mental. Cuando*

---

24 Quiero dejar clara constancia, por si este diario cae en el futuro en las manos de algún curioso malintencionado, que no es que yo desconozca el vocablo “nieto”, sino que evito su uso a través de un pronombre posesivo antepuesto, tanto oral como escrito, debido al envejecimiento que automáticamente sufre todo aquel que decide pronunciar o escribir dicho término para dar a entender que reúne la condición de abuelo o abuela.

*estoy a punto de comentarle a Ella lo del personaje de la chaqueta al hombro (con una sensación térmica ambiental de más de cuarenta grados) el susodicho ya ha desaparecido mezclado entre la marabunta humana. Decido, por lo tanto, no comentarle nada a Ella y dejar que siga inmersa en su estado semi-hipnótico.*

*El constante zumbido políglota me produce una inquietante sensación claustrofóbica, al imaginarme toda esa gente acompañándome en el interior de la caverna. Toda esa mezcla idiomática me hace pensar en la torre de Babel. Dejo de pensar en la torre de Babel y paso a pensar en el Infierno de Babel. Sólo espero que dentro de la cueva haga algo más de fresco. Sin embargo, pienso también que las personas desprenderán su calor corporal y entonces el fresquito natural de toda cueva se tornará en calor húmedo angustioso. No he terminado la caña y ya comienzo a padecer cierto ataque de pánico por las imágenes recién recreadas en mi mente.*

*Oigo unos chillidos en idioma italiano. No comprendo el italiano pero sé que es italiano. Busco el origen de esos gritos y contemplo a una madre italiana, con un pareo imitando piel de leopardo, increpando de forma desafortunada a un niño de unos diez años de edad que presumo es su hijo. El niño, que además de italiano es gordo, llora y se seca las lágrimas con una servilleta de papel. Pienso si la servilleta habrá sido antes usada como tal servilleta y estará a punto de provocarle al niño rollizo, lloroso e italiano, una infección en el ojo. Pienso en coger un par de servilletas del servilletero que hay en nuestra mesa y llevárselas al niño para que se seque las lágrimas con unas servilletas limpias. Decido no hacerlo no sea que la madre del pareo de leopardo le de por gritarme a mí y entonces se lie la marimorena. Pienso que con este asqueroso calor no es momento para terciar en ninguna riña ni en nada que suponga un esfuerzo añadido.*

*El amago de lipotimia parece que ha desaparecido, pero pienso que quizás tendría que haberme pedido una cerveza del tipo jarra alemana. Creo que debo racionar la poca cerveza que me queda antes de ir a hacer la cola correspondiente para entrar a las cuevas propiamente dichas. Pienso que ni por todo el oro del mundo me pondría de nuevo a la cola del bar para pedirme otra consumición. Ella no hace fotos. Le pregunto que por qué no hace fotos y me responde que para qué va a hacer fotos de turistas sudorosos, que prefiere reservarse para el interior de las cuevas. Tomo la decisión de no discutir para así no sudar más y le digo que “claro”. En vista de lo inútil de mi observación, me dedico a contemplar al personal. Veo turistas de todos los colores y tonos de piel posibles, incluida la tonalidad “piel cocida”. Veo todo tipo de tatuajes en las pieles de los turistas. Veo todo tipo de gorros, gorras y sombreros encima de sus cabezas. También vislumbro una gran variedad de gafas de sol de las que no voy a dar una relación pormenorizada en este diario. Con respecto a las chancletas, ni qué decir tiene que lo variopinto de las mismas es verdaderamente curioso. Pienso que podría hacerse un museo, adosado a la tienda del complejo turístico “Cuevas del Drach”, donde exponer esas chancletas y, por supuesto, denominarle “Museo de la chancla y la chancleta”. También la ingente variedad de pantalones tipo bermudas acapara sobremanera mi atención, pero creo que dedicar un museo a los pantalones tipo bermudas no resultaría igual de interesante que el de las chanclas y chancletas.*

Estas eran algunas de las anotaciones que decidí registrar en mi diario *Un verano en Mallorca*. Sin embargo, la jornada siguió siendo de lo más interesante, a la par que agobiante claro está, debido a lo acontecido en el interior de aquellas espectaculares grutas. Y digo esto porque nunca podría haberme imaginado que allí dentro me esperase la solución al enigma Carvajal, bueno, mejor dicho, parte de la solución, pero una parte verdaderamente importante, y definitiva, para dirigir convenientemente el resto de la investigación.

—Creo que deberíamos ir yendo a la cola de entrada a las cuevas, no sea que se amontone tanta gente que decidan dejar fuera a los últimos que lleguen, y yo aquí no me quedo otra hora más esperando, mientras nos cocemos a fuego lento —le comenté a Ella para sacarla de su trance telefónico lo más rápidamente posible ya que los nervios comenzaban a hacer estragos en mi persona.

—Vale —fue toda su contestación a mi sólido argumento, lo cual me hacía pensar que de allí no nos moveríamos todavía durante unos cuantos minutos, mientras que la posibilidad de quedarnos sin entrar en las malditas cuevas me torturaba de forma insistente.

Creo que dejé pasar del orden de 30 segundos, o quizás todo un minuto, antes de atacar con fuerzas y argumentos renovados.

—Mira que si no pillamos sombra, nos puede dar un golpe de calor esperando entre todo un amasijo de gente —le comenté mientras miraba hacía una dirección que yo pensaba podría ser la de la entrada a las cuevas, pero sin tener ni idea de donde estaba dirigiendo mi mirada, ni dónde estaba esa dichosa entrada.

—Que sí, que ya va, un momento, que me han regalado dos vidas y no voy a malgastarlas —se le ocurrió contestarme, sin por supuesto levantar su cabeza del teléfono móvil.

—Mira, las dos vidas que se van a malgastar van a ser las nuestras como no podamos esperar a la sombra... ¡que ya es la una menos cuarto! —le respondí con cara de saltamontes y dispuesto a salir catapultado de aquel insoportable horno donde nos encontrábamos y, además, ya con nuestras bebidas agotadas hacía media hora.

—Desde luego, qué pesado te pones, hijo. ¡Ala!, vámonos a la entradita de las narices —me espetó con un tono molesto, mientras guardaba de forma evidentemente contrariada, su teléfono móvil en el bolso de esparto que ese día llevaba consigo.

Cuando llegamos, después de seguir unas cuantas indicaciones con las pertinentes palabrejas en varios idiomas, todas ellas queriendo decir “entrada”, comprobamos que mis temores estaban absolutamente fundados y que el espectáculo que se ofrecía ante nosotros me daba por completo la razón.

—Pufff, cuanta gente —fue lo único que Ella pudo exclamar al verse al final de un grupo de unas seiscientas personas.

En vista de que mis anteriores comentarios, de carácter previsorio, habían sido del todo correctos y acertados, preferí no contestar a su exclamación y concentrarme en la angustia que me provocaba el imaginarnos con toda esa cantidad de personas, metidos dentro de una cueva a unos cuarenta metros de profundidad. Recuerdo que mientras me regodeaba en todas mis fobias, como la claustrofobia, la acusticofobia, la demofobia y alguna otra que no venía al caso como la parascevedecatriafobia (es decir, miedo al viernes 13), un bebé de pocos meses, que su padre aguantaba en brazos, no paraba de berrear de forma continuada y con una intensidad sonora increíble para una criatura tan pequeña y aparentemente delicada. El berrido del bebé era lo más parecido a la sirena de una ambulancia que yo había oído jamás.

Mientras los padres de aquel bebé-sirena comenzaron a pelearse, sin duda debido al estrés acústico al que estaban sometidos, me dediqué a eliminar aquellos pensamientos negativos relativos a mis fobias, que me estaban apesadumbrando hasta extremos peligrosos, y pasé a reemplazarlos por otros de corte positivo, como por ejemplo el orgullo y satisfacción por no padecer ni trezidavomartiofobia (es decir miedo al martes 13) ni tan siquiera la simple triscaidecafobia o miedo al número 13 en general, pero sin el viernes de por medio.

—Esto comienza a resultar insoportable —masculló Ella, mientras le caían goterones de sudor por las sienes y su mirada vacía dejaba a las claras que comenzaba a sufrir los efectos de varios golpes, uno de calor, otro de ruido y, el tercero, un golpe del tío que tenía al lado.

Por fin, todo aquel amasijo humano comenzó a moverse, momento en el que dirigí la mirada hacia atrás y pude comprobar que ahora teníamos no sólo unas seiscientas personas por delante, sino otras cuatrocientas por detrás.

—Qué barbaridad, si debemos de ser unas mil personas —le comenté aterrizado a Ella, justo cuando estábamos a punto de enseñar nuestros tiques a uno de los dos empleados que estaban controlando el acceso al averno.

—No digas bobadas, cómo vamos a entrar mil personas a la cueva, seremos como mucho quinientas, que ya está bien.

No era momento de rebatir las cifras, ni de hacerme valer como experto censador de aves que en su día fui, como por ejemplo de bandos de patos en el fresquito pantano del Ebro, que por cierto —¡quién lo pillara! —pensé.

Justo en la boca del inframundo se encontraba un cancerbero, con sólo una cabeza pero con una linterna en la mano derecha, posiblemente para suplir la falta de las otras dos cabezas. Sin embargo, aquí su misión no era la de impedir que los muertos salieran del Hades y los vivos entraran en él, sino todo lo contrario, meter el máximo de vivos allí dentro para luego sacarlos a todos muertos por asfixia, o aplastados debido a un ataque de histeria colectiva.

—Te está sonando el teléfono —me dijo Ella—. Que inoportuna la llamadita, la verdad —continuó diciéndome.

—¡Vaya! Espérame, no te dejes arrastrar por la gente, hazte a un lado, que si entramos en la cueva ya no tendré cobertura, y si vas tú sola luego no podré encontrarte —le comenté mientras intentaba sacar mi teléfono móvil del bolsillo derecho de mi pantalón, trabajo arduo teniendo en cuenta que me aprisionaban en ese momento cuatro personas, provenientes de los cuatro puntos cardinales, o quizás de los subcardinales, no puedo precisarlo puesto que no disponía de brújula en esos momentos.

—¿Si? —le pregunté de muy mala gana al imbécil que en esos momentos estaba importunándonos.

—¿Por favor, la detective Ramona? —me contestó una voz masculina, proveniente del otro lado del auricular.

—Bueno, podría decirse que sí...¿de qué se trata? —le inquirí al pesado de turno que preguntaba por la detective Ramona, lo que provocó que de nuevo me acordase de todos los antepasados de mi amigo el señor Ruíz, y de sus amigos serigrafistas que me diseñaron mal las tarjetas de visita y la página web de mi empresa de investigación.

—¿Pero es o no es la investigadora Ramona que se anuncia por internet?

—Que sí, le digo, pero ahora estoy apunto de entrar en una cueva —tuve que contestarle de mala manera para ver si se decidía a cortar la conversación.

—Pues usted parece más bien Ramón que Ramona —continuó el pesado ese.

—Mire, en estos momento no puedo atenderle pero si me dice de qué se trata, yo le volveré a llamar a este mismo teléfono y le explicaré los pasos a seguir para solucionar su problema.

—Bueno, bueno, pues es que creo que mi mujer se está carteando con un amante a través de unas palomas mensajeras, porque ya la he visto colocando unos papelitos en la pata de un palomo que había en la ventana de casa.

—Bueno no se preocupe, eso es algo muy común y no tiene que hacer ni decir nada hasta que yo le llame, ¿me ha entendido?, ahora me tengo que meter en una cueva, adiós —le contesté, apretando la tecla correspondiente al tradicional “colgar” y zanjando la impropia conversación, por mucho que se tratara de un nuevo caso para investigar.

—Hala, vamos para adentro no sea que nos quedemos sin ver nada —le dije todo nervioso a Ella, al mismo tiempo que nos introducíamos en una corriente de personas que discurrían hacia el interior de aquel agujero aterrador.

—¿Quién era? —me preguntó Ella, tal y como era de esperar.

—Ah, nada, ya te contaré —le contesté de forma torpe, sin darme cuenta que si creaba un mensaje enigmático, entonces ya no se podría parar de hablar sobre el tema hasta resolver el enigma.

—¿Pero cómo que nada, si le has dicho que ya le atenderías y que le llamarías por teléfono? —insistió Ella mientras contorsionaba el cuerpo para poder girarse entre el montón de brazos y troncos que la embutían, dirigiéndome así la mirada al mismo tiempo que me interrogaba con sus dudas.

—No, es que era Jacinta, mi compañera de trabajo, que tenía ahí un turista cliente, al que me ha pasado por cierto, que le preguntaba por el lugar donde en el siglo XVI habían quemado a un par

de brujas, y de eso Jacinta no tiene ni idea, así que como es muy complicado de explicar por teléfono, hemos quedado en que mejor le llamo en otro momento —le contesté, reconozco que inspirado por la oscuridad en la que ya nos encontrábamos inmersos, y asociando aquella gruta a los aquelarres brujeriles que en nuestro país se celebraron a cientos, en cuevas y en no cuevas.

—Ah, vaya, pues no tenía ni idea que en nuestra ciudad hubieran quemado brujas, pues ya me explicarás a mi también dónde fue eso —me comentó Ella, esta vez sin retorcer el cuerpo, logrando que un estertor de pánico recorriera todo mi ser al imaginarme que, en cualquier momento, tendría que enfrentarme a todo eso que me acababa de inventar. Por otro lado, estaba convencido que en algún lugar de nuestra ciudad seguramente habrían quemado un par de brujas o brujos. Así pues sólo era cuestión de investigar y estudiar el asunto.

Afortunadamente, al cabo de unos pocos minutos, Ella entró en trance fotográfico y comenzó a realizar instantáneas de todo tipo de estalactitas, estalagmitas, columnas y pedruscos varios, lo mismo con su cámara fotográfica habitual, pero sin flash, que con el teléfono móvil multiusos, también sin flash por supuesto, tal y como estaba prescrito.

A pesar de estar engullidos por un ingente rebaño, del que nosotros sólo éramos dos borregos más, y además casi en total oscuridad, fui capaz de distinguir a la chica de los dedos gordos, esa a la que le habían endosado en la tienda un anillo con la pertinente perla artificial mallorquina, haciéndose autofotos con el famoso palo para este tipo de autorretratos.

Deambulábamos todos a través de aquellos estrechos pasadizos, húmedos y resbaladizos, en los que de vez en cuando aparecía un fantasmagórico empleado del complejo turístico “Cuevas del Drach”, apuntando con su mini-linterna de tecnología LED al suelo, y haciendo con la luz movimientos oscilantes como para indicarnos que el camino seguía por donde él iluminaba, algo obvio puesto que no había caminos alternativos, la única alternativa existente era la de ver o no ver el maldito sendero.

Dados mis problemas de vista, sobre los que ya vertí varios ríos de tinta en otros cuadernos y diarios, opté, creo que muy sabiamente, por dejar de contemplar aquellos chuzos líticos, y mirar única y exclusivamente el firme de esa especie de cañada por donde discurríamos el ganado troglodita. Me entró tal pánico a resbalarme y romperme en la caída mis especiales gafas de alto miope, o miope magno, que a partir de ese momento dejé de ser consciente de todo lo que no apareciese en el suelo. Pensé que, al fin y al cabo, ya lo contemplaría más calmadamente vislumbrando las fotografías de Ella, antes de que emplatara todo eso, claro está.

—¡Mira qué maravilla, es espectacular! —me comentaba Ella, cada cinco minutos.

—Sí, es impresionante —le contestaba yo, confiando en su criterio, pero sin dejar de mirar al suelo ni por espacio de un segundo, todo ello al mismo tiempo que notaba cómo un montón de cuerpos semovientes me empujaban hacia adelante, hacia la izquierda e incluso hacia la derecha, aunque afortunadamente no hubo ningún cuerpo que me empujara hacia atrás, con el riesgo de perder el contacto con Ella.

Ante la terrible imagen de que algún anormal me empujara hacia atrás y pudiera perder el contacto con Ella, decidí cogerla de la camisa y así permanecer agarrado a su persona a modo de guía lazarillo. Sin embargo, en uno de los empujones provenientes de la izquierda no tuve más remedio que soltarme de su blusa porque, de no hacerlo, la podría haber desnudado allí mismo a causa del tirón de ropa que le habría propinado. Pero, acto seguido, decidí retomar a mi lazarillo y agarrarme a su camisa para no arriesgarme a perderla, ya que lo que no estaba dispuesto a hacer era dejar de mirar al suelo.

—¿¡¡Pero qué está usted haciendo, cerdo!!? —me gritó una gorda española que justo se había colado entre Ella y yo, y de cuya presencia no fui consciente.

—Perdone señora, es que soy un pobre nictálope, y necesito agarrarme a alguien para no dar con mis huesos en el suelo —le respondí dulce y rápidamente a la gorda iracunda, empleando el cultismo normalmente asignado para la ceguera nocturna, imaginándome que lo desconocería y que se apiadaría de mí por pensar que padecía una terrible enfermedad.



—Ah, lo siento, usted perdone, pero comprenderá que en estos tiempos una puede pensar lo peor y, aquí, a oscuras, con más razón —me contestó la ya más relajada oronda turista española, al mismo tiempo que me asfixiaba con un perfume intenso y dulzón que me impedía respirar con normalidad.

—No se preocupe, señora, que viene conmigo, lo siento —le dijo Ella a la gorda aromatizada, al mismo tiempo que me agarraba por el brazo izquierdo, apretándomelo de tal forma que temí en aquel momento por la posibilidad de que se me gangrenara el miembro.

—¿Pero se puede saber que le has hecho a esa mujer? —me espetó Ella al oído en un tono nada prometedor.

—Es que he creído que eras tú, ya sabes que veo muy poco en la oscuridad —le comenté intentando arreglar el asunto, pero sin darme cuenta que lo iba a empeorar.

—Hombre, pues muchas gracias por comparar mi figura a la de esa señorona —dijo—. Anda, no te separes mucho de mí que te tengo terror. Mira, ya estamos en el famoso lago.

Afortunadamente la aparición del conocido como lago Martel, produjo un efecto regenerador con respecto a sus emociones, de forma que volvió a recuperar el aliciente fotográfico y artístico. También, afortunadamente, la temperatura había descendido unos cuantos grados centígrados con respecto al horno crematorio en el que nos encontrábamos cuando esperábamos en la superficie, y eso produjo cierta relajación en mi sistema nervioso.

Según nos acercábamos al celeberrimo lago subterráneo pude percatarme, levantando de forma intermitente la mirada del suelo por espacios de pocos segundos, de la existencia de un anfiteatro donde todos los turistas se iban acomodando con la intención de prepararse para presenciar el concierto acuático que allí se celebra para regocijo de todo el personal.

Cuando Ella y yo llegamos a dicha sala natural de conciertos, apenas quedaban en los bancos huecos libres donde ubicarse, pero gracias a un milagro sobre el que algún día tendré que meditar, mi limitada visión fue capaz de distinguir un reducido espacio en el que instalar nuestras posaderas, cosa que hicimos de inmediato y sin pensarlo dos veces.

No pasaron ni cinco minutos cuando, por unos altavoces, comenzaron a explicar en unos cinco o seis idiomas, que enseguida iba a iniciarse el concierto y que quedaba terminantemente prohibido realizar todo tipo de fotografía o vídeo del espectáculo, con flash o sin flash. Por mi parte, seguía convencido de que allí estábamos concentrados unas mil personas, y no estaba dispuesto a continuar más tiempo con esa comezón.

—¿Pero qué haces ahí levantado?, estás llamando la atención —me dijo Ella, mientras tiraba de mis pantalones hacia abajo, con la clarísima intención de hacerme entender que me debía volver a sentar en el banco.

—Estoy haciendo un censo de individuos humanos, espera un momento —le contesté con un tono de firmeza que denotaba mi seguridad en la técnica empleada para tal censo, y que durante muchos años empleé, como ya he dicho, para contabilizar los patos, ánades y somormujos del pantano del Ebro, situado en Reinosa, así como de otros pantanos.

—Ves...lo que yo te había dicho...aquí estamos concentrados unos mil o mil cien individuos de la especie humana.

—¿Y de otra especie?, ja, ja, ja —contestó Ella, con cierto sarcasmo y poca confianza con respecto al resultado de mi recuento.

De repente se apagaron todas las lucecitas que proporcionaban una claridad tenue y nos quedamos en la mayor de las oscuridades imaginables, lo cual produjo en Ella un ligero ataque de pánico, debido a su secular padecimiento de nictofobia. Afortunadamente esa no era, ni es, una de mis fobias, por lo que pude ser yo en esa ocasión el que le proporcionara la tranquilidad necesaria para permanecer sentada y sin gritar. Sin embargo, en ese instante, pensé que si alguien gritase “Alá es grande”, la estampida general provocaría seguramente centenares de muertos por aplastamiento. Desconozco cuál es el nombre que se da a este tipo de miedo psicótico, es decir la fobia al grito de “Alá es grande”, pero entonces fui consciente del nacimiento de esa nueva fobia en mi persona.

Tuve que hacer esfuerzos sobrehumanos para no traspasarle a Ella mi recién adquirido terror asociado y, en su lugar, intentar calmar su pánico a la oscuridad, el cual padece desde la más tierna infancia. Para ello cogí su mano con una de las mías, concretamente la izquierda, e intenté comunicarle mi energía positiva, el problema es que primero tenía que encontrarla, y me refiero a la energía positiva no a su mano.

—¿Estás nervioso?, te sudan una barbaridad las manos —me comentó Ella justo cuando ya se empezaba a escuchar en la lejanía una sutil melodía que claramente se identificaba como el famosísimo *Canon de Pachelbel*.

—Escucha, ya salen tocando a Pachelbel —le comenté para desviar la conversación sobre mis manos sudorosas y por ende, sobre mi nerviosismo derivado del miedo al grito de “Alá es grande” en aquellas circunstancias.

Comencé a pensar en esos momentos que quizás no estaba desarrollando una fobia específica hacia esa sentencia islámica, sino un miedo generalizado a Dios y a las religiones, es decir, una incipiente Teofobia. Acto seguido, y no sé muy bien por qué motivo, comencé a recrearme con la imagen de que los allí presentes les lanzábamos a los músicos embarcados un montón de piedras para ver si les acertábamos, justo las piedras que empaquetaban en la tienda y vendían a 275 euros, pero debí de quedarme traspuesto con esos pensamientos, y con la música de Pachelbel de fondo, ya que ante mí apareció de nuevo la mujer de la letrina, poniéndole al gato algo alrededor del cuello e, inmediatamente, pude ver a otra mujer, desconocida para mí, colocándole a una paloma en el alfeizar de una ventana, algo en su patita derecha, para luego soltarla y ver cómo se alejaba volando. Pero una vez que la Paloma había desaparecido en el cielo, la mujer de la letrina apareció de nuevo, aunque ahora gracias a Dios fuera del excusado, y comenzó a exclamar algo mirando hacia los lados, como buscando a alguien. Finalmente pude identificar que decía algo parecido a ..más, ..más, pero el maldito *Canon de Pachelbel* se metía por medio y no me dejaba descifrar la palabra al completo.

—¡¡Mismas, Mismas, Mismas!! —grité de emoción según me despertaba del ensueño y me levantaba, en un acto involuntario pero estimulante, del banquillo donde estábamos alojados al menos unas cincuenta personas.

—Chssssss, chssssss, chssss—me increpó un coro de susurros para hacerme entender que estaba molestando, al mismo tiempo que Ella tiraba de mis pantalones hacia abajo con tal fuerza, que me caí sobre el banco de forma brusca y apunto estuve de rebotar e ir a dar con mi cuerpo sobre los turistas que teníamos al lado.

—¡Shut up!...please —berreó un cretino que teníamos detrás, seguramente originario del sur de Inglaterra, por lo perfecto de su pronunciación.

—¿¡Pero se puede saber qué te pasa!?... no paras de dar el espectáculo, vaya mañanita que llevas... ¿a qué venía eso de ponerte en pie y comenzar a gritar como un loco eso de: “mismas, mismas”? —me preguntó Ella, susurrándome en el oído, pero con un tono de voz que me hizo sospechar que en ese momento debería de tener una impresionante cara de tigre de Bengala.

—Es que acabo de dar con la solución al enigma de la cajita de Tortas Teclado de Jijona —le respondí todo emocionado y sin saber en mí de gozo y orgullo, momento en el que los músicos de la barca, habían dejado de tocar a Pachelbel y estaban en plena pieza de Vivaldi.

—Chssss, cchssss —volvió a entonar el Coro de Susurros de las Cuevas del Drach.

El resto del concierto transcurrió sin más novedad, pero en mi cabeza se iban creando a velocidad vertiginosa, todo un montón de imágenes y teorías acerca de cómo se desarrollaron los hechos misteriosos que desembocaron en el asesinato de mi, en otra vida, amigo Carvajal, allá, en los parajes del faro de na Popia de la isla Dragonera.

Una vez terminado el concierto acuático, a la par que subterráneo, se previno al gentío para que abandonara las gradas del anfiteatro de forma lenta y tranquila, además de ofrecer la posibilidad de salir de aquella inmensa sala montándose en algunas de las barcas, o caminando a través de un puente que te dirigiría a la salida.

Me llamó la atención la avalancha humana que, ni lenta ni tranquilamente, se levantó de los bancos donde habían escuchado el concierto, para dirigirse, unos a los botes de remo y el resto al camino que conducía a un puentecito. Reconozco que si mi mente no hubiera estado en esos instantes tan ocupada en las nuevas pistas sobre el caso Carvajal, habría entrado en pánico y desarrollado alguna nueva fobia, además de haber intensificado las ya existentes. Pero, además, no tuve tiempo de pensar en más fobias, puesto que cuando estábamos cruzando el pequeño puente, dirigí la mirada hacia las barcas que trasportaban turistas y lo que vi fue verdaderamente aterrador: ¡en uno de los botes me pareció ver a Ivan, con su habitual sombrero tipo Panamá! Por supuesto no le podía comentar nada a Ella, puesto que no me creería y podría desarrollar un estado de ánimo contrariado durante el resto del día. Por lo tanto, sólo me quedaba una opción... ¡ocultarme!

Sin embargo, era complicado pasar desapercibido al mismo tiempo que discurría con normalidad entre los mil, o mil cien individuos. A pesar de todo, creo que fue buena idea simular que me interesaba mucho realizar autofotos, de forma que al tener el teléfono móvil delante de mi cara durante todo el trayecto de salida, nadie podría reconocerme, ni siquiera el plomo de Iván.

—¿Desde cuando te gusta hacerte selfis? —me preguntó Ella llena de curiosidad al ver mi nuevo comportamiento.

—Es que no quiero dejar pasar esta oportunidad única para tener un buen recuerdo —le contesté, por decir algo.

—Pero hombre, te lo pones tan cerca de la cara que no va a salir nada, deja que te diga cómo —dijo con toda la buena intención del mundo.

—No, no, es que yo prefiero salir desenfocado, es más surrealista, como a ti te gusta —le dije para intentar evitar que ni Ella, ni nadie, me arrancara el teléfono de delante de mis narices.

Al salir de la gruta estaba esperándonos nuestro peor enemigo: el insoportable calor húmedo y pegajoso que en esta isla te abraza como el oso a Miguel Strogoff, pero sin poder defenderte de dicho abrazo con cuchillo alguno, ni con absolutamente nada que no fuera un abanico.

\*\*\*

Ya en casa, el ansia me devoraba las entrañas y no pude atender a ninguna de las sugerencias que Ella comenzó a soltarme, según entrábamos al jardín de la morada de Francisco y Rosa.

—Mira qué desastre, no puedo entrar y ver estas pobres plantas todas mustias —me comentó Ella visiblemente compungida.

—Sí, la verdad —le contesté yo nada compungido.

—¿Y la piscina?...¿qué me dices de la piscina?, si da no se qué verla toda verde, que parece un estanque podrido y lleno de ranas —continuó Ella igual de compungida que un minuto antes.

—Sí, un desastre —le dije simulando algo de contrariedad, pero intentando encontrar la llave que abría la puerta de acceso a la vivienda propiamente dicha lo antes posible, para que no le diera tiempo a Ella de buscar alguna excusa con la que ponernos a hacer cualquier trabajo estúpido en el jardín.

Afortunadamente eran ya las cuatro de la tarde y no habíamos comido, por lo que la prioridad fue la de elaborar un plato rápido, engullirlo, y dividir el siguiente tiempo según nuestras necesidades, Ella la necesidad de echarse una siesta, y yo la necesidad de revisar mis notas sobre el caso Carvajal, acompañado de un chupito de orujo extraído del bien surtido mueble-bar de Rosa y Francisco.

Los efectos del orujo fueron tan satisfactorios, o más, que los del Canon de Pachelbel y, de hecho, pude deducir que “Mismas” era el nombre del gato al que la mujer de la letrina le colocaba mensajes en el collar. Sospeché que esos mensajes, igual que los de las palomas mensajeras de la mujer del tío ese que me llamó por teléfono justo antes de entrar a las cuevas, no eran otra cosas que notas de amor o mensajes cifrados para perpetrar citas donde llevar a cabo el adulterio que, supuestamente, motivó el asesinato de mi amigo en otra vida.

Por todo ello, era perentorio realizar un nuevo viaje a la Isla Dragonera, pero esta vez no al faro viejo de na Popia, en lo alto de la montaña, dentro de cuyas ruinas no quedaba elemento alguno de la vida cotidiana de los fareros, sino al que está situado al sur del islote, donde seguramente todavía habría restos del antiguo mobiliario, el cual, con muchas suerte, podría haber sido manipulado por algunos de los personajes implicados en este truculento misterio, es decir, o por el bigotudo, o por la mujer de la letrina o, incluso, por el propio Carvajal, porque hay que tener en cuenta que todos los que vivían en el viejo faro de arriba, bajaron en 1910 a los recién construidos faros de abajo, y se llevaron consigo muebles y vajillas.

Tenía que convencerle a Ella para visitar ese faro del que, además, creía incluso poder disponer de las llaves para entrar en su interior, puesto que en unos de mis escudriños por el estudio de Francisco, me topé con una curiosa caja de cartón que contenía un montón de llaves, todas ellas etiquetadas, y todas ellas con nombres de faros. Sólo faltaba buscar entre esas llaves la que portara una etiqueta con el nombre siguiente: faro de Llebeig (Dragonera).

Fueron varias las causas por las que al día siguiente, 23 de julio, nos quedamos en casa. Pero de todas esas causas solamente voy a citar una: la lluvia.

Es muy raro que llueva en Mallorca, pero todavía es más raro que lo haga en el mes de julio, sin embargo ese día, aunque muy ligeramente, llovía, y claro, no era el mejor momento para salir y continuar con el reportaje fotográfico de Ella. Esto me vino de perlas, o al menos eso creía yo, ya que mientras mi querida consorte retocaba y emplataba las fotografías que realizó dentro de las Cuevas del Drach, yo podía, ¡por fin!, dedicarme en cuerpo y alma a la reflexión y análisis de todos los datos acumulados en torno al caso Carvajal, que no eran pocos.

Una primera recapitulación de las pruebas y pistas obtenidas mediante mis técnicas detectivescas de carácter ocultista, me condujo a un apabullante resultado, y ese resultado es el que paso a continuación a relacionar:

1 Experimento un viaje astral (de reducidas dimensiones espacio-temporales, todo hay que decirlo), donde aparece un individuo de poblado bigote (con una estética decimonónica-desaliñada) y me dice de sopetón que él mató a mi amigo Carvajal.

2 Tras breves indagaciones en diferentes sitios on-line (ninguno de ellos clasificados como favoritos hasta el momento), encuentro la existencia de un personaje republicano cuyo nombre fue Froilán Carvajal, y del que pienso podría ser “mi Carvajal”, pero que termino finalmente por descartar, porque su asesino, un coronel, no se parece en nada al bigotudo que me confesó astralmente su asesinato.

3 Detecto algo raro en el *Diario de viajes astrales*, el cual redacto desde hace poco tiempo, ya que en una de las anotaciones con respecto al viaje astral donde se me apareció el bigotudo, junto con otras escenas más asociadas seguramente a un funeral, había reflejado repetidas veces la palabra “mismas”.

4 Nuestro amigo Francisco, pareja de Rosa, con quienes hemos intercambiado las respectivas casas de forma coyuntural, y sólo de cara a las vacaciones estivales, nos recomendaba visitar la isla de Dragonera, al mismo tiempo que mencionaba una leyenda según la cual, muchas veces se puede ver deambular por allí al fantasma de un viejo farero.

5 Descubro una curiosa publicación en el estudio de Francisco, donde se puede contemplar una fotografía histórica tomada en el faro de Llebeig (Dragonera) en la que aparece, de forma inconfundible, el asesino bigotudo de mi viaje astral, con lo que se puede afirmar de manera incontestable, que el bigotudo ese fue uno de los fareros que cumplió destino en la mencionada isla.

6 Realizo un viaje astral a Dragonera y se me aparece la imagen de un faro que luego, al ver registros fotográficos históricos, puedo identificar con el faro de na Popia, el primero que se construyó en la isla allá por 1852 y que luego, por determinadas circunstancias, tuvo que apagarse en 1910, siendo sustituido por otros dos faros construidos en los extremos norte y sur.

7 Realizo un viaje físico a Dragonera y subo al viejo faro de na Popia, situado en el pico más alto de la isla, a una altitud de 352 metros sobre el nivel del mar. Gracias a mis conocimientos radiestésicos, deduzco que al bueno de Carvajal lo tiraron por el acantilado de este faro. Gracias también a esos mismos conocimientos, y a una buena intuición detectivesca, encuentro en una de

las viejas letrinas del faro, la antigua cajita de Tortas Teclado de Jijona, con una nota en su interior.

8 En Campanet visitamos una interesantísima vidriería y mientras contemplo, en el espacio destinado a tienda, unas bolas de cristal decorativas, sufro una espectacular experiencia cristalomántica en la que puedo ver a una chica sentada en lo que a todas luces parece un retrete. Allí veo que extrae de la pared una cajita de donde a su vez saca una nota que lee con mucha atención. Devuelve la caja, ahora vacía, a la pared. Saca otra nota de un bolsillo de su blusa y se la coloca en el collar a un gato que acaba de entrar en el excusado. En otra bola, esta menos transparente que la anterior, veo a esa misma mujer, ya vestida del todo y portando un frutero de porcelana blanca, con higos chumbos y no chumbos. Hay tres hombres allí, entre ellos el bigotudo asesino. También hay otro personaje masculino, algo diferente a los otros tres, que mira con especial interés a la mujer de los higos.

9 Gracias a la restauración digital de la nota encontrada en el interior de la cajita de Tortas Teclado, restauración hecha por Ella con gran rapidez y habilidad, se puede transcribir el contenido de aquella desgastada hojita de papel, cuyo texto rezaba: “El alijo llegará el martes. Vámonos con ellos. Mismas ➡ hora.

10 En las cuevas del Drach, me llama por teléfono un personaje (en realidad llama a la detective Ramona) para decirme que su mujer se cartea con otro mediante una paloma mensajera. Minutos después, en mitad del concierto acuático en el interior de las cuevas, sufro una visión (no sabría muy bien en estos momentos cómo clasificarla) donde aparece la chica de la letrina enviando supuestos mensajes a través del collar de un gato. Inmediatamente me despierto del trance y deduzco que ese gato, o mejor dicho gata, se llamaba “Mismas”.

Justo en el momento que terminaba esta esclarecedora recapitulación de los hechos, alguien, de manera absolutamente inoportuna, como suele ser habitual, comenzó a llamar a la puerta.

—Toc, toc, toc —dijo la puerta.

—¡Están llamando! —dijo Ella.

—Ya lo sé —dije yo.

—Toc, toc, toc —volvió a decir la puerta.

—¿Pero no vas a abrir? —dijo Ella.

—Es que tengo miedo que sea Iván —contesté yo, sin moverme ni un ápice de la silla, no fuera que el supuesto Iván me viera desde la calle.

—Toc, toc, toc, toc, toc —insistió la puerta de forma, diría yo, maleducada.

—Haz el favor de mirar a ver quién es, no sea algo importante para Rosa o Francisco, y déjate de Ivanés. Yo es que ahora no puedo ir porque estoy en pleno emplatamiento de una estalactita.

En vista de aquella ordenanza, más que argumentación, no me quedó más remedio que arriesgarme a ver la imagen del pesado de Iván, y lo que era mucho peor que ver su imagen, tener que abrirle la puerta una vez que yo viera su imagen y él la mía. En cualquier caso, reconozco que sufrí cierto ataque de sadismo, pues me regodeé en la idea de que realmente fuera Iván y, así, Ella tuviera que dejar su emplatamiento de estalactitas para atender a las estupideces del pintor ruso, algo que, indefectiblemente, habría provocado en Ella un tremendo arrepentimiento por haberme “sugerido” que abriera la puerta. Pero la figura que vi no fue la de Ivan, sino la de alguien mucho más bajo, moreno y curtido.

—Bonas, som el fuster —me dijo aquel hombrecillo, arrugado como una aceituna negra secada al sol, dejándome bien claro que él era el carpintero.

—Hola, yo soy el guía turístico —le contesté dejándole clara también mi condición profesional, pero utilizando el castellano ya que no estaba dispuesto en plenas vacaciones a emplear

un idioma que para mí está asociado a la cotidianidad del trabajo.

—¿Na Roseta no será por aquí? —me preguntó el carpintero tiznado.

—Pues no, Rosa y Francisco están de vacaciones, y nos han prestado su casa para pasar unos días.

—Cago en Deu, es que les hi fet una estantería y se l'había de ficar —me contestó el carpintero en un extraño castellano, pero al que agradecí sobremanera su esfuerzo por comunicarse conmigo en un idioma que para mí no era estrictamente laboral —. Que es que yo també m'he d'anar de vacances —remató aquel hombrecillo.

—Pues, pase, pase, no se quede ahí, que se lo voy a comentar a mi mujer por si ella sabe algo.

—¡¡Cago en Deu, quin bichu!! —gritó el carpintero de aspecto rifeño, al ver aparecer a Ramona corriendo hacia él —¿¡Mosega!?! —me volvió a gritar para preguntarme si la pobre de Ramona mordía.

—No tenga cuidado, que sólo quiere jugar.

—Pues no tiene cara de juguera sa puta perra —me contestó ese anormal, refiriéndose a mi querida Ramona como a una vulgar prostituta, algo que no estaba dispuesto a permitir si la ofensa volvía a producirse.

—¿Qué pasa? —preguntó Ella, algo alarmada, viniendo hacia nosotros al haber escuchado las voces del soez carpintero.

—Pues nada, que dice que es el carpintero y que viene a instalarles una estantería a Francisco y Rosa.

—Pues espere, si no le importa, que voy a llamar a mi amiga, para que nos diga qué hacer —comentó Ella mientras se dirigía a buscar su teléfono móvil con el que realizar la llamada oportuna.

Dos minutos más tarde...

—Hola Rosa cariño, mira es que acaba de venir el carpintero

—¡En Xisco, dígame que en Xisco! —voceó el carpintero interrumpiéndole a Ella, momento en el que me pregunté si no sabría hablar de otra forma que no fuera a voz en grito.

—Que dice que es Xisco —le repitió Ella a Rosa para dejarle muy claro de quién estaba hablando.

30 segundos más tarde...

—Ah, vale...pues entonces no hay problema, le decimos que pase y que os la instale en las escaleras tal y como le habíais dicho ¿no?...venga pues un beso muy grande, ya os volvemos a llamar y os contamos cómo ha ido todo.

—Vale...pero me dice Rosa que usted había quedado en venir algo más tarde, no sé si en agosto.

—Sí, pero nos ha surtit la oportunitat de fer un crusero a la meva dona y a mí, con uns amics, y con que era mol bon preu pues mos hem animat, ¡¡vatuadell!!!, así que he fet l'estantería y demá comensarém las vacaciones, je, je.

—Bueno, pues Rosa dice que ya sabe que tiene que instalarse en las escaleras, y que si se pasa por aquí la primera semana de agosto le pagarán el trabajo.

—Molt be, no pase pena que yo ya sé dónde se ha de posar tot aixó, y després ya tornaré per cobrar sa feina —explicó Xisco en un idioma cada vez más confuso mezcla de mallorquín y castellano.

En ese momento creí que lo mejor sería dejar a Ramona en la cocina, colocando una de las tumbonas del jardín a modo de parapeto, y así evitar que mi querida mascota, a la par que amiga, no fuera a molestar a ese carpintero ofensor de perras, y seguro que también de perros.

Cuando ya estaba a punto de retomar mis reflexiones en el asunto Carvajal, comenzó el concierto de percusión. Un increíble espectáculo sonoro basado en una impresionante capacidad, por parte del carpintero isleño, para producir todo tipo de sonidos diferentes, solamente con un

martillo en sus manos. Aquello era lo más parecido a un campo de batalla y, por supuesto, el lugar menos indicado para poder seguir reflexionando acerca del misterioso asesinato acontecido en esa enigmática isla del archipiélago Balear.

—¡Me voy al pueblo a tomar un café! —le grité a Ella que, sorprendentemente, pudo seguir concentrada en su trabajo fotográfico como si no fuera consciente de encontrarse en medio de la batalla de Verdún.

—Vale, vale, hasta luego —respondió de forma automática, sin volver si quiera la cabeza para comprobar que fuera cierto lo de mi huida, o nada más que meras amenazas.

Una vez en la plaza del pueblo, el problema fue el de decantarme por uno de los cuatro bares que allí hay establecidos. Decidí probar con el que, muy imaginativamente, se llamaba “Bar la plaza”.

—Por favor, un café con hielo —le pedí, de la forma más amable posible a la chica que atendía la barra en esos momentos.

—Molt bé —contestó la chica de la barra, con cierto aire cansino, a pesar de ser todavía las once de la mañana.

Ni qué decir tiene que yo llevaba conmigo, en una mochila, mis diez libretas y / o cuadernos de campo donde, por supuesto, se podían encontrar entre todos ellos cada una de las notas acerca del caso Carvajal y, además, con cualquier tipo de comentarios sobre acontecimientos personales. También había tenido la precaución de coger la hoja donde acababa de realizar la recopilación de pruebas y pistas obtenidas por mí en relación al caso.

Ahí las tenía, delante de mí, encima de una fría mesita de mármol típica de los bares con solera, junto a una tacita de café y un vaso con hielo. Una vez realizadas las operaciones pertinentes que se necesitan para la obtención de todo buen café con hielo, es decir, el vertido del sobre de azúcar (o mejor dicho de su contenido) sobre el café aún caliente, el removido de líquido para que el azúcar se mezcle con el café de forma homogénea, el vertido del café ya azucarado en el vaso con hielo y, finalmente, el removido del café y los hielos para que se enfríe también de forma homogénea, procedí al examen relajado de mis notas.

—No está mal —pensé para mis adentros, una vez ingerido el primer sorbo de una de mis pócimas preferidas.

Era pues momento de pensar sobre la relación de pistas y pruebas recién anotadas. Todo comenzó con la aparición de aquel bigotudo en uno de mis viajes astrales, diciéndome de forma seca e imperturbable que él había matado a mi amigo Carvajal. Pero yo no sabía entonces ni quién era ese personaje de poblado bigote ni quién era el tal Carvajal, supuestamente amigo mío en otra vida.

Posteriormente pude averiguar que ese hombre desaliñado y de mostacho abundante no era otro que uno de los fareros destinados en el viejo faro de la isla Dragonera, faro que posteriormente tuvo que apagarse por problemas en la visibilidad de su luz, ya que se construyó a demasiada altura sobre el nivel del mar y sufría muchos días al año de constantes nieblas que entorpecían su visión. Pero esta circunstancia meteorológica no creo que tenga mucho que ver en el asesinato.

A continuación se me aparecieron diferentes imágenes y objetos. Por un lado la cajita de Tortas Teclado y, por otro, la chica de la letrina haciendo uso de dicha caja en el excusado del viejo faro, para extraer de ella una nota. También hizo uso de un gato a modo de mensajero, colocándole una nota enrollada en su collar.

Además, en la cajita que yo encontré había una nota que decía algo sobre un alijo y sobre la posibilidad de largarse a “Mismas  $\Rightarrow$  hora”. Era pues momento de encajar todas las piezas, y vislumbrar la imagen que surgía de ese enmarañado puzle.

Todo indica que Carvajal fue arrojado por el acantilado del viejo faro, de 352 metros de altura, con lo que su muerte estaba asegurada de todas todas. Pero, probablemente, nadie pudo encontrar el cadáver ya que debió de ser arrastrado por las corrientes marinas, muy abundantes en la zona y, por si fuera poco, comido por los peces del mar Mediterráneo, también muy abundantes en



los alrededores del islote.

La primera pregunta que asaltó mi magín fue la que, desde luego, le asaltaría al magín de cualquier hijo de vecina, es decir:

—¿Por qué mataron al pobre Carvajal? —me pregunté yo, como se podría haber preguntado el hijo de la vecina en cuestión.

¡¡¡PUN, PAN, PATAPAN, PATAPUN, PATAPANPANPAN, PATAPUNPUNPUN!!!...etc (a modo de explosiones procedentes de petardos de todos los tamaños, principalmente grandes y muy grandes)

Y también, PIUUUUUUU, PIIIIUUUUUU, PIIPIIUUUUUUUU, (a modo de silbidos como los de las bombas cuando son arrojadas por un avión y caen por el cielo hasta estamparse en el suelo).

Ni qué decir tiene que el susto fue morrocotudo y que las indagaciones sobre el caso Carvajal se disiparon de mi mente, como se disipan las ganas de viajar cuando suben el precio de la gasolina.

—¿Pero qué ocurre? —le pregunté todo angustiado a la chica de la barra, aunque sin llegar al ataque de pánico, ya que en ese bar había más gente, seguro que oriundos del pueblo, y nadie se inmutaba lo más mínimo ante aquel infernal estruendo.

—Ah, ¿eso?...no es nada, sólo son los Demonis de aquí, que están practicando para las fiestas de san Abdón y Senén, que pronto serán en Inca, y a las que irán como Demonis invitados.

Después de las explicaciones de la chica que atendía ese bar, me asomé a la puerta del establecimiento, con bastante miedo metido en el cuerpo todo hay que decirlo, y ante mí apareció un espectáculo digno de la Divina Comedia de Dante, consistente en un montón de individuos, grandes y pequeños, vestidos con telas de saco (¡¡con el calor que hacía!!) y lanzando petardos por aquí y por allá, aunque, más que petardos, habría que decir bombas. Por si todo ese culto a la deflagración fuera poco, también llevaban consigo unos dispositivos que eran como una noria portátil, la cual giraba y escupía fuego al mismo tiempo que emitía ese sonido espeluznante similar al de los proyectiles cayendo desde un avión de guerra.

No pude contemplar aquel simulacro bélico por más tiempo y volví a entrar al bar para intentar centrarme en mis estudios esotérico-criminalistas. Sin embargo, cuál no sería mi sorpresa cuando, a los pocos segundos de sentarme en mi mesa, y dar un nuevo sorbo al café con hielo, comprobé espantado que toda esa caterva de demonios mallorquines comenzaba a entrar en el mismo bar donde yo estaba, con su olor a azufre y su griterío igual de infernal que el de sus petardos y norias de fuego.

No pasaron ni tres segundos y ya había engullido todo el resto de café, metido los cuadernos y notas en la mochila, pagado la consumición, y salido de aquel antro corriendo como un correcaminos perseguido por su peor depredador. Sólo se me ocurrió, en medio de aquella confusión y aturdimiento, dirigirme hacia las afueras del pueblo por el primer camino que encontré. Al poco rato ya estaba en los arrabales de la localidad. Poco a poco el bullicio se alejaba. Sólo era cuestión de encontrar entre toda esa paz un lugar adecuado para asentar mis posaderas y poder estudiar mis apuntes de una maldita vez...¡¡y lo encontré!!!

No me lo podía creer. Justo delante de mis narices se presentaba un banquito de piedra a la sombra de un imponente pino, que si no era centenario al menos lo parecía. En vista de mi suerte y de que por ese camino no transitaban muchos vehículos, o prácticamente ninguno, no me lo pensé dos veces y desplegué allí mismo todo mi arsenal de cuadernos, diarios y notas que llevaba dentro de la mochila, para poder seguir indagando en ese fascinante caso de homicidio cometido seguramente hacía algo más de cien años, cuando el pino que ahora me cobijaba sería un mero pimpollo.

Así que tal y como estaba deduciendo en el bar, gracias a mis indagaciones radiestésicas a pie de faro en Dragonera, no me cabía la menor duda de que el pobre de Carvajal fue arrojado por el acantilado de aquella señal marítima situada en lo alto de la isla.



soltaban su odioso e insoportable Chrr, al mismo tiempo que recogía mis bártulos, los introducía en la mochila y salía disparado en busca de los Demonis, los cuales seguro que me producirían más paz y sosiego que ese desquiciante, asqueroso y torturador sonido que estaba destrozando todo mi sistema nervioso a velocidad supersónica.

Recuerdo que, mientras abandonaba espantado el lugar, pensé en dos cosas: una, en el perverso ser que decidió colocar un banco de piedra dentro de esa sala de torturas y, dos, que seguramente en Guantánamo utilizarían ese tipo de sonidos para llevar a cabo sus tan polémicos y tormentosos procedimientos de intimidación.

Preferí coger un camino alternativo que intuía llevaba directamente hacia el barrio donde se encontraba la casa de nuestros amigos y así evitar encontrarme con los Demonis, ensayando las fiestas de Abdón y Senén.

—PANPANPANPANPANPAN, PANPAN, PAN PAN PAN —continuaba en pleno recital el carpintero difamador de perras, y seguro que también de perros, en el momento que regresé al hogar (en este caso sin el calificativo “dulce”).

—¿Que tal el café? —me preguntó Ella al oír que entraba en su estudio, a pesar de que intenté no desconcentrarla de su trabajo fotográfico.

—Fantástico, un café delicioso y un bar de lo más tranquilo —preferí contestarle para no angustiarse con todo lo que acababa de vivir, no fuera que por mi culpa emplatara de mala manera alguna estalactita, o estalagmita, teniendo luego que llevar sobre mi espalada esa pesada carga de culpabilidad.

Así que ni corto ni perezoso me subí con la mochila, y todos mis cuadernos y diarios dentro de ella claro está, al baño de la planta superior, para encerrarme allí y poder obtener el mínimo de calma y recogimiento con los que poder continuar mis pesquisas y averiguaciones, ahora que estaba a punto de desentrañar el truculento misterio de la isla Dragonera.

Por supuesto, antes de tomar asiento, era necesario no abrir la tapa del inodoro para hacer así algo más cómoda la estancia en un lugar que no fue diseñado, precisamente, para el estudio y la investigación, aunque a nadie se le escapa que, casi con toda seguridad, una gran cantidad de genios de todo el mundo, han sido iluminados con grandes ideas justo en este santuario del hogar.

Una vez sentado en el único asiento disponible del habitáculo, pero esta vez no para aliviar mi cuerpo sino mi espíritu investigador, comencé de nuevo a sacar de la mochila todas las libretas, papeles sueltos y notas escritas incluso en alguna servilleta de papel, a modo de cuadernillo de campo, ya que hay circunstancias en la que cualquier soporte es bueno para anotar las ideas u observaciones emergentes.

Antes de que las execrables cigarras me expulsaran a voz en grito de aquel pino centenario, que no sabe lo afortunado que es por estar sordo, intentaba yo dilucidar las teorías entorno a las causas que provocaron que el farero de na Popia se enterara de la cualidad de adúltera de su mujer.

Fueron de nuevo muchas las causas que pasaron por mi cabeza, pero para que estos relatos no pequen de profusos, e incluso, farragosos, me limitaré a exponer aquí las dos causas que me parecieron más plausibles.

## CAUSA 1

El farero de bigote abundante y aspecto desaliñado, pero recordemos que dentro de una estética decimonónica, se encontraba un buen día haciendo de mayores en la letrina del faro, y por aquello de no saber muy bien dónde fijar su mirada mientras intentaba regular su tráfico intestinal, y evitar atascos de última hora, llegó a posar sus dos ojos justo en la pared de la izquierda, y no sólo eso, sino que además los fue a fijar justo en una piedra que parecía sobresalir algo más que las otras de dicha pared, lo que para un farero que debía mantener el más estricto orden en aquel edificio estatal, resultaba toda una provocación, ya que si en una de las visitas de inspección realizadas por el ingeniero jefe se veía en la obligación de visitar la letrina, y se fijaba también en esa piedra

sobresaliente, percatándose por tanto de la anomalía, podría caerle el consabido rapapolvo por tener en tan mal estado la pared izquierda del excusado. Así que, antes de tener regulado su tráfico intestinal, decidió tocar la impertinente piedra, comprobando de forma inmediata que se movía y, es más, extrayéndola de su sitio para descubrir instantes después, en el hueco resultante, la famosa cajita de Tortas Teclado de Jijona, algo que en sí mismo no pudo repercutirle de manera significativa en los problemas que en esos momentos tenía con su tráfico, pero que una vez abierta y leída la nota de su interior...

—¿Pon, pon, pon? —me preguntó la puerta del baño.

—¿Sí? —le pregunté yo a su vez a esa puerta.

—Perdoni es que tinc una urgencia y usted ya fa media hora que es ahí de dins—me contestó, ya no la puerta por supuesto, sino una voz algo angustiada de idioma particular que correspondía a la del carpintero de la estantería y autor del ensordecedor PANPANPANPANPANPAN.

—Ya, pero es que yo padezco de diarreas crónicas y no puedo salir, váyase al baño de abajo —le contesté algo importunado al molesto carpintero.

—Miri, es que per anar al baño d'abaix he de passar per davant de sa perra y l'he de confesar que los perros me fan pánico, porque me va mossegar un quan yo era petit —siguió exponiendo el carpintero con un argumento ahora ta convincente que me hacía casi imposible el poder continuar con mis deducciones detectivescas. Además, esta vez no se había referido a Ramona con aquel repugnante calificativo que había utilizado al entrar en la casa y verla por primera vez.

—Está bien, espere —le contesté, casi al mismo tiempo que introducía de nuevo todo el papeleo en la mochila y me disponía a salir en busca de otro santuario donde poder terminar de una maldita vez las pesquisas.

—¿Anda, que fa usted ahí de dins amb una mochila? —me preguntó el carpintero con cara de mochuelo enano, al verme salir de allí ataviado como un montañero.

—Ya le he dicho que padezco de diarreas crónicas, por lo que me paso media vida en el baño y, claro, tengo que aprovechar el tiempo —le contesté usando lo que casi se podría clasificar como lógica de primer orden.

—Ya —me contestó el carpintero, sin emplear ninguna lógica pero de la manera más lógica.

Con la mismas, y mochila al hombro, me dirigí a la cocina, ubicada en la planta inferior, para poder luego acceder al baño que allí hay situado. Ramona, al verme, se llevó una gran alegría, pero acto seguido se llevó una gran decepción, al comprobar que mi propósito no era sacarla de paseo ni acostarme a su lado, sino encerrarme en el baño y quedarse ella fuera.

Retomé de inmediato, una vez extraídas de la mochila todas las libretas y anotaciones, la causa número uno que motivó el descubrimiento del acto adúltero perpetrado por la mujer del farero y mi amigo (en otra vida) Carvajal.

### CAUSA 1 (continuación)

Un vez leída por parte del farero la nota encontrada en el interior de la caja de Tortas Teclado de Jijona, muy probablemente se produjo un aluvión intestinal, y el pobre farero (y digo pobre porque todavía no era un asesino, al menos que yo sepa) tuvo que vérselas con esas dos inesperadas adversidades: la nota y el aluvión.

De todas formas, aquella nota, que podía estar escrita por un hombre o una mujer, según quién fuera el que la depositara ese día, no tenía por qué implicar a su esposa, pensaría el farero bigotudo, sino que a lo mejor la que estaba implicada era la zorra (esto muy posiblemente lo pensaría así el torrero) de la esposa del torrero segundo o, incluso, de la del tercero. Mientras que del otro lado, es decir de la parte masculina, tenía que descartar primero a su propia persona, ya que estaba convencido de no estar poniendo él mismo notas de amor en ninguna parte ni a mujer alguna.

Ahora sólo restaba observar detenidamente a cada uno de los allí residentes y deducir según su conducta, quiénes eran los autores de aquellas notas de carácter romántico y quién sabe si incluso erótico.

—Pon, pon, pon —me preguntó la puerta de este otro baño.

—¿Sí? —le respondí de la misma manera que le había respondido a la puerta del baño de arriba.

—¿Te pasa algo?, que me ha dicho Xisco que tienes una terribles diarreas y que andas con una mochila por los baños —me preguntó Ella toda alarmada y, creo también, que sospechando alguna acción reprobatoria por mi parte.

—No, no, tranquila, es que no puedo encontrar ningún sitio donde poder pensar —le contesté para que se tranquilizara y pudiera seguir con sus emplatamientos.

—¿Pensar?, ¿encerrado en los baños y con una mochila?

—Mira, es que estoy dándole vueltas a la nota que encontré en la cajita de Tortas Teclado, porque creo que detrás se esconde un abyecto asesinato —le dije en voz baja y a la cara, después de haber abierto la puerta del baño, momento en el que Ramona aprovechó para colarse dentro y husmear en todos los papeles que tenía desplegados por el suelo.

—Oye, en qué mala hora encontraste la cajita esa de las narices, cómo va a tener relación con un asesinato y, además, cómo vas a saberlo si esa caja debe tener más de ochenta años.

—Bueno, hasta que no se vaya el pesado del carpintero déjame que esté aquí tranquilo, que yo no puedo trabajar como haces tú, rodeada de ruidos y sin inmutarte.

—Está bien, bueno, ya te avisaré cuando se vaya Xisco. Ramona ven —. Y se fueron Ella y Ramona, con lo que me volví a encerrar en el baño para continuar con la causa 1, mejor dicho ahora ya con la causa 2.

## CAUSA 2

Para encontrar a los responsables de aquellas notas comprometedoras, debería dedicarse el farero mosqueado a estudiar pormenorizadamente a todas las personas que utilizaban esa letrina. Había otra letrina en el recinto del faro, y muy posiblemente ambas eran visitadas indiscriminadamente, de manera que todos podrían ser usuarios potenciales del, para el torrero posiblemente principal y cornudo, repugnante retrete. Y no pensaba el susodicho torrero en una repugnancia de carácter escatológica, sino moral, su moral claro está, que no debería ser una moral muy abierta dada la forma en que decidió terminar con el problema de sus protuberancias craneales. En definitiva, que ese torrero de mostacho amenazante, debía ser todo un maltratador y por eso, las ansias de su pobre mujer para escaparse con mi amigo (en otra vida) Carvajal, de aquella cárcel en la que se debía de haber convertido el, para ella, aborrecible faro de na Popia.

Quizás otra causa que motivara el descubrimiento del pastel, fuera el observar al invitado Carvajal mostrando un desmedido cariño por la gata de su esposa, es decir la gata Mismas, e incluso, rebuscando en su collar como si fuera allí a encontrar algún tesoro, hasta que llegó el día en que averiguó el truco de los mensajitos a través del collar, algo que sin duda alguna debió de ser decisivo a la hora de tomar su abominable decisión.

Todas estas, y reconozco que algunas otras pero de menor consistencia, fueron las causas que me parecieron oportunas para que el asesino de Carvajal diera con el móvil para cometer su asesinato.

Así pues, sólo me quedaba como alternativa irme a la isla Dragonera e intentar encontrar objetos con los que someterme a nuevas psicometrías, ya que la cajita de Tortas Teclado de Jijona, no daba para más. Y puesto que las piedras de aquel faro ruinoso, y desmantelado hace ya más de un siglo, no me podían ofrecer mayor información de la ya obtenida, sólo disponía como último

recurso dirigirme a alguno de los dos faros que sustituyeron al de na Popia, y buscar allí dentro objetos con los que someterme a nuevas prácticas ocultistas detectivescas. Pero por lo que había leído esos días en los libros y revistas de Francisco, el faro de la parte norte estaba reconvertido en una pequeña sala de exposición, por lo que la antigua vivienda del farero ya no existía, pero sin embargo el del sur, el de Llebeig, todavía estaba tal y como lo dejaron sus fareros en 1973, cuando quedó definitivamente automatizado y sin personal residiendo en él. Seguro que aún, entre aquellas tristes, solitarias y, más que probable, mohosas habitaciones, podría encontrar mobiliario, vajilla o cualquier cosa que hubiera sido empleada con anterioridad en el faro de arriba. Porque antes todo se aprovechaba, y seguramente transportaron muchísimos enseres desde el faro viejo a los dos nuevos de abajo, donde se mantendrían preservados del desgaste del tiempo como feto metido en un frasco de formol.

—Pon, pon, pon, ya se ha ido el carpintero —me dijeron sucesivamente la puerta y Ella.

—Gracias, ahora salgo.

Y salí. Y me fui directo al lugar donde yo sabía que Francisco ocultaba, dentro de una caja de cartón más pequeña que la típica de zapatos, un montón de llaves etiquetadas con nombres de faros. Y busqué... ¡¡y la encontré!!! Allí estaba... ¡¡FARO DE LLEBIG (DRAGONERA)!!! Eso es lo que ponía en la etiqueta.

Por supuesto, sólo quedaba una cosa por realizar. Ir a ese faro y entrar en las antiguas viviendas de los fareros.

—Son ya las tres. ¿Te parece si comemos algo? —me preguntó Ella, sin que obtuviera respuesta alguna por mi parte, dado que me encontraba en un estado de máxima ansiedad.

Había llegado el día D, es decir el del desembarco decisivo, y aunque no era 6 de junio, ni 1944, ni tan siquiera yo me dirigiría a Normandía, lo que sí estaba claro es que esa iba a ser una fecha clave para la evolución de los acontecimientos en el ya muy avanzado caso Carvajal, el asunto más complicado y escabroso de todos en los que hasta entonces había trabajado durante mi, todavía breve, carrera detectivesca.

Así que, mientras nos regalábamos con el desayuno habitual de las mañanas veraniegas, pensé que sería buena idea tomar la delantera a la hora de organizar el día y las excursiones a realizar, que por supuesto, para mí, esas excursiones se reducían a “la excursión”, la única posible, es decir, la del nuevo viaje a Dragonera.

—¿Qué te parece si hoy nos vamos a Dragonera? —le pregunté a Ella, aprovechando que estaba en pleno mordisco de su tostada, con queso y aceite de oliva, lo que la obligaba a no contestarme de inmediato y esperar a ingerir el trozo que masticaba, algo que podía proporcionarme un tiempo de oro ya que así pensaría razonadamente su respuesta, en lugar de emitir un no automático e impulsivo.

Sin embargo, la cara de tirasonaurio rex, hembra claro está, que adoptó mientras engullía su trozo de tostada, nada bueno auguraba acerca de la respuesta que iba a salir de su boca.

—¡Hombre!, creo que han pasado doce horas sin que hablaras de Dragonera, caray, todo un récord —me contestó, una vez ingerido por completo el succulento bocado.

—Bueno, es que el tiempo pasa, y como ya sólo nos queda una semana de estar aquí, de la que hay que descontar unos tres días para arreglar todos los desperfectos que han ido surgiendo, pues al final es que me quedaré sin visitar la isla.

—Pero si ya la has visitado —replicó con su típica lógica aplastante.

—Bueno, quiero decir sin visitarla de nuevo. Es que para asimilar toda la grandeza de ese islote, no basta con ir una sola vez.

—¿No te parece que es una contradicción eso de la grandeza del islote? —comentó Ella, justo antes de lanzarse sobre su presa con la intención de devorarla definitivamente.

—Pues, si nos atenemos a una interpretación literal de los términos, puede que lo sea, pero no era esa mi intención —le contesté, al mismo tiempo que yo también decidía lanzarme sobre mi desvalida tostada para asestarle un mordisco letal con el que poner fin a sus días felices, esos en los que formaba parte de una tranquila y placentera hogaza de pan.

—Pues, te propongo una cosa: nos vamos a Palma, me dejas cerca de la Catedral, tú te vas a Dragonera y al volver me recoges en alguna cafetería de la zona en la que quedemos —me sugirió, después de haber saciado su sed mediante sendos sorbos dados al café con leche.

—Me parece buena idea —le contesté, reconozco que no muy educadamente, pues, como un vulgar predador, no esperé a que los trozos descuartizados de mi pitanza desfilaran por el esófago, y la voz me salió algo entrecortada.

—He pensado que no puedo terminar este reportaje sin dedicarle unas cuantas imágenes a los iconos de Palma, como la catedral o el Castillo de Bellver. De hecho, he pensado que la catedral podría estar sumergida en una vichyssoise y el castillo formar un centro de plato rociado con mahonesa y una guarnición de patatas a su alrededor —me explicó Ella, terminando de devorar a su víctima, al mismo tiempo que yo daba cuenta de la mía.

—¡Caray!, qué pensaría el pobre Debussy si viera su catedral sumergida en una vulgar porrusalda, en lugar de en el Mar del Norte, tal y como corresponde a la leyenda sobre la que compuso su famoso prelude para piano titulado precisamente “La catedral sumergida”.

—¡Que tendrá que ver Debussy con la catedral de Palma! —me contestó algo desairada por llevarle la contraria a su original idea.

—Pues que él utilizó el mito de la ciudad sumergida de Ys en las costas bretonas, y no creo que le gustara que la leyenda al final se trastocara convirtiendo sus edificios en simples tropezones de una crema de puerros.

—Pues a mí me parece original y lo voy a hacer —sentenció de forma incontestable.

—Sin embargo, lo de las patatas alrededor del castillo sí que me parece muy buena idea, sobre todo si son patatas gallegas —le comenté para hacerle ver que no tenía nada en contra de los emplamamientos que estaba llevando a cabo con algunos enclaves famosos de Mallorca.

—Pues no es por nada, pero no sé si sabrás que aquí cultivan unas patatas deliciosas en la zona del interior, en un pueblo que se llama sa Pobla, incluso he leído que las exportan al Reino Unido —dijo Ella, demostrando que se había documentado ampliamente para poder realizar su reportaje surrealista de forma seria y fundamentada.

Una vez pagamos el habitual precio por cumplir con las primeras necesidades alimenticias del día, correspondientes al destacado lugar que ocupamos en la cadena trófica, y no me refiero exclusivamente al lugar que ocupamos Ella y yo, sino al de todos los individuos de la especie humana, nos fuimos a casa con el propósito de vestirnos cada uno de la forma más adecuada para los diferentes objetivos que nos habíamos encomendado, aunque básicamente poco, o nada, se diferenciaba de nuestra vestimenta habitual cotidiana durante esos días de vacaciones isleñas.

—¿Tienes el teléfono bien cargado? —le pregunté antes de salir hacia nuestros respectivos destinos no fuera que, como tantas otras veces, se quedase sin batería y resultase luego imposible poder ponerme en contacto con Ella. En cualquier caso, siempre prefiero establecer una hora y lugar de encuentro por si fallaran nuestros móviles, o simplemente uno de ellos.

—Siiiiiiii —se limitó a contestar de forma algo cansina, dándome a entender que mi insistencia en el tema resultaba, y resulta casi siempre, un poco cargante.

Llegados a Palma, decidimos no buscar aparcamiento para evitar entretenernos y así poder dirigirme a San Telmo cuanto antes, no fuera que perdiera la primera barca rumbo a Dragonera, y esa barca salía a las 9 horas 45 minutos. Así pues, entré por el Parc de la Mar y en el primer semáforo que cogimos en rojo, que fue en la confluencia con la calle dedicada al insigne político palmesano Antonio Maura, Ella se bajó del vehículo provista de todo su equipo fotográfico dispuesta a sumergir a esa preciosa catedral gótica, y marina, en una vulgar y anodina crema de puerros, algo que, sin duda alguna, hubiera disgustado sobremanera al ideólogo de la revolución desde arriba, es decir al ínclito Maura.

Mientras continuaba enfrascado en las políticas de don Antonio y sobre todo en su fracaso para llevar a cabo su pensamiento colonialista en Cuba, me salté un semáforo en mitad del Paseo Marítimo, lo que hizo que me sobresaltara considerablemente a causa de las dramáticas consecuencias que podría haber tenido dicho despiste. Afortunadamente, en ese momento ningún peatón cruzaba el semáforo y ningún guardia urbano merodeaba por los alrededores. Creo que el hecho de que fuera sábado, y muy de mañana, pudo ayudar para que Palma estuviese casi desierta, a excepción de algún corredor que otro y un par de ciclistas.

Decidí concentrarme en la conducción y dejar a Maura en paz, no fuera que por su culpa, o por culpa de la semana trágica de Barcelona, que tantos quebraderos de cabeza le dio al pobre de don Antonio, terminase en la cuneta o, lo que sería mucho peor, estampado contra algún camión, autobús de línea o vehículo del tipo que fuera.

No me fue difícil quitarme de la cabeza a todo el complejo mundo político de la era maurista, gracias a que conecté la emisora de radio, que siempre está sintonizada en la frecuencia correspondiente a Radio Clásica, por supuesto, y pude comprobar ipso facto que alguna orquesta estaba interpretando la famosa pieza Sensemayá del mejicano Silvestre Revueltas, por cierto una de mis músicas preferidas desde mi adolescencia.

La música de Revueltas resultaba tan estimulante que me provocó un estado anímico similar al de haber ingerido cuatro cafés expresos de golpe, más dos carajillos de coñac. Recuerdo que el estado de euforia dio paso al de exaltación según se acercaba la pieza a su apoteósico final, algo que



seguramente debió de ser la causa de que malinterpretara las señales viales y me saliera hacia la localidad de Santa Ponsa, en lugar de continuar en dirección al Puerto de Andratx. Afortunadamente pude coger una rotonda cercana y dar media vuelta para incorporarme de nuevo a la general con dirección a San Telmo, lugar en el que se encuentra el puertecito desde donde parte la barca para Dragonera. A esas alturas había terminado la audición de Sensemayá, pero otra orquesta, o quizás la misma, esto no lo sé porque estuve más atento a recuperar el camino adecuado que en escuchar el nombre del nuevo conjunto instrumental, estaba ya en plena interpretación de “La noche de los Mayas” también de don Silvestre, lo cual me hizo pensar que le estaban dedicando un programa monográfico al gran compositor latinoamericano.

Reconozco que la música del señor Revueltas comenzaba a provocar en mi persona un cierto estado de ansiedad, que entorpecía sobremanera mi poder de concentración en la carretera y, lo que era peor, una creciente irascibilidad iba asomando a marchas forzadas por todos mis orificios craneales, es decir, en la fosa nasal izquierda, también en la derecha, y en ambos oídos. Sin embargo, me parecía más peligroso desconectar la radio y dejar que el pesado de Antonio Maura volviera a insistirme con sus políticas colonialistas en Cuba y con su maldita revolución desde arriba, así que preferí dejar que don Silvestre siguiera enervando mi ya muy alterado sistema emocional. Así como Sensemayá había provocado que me saliera de la carretera general hacia la localidad de Santa Ponsa, ahora “La noche de los Mayas” acababa de ofuscar por completo mi sentido de la orientación y sin saber cómo había ocurrido, me encontraba entrando en el pueblo de Andratx, cosa que no debería de haber tenido lugar, puesto que mi dirección era hacia el Puerto de Andratx y no hacia Andratx.

En ese momento intenté recordar si había metido en mi mochila la consabida tableta con grageas de ibuprofeno, puesto que me pareció inexorable, después de tanto Revueltas y tantas vueltas, la aparición del típico ataque de migraña. Afortunadamente fui consciente de que, efectivamente, antes de salir de excursión había metido en mi botiquín de primeros auxilios dos píldoras de ibuprofeno, de 400 mg, cosa que por lo menos tranquilizó algo mi ya deteriorado sistema nervioso.

Después de conseguir salir de Andratx, acerté a encontrar la dirección hacia el puerto del mismo nombre y, esta vez sí, salirme en la rotonda adecuada hacia el destino correcto, o sea, San Telmo. La eterna pieza sinfónica del mejicano seguía atormentando mis sentidos, y no sólo el sentido acústico sino también el denominado sexto sentido, es decir el de la capacidad extrasensorial, puesto que súbitamente comencé a tener visiones del pobre de Revueltas tirado en la plaza de un pueblo, borracho y con los zopilotes comiéndole los ojos. Rápidamente paré el coche a la altura del pueblecito de s'Arracó, me tranquilicé lo que pude, apagué la radio de una maldita vez y dejé que Maura y la semana trágica de Barcelona retomaran su demanda de atención. Ya cuando las masas enfervorecidas desfilaban por las calles al grito de “¡Maura no!”, conseguí llegar a San Telmo, bastante alterado emocionalmente pero a tiempo de coger la barca Margarita para realizar mi desembarco en la misteriosa isla de Dragonera.

Una vez aparcado el coche, consulté el reloj y comprobé que ya no me sería posible dirigirme al bar de la jienense a tomar un café para tranquilizarme, tal y como practiqué en mi primera visita física a Dragonera. De manera que me encaminé directamente al muelle con la pegadiza melodía del Danzón nº 2 del compositor, también mejicano, Arturo Márquez, el cuál no tengo ni idea de cómo llegó a colarse en mi cabeza, aunque me imagino que fue su naturaleza compatriota respecto a Revueltas lo que produjo que mi mente saltara de un mejicano a otro.

—Hola señor, buenos días, ¿es usted de aquí? —me preguntó una jovencita simpática, que iba agarrada al teléfono móvil como si en ello le fuera la salvación de su alma.

—No, pero llevo ya tres semanas viviendo en Mallorca —le contesté, dándole a entender que podía hacerme cualquier pregunta y que, quizás, con suerte, la respondería de forma exitosa, aunque consciente de que había añadido una semana a mi verdadera estancia vacacional con la intención de ofrecerle algo más de confianza a la joven.

—¿Usted sabe si en Dragonera se puede recargar la batería del teléfono? —me preguntó con ojos de angustia y casi a punto de llorar.

—Pues la verdad es que no estoy seguro pero mucho me temo que no —le contesté algo decepcionado por la pregunta, ya que pensaba que me interrogaría acerca de la historia de sus faros o de la altura de su montaña más alta, o incluso acerca del índice de pluviosidad registrado en los últimos años.

—¡Dio mío, no sé que voy a hacer!, he sido tonta de no haberlo cargado esta noche —me comentó toda compungida la pobre chica.

—Lo pondré en modo avión hasta que no empiece la cosa —continuó la joven de aspecto frágil pero con cierto aire de ratón de campo en sus movimientos—. ¿Viene a la quedada?

—No, gracias, yo tengo que ir a Dragonera —le respondí pensando que me estaba ofreciendo que la acompañara a algún sitio, algo que me pareció extraño, a la par que fuera de todo lugar, y comencé a sospechar que quizás se tratase de alguna prostituta de aspecto mucho más juvenil de lo que realmente correspondía a su edad, y de que su chulo podría estar agazapado en la esquina más cercana para luego desvalijarme o, incluso, aporrearme y dejarme lisiado con secuelas físicas de por vida.

Ante la actitud absolutamente sospechosa y alarmante de aquella diminuta meretriz, decidí alejarme de su presencia física y acercarme al borde del muelle donde, debido a mi anterior viaje, yo sabía que atracaría la Margarita para embarcar al pasaje. Sin embargo, por todas partes comenzaron a llegar jóvenes de los dos sexos, por lo que pensé que no todos iban a ser putas y chulos de pequeño tamaño con aspecto mucho más joven del que les correspondería tener, por lo que preferí cambiar mi versión de los hechos por otros del tipo reunión juvenil o concurso de fotografía con teléfonos móviles...etc.

Esta nueva versión de los hechos que estaban teniendo lugar a mi alrededor me relajó algo, y pude dedicarme a contemplar la maravillosa perspectiva que ofrece la isla Dragonera desde el encantador muellecito de San Telmo. Sin embargo el número de muchachos, y no tan muchachos, iba creciendo por momentos, lo que conllevaba el inherente aumento de gritos, risas y carcajadas, lo que, a su vez, comenzaba a resultar bastante molesto para unos oídos tan amantes del silencio como son los míos, a no ser que ese silencio, claro está, sea roto por alguna pieza maestra de la historia de la música, y no digamos si el que lo rompe es Rameau.

Cuando ya se divisaba a la Margarita doblando el cabo que la separa del Puerto de Andratx, lugar donde duerme cada noche y pasa su particular hibernación, me fijé en un chico de, en apariencia, unos dieciséis años de edad, que iba caminando como un zombi directo al muelle pero mirando a su teléfono móvil en lugar de al suelo, algo que me pareció temerario a la par que estúpido. El chico mantenía el teléfono cogido con su mano derecha, pero con el brazo correspondiente a esa mano estirado y recto, de manera que parecía que su teléfono móvil era más una pistola con la que amenazar a alguien que un dispositivo con el que mantener una conversación telefónica, consultar los sitios favoritos on-line o, si acaso, hacer alguna fotografía.

El chico, tan moreno como imbécil, siguió caminando en línea recta sin reparo alguno hasta que, como consecuencia de los más elementales principios de la física, llegó al final del muelle y se cayó al agua.

—¡¡¡¡¡Ehhhhhhh, Chuchi se ha caído al mar!!!! —exclamó toda exaltada la única joven que, por alguna extraña razón, no debía de estar mirando a su teléfono móvil en esos momentos.

—¡¡¡¡¡Socorrooooo!!!! —comenzó a gritar el tal Chuchi. Sin embargo, yo decidí no moverme de mi sitio para no tener luego complicaciones a la hora de embarcarnos en la Margarita, ya que el exceso de pasaje está castigado con severas multas, y allí se iban a quedar en tierra más de veinte o treinta personas.

Para cuando llegó la barca Margarita, Chuchi ya estaba en tierra firme con una picadura de medusa en el brazo, pero contento porque su teléfono móvil era “waterproof” y había sobrevivido a la inmersión marina. De hecho, ni corto ni perezoso, una vez rescatado de las aguas del

Mediterráneo, comenzó a caminar otra vez en modo zombi pero, afortunadamente, en dirección contraria, con la excusa de que estaba a punto de cazar a Muk. Enseguida pensé que el tal Muk sería su gato o su perro, y que éste se le habría escapado, pero lo que no entendía era porqué miraba su teléfono en lugar de buscar con sus propios ojos a la pobre mascota.

El caso es que yo me embarqué el primero de todos los allí congregados, no fuera que el capitán, patrón o lo que fuera, decidiese prohibirme la entrada para dar preferencia a los jóvenes esos, que estaban alterados como moscas. Pensé, y no sin razón, que una vez a bordo ya no me podría sacar nadie de ahí, pues, si hacía falta, me agarraría a cualquier parte del barco evitando así que, a excepción de la Guardia Civil claro está, ninguna persona me pudiera desembarcar forzosamente.

De los aproximadamente veinte adolescentes, y no tan adolescentes, que subieron conmigo a la Margarita, todos salvo uno, se tropezaron en distintas partes del barco estando a punto de dar con sus cuerpos en el mar, al igual que el tonto de Chuchi (que había regresado de un bar al que fue para cambiarse de ropa y ponerse una que le habían prestado), y todo a causa de no mirar por donde pisaban, pues cada uno de ellos mantenía la cabeza pegada al maldito teléfono móvil que llevaban en la mano, apuntando con él a diferentes sitios y lugares del entorno. Pero a pesar de todo, la Margarita soltó amarras y comenzamos la travesía rumbo a Dragonera.

—Todavía no he encontrado ninguno —le comentaba una chica que tenía sentada a mi lado derecho, a otro chico que tenía sentado justo en el lado izquierdo.

—Yo tampoco, se ve que están todos en Dragonera —le contestó el del lado izquierdo a la del lado derecho.

—Pues Chuchi decía que había visto a Muk —continuó el del costado siniestro.

—Bah, se lo habrá inventado —dijo la del lado diestro, mientras yo pensaba qué demonios estarían buscando esos chicos, porque tanta mascota perdida me parecía un poco extraño.

—Pdlin-pdilaaang, pdlin-pdilaaang, pdlin-pdilaaang, pdlin-pdilaaang —decía insistentemente, mi teléfono móvil con su tono habitual de arpa céltica.

—¿Si? —le contesté yo al teléfono con mi tono habitual de interrogación anodina.

—¿El detective Ramona? —me preguntó una voz que me resultaba familiar, aunque por otro lado me produjera cierta sorpresa, por ser la primera vez que alguien preguntaba no por la detective Ramona sino por el detective Ramona, una discordancia de género que a cualquiera le hubiera parecido absurda, de no conocer la verdadera situación de mi empresa detectivesca.

—Si —le contesté por mi parte, pero esta vez con el tono afirmativo en lugar de interrogativo.

—Hola, soy el del otro día, que le llamaba por el asunto de unas palomas mensajeras, ¿se acuerda?, es que me dijo que me llamaría pero como no lo ha hecho y la cosa me urge pues le vuelvo a llamar.

—Mire es que ahora mismo acabo de embarcarme rumbo a un islote y no puedo atenderle, haga el favor de llamarme en otro momento —le dije al pesado ese de las palomas.

—¿Que se va a un islote?, vaya, pero si el otro día le pillé entrando en una cueva, parece usted un explorador más que un detective.

—Si, bueno, casualidades, pero es que ahora miso me es imposible atenderle.

—¡¡Me está vibrando el móvil!! —gritó la cretina de mi lado derecho, dándome un susto de muerte.

—Bueno, pero es que necesito saber qué puedo hacer, porque estoy seguro de que mi mujer se cartea con algún asqueroso hijo de su madre, pero no puedo interceptar las malditas cartas porque salen volando en el momento de escribirlas.

—¡¡¡Hay uno cerca, cierto, a mí también me vibra!!! —gritó también el imbécil de la izquierda, provocando un revuelo de adolescentes, y no tan adolescentes, que se comenzaban a levantar de sus sitios apuntando con sus teléfonos móviles a todas partes y excitados como monos aulladores en celo.

—Ya le dije que eso era muy normal y que no se preocupase por nada —le tuve que decir al de las palomas para que se tranquilizara y me dejara en paz, momento en el que la Margarita comenzó a moverse de forma extraña hacia babor, por culpa del desplazamiento de carga que estaba sufriendo con todos aquellos púberes, y no tan púberes, gritando y mirando a través de las pantallas de sus teléfonos hacia el lado izquierdo de la barca.

—¡¡A ver!!, todos a sus puestos que vais a conseguir que zozobremos, ¡¡maldita sea!! —gritó a su vez el capitán, patrón o lo que fuera, al ver que la cosa se estaba poniendo fea por culpa de esos energúmenos descerebrados.

—¡Pero cómo va a ser normal que tu mujer le mande mensajes, o vete tú a saber qué, a alguien que podría ser su amante.

—¡¡¡Que os sentéis todos de una vez, coño!!! —berreó el capitán, patrón o lo que fuera, logrando esta vez que aquella panda de conejos despavoridos se tranquilizaran algo y pusieran sus posaderas donde deberían haberlas tenido durante todo el viaje.

—Que sí, que le digo que es normal —le contesté otra vez al plomo de los mensajes columbinos.

—¡Jo, tía, lo he visto, era un volador y se ha largado hacia Dragonera! —gritó el histérico de mi lado izquierdo.

—¡Qué guay!, ¡¡un volador!! —dijo a modo de eco la del lado derecho.

—¡¡¡Un volador!!! —gritaron otros diez a modo de coro de voces blancas desafinadas.

—Que no es normal ¡¡hombre!!, ¡cómo va a ser normal! —continuaba el ya insoportable cornudo, vociferando desde el otro lado del aparato.

—Mire, pues péguele dos tiros a la maldita paloma cuando la vea acercarse al alfeizar de la ventana y se acabaron los mensajitos de las narices, adiós —le dije, ya algo desairado, al palizas ese para que me dejara en paz de una vez, porque no era momento de preocuparse de ningún mensaje estúpido, ya que el único adulterio que para mí tenía importancia en esos instantes era el supuestamente cometido entre la mujer de uno de los fareros de Dragonera y el que fuera amigo mío, en otra vida, el señor Carvajal.

—Ya estamos...¡¡¡todos a cazar!!! —vociferó un chico no tan adolescente, de quizás 25 años, que parecía el organizador de todo aquel pandemonio.

—¡¡Todo el mundo quieto hasta que el barco esté bien amarrado!! —tuvo que volver a gritar el timonel de la Margarita, que había pasado de ser un marinero curtido y estoico, a un pobre ser congestionado y a punto de sufrir un infarto de miocardio, pero todavía curtido, eso sí.

Una vez que la masa de monos estuvo lo suficientemente calmada, el marinero ayudante quitó la cuerda protectora de la borda, y procedimos a salir de ese bote que a punto había estado de naufragar en varias ocasiones, por culpa de esa panda de energúmenos agarrados como posesos a sus polivalentes teléfonos móviles, y utilizo este término (el de polivalentes) puesto que con esos artefactos parece ser que pueden hacer todo tipo de actividades y porque, por supuesto, me niego a utilizar el anglicismo “smartphones”, que tantas veces he escuchado haciendo referencia a ellos, algo que aparte de un insulto a nuestro rico idioma, me parece otro insulto contra la mente humana por denominarlos “teléfonos inteligentes”. Y digo yo que no serán tan inteligentes esos aparatos cuando ven que su dueño se dirige directo al borde de un muelle y permiten que se caiga al agua sin avisarle del remojón que se va a dar, ni de lo estúpida que está siendo su conducta.

Mientras repasaba mentalmente ese tipo de digresiones, comencé a subir los peldaños de madera que llevan directos al lugar donde uno de los guardas del parque, que afortunadamente no era el mismo que el de la otra vez, pedía a los visitantes los tiques de la barca.

—Bon día —me dijo de forma seca, pero en modo alguno desagradable, el guarda que ese día estaba recogiendo los tiques con los que habíamos accedido a la Margarita, para hacerles una pequeña hendidura que nadie revisaría ni a nadie le importaría, pero con la que debía cumplir alguna norma absurda impuesta por la típica mente burocrática.

—Hola, buenos días —le contesté yo en castellano, para no perder la sensación de estar de

vacaciones, no fuera a imaginarme en esos momentos que iba a comenzar un recorrido como guía turístico (profesión que me da de comer), para lo cual suelo emplear muy a menudo el idioma catalán, tal y como corresponde a la zona del levante español donde residimos Ella y yo.

Con la mochila ya bien anclada por sus correas en los hombros, decidí examinar las llaves que me iban a permitir entrar en el faro de Llebeig para proceder a una serie de actuaciones esotérico-detectivescas, momento en el que me percaté que en el llavero había una muy diferente del resto y que seguramente pertenecería a una cerradura antigua, de llavín cilíndrico.

Por alguna razón, de la que no puedo dar explicaciones en ese momento, se me ocurrió mirar a la caseta que hay justo al terminar los escalones mencionados, caseta que mostraba una placa con los distintivos de la Autoridad Portuaria de Baleares, percatándome que su cerradura era de las del tipo de llave cilíndrica, así que ni corto ni perezoso probé y ... ¡¡Bingo!! La llave entró, la pude girar y la puerta quedó dispuesta para ser abierta.

Ni qué decir tiene que abrí la puerta, o mejor dicho el portón, apareciendo ante mis ojos nada más y nada menos que... ¡un motocarro!

—¡Qué guay, un motocarro! —gritó uno de esos chicos exaltados, mientras se hacía una auto-foto de tal manera que saliera el motocarro detrás de él, y de paso mi imagen intentando abrir la puerta del conductor del vehículo en cuestión, lo cual no me hizo mucha gracia sabiendo de la enorme disposición que estos jóvenes tienen para colocar todas sus fotos, y también auto-fotos, en sus innumerables páginas on-line o en sus redes sociales habituales.

Como todo buen detective que se precie, no podía darme por vencido ante la primera dificultad que se me presentase, y pensé que si la llave para acceder al motocarro no se encontraba en el llavero etiquetado con el nombre del faro de Llebeig, debería guardarse en algún lugar de esa caseta-garaje. Pero si algo tenía claro, era que ese pequeño vehículo de tres ruedas me iba a servir para recorrer más rápidamente los cuatro kilómetros que distan desde la cala Lladó, lugar donde atraca la barca Margarita, al faro objeto de mis pesquisas. Afortunadamente, durante mis primeros años profesionales como guía turístico, tuve que manejar un motocarro parecido con el que distribuíamos material informativo por diferentes establecimientos de la ciudad, lo cual me capacitaba para manejar el maravilloso aparato que la providencia acababa de poner a mi disposición.

—¡¡¡Aquí hay un Electrode!!! —comenzó a gritar como un guerrero Zulu un pequeño y alterado jovenzuelo que se había colado dentro de la caseta sin que yo le hubiera visto, puesto que mi mayor preocupación era la de encontrar las malditas llaves que me permitieran conducir ese motocarro, a sabiendas que pertenecía al servicio para los faros y no al del parque, por lo que ninguno de los guardas me podía impedir utilizarlo, siempre que les colase un embuste ad hoc.

Rápidamente me agaché para mirar por debajo del motocarro, no fuera que se le hubiera caído la bujía o algo parecido, ya que el muchacho histérico apuntaba su teléfono polivalente justo a esa zona, y todos sabemos que una bujía lleva unos electrodos, pero antes de que pudiera reaccionar, unos diez histéricos con sus teléfonos en ristre, se introdujeron en la caseta chillando como verracos el día de San Martín.

—¡Hay un Purugly, debajo del motocarro! —chilló una imbécil más.

—¡Guauuuu, un Purugly! —chilló el resto del coro de subnormales telefónicos.

—¡Ya tengo el Electrode! —vociferó el primero de esos suricatos que se habían colado en la caseta garaje.

—Dámelo chico, que sin la bujía el motocarro no puede arrancar —le respondí bastante malencarado debido a que a esas alturas estaba hasta las narices de todos esos muchachos paranoicos.

—¡Y yo al Purugly! —continuó en el mismo tono chillón la niña de antes.

—Vamos chavales, todos fuera de aquí que esta caseta es de los de faros. Venga, id por el parque a buscar los Pokemon esos —dijo una empleada del parque, en un tono bastante conciliador, lo cual me parecía inoportuno a la hora de tener que tratar con semejantes enanos malparidos, y a

los que sin duda yo les habría puesto en el lugar que les corresponde a base de castigos (y quién sabe si también con un buen sopapo), por insultar a personas mayores llamándolos Puruglys y cosas incomprensibles por el estilo.

—¿Pero qué hace arrinconado en esa esquina...se encuentra mal?

—No, qué va, es que uno de esos cretinos decía que había visto un electrodo debajo del motocarro y me imaginé que podría tratarse de la bujía, por lo que me he apartado para ver si desde esta esquina la podía ver tirada por el suelo. Y por cierto, el pobre no sabía ni pronunciarlo porque decía electrode en lugar de electrodo —le respondí a la rescatadora del parque, ocultándole que en realidad estaba en esa esquina del garaje por temor a que esos enanos enfurecidos me saltaran encima para aporrearame, al mismo tiempo que le añadía (a la rescatadora mencionada) una serie de impropiedades contra los nuevos métodos de educación en los colegios, por no enseñarles ni las más elementales normas lingüísticas.

—Qué dice de bujía, si esos chicos no sabrán lo que es eso, y no le digo ya un electrodo. Lo que están buscando son Pokémons, porque hoy se ha organizado lo que ellos llaman una quedada Pokémon, por cierto se ha puesto perdido de grasa la camisa, se ve que gotea algo alguna de esas botellas de aceite para motor que hay en la estantería.

—¿Po... qué? —le pregunté a la mujer que me había salvado de las hordas pre-adolescentes y desquiciadas.

—Por qué va a ser, pues porque alguna estará rajada y se le escapa el aceite —respondió la mujer con cierta cara de estornino sorprendido.

—No, no, le preguntaba por eso que buscan los chicos, con un nombre muy raro —le contesté para deshacer el malentendido.

—Ahhh..., Po-ke-mons —me contestó ella de forma silábica para que lo entendiera fácilmente, pero sin conseguir que entendiera nada de lo que me quería explicar, algo de lo que sin duda fue consiente esa buena mujer, de manera que continuó con sus explicaciones.

—Sí, hombre, los monstruitos esos que ahora les da a todos los chicos por cazar en cualquier sitio. Se instalan un juego en sus teléfonos con el que pueden ver esos bichos, porque a simple vista no se ven... y por cierto hay un montón, más de cien o así, y los pueden cazar, así que hacen competición entre ellos a ver quién caza más y esas cosas —me explicó aquella empleada del parque de la forma más didáctica que pudo —. ¿Por cierto, es usted farero?, porque nunca le había visto venir con los fareros.

—Bueno, podemos decir que soy inspector de faros. Yo vengo directamente desde el Ministerio de Fomento en Madrid, para inspeccionar el servicio que se está llevando en algunos faros de España, se eligen por sorteo y este verano les ha tocado a los faros de Mallorca —le contesté en una magnífica improvisación de la que todavía me siento muy orgulloso, y con la que espero que Francisco nunca sospeche que fui yo el que cogí, de forma extraoficial, su motocarro para ir a los faros del islote, puesto que cuando reaparezca por aquí le dirán eso del inspector de Madrid y seguro que se lo creerá.

—Puff, pues vaya con cuidado, porque el camino para ir al faro de Tramuntana está hecho un verdadero sendero de cabras —me advirtió la que ya consideraba mi ángel de la guarda eventual.

—Le agradezco mucho la advertencia, pero en realidad sólo tengo tiempo para visitar el faro de Llebeig —le contesté, para que se quedara tranquila y dejara de preguntar cosas, no fuera que de ser considerada un ángel de la guarda eventual, pasara a convertirse en un ángel del infierno crónico por culpa de su excesiva curiosidad.

—Si quiere que le acompañe..., aunque la verdad perderse aquí es imposible, je je je —me sugirió de forma amable, momento en el que se me pusieron los pelos de punta sólo de imaginarme que se subía al motocarro y se venía conmigo hasta el mismísimo faro.

—¡No por Dios!, se lo agradezco mucho, pero necesito estar solo para concentrarme en la inspección, ya que es algo complicada y no puedo distraerme con nada ni nadie —le respondí bastante alterado, mientras observaba cómo su cara amable iba adoptando la expresión

distorsionada de una careta de disfraces, quizás por sentirse despreciada en su ofrecimiento.

—Vale, vale, pues que pase un buen día —se despidió la empleada del parque, al mismo tiempo que salía de la caseta-garaje, quizás algo ofendida por mi conducta huraña y esquiva, que por otro lado era de lo más coherente con la conducta huraña y esquiva que todo buen inspector debe mantener antes de llevar a cabo una inspección.

En ese momento, ya algo más relajado, pude comprobar el alcance de la mancha de aceite con la que me había impregnado al refugiarme en aquel repugnante rincón para protegerme de toda aquella caterva de energúmenos enloquecidos, además de para buscar una supuesta bujía que finalmente no era tal sino una especie de monstruo virtual denominado Electrode, al que le estaban dando caza delante de mis narices, sin que yo fuera consciente de tal acto cinegético y que, si hubiera sido consciente, habría intentado impedir a toda costa dada mi condición de vegetariano y animalista convencido y, por lo tanto, opuesto a la caza de cualquier animal por muy monstruo o virtual que sea.

Pero no había tiempo que perder si quería practicar todas las acciones esotérico-detectivescas que me había propuesto. Así pues, abrí de par en par las puertas de la caseta garaje y localicé las llaves del motocarro, que estaban colgadas de una alcayata la cual, a su vez, estaba clavada en la parte inferior de una balda de madera sobre la que se habían colocado los típicos elementos de mantenimiento de un vehículo de esas características, como las malditas botellitas de aceite para el motor, un inflador de ruedas, algunas herramientas y polvo...sobre todo mucho polvo.

Una vez dentro del pequeño carricoche de tres ruedas, intenté recordar cómo se debía de manejar un aparato así, el cual, aparentemente, no se diferenciaba mucho de aquel que manipulé en los comienzos de mi carrera profesional como guía turístico. Y efectivamente, después de dos minutos pensando y recordando, puse en marcha el motor, coloqué la palanca de marchas en primera y...

—¡¡¡Capullooo, vaya con cuidado que casi me tira el móvil!! —me espetó un enfurecido muchacho después de haberle golpeado con el retrovisor del motocarro, debido a que éste, es decir el motocarro, salió despavorido de la caseta como si hubiera visto al mismísimo diablo. Reconozco que tardé un poco en reaccionar y en pisar el freno hasta que paró en seco el maldito trasto justo cuando estaba a punto de atropellar a dos jovencitas que no se habían percatado de mi amenaza, debido a que estaban intentando cazar alguno de esos monstruos en las zarzas del lado del camino.

—Oiga...¿pero sabe usted manejar el motocarro?...¿a ver si va a atropellar a alguno de estos pobres chicos? —me preguntó un poco malencarada la ex-ángel eventual del parque.

—Sí, no tenga cuidado, estoy harto de llevar estos chismes por los islotes de toda España —le contesté a aquella especie de mosca cojonera, para que me dejara en paz de una vez y se dedicara a sus quehaceres cotidianos.

Una vez arrancado de nuevo el motor, pero con la palanca de marchas en punto muerto y el freno de mano activado, comencé a pensar y a recordar, dando ahora mejores resultados que los primeros pensamientos y los primeros recuerdos. Eso sí, antes de quitar el freno de mano y salir disparado hacia el faro de Llebeig, localicé la ubicación del claxon ya que estaba seguro que lo iba a tener que utilizar infinidad de veces para espantar a todos aquellos cazadores de monstruos virtuales que se interpusieran en mi camino.

—Piiiiii, piii, piii —dijo el claxon.

—¡¡Joder qué susto!! —contestaron al unísono cuatro cazadores virtuales que estaban enfocando con sus teléfonos polivalentes a diferentes lugares del espacio.

—Vale, todo en orden —pensé para mis adentros, mientras quitaba el freno de mano y dejaba que el motocarro saliera disparado, pero menos disparado que antes, hacia su destino.

Durante el recorrido de cuatro kilómetros largos, bordeando peligrosos barrancos, varios de aquellos muchachos me hicieron señales de autoestop para que les subiera a la bañera del motocarro, pero en ningún momento paré a recogerlos ya que eso me retrasaría demasiado, y porque igual se ponían a cazar monstruos dentro del vehículo, con el consiguiente peligro para

nuestra integridad física.

Después de diez minutos conduciendo aquel endemoniado artefacto, con el que a punto estuve de despeñar por los abismos del camino a varios cazadores de Pokémons, ya me resultaba bastante familiar su manejo, pero decidí no acelerar el ritmo de conducción no fuera que surgiera algún adolescente obnubilado con su teléfono polivalente, y acabara debajo de las ruedas del vehículo, o despedido hacia los abismos que se abrían al lado izquierdo del camino. En cualquier caso, de las vicisitudes acontecidas en el recorrido, no me voy a explayar aquí, puesto que ya anoté lo que creí oportuno en el cuaderno de campo titulado *Viaje a Dragonera*.

La emoción que me embargó cuando comencé a vislumbrar la imagen del faro a lo lejos, fue tan impactante que no tuve más remedio que parar el motocarro para evitar que me saliera en alguna de aquellas pronunciadas curvas. Una vez serenado mi espíritu, y asimilada tan bella pero al mismo tiempo enigmática visión, retomé la marcha y llegué sano y salvo al recinto de esa señal marítima. El corazón me latía desahoradamente, tanto fue así que tuve miedo de sufrir una angina de pecho o, incluso, algún ataque al corazón que me dejara tieso allí mismo, a pie de faro. Ante tan alterado estado nervioso, no lo dudé ni un momento y eché mano de mi botiquín de primeros auxilios que siempre llevo conmigo en la mochila de excursiones, y de dicho botiquín extraje la caja de valerianas de donde me hice inmediatamente con dos de esas preciadas píldoras relajantes, mientras pensaba en el regalo que la naturaleza ha dado a la humanidad con esta bendita planta de propiedades antiespasmódicas.

Ya con las dos grajeas de valerianas dentro de mi organismo, y con la mochila echada al hombro, puesto que en su interior además del botiquín de primeros auxilios se encontraban todas mis herramientas esotérico-detectivescas, procedí a intentar introducir una de las llaves que había traído conmigo y en la que aparecía el nombre del faro.

—Dios mío, entró... esta es la llave —dije para mis adentros, en el momento que pensaba si no sería mejor esperar en el exterior del faro a que las valerianas comenzaran a hacer efecto sobre mi alterado sistema nervioso, no fuera que con tanto estrés sufriera un colapso en el interior del edificio.

—Pero si espero mucho, llegarán todos esos cazadores hambrientos de sangre virtual —me volví a decir a mí mismo, así que, ni corto ni perezoso, quité las llaves de contacto del motocarro, por si a algún imbécil se le ocurría ponerlo en marcha, y me introduje a través de aquella puerta del Averno.

Allí dentro todo era oscuridad y mis ojos tardaban mucho, es más, demasiado, en acostumbrarse a las tinieblas, motivo por el que no tuve más remedio que volver a salir al exterior y buscar a la luz del día, en mi mochila de excursiones, a mi amiga Linternita de tecnología led, comprada en la tienda de chinos habitual muy cercana a nuestra residencia. Ya con la linterna en mano, y encendida claro está, me introduje nuevamente en aquel inframundo, no sin experimentar un súbito cambio emocional que transmutó del semi-histerismo en el que me encontraba, al semi-pánico en el que ahora me había instalado.

Enfrente de mí había una inmensa batería compuesta de seis enormes bloques con las que, gracias a los paneles solares que están colocados en la azotea del edificio, se proporciona la energía necesaria para producir la luz que todo faro necesita para ser un faro y no una estúpida torre sin sentido colocada en un acantilado. Pero, como ya he dicho, no tenía tiempo que perder con tonterías tecnológicas, de manera que saqué rápidamente de la mochila mi querida herramienta radiestésica y comencé el interrogatorio pertinente.

—Hola Péndulo... ¿me puedes decir en qué ala del edificio tengo que buscar las pistas que necesito? —le pregunté a Péndulo, sin ni siquiera detenerme en los preámbulos que teóricamente hay que realizar, es decir la de poner el péndulo en modo búsqueda antes de proceder a ningún tipo de interrogatorio.

Pero Péndulo estaba mudo como un ladrillo, así que le repetí la pregunta pero concretando más acerca de aquello sobre lo que yo quería investigar.



—Mira Péndulo, perdona pero no tengo tiempo para andar con preámbulos, así que ¿me puedes decir en qué pabellón de este faro tengo que investigar la muerte de mi amigo (en otra vida) Carvajal? —le pregunté esta vez, pero sin perder ni un ápice el tono educado, e incluso diría que cariñoso.

—Derecha —me respondió Péndulo, moviéndose en esa dirección, es decir lo que en un reloj equivaldría a las 2 horas 10 minutos o, más exactamente, teniendo en cuenta el vaivén completo del instrumento, a las 20 horas y 10 minutos, o a las 14 horas y 40 minutos.

Importándome en realidad un pimiento la hora a la que equivaldría el movimiento de Péndulo, el hecho concreto es que fui directo hacia esa parte de las antiguas viviendas, mientras notaba cómo las valerianas hacían poco a poco su trabajo antiespasmódico y / o relajante. El espectáculo que se abrió ante mis ojos fue inenarrable. Allí, con ayuda de la linterna claro está, pude distinguir un viejo aparador de cristales verdosos, dándome a entender que esa habitación correspondía a un antiguo comedor, y qué mejor sitio para buscar objetos que pudieran proceder del antiguo faro de na Popia que un comedor, con su aparador, con su vajilla, con las sillas donde se sentaban los torreros y sus familias para compartir comidas, cenas, e incluso desayunos. Y si aquí no tenía éxito mi investigación, siempre podría ir en busca de algún camastro o armario ropero. Pero no hizo falta buscar camastros ni armarios roperos porque, cuál no sería mi sorpresa, cuando al abrir las cristaleras del cuerpo superior del aparador, me di de bruces con una pieza de porcelana que en seguida reconocí como el frutero en el que la mujer de mis visiones portaba higos chumbos, y no chumbos.

—¡Dios bendito! —pensé—. Estoy delante de uno de los objetos que formaron parte de mis experiencias esotérico-detectivescas —seguí pensando y deduje que, ese frutero que ahora tenía delante de mis narices, había estado formando parte de la vajilla del faro donde se cometieron los execrables hechos que estoy investigando, es decir, no en el lugar donde me encontraba, sino en el primer faro que tuvo Dragonera, el faro loco, el de los 352 metros de altura.

No me lo podía creer, aquello era demasiado para, al fin y al cabo, un detective en los comienzos de su carrera como investigador privado, en la clandestinidad, pero privado. La reacción fue completamente instintiva, de forma que me lancé sobre el frutero de porcelana y lo cogí con mis dos manos, una vez hube guardado a Péndulo en su saquito-residencia, y haber depositado la mochila de las excursiones en el suelo, no sin cierto temor a que se introdujera alguna rata en su interior.<sup>26</sup>

Una vez asido al frutero, procedí a practicar mi primera psicometría en el interior del faro de Llebeig, esperando obtener imágenes no de ese faro sino del viejo, donde con toda seguridad se perpetró el asesinato del pobre Carvajal.

En cuestión de unos pocos segundos comenzó a formarse en mi mente la figura de una niña montada en triciclo, lo cual me produjo un escalofriante sentimiento de terror, al recordar inmediatamente la película de Stanley Kubrick, *El resplandor*. Casi estuve a punto de soltar el frutero y dejar que se hiciera añicos contra el suelo, pero afortunadamente fui capaz en el último instante de retenerlo contra mi pecho, momento en el que pensé si serían necesarias otras dos valerianas más.

Una vez descartada la ingesta de otras dos píldoras de valeriana, decidí tranquilizarme y pensar en la aterradora imagen que acababa de experimentar. No podía dejarme llevar por un vulgar ataque de pánico, sólo por haber visto en una psicometría la imagen de una niña jugando con su triciclo. Además, retomando fríamente esa imagen, resultaba que sus vestimentas correspondían más bien a una época mucho más reciente que la de los personajes protagonistas de mi investigación, pues la niña del triciclo parecía estar desarrollando su infancia durante los años sesenta del pasado siglo, es decir el mismo momento histórico en que yo desarrollé la mía, y a mí no me da miedo mi infancia. Soy consciente de que esto no era ningún argumento de peso, puesto

---

26 Má tarde me enteré de que ese temor estaba completamente infundado, ya que un par de años antes se había realizado una campaña de desratización en toda la isla, a partir de la cual allí no quedaba ni un mísero roedor.

que a los bajos espíritus, enganchados en sus particulares bucles espacio-temporales, y con muy mala leche acumulada, les da igual la época en la que vivieron, de hecho debe de haber espíritus de este tipo procedentes de cualquier época, incluso, si me apuras, de ayer mismo. En cualquier caso, retomando todavía más fríamente la imagen de la niña del triciclo, en nada se parecía esta niña a las espantosas gemelas de la película *El resplandor*, de manera que asociar una con las otras me pareció finalmente toda una ridiculez. Pensé que seguramente en ese faro hubo niñas jugando cándidamente con su triciclo y que no por eso tenía que tratarse de bajos astrales o almas en pena con agresividad hipertrofiada y dirigida hacia todo lo que se inmiscuyera en su cotidianidad espectral.

Analizada fríamente la situación, y ya algo más relajado después del susto, volví a concentrarme frutero en mano. Sin embargo, esta vez esa bonita pieza de la vajilla farera no producía ninguna imagen en mi cerebro. El tiempo pasaba, quizás hacía ya una hora de mi llegada al faro, y todavía no había obtenido ninguna representación psicométrica de utilidad para mi investigación. Era momento pues de cambiar de tercio y pasar a la bola de cristal, así que dejé el frutero en el mismo lugar del aparador de donde lo había extraído y procedí a rescatar de la mochila mi estupenda bola de cristal.

Como la bola tenía un peso de cierta consideración (y de hecho sigue teniéndolo y espero que continúe igual de pesada el resto de su existencia), me pareció más acertado cogerla con las dos manos, el problema era que, al disponer de tan poca luz, no fui capaz de ver nada, ni dentro ni fuera de la bola. De nuevo tuve que echar mano de Linternita e iluminar mi herramienta esotérica de manera que me permitiera vislumbrar cualquier tipo de escena en el interior de la esfera, pero al sujetar ésta con sólo una mano, mientras la otra la tenía ocupada empuñando a mi luminosa amiga, no pasaron ni cinco minutos cuando el pulso me temblaba ya de tal forma, que fijar la mirada en su centro, ni en ningún otro lado de la misma, me resultó hartamente complicado, por no decir imposible.

—¡¡¡Un fantasma, un fantasma!!! —oí que gritaba una voz femenina perteneciente a un individuo de poca edad, con lo que deduje que uno de esos cazadores de monstruos se había colado en el faro y me debía de haber visto con la linterna y la bola de cristal, imaginándose que yo era un espectro o algo parecido, momento en el que caí en la cuenta de que no había cerrado con llave la puerta. No me quedaba más remedio que ir a calmar a esa panda de titíes alterados.

—¡¡¡Joder, pero si no es un Pokémon, que es un fantasma de verdad!!! —gritó otro de los titíes, en este caso un macho (pero no creo que alfa), que había entrado junto con otros para curiosear en el faro, pensando que lo que había visto su compañera de juego era uno de esos Pokémons, pero del tipo “fantasma”.

—¡¡¡Socorroooooo, socorroooooo!!! —gritaba una tití hembra que tenía a su lado y que salió disparada al exterior del faro, momento en el que comenzó a chillar todo el resto de la manada que se congregaba fuera del edificio, ensimismados hasta ese instante en la búsqueda de monstruitos virtuales.

—¡¡¡Un fantasma, un fantasma, un fantasmaaaaaaaa!!! —se desgañitaban todos aquellos micos mientras se producía una desbandada sin control ni objetivo alguno.

—¡¡Tranquilos, chicos!!, ¡¡tranquilos por favor!! —intentaba calmarlos el joven veinteañero, e indudable tití líder, que les acompañaba en la excursión, concurso, quedada o como quisieran llamarlo.

—¡¡No pasa nada, chicos, es el farero!! —les gritó, al verme salir y comprobar que yo era un ser de carne y hueso.

—Hombre, vaya susto que les ha dado a los chicos con esa bola de cristal y la linterna, no me extraña que le hayan tomado por un fantasma, la verdad —me dijo ese veinteañero con cierto aire de prepotencia que no estaba dispuesto a tolerar, viniendo de un joven cazador de pobres animales virtuales, por muy macho alfa que se creyera.

—Perdone, pero ni soy el farero, que soy el inspector de faros, ni esto es una bola de cristal sino un heliógrafo, así que en lo único que usted ha acertado es en lo de la linterna —le contesté a ese creído, poniéndole cara de babuino adulto para rebajarle un poco los humos, aunque fuera a

consta de inventarme una actividad y unos instrumentos que nada tenían que ver con la realidad de mis actuaciones dentro de aquel faro.

—Ah, bueno, perdone, es que tenía toda la pinta de ser una bola de cristal —me dijo aquel jovencito ya en un tono de sumisión, al que sólo le faltó tumbarse en el suelo panza arriba para humillarse del todo ante mi superioridad intelectual y por supuesto vital, dada la gran diferencia de años que existía entre él y yo.

A los pocos minutos toda la manada estaba reunida y bastante amansada, aunque aquel suceso les había hecho tomar la decisión de alejarse de allí e ir regresando al puertecito de la isla, poco a poco, mientras continuaban su incansable búsqueda de los bichos esos.

Por mi parte, después de diez minutos de sosiego, y de nuevo en el interior del faro, me planteé cuál debería ser la siguiente actuación esotérico-detectivesca con la que dilucidar el misterio que me traía de calle.

Estaba yo inmiscuido en mis pensamientos cuando comencé a oír unos susurros procedentes del otro ala del edificio, momento en el que pensé que se había vuelto a colar alguno de aquellos seres insoportables que me estaban amargando mi segundo viaje a Dragonera puesto que, de nuevo, me había olvidado de cerrar la puerta con la cerradura echada por dentro, así que me dirigí al otro pabellón, en el lado opuesto del vestíbulo central, lugar de donde procedían los susurros.

—Niña, qué haces aquí, que ya se han ido todos...anda, vete con tus amiguitos —le dije educadamente al comprobar que la pobre niña sólo tendría como unos cinco años de edad.

—Ok —vi que decía la niñita rubia, o aparentemente rubia dado lo oscuro del entorno, mientras miraba a una esquina de esa habitación, dirigiéndose supuestamente a alguien, momento en el que pensé si no sería ese alguien uno de aquellos Pokémons del demonio.

—That woman says: don't look any further. But she says this to you —me dijo la inglesita, al mismo tiempo que se me erizaban todos los pelos del cuerpo por comprobar que en la esquina de esa habitación no había nadie, o mejor dicho, yo no veía a nadie, aunque la niña me estuviera diciendo que una mujer me quería decir todo eso... ¡¡¡a mí!!!

—The woman says you already know everything, and that she loved Fermín very much —continuó la pequeña vidente mientras yo sentía cómo la sangre se me helaba en cada una de mis venas.

—Qué... qué... Fer... Fermín —le pregunté temblando a la niña, pero en realidad queriéndoselo preguntar a la mujer de la esquina, la cual yo no podía ver pero de la que tenía la absoluta certeza de que se estaba comunicando conmigo a través de la pequeña paragnosta.

—Fermín Carvajal —me respondió la niña, con un acento inglés muy pronunciado, momento en el que salió corriendo y riéndose como si persiguiera algo muy gracioso, al mismo tiempo que gritaba con su vocecita: Mismas, Mismas... je je je, Mismas... come here, je je je...

Y allí me quedé solo, en mitad de una habitación oscura y acompañado supuestamente por una mujer que yo no veía pero que me contemplaba y sabía perfectamente lo que yo estaba intentando descubrir. No podía moverme...únicamente deseaba que volvieran a entrar los tíes asaltadores, pero allí no entraba nadie. Sólo un frío gélido había invadido todo mi cuerpo. No puedo saber el tiempo que permanecí allí, paralizado por el miedo o por una fuerza externa y ajena a mi voluntad. Sólo recuerdo que temblaba de frío, y que cuando comenzó a disiparse el glacial ambiente, pude empezar a mover mis extremidades. Recogí mis enseres y salí de aquel faro. Cerré la puerta con llave y me senté al sol para entonar mi aterido organismo. Vi cómo un matrimonio extranjero daba una vuelta por los alrededores junto con la niña que acaba de entrar al faro. Vi cómo el padre se la subía sobre los hombros y emprendían camino de vuelta al puertecito de la isla. Vi también cómo la niña se volvía sobre sí misma para saludarme a modo de despedida con una de sus manitas, mientras en mi mente retumbaban sus palabras, o mejor dicho, las palabras de aquella mujer de la esquina: *no busques más; ya lo sabes todo; yo quería mucho a Fermín.*

—Todavía no me has dicho qué narices te pasó ayer para volver de esa isla como volviste — me preguntó Ella mientras desayunábamos nuestras diarias tostadas veraniegas en el bar habitual, no muy lejos de la casa de nuestros amigos y casa nuestra durante tres semanas.

—Pues nada, ya te he dicho que nada —le contesté—. ¿Has visto los lémures esos que están saliendo en la televisión?—comenté, para distraer su atención y evitar así que me volviera a preguntar sobre la jornada del día anterior en la isla Dragonera, algo sobre lo que en ese momento no tenía ninguna intención de meditar y mucho menos de dialogar.

—Sí, sí...lémures...tú lo que no quieres es contarme qué diablos te ocurrió ayer...pero si regresaste como si te hubieras revolcado por un estercolero y además con la mirada perdida. Hasta me llegaste a asustar, porque parecía que te había dado un derrame o algo así —siguió insistiendo en el tema.

—Se ve que me dio un golpe de calor —le repliqué, utilizando un argumento muy socorrido, a la par que convincente, para ver si se zanjaba de una vez por todas un tema sobre el que, como ya he dicho, no estaba dispuesto a entablar ninguna conversación.

—Por cierto, mañana lunes deberíamos empezar a contactar con los técnicos para que nos arreglen todos los desperfectos de la casa, no sea que se nos eche el tiempo encima y luego no podamos dejarlo completamente listo. No quiero ni pensarlo. Tenemos que dejarles la casa mejor de lo que estaba.

—Sí, sí, no tengas cuidado que mañana busquemos un jardinero, un piscinero y un escayolista.

—Oye...¿te has fijado que a Ramona le está creciendo el pelo en la calva que le hicieron cuando le rasuraron? —me soltó como si estuviera hablando de la cosa más anodina del mundo.

—¿Qué? —le pregunté para que me volviera a decir eso que yo creía que me había dicho.

—Pues eso, que a Ramona le ha empezado a crecer el pelo.

—¿Estás segura?

—Pues claro, y parece mentira que tú, que la sacas a pasear todos los días, y varias veces, no te hayas dado cuenta.

—¡Espérame, que ahora vuelvo! —le dije mientras soltaba la tostada de la boca y salía escopetado del bar en dirección a casa para comprobar lo que estaban escuchando mis oídos.

Quince minutos más tarde...

—¿Pero se puede saber dónde has ido tan disparado? —me preguntó Ella con cara de langosta cocida, al ver que me volvía a sentar en la mesa de nuestro habitual bar mañanero para terminar mi desayuno.

—Tenemos que hacer el Camino de Santiago —le contesté yo con cierto aire compungido, puesto que en realidad mi estado de ánimo era el de un ser compungido, debido a la imperiosa necesidad que había surgido en mi vida de tener que cumplir una promesa, y esa promesa consistía en hacer el Camino de Santiago, algo que, por supuesto, no me apetecía ni un pimiento, dada la masificación que se produce a lo largo de esa especie de romería turística, y mi animadversión consecuente a dicha ruta.

—¿Cómo que tenemos que hacer el Camino de Santiago?...¿a qué te refieres? —volvió a preguntarme Ella en lo que ya parecía la mañana de los interrogatorios.

—Pues a qué va a ser...a que tenemos que hacer el Camino de Santiago, porque yo había hecho una promesa y ahora tengo que cumplirla.

—¿Que tú has hecho una promesa?...¿pero a quién? —soltó Ella con cierta expresión de

susto en su cara pero habiendo abandonado ya por completo la cara de langosta cocida.

—Chsssss, a ver si se va a enterar todo el bar —repuse con cierto tono quejumbroso y malhumorado, puesto que no estaba dispuesto a que nadie más supiera detalle alguno sobre mis promesas a santos, cristos y demás seres sobrenaturales.

—Caray, ni que estuviéramos tramando asaltar un banco —me contestó en un tono más bajo que el empleado en el comentario anterior, y trasmutando su cara de susto por otra casi de dolor—. En cualquier caso, ¿me quieres explicar a quién le has hecho tú una promesa? Pero si llevo toda la vida escuchándote decir que eres un ateo convencido —continuó con su insistente interrogatorio matutino.

—Bueno, todos somos seres contradictorios.

—Vale, ¿pero me quieres explicar de una vez, por qué demonios tenemos que hacer el Camino de Santiago?

—Bueno, pero mejor acabamos el desayuno y luego te lo explico —le dije, dando por cerrada esa conversación, al menos durante diez minutos.

Diez minutos después...y ya en casa...

—¡Hola Ramona ya estamos aquí! —le vocee a nuestra perra para que viniera a saludarnos, ya que como todo buen bulldog inglés suele tener un excesivo cariño por los sofás de las casas y en ocasiones abandona sus deberes como anfitrión y guardián del hogar.

—Hola —dijo Ramona, no con palabras claro está, sino mediante el encomiable esfuerzo de levantarse del sofá y llegar hasta donde estábamos nosotros reclamando un par de caricias en su cabeza y resto del cuerpo.

—Es increíble..., ¿cómo no me había dado cuenta de este hecho milagroso? —me pregunté a mí mismo en voz baja, mientras examinaba otra vez el vello que asomaba en la zona donde el veterinario le había afeitado para curarle unos eccemas de piel, y donde nunca más volvió a salirle el pelo a la pobre perra... hasta ahora.

—¿De qué milagro estás hablando?...anda que no estás tu misterioso entre lo de ayer en esa isla y lo de hoy con Ramona.

—Pues es que al poco de llegar a Mallorca, y en uno de mis primeros paseos por el pueblo con Ramona, se acercó una señora que parecía alemana por su acento, en principio muy amable todo hay que decirlo, pero cuando le vio la calva a la pobre perra se echó para atrás y puso cara de asco la muy estúpida. A pesar de que yo le dije que no padecía ninguna enfermedad, sino que todo era consecuencia de un veterinario imbécil que la había rasurado seguramente con algún instrumento en malas condiciones, produciéndole una alopecia crónica, la señora cogió y se marchó al mismo tiempo que sacaba un pañuelo del bolso y se limpiaba las manos, igual que si hubiera acariciado a un leproso. Así que, ante tal desprecio teutónico sufrido, me dije a mí mismo que esa alemana gorda e insensible se iba a enterar de lo que vale un peine, y le iba a demostrar los inmensos valores de la tradición taumatúrgica hispana, por lo que saqué de mi cartera una estampita del Santísimo Cristo de Burgos, que me regalaron mis tías burgalesas en la última visita que les hice y, después de presentarme como es debido al Cristo, le pedí que curara la alopecia de Ramona, prometiendo en pago a su milagro que tú y yo haríamos el Camino de Santiago.

—Hombre y me metes a mí en el ajo sin haberme consultado nada —me replicó Ella algo molesta por haberla metido en el ajo de la peregrinación sin previa consulta.

—Estas promesas no se pueden programar ni estudiar previamente, se hacen de forma impulsiva, si no, no pueden tener efecto alguno, ya que deben salir del corazón y no de la cabeza —tuve que explicarle para justificar mi actitud unilateral.

—¿Pero tú no te acuerdas que el veterinario ya nos dijo que seguramente al cabo de un año le volvería a salir el pelo? —dijo Ella, echando mano del primer recurso racional que encontró en el bolso del científicismo que tanto le gusta llevar consigo.

—Sí, claro que me acuerdo, pero es que sólo han pasado diez meses, y además... qué casualidad que justo unos días después de pedirle al Cristo de Burgos que le salga el pelo a Ramona, va y le sale... ¡quién tenga ojos que vea! —le contesté ya algo nervioso por su escepticismo racional, y por negar unas evidencias ineluctables.

Recuerdo que ahí dimos por zanjada toda aquella conversación teológica. Ella se fue a trabajar en su ordenador las fotografías que había hecho el día anterior en la catedral de Palma, y yo comencé a ordenar en mis diarios y cuadernos todo lo experimentado, también el día anterior, en la isla Dragonera algo que, sin duda alguna, marcaría un antes y un después en mi trayectoria vital. Pero justo cuando estaba empezando a ordenar mis “experiencias dragoneras”, se me ocurrió una idea que podría ahorrarnos seguramente unos cuantos euros.

—Oye... ¿y si en lugar de contratar un jardinero, hacemos nosotros una lista de las plantas que hace falta reponer, nos vamos a un vivero, las traemos y las plantamos nosotros mismos?, seguramente nos saldría bastante más barato —le grité desde mi estudio improvisado, con la cabeza dirigida hacia su estudio improvisado, para que la comunicación fuera más diáfana.

—Vale, me parece buena idea, yo hago la lista de las plantas que hay que reponer y tu buscas por internet un vivero que esté por los pueblos cercanos —contestó Ella, aunque sin dirigir su cabeza hacia mi estudio improvisado, lo que hizo que la comunicación no fuera tan diáfana como cabía esperar, teniendo en cuenta la corta distancia que nos separaba. Menos mal que, aunque la naturaleza no me dotó de buena vista, sin embargo sí que me asignó una buena capacidad auditiva, por lo que no tuve dificultad alguna en comprender todo lo que me había dicho. Era momento, pues, de ordenar todas mis experiencias recientes, así como de esclarecer definitivamente el asunto Carvajal.

Lo primero a lo que tenía que enfrentarme era al hecho irrefutable de haber experimentado, hacía algo menos de 24 horas, la experiencia paranormal más espeluznante de toda mi vida, y no es poco decir puesto que ya eran unas cuantas las ocasiones en las que me había visto enfrentado a sucesos que a todas luces deberían ser clasificados como paranormales y, por lo tanto, pasar a ser objeto de estudio de la parapsicología. No en vano, como detective privado, me había especializado en la investigación de casos con componentes esotéricos, difíciles de desentrañar para un detective normal y corriente, sin el conocimiento de las técnicas ocultistas que yo poseía ( y poseo), modestia aparte, en un alto nivel de capacitación.

El caso es que nunca me había comunicado directamente con un ser procedente de otra dimensión, es decir, con un espíritu, como vulgarmente son denominados. Es verdad que la comunicación no fue todo lo directa que a mí me hubiera gustado, ya que fue necesaria la intervención de una potente paragnosta, o sensitiva, como también son denominadas estas personas agraciadas con el don de la clarividencia. Si bien la paragnosta en cuestión era extranjera y de tan sólo unos cinco años de edad, eso no quita para que su intervención en el hecho fuera de un alto, qué digo alto, altísimo, nivel y fiabilidad. De sobra es sabido que los niños suelen tener capacidades clarividentes y sensitivas hasta la edad aproximada de los siete años, momento en el que pierden la mayoría de ellos su sexto sentido y se quedan con cinco, como el resto de los mortales, sin ver nunca más ni fantasmas, ni espectros, ni nada que no sea la comida que tienen delante del plato.

Pero esa niñita resultó ser una intermediaria de incalculable valor, puesta allí seguramente por iniciativa del espíritu de la mujer que se quería comunicar conmigo. Quiero decir que, seguramente, la niña fue atraída hacia el interior del faro para que así pudiera hacer de traductora entre el más allá y el más acá, dado que mis capacidades sensitivas no son, ni de lejos, tan buenas como las de la pequeña inglesita.

—Pdiliing, pdilaaaang, pdiliiiiing, pdilaaaang —comenzó a decir mi teléfono móvil, y por supuesto polivalente, sin que por ello lo hubiera configurado, ni lo configuraré nunca, para cazar monstruos virtuales.

—¿Sí? —contesté a través del aparato, en un tono algo seco debido a lo inoportuna de la llamada, justo cuando estaba empezando a poner orden en mis experiencias paranormales de la

jornada pasada.

—¿Detective Ramona? —escuché que preguntaba una voz familiar.

—Yo misma —dije de forma automática, arrepintiéndome en el momento por haber empleado equivocadamente el género, y haber dado a entender al interlocutor que yo era una mujer y no un hombre, como es el caso.

—Hola, soy el de las palomas mensajeras —me dijo la voz familiar.

—¡Me cago en todo! —dijo mi voz interna, mientras mi voz externa se limitaba a decir lacónicamente—: Ah sí, dígame.

—¿No estará usted en estos momentos buceando o en la cima de una montaña? —me preguntó para ver si molestaba con su llamada, algo que denotaba educación por su parte, por lo que decidí responderle con cortesía, en lugar de mandarle a la porra, tal y como era mi más ferviente deseo.

—No, no, estaba trabajando en mis anotaciones del día de ayer, correspondientes a una investigación muy importante que estoy llevando a cabo —le contesté, siempre en un tono de voz muy bajo para que Ella no pudiera distinguir desde su estudio improvisado, la naturaleza de la conversación que estaba manteniendo, y de la que no debería saber nada por el momento, puesto que, por el momento, nada sabía de mi álter ego Sherlockiano, desconocimiento este que continúa en la actualidad.

—Mire, sólo es para decirle que lo de pegarle unos tiros a la paloma ha dado muy buen resultado como usted predijo.

—Ah, vale, pues me alegro mucho, hombre, no por la pobre paloma pero sí por usted, claro está.

—No, que va, si la paloma sigue vivita y coleando. Es que yo me compré una pistola de perdigones para terminar con toda esa incertidumbre, siguiendo sus indicaciones, y cuando vi que mi mujer cogía esa puñetera paloma y le colocaba el supuesto mensajito de turno en la pata (y es que como nunca pude acercarme al palomo pues de lejos me parecía que le colocaba un papelito) me fui directo hacia ella pistola en mano. Cuando mi esposa vio que le apuntaba con el arma pegó un grito de muerte y soltó a la paloma dentro de casa. Acto seguido el bicho comenzó a revolotear por aquí y por allá pegándose contra cuadros y paredes, algo que desquició a mi mujer la cual me dijo que la pobre estaba mal de una patita y que ella hacía días que le estaba curando su herida, poniéndole pequeños apósitos en su extremidad. Eso me dio la excusa para decirle que yo lo que quería es que dejara de sufrir para siempre, la paloma por supuesto, y entonces mi esposa me insultó y me dijo que el que iba a dejar de sufrir para siempre iba a ser yo si no cogía al animalito antes de que se hiciera más daño. Finalmente todo salió bien y asunto solucionado. Sólo quería darle las gracias por su consejo, que ha sido mano de santo. Ahora por fin puedo dormir tranquilo y dar gracias al Señor porque eso no fueran mensajes sino pequeñas vendas. Le quería decir también, que si le debo algo por su asesoramiento profesional, porque yo le puedo hacer una transferencia, si le va bien.

—No, no, por Dios, ha sido sólo una ayudita sin importancia para mí, y nada meritoria por otro lado. En todo caso puede visitar mi página web y recomendar mis servicios a amigos y familiares, sobre todo si sufren de casos paranormales, algo en lo que me he especializado.

—¿Qué quiere decir con eso de casos para anormales, caray, es usted psiquiatra también?

—No, no importa, era sólo un comentario sin importancia. Ahora le dejo, que tengo mucho trabajo —le contesté en vista de que no merecía la pena la explicación acerca de mi especialización profesional en el terreno de la parapsicología, algo que, por cierto, me di cuenta en ese momento que muy bien podría ser calificada como “parainvestigación”, término que a partir de ese instante podría comenzar a utilizar a la hora de publicitar mis actividades detectivescas, aunque ya era muy tarde para cambiar las tarjetas de visita, la placa para colocar en la puerta de nuestro hogar y, por lo tanto, para cambiar la información que aparecía en la desastrosa página web que me diseñaron los amigos serigrafistas del señor Ruiz, al que hasta entonces consideraba yo un camarada del alma,

pero que a raíz de aquella chapuza pasó a ser considerado únicamente como camarada, incluso estando a punto de pasar a engrosar la anodina lista de simples conocidos.

Una vez intercambiadas las fórmulas pertinentes de despedidas telefónicas, me entregué de nuevo a mis reflexiones. Por fortuna, Ella debía de estar completamente entregada a las suyas, porque no preguntó desde la lejanía que quién era el que había llamado.

De manera que, recuperada la concentración necesaria, volví a mis pensamientos anteriores a la inoportuna conversación telefónica, si bien es cierto que con cierta sensación de euforia por haber realizado, una vez más, una excelente intervención detectivesca con resolución favorable de un caso complicado, como era este de los supuestos mensajes adúlteros mediante la utilización de una paloma mensajera.

En cuanto al terrible asesinato acontecido hace cosa de un siglo en el faro de na Popia de la isla Dragonera, ya sólo me restaba reunir todos los datos obtenidos y darle coherencia y unidad a un enigma que, en realidad, estaba ya resuelto. Estos datos se podían resumir de la siguiente manera:

- 1 Un hombre fue arrojado por el acantilado del faro viejo de Dragonera, muriendo en dicha caída. Es decir, podemos concluir que fue vilmente asesinado.
- 2 El individuo vilmente asesinado se llamaba Fermín Carvajal, cuya edad y lugar de nacimiento se desconocen hasta el momento, y casi seguro que se desconocerán en los momentos futuros.
- 3 El móvil del asesinato fue de naturaleza pasional, o sea, consecuencia del descubrimiento, por parte del asesino, de la relación sentimental que se había establecido entre la víctima y la mujer del asesino.
- 4 El asesino, y cornudo, era uno de los tres fareros destinados en el faro viejo de Dragonera, conocido también como faro de na Popia.
- 5 La mujer del farero y su amigo / amante, estaban preparando una fuga conjunta embarcándose con unos contrabandistas que solían trapichear en una cala cercana al faro.

—Oye, hoy es domingo, ¿verdad? —me preguntó Ella desde su improvisado estudio fotográfico.

—Pues espera que lo confirme con el calendario del teléfono...sí, hoy es domingo 24 de julio —le contesté desde el escritorio de Francisco, que durante esos días se había convertido, con la ayuda de mi pequeño ordenador tipo “notebook”, en mi estudio de vacaciones.

—Pues es que yo quería visitar el castillo de Bellver, y estoy viendo en el ordenador que justo los domingos la entrada es gratis —comentó Ella, pero sin mucha convicción en lo que estaba, de manera tácita, proponiendo, que no era otra cosa que dejar de inmediato todo lo que en esos momentos teníamos entre manos y salir disparados a Palma para ver su famoso castillo medieval, y circular.

—¿Y cuánto cuesta la entrada el resto de días? —le pregunté yo, imaginando que se trataría de un modesto desembolso, y que por lo tanto no valdría la pena abandonar mis reflexiones acerca del caso Carvajal, ahora que justo estaba ya a punto de dar por cerrado el caso.

—En la página web del castillo pone que 4 euros la entrada normal.

—Pues no se hable más...¡vámonos! —le dije mientras levantaba el culo del asiento donde estaba reflexionando sobre el asesinato del pobre Carvajal, ya que si nos podíamos ahorrar la importante cantidad de 8 euros, sería de estúpidos dejar esa visita para otro día, ni siquiera a costa de cerrar de una vez por todas el, ya algo cansino, caso Carvajal.



Quedaron por tanto suspendidas mis reflexiones detectivescas y nos pusimos en marcha camino de Palma (no sin antes darle un pequeño paseo por el pueblo a Ramona) para visitar su castillo ya que, según Ella, sería imperdonable no emplatarlo para su reportaje gastrográfico sobre una Mallorca surrealista en el que estaba trabajando desde que llegamos a la isla, y sobre el que ya estaba dando los últimos retoques.

Una vez en el famoso enclave, y todavía no muy atiborrado de gente debido a que era domingo y muchos estarían durmiendo como consecuencia de los excesos del día anterior, Ella pudo realizar alguna foto con el castillo de cuerpo entero y sin muchos turistas colándose por el medio, lo cual, luego, con unos simples retoques y clonaciones, quedaría como si allí no hubiera habido nadie a excepción de la fotógrafa.

—Pues yo ya tengo las fotos que quería —me dijo Ella, dándome a entender que si queríamos nos podíamos largar de allí, lo cual no dejaba de parecerme toda una contradicción dado que habíamos elegido el domingo precisamente porque la entrada era gratuita, y si ahora nos íbamos del lugar sin entrar a visitar el castillo, entonces... ¿para qué demonios habíamos ido en domingo?

—Hombre ya que hemos venido hasta aquí, y que hoy la entrada es gratuita, podemos entrar y ver el interior, ¿no te parece? —le comenté intentando aportar algo de pragmatismo al momento.

—Ah, vale, como quieras —respondió con un laconismo que reflejaba cierta indolencia en el asunto de la visita turística en cuestión, y mucho más interés por volver a su estudio provisional para terminar el reportaje fotográfico.

—Hombre, aunque sólo sea por ver dónde estuvo encerrado el pobre de don Gaspar, merece la pena —le expuse para ver si así le parecía más atractiva la entrada, dado que el mero aliciente arquitectónico no parecía estimularla de forma considerable, algo muy raro en Ella, todo hay que decirlo, pero comprensible dado que sólo quedaban uno o dos días de libertad antes de tener que empezar a recomponer todos los desperfectos originados en la casa de Rosa y Francisco.

—¿Y quién es ese don Gaspar? —me preguntó, denotando todavía más desinterés del que me había imaginado por las cuestiones histórico-biográficas que encierran las curvas paredes y mazmorras de ese terrible castillo, que pasó de ser residencia real a prisión y lugar de execrables torturas.

—Quién va a ser... pues Gaspar Melchor de Jovellanos —le respondí algo ofendido por su apatía con respecto al cautiverio que este ínclito ilustrado español sufrió entre los muros de esa, por otro lado, magnífica representación del gótico civil español.

—Caray, pues haber dicho Jovellanos directamente y no don Gaspar —me contestó también algo molesta por mi descarado enjuiciamiento, dejando a las claras que necesitábamos entrar y relajarnos un poco distrayéndonos con las exposiciones que allí se ofrecen al turista.

—¿Por qué no nos tomamos un café en esa cafetería antes de entrar?... total... ya no tenemos ninguna prisa —sugirió Ella, de forma muy acertada, aunque yo sospechaba que esa dilación para entrar acarrearía como consecuencia el tener que visitar el castillo entre una buena avalancha de turistas.

—Vale... me parece una idea estupenda —contesté yo de forma absolutamente hipócrita, pero consciente de que eso nos ayudaría a entrar en el alcázar de forma más relajada y optimista.

Una vez sentados y pedidos sendos cortados, decidí consultar en mi teléfono polivalente la historia oculta del Castillo de Bellver, ya que sobre la no oculta ya había consultado bastantes cosas durante estos días de vacaciones, previendo que tarde o temprano acabaríamos visitando este icono del turismo palmesano, tal y como así sucedió.

—¿Sabías que son muchas las apariciones y sucesos paranormales que tienen lugar en este castillo? —le comenté a Ella, nada más darle las gracias a la bien plantada camarera que nos había traído nuestros cafés cortados, aunque arrepintiéndome ipso facto de habérselas dado cuando vi la cifra que venía indicada al final del tique que nos acababa de dejar en una bandejita, como si de un rico pastel se tratara.

—Bah, eso no son más que tonterías...¿no te las irás a creer, verdad? —me contestó

mientras miraba su teléfono móvil, y también polivalente, pero no creo que con la intención de consultar la historia oculta de Bellver.

—Dicen que es frecuente oír pasos por las escaleras —insistí.

—Ya...claro —replicó Ella abúlicamente y sin levantar la cabeza de su aparato telefónico.

—Mira...también resulta que unos turistas que habían grabado en vídeo su viaje, al reproducir, ya de regreso a sus casas, la película y llegar el momento en el que paseaban por el interior del castillo, comenzaron a oírse unos gritos espeluznantes, que por supuesto ellos no habían oído mientras turisteaban.

—Hmmm —se limitó a responderme.

—Y eso no es todo, parece ser que algunos empleados del monumento han visto la sombra de Jovellanos deambulando por su celda y alrededores —le dije continuando con mi clase magistral sobre la historia oculta del Castillo de Bellver, pero sin obtener esta vez respuesta ni tan siquiera sonido gutural alguno.

—También hay una leyenda sobre una bruja... “na Joana”, es decir “la Juana”, que al parecer vivía en unas cuevas que hay debajo de la fortaleza, y que era malvada, tan malvada que ofrecía unos higos envenenados al que pasaba cerca de su morada cavernícola. Lo que aquí no especifican es si los higos que ofrecía la bruja eran chumbos o no chumbos.

—Y para qué hablar de las torturas —continué— que dentro del castillo se han llevado a cabo en diferentes épocas, con todos los presos que ahí han encerrado. Seguro que los gritos que se escuchaban en el vídeo de esa pareja de turistas eran clariaudencias, o mejor dicho, parafonías, consecuencia de aquellos pobres seres torturados.

—¿No podemos hablar de otra cosa más agradable? —dijo Ella con voz algo lastimosa justo antes de llevarse la tacita de café a la boca.

—Hombre, qué mejor que conocer la historia no contada que se esconde detrás de los añejos muros del fortín —le repuse, con la intención de proseguir con mis relatos paranormales—. Y esto ya pone los pelos de punta, mira, parece ser que en la sala de las ánforas, muchos vigilantes del castillo, y visitantes también, sienten cómo una mano gélida se les posa en el hombro.

—Bueno, ¡basta ya por favor!, que parece que vamos a entrar al tren de la bruja en lugar de a un monumento turístico —dijo Ella, cortando por lo sano mi completa exposición acerca de los sucesos parapsicológicos observados con más frecuencia en el interior de ese bello pero enigmático enclave.

Una vez traspasada la primera puerta, nos encontramos en el recinto formado por un primer anillo concéntrico.

—Anda, mira, si han puesto una placa que representa un meridiano para homenajear a François Aragó —comenté en voz alta y bastante emocionado.

—Menos mal que no es ningún espectro ni nada de eso —contestó Ella, parece que aliviada por dejar de oír reseñas sobre la historia paranormal del castillo.

—En cualquier caso, me parece que con este meridiano pueden despistar al turista poco instruido, puesto que algunos creerán que este es el famoso meridiano de París, que el ínclito físico francés se afamaba por establecer, sin saber que ese meridiano pasa por Dragonera y no por aquí.

—¡Hombre!, ya me parecía a mí, hemos cambiado a los fantasmas por la famosa isla —volvió a replicar Ella con cierto retintín en su tono de voz.

—¡Mira!...¡aquí fusilaron al general Lacy!...en esta placa pone que lo fusilaron el 5 de julio de 1817, deberíamos proponerles a Francisco y Rosa que nos intercambiamos las casas el próximo año, y venir al castillo el 5 de julio justo cuando se cumplan los doscientos años de su fusilamiento, seguro que se produce algún fenómeno paranormal en el que forme parte el espíritu del insigne militar liberal.

—Vale, les diremos a Rosa y Francisco que el año que viene queremos estar aquí para ver cómo se aparece el espíritu de un general que fusilaron en el castillo —continuó Ella con el mismo retintín anterior.

—Mira, mira, la torre del homenaje, justo en su base estaba “la olla”, que pasó de ser un aljibe a convertirse en una mazmorra donde arrojaban a la pobre gente para que se muriera allí dentro, en invierno de frío y en verano de calor.

—Y ahora me dirás que a Aragón lo metieron allí y que su espíritu se aparece por las noches.

—No, qué va, el que parece ser que ha sido visto, o al menos su sombra, es Jovellanos. Aragón se escapó de aquí a los pocos meses. Claro que Jovellanos tampoco murió aquí, sino en su Asturias natal, así que no sé por qué le da por aparecerse de vez en cuando en este castillo.

Yo ya estaba muy emocionado por ver el paso de tan insignes personalidades del siglo XIX por aquella fortaleza-prisión, cuando dimos un paso más hacia el interior de sus muros.

—Tenemos que ir muy atentos por si se nos ofrece la maravillosa oportunidad de escuchar alguna psicofonía, o incluso clariaudienia —le dije a Ella susurrándole al oído.

—¡No me hables así hombre!, que me das miedo —me reprendió con cara de alcaraván asustado.

—Bueno, pero tú haz fotos a espacios vacíos, y sobre todo a las esquinas, a ver si suena la flauta y luego aparecen en la imagen tomada, orbes o incluso figuras espectrales. Yo conectaré el grabador de sonido de mi teléfono para lo de las parafonías.

—¿Pero no eran psicofonías? —me contestó, de nuevo con un sarcasmo evidente.

—Es lo mismo —le contesté por mi parte, pero sin sarcasmo alguno —. Y tanto las parafonías como los orbes, o imágenes espectrales aparecidas en las fotografías, son TCI, es decir transcomunicaciones instrumentales —Añadí, aliñando mis explicaciones con el rigor científico necesario para arrancarle de forma definitiva ese tono despectivo empleado en cada uno de sus comentarios sobre la historia oculta del lugar.

—Vale, vale.

Y así, sin darnos cuenta, nos vimos inmersos en las entrañas del castillo...

—Tú si notas cualquier tipo de presencia o contacto corporal dímelo —le previne para que estuviera alerta.

—¡Ay!, cállate ya por favor, que me estás poniendo nerviosa.

—Es que no estamos todos los días en un centro acumulativo de experiencias paranormales —tuve que excusarme, por si pensaba que yo pecaba de insistente.

—Según este plano creo que esa es la sala de las ánforas, ¡Dios qué emoción!, uno de los lugares donde más fenómenos psi-gamma y psi-kappa, han tenido lugar —seguí yo comentando con voz susurrante para no alterar mi capacidad auditiva, y poder así captar cualquier alteración externa y / o interna—. Si tuviera en estos momentos mi péndulo o mi bola de cristal, qué no podría yo descubrir y traer a la luz desde las oscuridades del más allá—pensé par mis adentros, momento en el que un hombre que tenía al lado se agachó al suelo para recoger un folleto y acto seguido vi que se dirigía a Ella pensando que se le había caído, por lo que no se le ocurrió otra cosa que tocarle en el hombro lo cual provocó que Ella soltara un alarido que hubiera helado la sangre a la persona más templada del mundo. En ese instante el resto de los concurrentes en la sala de las ánforas respondieron a coro con sendos gritos, produciéndose una reacción en cadena de gritos y estampidas.

—Perdone señora es que le iba a decir que se le había caído al suelo el folleto turístico —explicó un caballero con la voz quejumbrosa y la cara pálida como el mármol debido al susto que se había llevado, al mismo tiempo que con una mano temblona le ofrecía el folleto en cuestión.

—Pero cómo se le ocurre tocarme, hombre, vaya susto que me ha dado —le contestó Ella con cara de tigre de Bengala.

—Bueno, perdone, no pensé que se iba a llevar ese susto —volvió a excusarse el turista de procedencia ignota para mí, al mismo tiempo que uno de los vigilantes llegaba corriendo y jadeante para comprobar el nivel de gravedad de la desgracia ocurrida.

—¡¡Qué ha pasado!! —masculló el vigilante con la voz entrecortada y con un susto de muerte que se reflejaba en cada uno de los poros de su cara.

—Nada, nada, que se le había caído el folleto y... —quiso explicar el causante del alboroto.

—¿Y por caerse un folleto se monta este escándalo? —preguntó el malhumorado vigilante y, por muy poco, víctima de un infarto de miocardio

—Mire, señor —intervine yo— es que resulta que justo en esta sala, y como usted muy bien sabrá, se han producido un sinfín de experiencias paranormales y existen muchos testigos que han sufrido el contacto corporal de espíritus que sin duda alguna se encuentran en la interfase, almas que en su día seguramente fueron torturadas entre estas paredes —le expuse para dar una explicación lo más coherente posible al alarido que Ella había emitido segundos antes y con el que había espantado al resto de visitantes allí presentes, incluso a otros que comenzaron a correr por los pasillos del castillo sin saber ni por qué ni para qué.

—Mire, yo llevo trabajando aquí dos años y no he visto ni oído nada de esas patrañas —me espetó el vigilante algo más sosegado pero no por ello menos malhumorado.

—Es que dos años es muy poco tiempo cuando hablamos de asuntos paranormales —quise especificar.

—Vaya, no sabía nada, pues lo dicho, siento las molestias —dijo el buen hombre del folleto, dando la vuelta, saliendo de la sala de las ánforas y llevándose consigo el panfleto turístico causante del alboroto y que, por supuesto, no era de Ella, ni tampoco mío.

—¿Ves lo que has conseguido con todas tus tonterías sobre apariciones? —me rugió Ella en voz baja, mientras miraba cómo salía de la sala el vigilante del castillo y al mismo tiempo me estrangulaba con sus manos el brazo izquierdo hasta notar cómo la sangre dejaba de circular por él, momento en el que comencé a preocuparme por la posibilidad de que como consecuencia de ese estrangulamiento pudiera necrosarse todo, o parte, del susodicho brazo.

Una vez dentro de la sala Jovellanos, preferí no decir nada acerca de las penalidades que el pobre ilustrado español sufrió durante su prisión en el castillo.

—¿Sabías que antes de encerrarlo aquí estuvo un tiempo en la Cartuja de Valldemosa? —fue lo único que me atreví a comentar como curiosidad biográfica del famoso asturiano.

Ante la falta de respuesta por parte de Ella, decidí ponerme yo también en modo silencio hasta que se normalizara la electrizante atmósfera que se había creado por culpa de aquel imbécil que no tuvo otra ocurrencia que tocarle el hombro justo en la sala de las ánforas.

—Si al menos se lo hubiera tocado en la sala dedicada a las esculturas greco-romanas, seguro que no habría soltado ese terrorífico aullido —pensé para mis adentros.

En cualquier caso, la visita al castillo terminó sin más altercados, por lo que con otro par de cafés a la salida, la cosa quedó normalizada. Eso sí, mientras visionábamos las fotografías tomadas por Ella en el interior y exterior del castillo, no se me ocurrió comentar lo más mínimo acerca de algunas manchas extrañas que pude detectar en varias de las imágenes y que muy bien hubieran sido merecedoras de un análisis pormenorizado para desvelar posibles transcomunicaciones instrumentales en las mismas.

Se terminaban nuestros días de vacaciones propiamente dichos, ya que los dedicados a reparaciones varias en la casa no podían considerarse de asueto precisamente, y para mí resultaba de imperiosa necesidad cerrar definitivamente el caso Carvajal. Consideraba que no podía regresar a la península sin haber resuelto por completo ese intrincado y truculento enigma y, si me consideraba un buen representante de la parainvestigación, que de hecho sí me consideraba y por supuesto me sigo considerando, tenía que poner el broche final a aquella terrible historia de celos y violencia.

El problema es que hasta ese momento, cada vez que intentaba reflexionar sobre todos los datos acumulados durante aquellos días de investigación, surgía un obstáculo y echaba al traste con todas mis reflexiones. De manera que no estaba dispuesto a que aquel lunes, y muy posiblemente último día que podría dedicar a mis quehaceres detectivescos, se echara a perder por culpa de alguna llamada inoportuna o cualquier contrariedad fuera de la índole que fuera.

Estaba yo pensando todo esto, y alguna cosa más que no viene ahora al caso pero que en ese momento sí que venían (por estar dedicándome al alivio intestinal matutino), cuando pasó por mi cabeza la solución a mis temores y, lo más curioso, es que dicha solución atravesó mi magín en forma de pregunta.

—¿Dónde demonios me podría refugiar sin correr ningún tipo de interrupción en mis cavilaciones? —me pregunté mentalmente, mientras el tráfico intestinal se regulaba él solo y sin intervención alguna de mi voluntad.

La respuesta no tardó ni dos segundos en presentarse.

—En la iglesia del pueblo —me respondí, o me respondió mi voz interna, de forma simple pero categórica.

Así que, ni corto ni perezoso, y por supuesto una vez realizadas todas las obligaciones relativas a las primeras horas del día, además de las que estaba realizando entonces en el cuarto de baño de arriba (mientras Ella las realizaba en el cuarto de baño de abajo), decidí coger una simple libreta de anotaciones, en lugar de toda la mochila con los diez cuadernos de campo (o diarios), y poner camino en dirección al centro del pueblo.

—Me voy al pueblo a dar una vuelta por el centro, que todavía no lo conozco bien —le dije a Ella después de haber regresado de nuestro habitual desayuno en el bar más cercano.

—Vale, yo me quedo a dar los últimos retoques con el ordenador —me contestó para indicarme, como ya me imaginaba, que prefería quedarse en casa y trabajar con sus reportaje fotográfico.

Cinco minutos después ya me encontraba en la plaza del pueblo y enfrente de la iglesia, construida en 1785 en honor a San Bartolomé, de aspecto monolítico pero no por ello apabullante. Previamente había consultado en mi teléfono polivalente el horario de misas, no fuera que la celebración del oficio interrumpiera de forma rotunda mis reflexiones. Pero no había peligro, los días laborables sólo se celebra una misa y era a las ocho de la tarde. Sin embargo, cabía la posibilidad de que el templo permaneciera cerrado, lo cual terminaría con toda mi ilusión. Sin más dilaciones, me acerqué al portón central y empujé... ¡la puerta se abrió!

No me lo podía creer, todo un templo para mí solo y mis especulaciones.

Ni siquiera había feligreses que pudieran distorsionar mis cábalas sobre la parainvestigación que estaba llevando a cabo, con sus plegarias y molestos rezos emitidos en voz alta, aunque fueran quejumbrosos. No podía, por tanto, perder ni un minuto, de manera que abrí la libreta de anotaciones y comencé a anotar. Primero anoté la fecha del día y luego el lugar y la hora exactos, algo que todo buen anotador debe reflejar en su libreta antes de escribir nada que valga la pena.

En papel aparte había yo llevado el resumen de datos obtenidos hasta el momento, y de los que ya he hecho mención algo más arriba en este libro de relatos detectivescos. Era momento pues

de elaborar una historia, puesto que ya tenía la identidad de la víctima, la del asesino (aunque sin saber su nombre pero sí su oficio y destino), e incluso la naturaleza del móvil criminal. Es verdad que había datos que nunca podría llegar a determinar con exactitud, como el día y la hora concreta en que Carvajal fue despeñado por el acantilado del faro de na Popia, ni tampoco el día y la hora en que aquellos contrabandistas iban a dejar un alijo de tabaco o de alcohol, además de recoger a una pareja que huía de su particular cárcel, para poder amarse libremente en algún lugar lejos de la isla Dragonera.

—Bon dia —oí que decía alguien, a mi lado derecho, con voz pausada y solemne.

—Hola, buenos días —contesté yo de forma cortés, al mismo tiempo que me giraba hacia la derecha y comprobaba que aquel saludo engolado provenía del párroco del pueblo.

—¿Le puedo ayudar en algo? —me preguntó el cura, utilizando el castellano con un acento mallorquín muy pronunciado, pero al que agradecí sobremanera su uso para no tener que hablar yo en mi idioma laboral predominante, es decir, el catalán.

—Pues no, muchas gracias, sólo estaba meditando —le contesté al párroco para ver si seguía su camino y no se convertía en la interrupción número mil, que arruinaba mis reflexiones y deducciones detectivescas.

—Este es un buen sitio para meditar, porque Dios nos ayuda en la reflexión —me dijo el sacerdote mientras se sentaba en el mismo banco donde yo me encontraba y, además, a escasamente un metro de distancia de mi persona, lo cual me produjo el mayor de los espantos posibles.

—¿Es que no hay más bancos en esta maldita iglesia? —le preguntó mi voz interna al inoportuno clérigo, mientras mi voz externa se mantenía callada y sin saber qué decir.

—Mire usted, no quiero parecer indiscreto, pero tantos años de profesión religiosa desarrollan en uno una especie de sexto sentido por el que vemos el estado emocional de muchas personas, y ese sexto sentido me dice que ahora mismo usted tiene problemas que no sabe muy bien cómo resolver y que para eso ha venido a meditar a la casa del Señor —me dijo el plomo del misacantano demostrando que mis terribles sospechas estaban más que fundadas, y esas sospechas eran que no me iba a poder librar del cura y que mis reflexiones se irían a la porra por enésima vez durante esa semana, algo que no estaba dispuesto que sucediera de ninguna de las maneras, porque yo iba a cerrar el caso Carvajal, sí o sí.

—Pues la verdad es que tiene usted toda la razón del mundo, y he venido aquí a reflexionar sobre un asunto que me tiene la cabeza, y el alma, todo hay que decirlo, completamente ofuscadas —le contesté cambiando radicalmente de estrategia, y acordándome de esa sabia sentencia del chino Sun Tzu (extraída de su célebre libro “El arte de la guerra”) que dice que, si no puedes con tu enemigo... ¡únete a él!

—Hijo mío, sabes que puedes contar conmigo y mi secreto de confesión. Si quieres contarme lo que te aflige yo intentaré ayudarte en lo que pueda —me contestó el capellán recuperando su voz engolada, que por un instante había dejado metida en alguno de los bolsillos de su chaqueta.

—El caso es que creo estar cometiendo un grave pecado, padre —le dije con voz compungida, aunque en ningún momento engolada—. Mire, yo soy psiquiatra...

—Pero hijo mío, eso no es ningún pecado —me cortó el ahora ya confesor, sin darme tiempo a terminar mi frase, y es que yo hablaba con mucha lentitud porque debía improvisar la táctica a seguir para poder reflexionar en mis investigaciones criminales, al mismo tiempo que le daba carnaza al rector de esa parroquia.

—No, no, no estoy en pecado por ser psiquiatra, sino porque un paciente me ha confesado un crimen y ahora yo no sé que hacer, si ir a la policía o no. Porque si lo hago quebrantaré el juramento hipocrático que es la base de mi código ético profesional, pero si no lo hago dejaré que un criminal siga en libertad.

—Dios bendito, pues sí que tiene usted un buen dilema —me dijo el cura, guardando de nuevo su voz engolada en el mismo bolsillo de antes, o quizás en otro diferente.

—Mire, todo ocurrió por culpa de los celos de un marido, que por supuesto es la persona que me ha contado los hechos —comencé a relatarle para ver si así podía atar cabos de una maldita vez.

—Por favor no me diga su nombre, porque entonces me trasladará a mí su problema ético.

—Vale, no le diré el nombre del asesino —le dije al pusilánime confesor a sabiendas que, de todas formas, yo no tenía ni idea del nombre del asesino— es más, ni siquiera le diré el del asesinado, sólo comentarle que al pobre le han arrojado por el acantilado del faro de na Popia en la isla Dragonera.

—¡Ave María Purísima!, cómo han sido capaces de cometer tal atrocidad —respondió el padre adoptando cara de mártir torturado.

—Pues parece que la mujer del asesino y un amigo de éste, comenzaron a gustarse y a iniciar una relación sentimental, no sé si estableciéndose entre ellos el pecado del adulterio o no — le expuse al religioso en términos que para él fueran más cercanos.

—Qué dañina es la carne hijo mío —me dijo sin más. Laconismo que agradecí para así continuar con mis reflexiones sin comentarios añadidos que las entorpeciera.

—Todo iba bien, quiero decir que nadie sabía nada excepto los amantes claro está, hasta que un buen día en la letrina de la casa, bueno, quiero decir, en el baño de la casa, el marido cornudo (en fin ya me entiende usted) se dio cuenta que uno de los azulejos de la pared estaba medio suelto y cuál no sería su sorpresa cuando, al tocarlo, éste se desencajó y dejó a la vista un hueco donde se entreveía una caja de hoja de lata, por cierto de Tortas Teclado de Jijona, dentro de la cual había una nota de amor.

—Jesús, María y José qué historia...¿pero no prefiere usted limitarse a su problema ético? —me preguntó con la cara algo desencajada.

—No, no, yo necesito hablar de esto con alguien..., así que cuando el marido vio esa nota la volvió a dejar en la caja, y la caja en el hueco de la pared, y por supuesto el azulejo tapando el hueco, pero a partir de ahí no dejó de espiar a su esposa y al amigo, que por otro lado estaba pasando allí unos días como invitado.

—Pues Dios nos libre de esos invitados —apuntilló el cura.

—A todo esto, con la familia vivía un gato...

—Por Dios ¿no entrará usted ahora en detalles escabrosos de carácter vicioso verdad? —me preguntó muy angustiado el pobre sacerdote.

—Que va, que va, el gato, o mejor dicho la gata (porque era hembra), se llamaba Mismas, y los amantes habían establecido un código secreto por el que si colocaban hacia el interior un adorno que ella le había atado en el collar, el otro ya sabía que en la caja de Tortas Teclado había una nota lista para leer en la intimidad de la letrina, es decir del cuarto de baño. Pero el marido, que ya no dejaba de quitarles el ojo de encima, se percató de lo del truquito del collar del gato...

—Me lo cuenta usted como si quisiera escribir una novela, pero yo creo que lo importante es el dilema moral que usted tiene en estos momentos —insistió el párroco, ahora ya recuperando un poco el engolamiento vocal abandonado, con la clarísima intención de convencerme para que interrumpiera mi relato, algo que por supuesto no tenía la más mínima intención de hacer.

—Verá... —continué con mi relato-reflexión—yo no sé donde llevarían a cabo esa pareja de amantes sus encuentros carnales, si es que los llevaban a cabo, pero el caso es que tenían ya preparada la fuga usando la embarcación de unos contrabandistas a los que ambos conocían.

—Válgame Dios, ¡también estaban metidos en el asunto de la droga! —comentó asustado el aspirante a siervo de Dios.

—Lo de la droga es lo de menos..., la cuestión es que el marido agraviado, que por otro lado, y reconocido por él mismo, solía propinarle alguna que otra paliza a su mujer...

—¡¡Ahora también hay un maltratador!! —exclamó el ya descompuesto oficiante.

—Sí..., pues el maltratador del marido, que ya tenía la mosca detrás de la oreja, estuvo esperando a ver cuándo le colocaban a la gata el adorno del collar en la posición de “mensaje en el baño”, y ni corto ni perezoso fingió una indisposición intestinal repentina y descubrió el pastel...

—¿Cómo que el pastel? —preguntó mi confesor con la cara manifiestamente colorada.

—Quiero decir que, entré al baño, cerré la puerta, pero en lugar de hacer sus necesidades, fue directamente a retirar de la pared el ominoso azulejo, luego, de dentro de la pared, retiró la ominosa caja de Tortas Teclado de Jijona, y, finalmente, de dentro de la caja de Tortas Teclado de Jijona, retiró el también ominoso papel con la supuesta nota de amor, pero el chasco se lo llevó él al ver que en lugar de declaraciones amorosas o eróticas, allí lo que había escrito era, nada más y nada menos, que una cita para escaparse con unos contrabandistas, además con la fecha, hora y lugar indicados pormenorizadamente.

—¿Y qué hizo ese pobre desgraciado? —preguntó otra vez el ministro de Dios, cada vez más entusiasmado por el desenlace de la historia.

—Nada, no hizo nada por el momento, sino que dejó la nota en su lugar sin dejar rastro del descubrimiento y fingió malestar intestinal. Pero durante la comida de ese día, y mientras observaba cómo se miraban los amantes justo cuando cogían unos higos de un bonito frutero de porcelana que había en el centro de la mesa, improvisó un rápido plan para deshacerse del, hasta entonces, amigo suyo, y ese plan consistiría en llevarle hacia lo alto de la isla Dragonera para despeñarlo cuando no los viera nadie, seguramente aprovechando la mutua afición por la ornitología o cualquier otra actividad, de las muchas que Dragonera ofrece para pasar una buena jornada. Luego, al volver a su casa, le diría a su mujer que Fermín, porque la pobre víctima se llamaba Fermín Car...

—¡¡¡No!!!, ¡por Dios, no quiero saber su apellido!! ...me interrumpió acalorado el cura.

—Pues al volver a su casa, no Fermín, sino el asesino, claro está, porque el pobre de Fermín ya estaba muerto, le dijo a su mujer que su común amigo se había comportado de una forma muy extraña durante la excursión a la isla y que, cuando al regresar del paseo, se fueron a tomar unas cervezas al pueblo de San Telmo, aquel (es decir, Fermín) le contó que su mujer (es decir la mujer del asesino y amante suya) le estaba acosando y que, a causa de ese acoso, ya no podía seguir viviendo con ellos, así que se iba sin recoger siquiera las pocas pertenencias que se había llevado consigo de viaje. Acto seguido, el asesino, sin ningún tipo de remordimiento por sus actos criminales y difamatorios, aprovechó para zurrarle a la mujer y dejarla para el hospital, pero, por supuesto, sin llevarla a ningún centro sanitario ni médico que la atendiera, creyendo que así su honor quedaba restituido, pero arrastrando ya para el resto de sus días el saber que desde ese momento era un completo asesino... ¡¡¡CASO CERRADO!!! —le dije al cura, sin poder reprimir mi exultante estado de ánimo, mientras me levantaba del banco y le ofrecía la mano como acto elemental de educada despedida.

—Pero... ¿y su dilema moral?, si apenas hemos entrado en materia —me dijo compungido el sacerdote, con cara de explorador extraviado.

—No se preocupe, padre, su consejo ha sido para mí de gran ayuda ética y moral —le contesté, pero ya alejándome por el pasillo central del templo, no fuera que me atrapara en sus redes cofesionarias y me retuviera allí hasta conseguir de mí, no sólo la confesión espiritual, sino la promesa de llevar a cabo la confesión policial, algo que por supuesto no podía hacer dado que se trataba de un crimen perpetrado hacía más de un siglo.

De regreso a casa, no pude menos que terminar de recomponer los hechos y llevarlos a su contexto histórico real, es decir finales del siglo XIX o principios del XX, y al viejo faro de Dragonera, eliminando todos los adornos que tuve que añadir para hacérselo creíble al cura. Fue entonces cuando vi con claridad, que los otros dos fareros allí destinados nada sospecharían cuando el asesino les dijera que su amigo se había largado con los contrabandistas, ni tampoco nada se extrañarían de ver una vez más a la pobre de su mujer con marcas y moratones en la cara, puesto que eso ya lo habían visto otras veces. Y por supuesto, la mujer maltratada nunca se creyó las explicaciones del maltratador, y siempre intuyó que a su Fermín del alma le había pasado algo, y que ese algo nada bueno podía ser.

Justo cuando estaba introduciendo la llave en la puerta de entrada, me acordé de la leyenda del fantasma del farero de Dragonera, y pensé que esta vez la leyenda se había equivocado, porque



el fantasma que de vez en cuando veían deambular errante por los caminos y laderas de la isla, no era el alma en pena de un farero, sino la del amigo de un farero que fue asesinado vilmente por éste.

—Holaaaaaa —dije al entrar en casa, para que Ella y Ramona se percataran de mi llegada.

—Hola, ¿qué tal? Mira, ya tengo localizados a un escayolista, a un fontanero, a un piscinero y también unos viveros de plantas muy cercanos —me dijo Ella, cortando de cuajo la alegría con la que volvía yo de mi visita parroquial.

—Y el fontanero para qué —le contesté, ya que un fontanero podría incrementar considerablemente la suma final de las cifras señaladas en todas esas futuras facturas.

—Pues por si hubiera problemas con el desagüe de la lavadora, además de con su goma de seguridad. He pensado que sería un buen detalle dejárselo todo arreglado —me respondió como argumento, pero dándome a entender en realidad que ya estaba la hoja de ruta establecida al completo y que no se iba a cambiar ni una coma.

—Pues seguro que ellos no llaman a un electricista para solucionar los múltiples problemas de iluminación que tiene la instalación de nuestra casa —añadí yo par ver si se arrepentía de su samaritana iniciativa.

—También he pensado que podemos dedicar a todas esas reparaciones los tres últimos días, es decir, miércoles, jueves y viernes, y que como mañana nos queda libre podíamos pasarnos por Lluc, a ver si allí se me ocurre un último emplatamiento.

—¿No querrás colocar a la Virgen de Lluc rebozada con huevo y harina o metida dentro de una de esas empanadillas que llaman *cocarrais*? —dije yo, algo alarmado por esa posible actitud irreverente e irrespetuosa por su parte, por muy surrealista que pudiera resultar—. Te recuerdo que es, nada más y nada menos, que la patrona de Mallorca.

—Nooooo... sólo es para ver el lugar y quizás localizar algún enclave que me sugiera id

Aquello no me pareció una mala oferta, y me refiero, por supuesto, a la visita al monasterio de Lluc y no a la contratación de un fontanero para solucionar los problemas previos a nuestra visita veraniega. En cualquier caso, y como ya había dado por zanjado el truculento misterio de la isla Dragonera, nada me impedía disfrutar de un día relajado, dedicándome a la simple y anodina actividad de turistar.

El resto de la tarde, mientras Ella ponía orden en su reportaje, yo ponía orden en mis diarios y cuadernos, es decir que los comencé a meter de nuevo en su mochila correspondiente con la intención de no volver a sacarlos hasta que no estuviéramos de vuelta en nuestro tranquilo hogar habitual, una vez finalizadas las vacaciones. Por supuesto, también dediqué la tarde a buscar información on-line sobre los milagros llevados a cabo por la patrona mallorquina, conocida como “La Moreneta”, que por supuesto no es la misma Moreneta que la virgen de Monserrat.

Sin embargo, en lugar de encontrarme un importante abanico de hechos taumatúrgicos, lo que apareció ante mí, desde las diferentes ventanas on-line de mi pequeño ordenador tipo notebook, fue la relevancia que este enclave mallorquín tiene hace ya tiempo desde el punto de vista de la ufología, puesto que son muchos y variados los avistamientos que, al parecer, han tenido lugar, no sólo en las cercanías del monasterio, sino a lo largo de toda la Sierra de Tramontana.

Esto me hizo pensar que quizás no sería ninguna tontería regresar a la isla, pero ya no para resolver crímenes acontecidos hace más de cien años, sino para experimentar alguno de esos avistamientos que, según dicen, son tan prolíficos allí.

—¡Qué buena idea has tenido con eso de ir mañana al santuario de Lluc! —le grité desde mi estudio improvisado, dirigiendo mi cabeza hacia su estudio improvisado.

—Eso me ha parecido a mí también —me contestó Ella, pero de nuevo sin dirigir su cabeza hacia mi estudio improvisado, ya que su voz no me llegó con la claridad que seguramente le debió de llegar la mía segundos antes, aunque quizás también influyó en la diferente calidad de transmisión de nuestros respectivos mensajes el hecho de que yo gritase y Ella no.

En cualquier caso, y a parte del mejor o peor uso del espacio transmisor dado por Ella o por mí para comunicarnos en nuestro hogar vacacional, la emoción me embargaba sólo de pensar que,

en apenas doce horas, íbamos a dirigirnos a uno de los lugares más mágicos de la isla de Mallorca. Además, gracias a mis indagaciones on-line, pude comprobar que para el 26 de julio, es decir el día siguiente, no había prevista ninguna peregrinación al lugar, ni celebración multitudinaria, de esas que tan frecuentemente se dan allí. Incluso había leído, electrónicamente hablando, claro está, que miles de peregrinos hacen en agosto el recorrido a pie desde Palma a Lluc, saliendo de noche y llegando maltrechos al Monasterio a primeras horas de la mañana.

Algo que llamaba poderosamente mi atención, es que esa romería comenzó a realizarse tomando como punto de partida un bar de Palma, y de hecho el nombre de la misma es el de “Marcha del Güell a Lluc a peu”, donde Güell es el nombre de aquel bar que en 1974 fue adoptado como salida de la peregrinación a Lluc, para dar gracias de que una niña saliera ilesa de un serio accidente. Pocas peregrinaciones en el mundo creo que tengan como origen un bar y, seguro que ninguna, le ha puesto el nombre del bar a la ruta de peregrinaje.

Por estas razones, y por otras de las que no era consciente, estaba seguro de que en Lluc algo me estaba esperando, pero en ese instante desconocía la naturaleza de ese algo, sin embargo, no tardaría en descubrir de qué se trataba y de las repercusiones que podría tener para el resto de mi existencia e incluso para la existencia de miles, o quién sabe si millones, de personas.

El parte meteorológico que consulté el día 25 por la tarde, ya con la tranquilidad de haber cerrado con éxito un nuevo caso en mi carrera profesional dedicada al difícil, a la par que insólito, campo de la parainvestigación, anunciaba para el día siguiente la entrada de una nueva ola de calor, algo que, dada mi condición cada vez más desarrollada de individuo meteorosensible, no hacía falta que me anunciara ningún parte meteorológico, puesto que yo ya había comenzado a sentir ciertos mareos y una clara visión cruzada en mis ojos, lo cual era un evidente síntoma de que el tiempo iba a cambiar, y en pleno mes de julio ese cambio nada bueno podía traer... así que los 38° centígrados de temperatura máxima, con una humedad del 70 %, estaban garantizados.

Esa mala noticia no empañó para nada la alegría que embargaba todo mi espíritu a consecuencia de mis éxitos detectivescos y, de hecho, para celebrar la resolución del caso Carvajal, aquella misma noche le propuse a Ella irnos a cenar al restaurante chino del pueblo, donde se pueden pedir ciertos platos vegetarianos y a buen precio.

—¿Qué te parece si para celebrarlo nos vamos a cenar al restaurante chino ese que hay a la entrada del pueblo? —le dije a eso de las cinco de la tarde, nada más despertarme de la pequeña siesta echada en el sofá del cuarto de estar, y sin ser consciente en ese instante de que Ella no sabía absolutamente nada de mis investigaciones, o mejor dicho parainvestigaciones, ni sobre el caso Carvajal ni sobre ningún otro.

—¿Para celebrar qué? —me contestó lógica y consecuentemente.

—Pues que hoy es san Teodomiro —repuse rápidamente para intentar enmendar el lapsus cometido.

—Pero si hoy es 25 de julio... ¡Santiago! —dijo Ella dejando a las claras que en ese momento tenía colocado su cerebro en modo pragmático.

—¡Bah!!... Santiago... ¿a quién le importa Santiago?... en mi familia siempre se ha celebrado san Teodomiro, porque un abuelo de mi madre, natural del pueblo burgalés de Sargentos de la Lora, se llamaba Teodomiro. Y como el tal Teodomiro parece ser que fue todo un héroe de guerra, de la guerra de Cuba claro está, pues luego se siguió celebrando siempre su onomástica en conmemoración de sus hazañas bélicas.

—Me parece muy bien lo del Chino, pero no hace falta celebrar ningún santo, nos vamos sin más. De todas formas ya sabes que los chinos tienen fama de comerse los perros —me comentó con cierta cara de koala que denotaba candidez, pero al mismo tiempo una pícaro ironía.

—Si fuera por eso no podría entrar en ningún restaurante, porque para mí, como vegetariano convencido y casi vegano, no hay diferencia entre comerse a un perro, a un cerdo, un caballo o a una vaca, dado que tienen un sistema nervioso igual de desarrollado y una inteligencia muy similar.

—Vale, vale, no empieces con la arenga vegetariana —me contestó, dando por zanjada la conversación, pero dejando también claro que esa noche nos íbamos a cenar al restaurante chino del pueblo.

Le propuse ir pronto a cenar, para así luego tener tiempo de hacer la digestión, no fuera que la comida china se nos indigestara. A las 20 horas estábamos cruzando la puerta del establecimiento oriental, donde rápidamente nos invadió el típico olor, difícilmente descriptible, que invade todo buen restaurante chino que se precie de serlo.

En el momento de entrar no había nadie todavía sentado en el comedor, pero es que en el momento de salir seguía sin haber nadie, algo que me hizo sospechar un poco acerca de la calidad de la comida servida allí. Sin embargo, todo hay que decirlo, tanto mis setas con bambú, como su pollo al limón, fueron deliciosos y no nos ocasionaron problemas digestivos de ningún tipo a lo largo de la noche.

Pero volviendo al momento de la entrada, y ya sentados en la mesa...

—Hoy, por ser Santiago, debe ser fiesta ¿no?... , como estamos de vacaciones pues nos da igual qué día es de la semana, y si es fiesta o no... ya podía ser así siempre —comentó Ella mientras se lanzaba sobre un trozo de pan de gambas que le habían servido, algo que yo rehuí hacer, por supuesto, pero que sin embargo sustituí con un buen sorbo de cerveza china.

—La verdad es que ya está uno cansado de tanto Santiago por aquí y Santiago por allá... como si no hubiera otros santos que celebrar, como el mismo san Teodomiro que, ya que no tiene peregrinos que vayan a ofrecerle nada, por lo menos le podían dedicar una fiesta nacional.

—Sí claro, pero es que la repercusión mundial del Camino de Santiago es única y, además, ahora que tú te has comprometido a realizar el Camino, tendrás que cumplir la palabra dada ¿no?

—Casi estoy por afeitarme a Ramona para que parezca como que mi petición no se ha cumplido y así todos tranquilos —explicaba yo, en el mismo momento en que el camarero chino nos traía los platos demandados, con una sonrisa exagerada que iba de oreja a oreja y que no habíamos incluido en nuestra comanda.

—¿Camino de Santiago?...yo hacer...sí...hace tres años, yo hacer con mi familia. Tengo fotos, muchas fotos. ¿tú quieres ver? —me espetó el camarero chino con la sonrisa tan desencajada que me produjo una sensación escalofriante, al representarse su imagen como una serpiente Pitón que me iba a engullir de un momento a otro.

—No, muchas gracias, pero es que yo soy devoto de San Prisciliano, y los priscilianistas no podemos hacer el Camino, ni siquiera ver fotos o documentales sobre el mismo, ya que nos lo prohíbe nuestra creencia, y sería toda una ofensa para el santo, que, por cierto, no sé si sabrá usted, como chino que es, que el santo que está enterrado en la catedral de Santiago no es Santiago, sino san Prisciliano —le contesté algo nervioso al camarero oriental, debido al terror que me producía su hipertrofiada sonrisa, así como la posibilidad de que apareciera con doscientas fotos de él y su familia en el Camino de Santiago.

—¿Pelo tonsos, tumba Santiago no se tumba Santiago? —me preguntó el chino mientras mis setas con bambú comenzaban a enfriarse y veía, simultáneamente, cómo Ella se deleitaba con su pollo al limón.

—No, tumba de Santiago es en realidad tumba de san Prisciliano —le contesté al chino ya un poco malhumorado por no dejar que me entregara a los placeres gastronómicos.

—Tonsos... ¿por qué no llamas a ciudad Samprislano en lugar de Santiago?...no entiendo —siguió importunando el molesto camarero, momento en el que imploré para que entrara algún cliente más al comedor. Sin embargo mis plegarias no fueron escuchadas, motivo por el que tuve que recurrir a la siempre eficiente artimaña de inventarme una llamada telefónica.

—Huy, perdón...me están llamando al móvil, que lo tengo puesto en modo vibración y noto el cosquilleo —le dije al plomo de ex-peregrino chino al mismo tiempo que sacaba el teléfono de mi chaleco tipo jardinero (muy útil por su cantidad de bolsillos adosados) y fingía una llamada telefónica.

—¿Sí? —pregunté al falso interlocutor.

—Sí, soy yo —le respondí al mismo falso interlocutor, mientras miraba cómo el chino no se movía de su sitio, esperando a que colgara el teléfono y continuáramos con nuestra conversación sobre Santiago y san Prisciliano.

—Bueno, ese es un asunto muy serio que requiere que lo tratemos en privado —le dije al llamador virtual pero combinando mis palabras con una cara de elefante marino que, deliberadamente, proyecté hacia la persona del chino, que en esos momentos parecía la de un oso panda, dado que había decidido borrar su exagerada sonrisa para sustituirla por unos ojos que parecían dos sartenes tipo Wok.

Afortunadamente, la artimaña de la falsa llamada telefónica dio, como no podía ser de otra forma, el resultado esperado, de forma que el chino-lapa se despegó de nuestra mesa y nos dejó, por fin, disfrutar de nuestra comida tranquila y apaciblemente.

—Por cierto...¿sabías que el obispo que en el siglo IX encontró el polémico sepulcro y que

lo atribuyó a Santiago, se llamaba Teodomiro?...así que con más motivo tendría que llamarse Camino de Teodomiro, o del Obispo Teodomiro —le comenté a Ella, recordando entre seta y bambú, el famoso acontecimiento de las luces en el bosque que terminó con el hallazgo de los famosos restos funerarios que tanta cola han traído durante los doce siglos siguientes.

—Bueno...¿entonces mañana nos vamos a Lluc? —me respondió Ella, eludiendo seguir la conversación acerca del Camino de Santiago, su historia y sus leyendas, algo por otro lado muy sabio, no fuera que el camarero impertinente escuchara nuestra conversación santiagoueña y volviera corriendo con algún dispositivo electrónico para enseñarnos sus malditas fotografías de la peregrinación familiar.

—Sí, pero deberíamos ir prontito porque viene otra maldita ola de calor y más vale no andar por ahí dando vueltas a horas bochornosas —repuse yo haciendo gala de raciocino y previsión.

—Pues si quieres desayunamos allí mismo —sugirió Ella, para tranquilizar mis fobias caniculares, sin darse cuenta que así atizaba mi fobia a la abstinencia matutina.

—No, no, si acaso desayunamos dos veces, aquí y allí...pero de casa salimos desayunados por lo que pueda pasar.

—Vale, vale...sólo era una sugerencia.

\*\*\*

Al día siguiente, y como todavía eran las siete de la mañana cuando decidimos saltar de la cama, preferimos hacer un café en casa y tostar nosotros mismos unas rebanadas de pan de molde, para salir ya camino del famoso santuario con el estómago lleno, bueno, más que lleno, complacido. No podíamos arriesgarnos a que el resto de la jornada fuera calurosa, húmeda y, además, hambrienta.

Al tratarse de un lugar de ineluctables propiedades esotéricas y misteriosas, yo decidí ataviarme con mi herramienta radiestésica preferida, no fuera que tuviera que echar mano de ella en algún momento determinado. Además, de sobra es sabido que todos los enclaves de culto a vírgenes negras, como es el caso de la virgen de Lluc, suelen estar cimentados sobre viejas creencias y tradiciones paganas. Es decir que lo mágico y enigmático del enclave ya les viene de lejos, es más, de muy lejos. Lo que yo no podía imaginar es que mi vida estaba a punto de dar un giro de 180°, y que mi carrera en la parainvestigación, y por tanto mi reputación como paradetecive privado, se iba a ver sometida a una prueba hercúlea, de la que todavía no sé si podré salir bien parado. Pero algo sí que sé, y es que si consigo terminar la ingente empresa que en Lluc se me ha revelado como lo que, muy probablemente, sea la meta suprema en mi vida, entonces el comportamiento ético del ser humano podrá definitivamente dar un paso importante hacia su cima evolutiva.

—Estás muy callado, ¿te pasa algo? —me preguntó Ella, después de pasar la población de Inca y comenzar la ascensión hacia la sierra de Tramontana.

—No, es que voy concentrado porque ahora vienen un motón de curvas y no sabemos si va a aparecer un loco borracho por alguna de ellas —le contesté, dándole la primera excusa que se me pasó por la cabeza pero ocultándole que, en realidad, una extraña intuición estaba adueñándose de todo mi ser y, de alguna manera, esa intuición me estaba preparando para saber canalizar lo que sería una de las experiencias más catárticas por las que una persona puede atravesar, y que muy bien podría casi calificarse como de “experiencia mesiánica”.

—Hombre, no creo que a estas horas de la mañana, y un martes, vengan muchos borrachos procedentes de un monasterio —replicó Ella para aportar una visión más optimista del camino.

—Bueno, no es un monasterio cualquiera, aquí han ocurrido muchas cosas extrañas, y los monjes que lo llevan son de la comunidad de Misioneros de los Sagrados Corazones.

—Ah, no sabía que la congregación de Lluc fuera del Sagrado Corazón, eso me recuerda a cuando era pequeña.

—No, no, estos son Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y María, y los que tú

dices sólo son Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús —tuve que añadir para dejar bien clara la diferencia entre unos y otros, y que pudiera así realizar unas fotografías mucho más coherentes con el entorno.

—Bueno, vale, pero eso qué tendrá que ver para que puedan venir conductores borrachos por la carretera —dijo Ella, pidiendo más guerra dialéctica.

—Pues porque este es un sitio de peregrinaje, y ya sabemos lo que ocurre en estos lugares cuando a lo sagrado se le une lo profano, y no sólo lo profano sin también lo báquico. Sería por algo que el insigne Góngora a las romerías las llamaba ramerías.

—Caray...no creo que sea para tanto —apuntilló Ella, me imagino que con cara de avispa, aunque esto último no pude comprobarlo, para no poner en peligro nuestras vidas apartando la vista de la carretera con el fin de observar algo de importancia tan nimia, como era la probable cara de avispa que Ella podía haber, o no, adoptado.

El resto del viaje volvió a trascurrir casi en su totalidad calladamente, aunque yo notaba que Ella se iba entusiasmando con el paisaje montañoso que se nos aparecía curva tras curva, mientras que yo, por contra, me iba sumiendo sin saber por qué en un estado de ansiedad inexplicable. Y fue esta ansiedad la que me obligó a romper el voto de silencio con el que me había comprometido para poder concentrar todos mis sentidos en la seguridad vial.

—¿Puedes mirarme a ver si en el bolsillo derecho superior de mi chaleco, llevo alguna grajea de valeriana? —le pregunté a Ella para así poder tranquilizarme un poco, no por ingerir la pastilla, sino por saber que iban dentro del bolsillo del chaleco tipo jardinero.

—Una valeriana...¿y para qué quieres saber si llevas valerianas, es que estás nervioso? —me preguntó, aparentemente sorprendida por mi pregunta y por el posible nerviosismo achacable a mi persona.

—No, no estoy nervioso, ¿pero quieres mirar a ver si las llevo, por favor? —tuve que insistir.

—Mira, aquí las tienes —dijo Ella sacando del pequeño bolsillo unas pastillas blancas.

—¡No hombre!, eso es el ibuprofeno ...le contesté algo alterado y ya con el miedo metido en el cuerpo ante la posibilidad de que no hubiera tenido la precaución de añadir valerianas en mi botiquín de bolsillo.

—¿Son estas? —volvió a preguntarme mientras me enseñaba otras grajeas blancas pero con diferente forma, casi esféricas.

—Pufff, menos mal, gracias —le respondí ya más relajado una vez que vi con mis propios ojos que en mi botiquín de bolsillo estaban las preciadas píldoras antiespasmódicas.

Ya sin tener que volver a romper el voto de silencio autoimpuesto, llegamos por fin al santuario y rápidamente unos carteles nos indicaron el área de aparcamiento dispuesta para los turistas y / o visitantes, por supuesto de pago, con cabida para una gran cantidad de vehículos y autocares.

Afortunadamente todavía no había mucha presencia humana ni hacía un calor desmedido. Todo parecía que apuntaba a pasar unas primeras horas matinales verdaderamente deliciosas. Ese entorno distendido y bucólico hizo que mi incipiente ataque de ansiedad, originado por causas entonces desconocidas para mí, pero ahora perfectamente desveladas, desapareciera por completo y por tanto no hiciera falta que procediera a la ingestión de las consabidas dos valerianas.

—Mira, justo al lado del monasterio hay un bar que parece abierto...¿qué te parece si nos tomamos el segundo desayuno? —le pregunté a Ella, ahora con el estado de ánimo completamente recuperado y con ganas de ingerir, no un antiespasmódico, sino un buen trozo de tarta.

—Vale...aunque yo no tengo hambre, pero me tomaré un cortado.

En aquel bar nada presagiaba lo que en cuestión de un par de horas iba a ocurrir, de hecho yo decidí tomarme un café con leche y un buen trozo de tarta de requesón. El ambiente era apacible, sobre todo porque allí no había nadie más, salvo un gran gato negro que decidió subirse en mi regazo, lo cual complicó un poco el acto de partir la tarta y acercarme el trozo de turno a la boca.

Ella, mientras tanto, y con su cortado ya en el estómago, se puso a disparar fotografías como loca al gato, cosa que despertó ciertas reticencias en mi orgullo personal, ya que en ninguna de aquellas fotos aparecía yo.

—Procura sacarme de perfil —le comenté yo mientras apuraba la tarta de requesón.

—No, si sólo le estoy sacando al gato, en realidad tú no apareces —me soltó tan tranquila, sin tener en cuenta que estaba asestando un navajazo trapero a mi amor propio.

—Ah —es lo único que se me ocurrió decir, ya que mi ego no se hubiera visto resarcido en el caso de haberle impelido a realizar inmediatamente unos retratos en blanco y negro que merecieran la pena.

No sé si fue por la patada que mi vanidad acababa de sufrir, o por cualquier otra cosa, pero el caso es que la tarta de requesón comenzó a parecerme insoportablemente empalagosa y tuve que hacer esfuerzos para acabármela. Sin embargo, la singularidad de que en la taza del café con leche apareciera serigrafado “Cafés Templo” me pareció un detalle de muy buen gusto, nunca mejor dicho, ya que el café estaba muy rico.

—Qué te parece si nos dedicamos cada uno a lo nuestro y quedamos aquí mismo dentro de tres horas —me dijo Ella, una vez terminó de hacerle fotos a ese engreído gato, al ver que yo también había terminado con mi ocupación, que no era otra que la deglución de aquel ladrillo fabricado con requesón.

—Me parece estupendo —le contesté, sabedor de que Ella necesita estar a su aire, muy concentrada en sus fotografías para poder realizar bien su trabajo o, como yo le digo, para que pueda entrar en trance, porque realmente parece una poseída cuando comienza a entusiasmarse con algo a lo que fotografiar.

Por mi parte, como ya había consultado en mi ordenador tipo notebook, la página web del santuario, así como otras páginas con información acerca del enclave en el que nos encontrábamos, no tuve problemas en saber qué lugares debía visitar. Por supuesto que no iba a iniciar una ascensión a las cimas más altas que circundan el monasterio, no por falta de forma física, claro está, sino por falta de tiempo y por miedo a un golpe de calor. Sin embargo, me picaba mucho la curiosidad el hecho de poder dirigirme a un lugar cercano donde, según algunos sitios on-line en los que había husmeado, se encuentra una formación rocosa que parece un camello, y al que muy imaginativamente llaman el camello de Lluc.

Todo estaba perfectamente indicado, y sólo un retrasado mental se hubiera perdido antes de localizar el susodicho camello, que no es otra cosa que un lapiaz con una curiosa apariencia. Durante todo el recorrido comenzó a embargarme la pegajosa sensación de poder encontrar en cualquier recodo del bosque alguna aparición mariana, pero lo que me encontré al llegar al lugar en cuestión, fue a dos turistas haciéndose unas autofotos con el camello pétreo de fondo. Se trataba de dos mujeres, no muy agraciadas por cierto, pero con un acento que desvelaba su oriundez mallorquina.

Aquello me incomodó sobremanera y, de hecho, esperando a que se fueran, tuve que abrir mi mochila y comenzar a escribir lo siguiente en mi diario titulado *Un verano en Mallorca*:

*Es una lástima caminar hasta aquí y encontrarte con dos mujeres que se están haciendo autofotos sin parar. A pesar de haber cruzado los respectivos “holas” que las más elementales normas de educación prescriben, y prescribirán, en el ambiente se nota que se ha originado cierta tensión, dado que ni ellas debían esperar la llegada de un turista inoportuno (que soy yo), ni yo esperaba la presencia en ese lugar escondido, aunque bien señalizado, de dos inoportunas excursionistas (que son ellas) a tan tempranas horas de la mañana.*

*Pienso si se tratará de dos lesbianas mallorquinas que gustan de venir a este lugar para profundizar en sus relaciones sentimentales, o que quizás la presencia del camello les provoque cierta excitación sexual. Sin embargo, inmediatamente pienso también que pensar que esas dos mujeres son lesbianas, da igual si mallorquinas o no, es un verdadero prejuicio homofóbico por mi*

parte. Siento vergüenza por haber pensado que se pudiera tratar de una pareja de mujeres homosexuales.

Sin embargo, recién pensado esto último, me viene a la cabeza que tampoco pasa nada por pensar que son lesbianas, puesto que no hay nada malo en ser lesbiana, entonces el hecho de sentir culpa por pensar en que son lesbianas es ya un prejuicio homofóbico, por lo que es mejor pensar que son lesbianas sin más, es decir sin sentir culpa por pensar que son lesbianas. Decido pues seguir pensando que son una pareja de lesbianas mallorquinas que vienen a este lugar porque de alguna manera les excita sexualmente el enclave. Pienso que tampoco hay nada malo en pensar que el camello les pueda excitar sexualmente porque, de lo contrario, es decir, si pensara que es malo excitarse sexualmente con una formación rocosa con aspecto de camello, entonces estaría revelando una moral mojigata que, desde luego, me niego a reconocer en mi persona.

Comienzo a ponerme nervioso porque pienso que si son tan liberales en su comportamiento sexual, entonces quizás les importe un pimiento mi presencia y comiencen a profundizar en sus relaciones sentimentales y, seguramente, que también carnales, dando paso a una serie de escenas erótico-pornográficas de las que no me gustaría ser testigo. Todavía me pongo más nervioso al pensar que si su homosexualidad no es del todo excluyente, entonces ¿por qué no podrían querer incluirme a mí en sus juegos viciosos con aquel camélido lítico?

Las mujeres me miran y sonríen, momento en el que comienzan a sudarme las manos por temor a que dé inicio el espectáculo imaginado. Pienso que ellas pensarán que yo estoy escribiendo en mi cuaderno de campo las características geomórficas de este dionisiaco lugar y que desconocen que, en realidad, estoy a punto de salir corriendo de aquí ya que cada vez estoy más convencido de que se trata de dos especies de ménades que en cualquier momento pueden lanzarse sobre mi persona para perpetrar todo tipo de atrocidades.

Afortunadamente esas dos brujas perversas y viciosas se van por el único camino que existe para acceder a contemplar el maldito camello. Decido esperar un poco no sea que se piensen que las estoy siguiendo. Saco mi teléfono polivalente y consulto la hora. A partir de entonces decido esperar quince minutos, tiempo que considero suficiente para que esos dos seres demoníacos se hayan distanciado lo necesario y poder así salir de este bosque hechizado sin sufrir su asalto y posterior agresión y / o encantamiento.

Es tal el ataque de pánico que acabo de sufrir que me veo en la obligación de recurrir a mi botiquín de bolsillo e ingerir un par de valerianas con las que sosegar mi alterado espíritu.

Salí precipitadamente de aquel diabólico bosque de encinas, siendo varios los tropezones y caídas que sufrí durante el regreso al santuario, pero al llegar de nuevo al recinto del monasterio mi estado de ánimo se comenzó a recuperar rápidamente, no sé si por el efecto sedante que todo monasterio ejerce sobre aquel que decide acercarse a su radio de influencia, o porque las valerianas ya habían comenzado a desarrollar su capacidad antiespasmódica.

Estaba dispuesto a subir hacia la pequeña colina y recorrer los misterios del rosario escenificados en cinco monumentos para, de paso, recrearme en el sitio exacto donde apareció la virgen negra de Lluc, la cual, aunque se la llevaran a otro lugar, ella, la Moreneta, aparecía de nuevo en este enclave. Sin embargo, me dije a mí mismo que ya que estaba ahí, y que las valerianas me estaban proporcionando un estado de placidez bastante agradable, podría valer la pena entrar en la basílica, cosa que hice sin perder ni un minuto, no fuera que aparecieran de nuevo las temibles bacantes del bosque.

Después de un buen rato sentado en uno de los bancos de la basílica intentando meditar, pero sin conseguirlo —porque las cabezadas eran cada vez más frecuentes y desmesuradas— opté por levantarme y visitar las adyacentes salas que componen un pequeño museo de tintes costumbristas así como arqueológicas, sin saber para nada que en ese museo iba yo a encontrar algo muy diferente a piezas del pasado, es más, lo que allí me esperaba era puro futuro, un reto incierto y apabullante al que tendría que entregarme en cuerpo y alma en los siguientes años de mi vida.



El caso es que estaba yo contemplando, sin mucho entusiasmo todo hay que decirlo, unas monedas romanas de la época imperial, cuando...

—Mari Luz, deja que te saque unas fotos delante de esos maniqués para que luego las enseñes en Burgos a los abuelos —escuché que decían unas voces en otra de las salas del museo.

Al percatarme de que unos turistas burgaleses andaban tan cerca, no dudé en dejarme caer en su presencia, pero sin decirles nada, por supuesto, de que casi con toda seguridad estaban delante de una de las reencarnaciones del Mío Cid, concretamente de la reencarnación actual, es decir, delante de mí.

—Hola buenas —dije de forma educada en el momento de entrar en la sala donde esa buena gente castellana se encontraba.

—Hola —respondieron los progenitores de una niña, de unos doce años, que estaba contemplando unas figuras vestidas con atuendos tradicionales mallorquines—. Di hola Mari Luz —le dijeron los padres a su hija, demostrando un encomiable interés en que su vastaguita aprendiera las más elementales normas de educación.

—¡Hoa! —masculló la joven, en el mismo momento que se giraba para dedicarme su saludo, y en el mismo momento, también, en el que yo fui consciente de que Mari Luz padecía un evidente síndrome de Down.

—Hola Mari Luz —le respondí yo dibujando en mi cara la más amplia de mis sonrisas, aunque pecando de estúpido por pensar que al tratarse de un síndrome de Down yo tenía que exagerar mis gestos hasta lo esperpéntico.

Los minutos pasaban y allí nadie mencionaba de nuevo a la ciudad de Burgos, por lo que no encontraba la forma de entablar conversación con ellos y, por otro lado, no me parecía bien comentarles que desde otra sala les había oído hablar de la renombrada ciudad castellana, puesto que eso me haría quedar como todo un fisgón indiscreto. En esto, la familia burgalesa se trasladó a la contigua sala de los belenes y yo hice lo propio, pero haciéndome el encontradizo.

—Mira Mari Luz, como los nacimientos que montamos en casa por navidad —le dijo la madre a su hija, pero sin nombrar para nada a Burgos, lo cual me contrariaba sobremanera.

Como la ocasión no se presentaba, no tuve más remedio que presentarla yo.

—Perdonen...¿Son ustedes mallorquines? —les pregunté como si quisiera consultarles algo para satisfacer cualquier duda de carácter cultural.

—No, que va, estamos de paso, nosotros en realidad somos de Burgos.

—¡¡¡Bingo!!! —pensé yo, y rápidamente me puse en acción para comenzar una conversación entorno a esa ciudad tan especial para mí, y no sólo porque allí reposen los restos de mi eximio antepasado (en otra reencarnación, claro está), sino por guardar en ella muchos recuerdos de infancia. Por no mencionar a los familiares y amigos que todavía conservo en la Caput Castellae.

—¡Qué casualidad!, yo también soy de la provincia y mis padres me llevaban a Burgos con mucha frecuencia, para ver a unas tías que, por cierto todavía viven. La cosa viene de lejos, porque ya mi bisabuelo Teodomiro era de Sargentos de la Lora.

—Anda, donde lo del petróleo —apuntilló el padre de Mari Luz, pero sin derrochar mucha alegría por haberse encontrado en Mallorca a un paisano, o casi paisano, pero con tías verdaderamente paisanas.

Reconozco que la parquedad emocional de aquel soso, por otro lado nada extraña en un castellano siempre que no esté delante de un buen plato de cordero o cochinillo, con su chorizo y morcilla adjunta, claro está, casi me impele a decirle que debería mostrar más regocijo por haberse encontrado en el santuario de Lluc, nada más y nada menos que a la reencarnación del Campidoctoris. Sin embargo, preferí reprimir mis vehementes impulsos, sin duda alguna consecuencia de la heredada naturaleza cidiana, y continuar con una cháchara anodina.

Afortunadamente la mujer no era natural del mismo Burgos, sino de Vilviestre del Pinar y eso, quieras que no, imprime mucho carácter.

—Mira tú qué casualidad, venir hasta aquí y encontrarnos a uno de Burgos...mira Mari Luz, este señor es de Burgos, como nosotros.

—Bueno, digamos que soy casi de Burgos, porque en realidad yo nací en ...

—¿Y dónde viven sus tías? —me preguntó la serrana, demostrando mucho más interés en saber la calle donde residen mis tías que en mi oriundez.

—Pues en la calle San Julián —le contesté.

—No me lo puedo creer...¡pero si somos vecinos!, qué gracia, nosotros vivimos en la calle Miranda, al lado de la estación de autobuses.

—¿Está de vacaciones? —me dijo el marido de la serrana, demostrando, por fin, algo de curiosidad en mi persona.

—Pues sí y no, en realidad estoy haciendo un estudio comparativo entre los milagros del Cristo de Burgos y los de la Virgen de Lluc —le contesté al seco y enjuto burgalés, para hacerme acreedor de su admiración.

—¡¡No!! —exclamó la de Vilviestre, dejando entrever que ese tema le fascinaba sobremanera, algo que me produjo un incipiente ataque de pánico, puesto que si esa mujer era experta en las capacidades taumatúrgicas del Cristo de Burgos, podía dejarme en entredicho ya que, por supuesto, yo me acababa de inventar todo eso de las comparaciones milagreras.

—¡Mari Luz!, mira este hombre sabe mucho del Cristo de Burgos, el de los huevos que hay en la catedral que tanto te gusta visitar —le comentó la madre a su encantadora hija, dejándome algo más tranquilo ya que deduje que esa mujer no había redactado seguramente ninguna tesis doctoral sobre aquel curioso cristo articulado, y único en el género.

—A nuestra hija le gusta mucho ver los huevos de avestruz que hay en los pies del cristo —dijo el padre, dibujado en su cara algo que podría haberse interpretado como un amago de sonrisa, o la mueca consecutiva a la picadura de una abeja.

Aquella gesticulación del castellano, y por supuesto la simpatía de la castellana, me parecieron todo un regalo del cielo por lo que, ni corto ni perezoso, saqué mi estampita del Cristo de Burgos que llevo siempre en la cartera y se la enseñé a Mari Luz, momento en el que ésta dio un respingo y comenzó a gritar como loca.

—¡¡Crito Bugo...yo tao!!, ¡¡Crito Bugo...yo tao!!, ¡¡Crito Bugo...yo tao!! —y así no sé cuántas veces más.

—Sí Mari Luz, claro que has estado...has estado muchas veces —le dijo el padre con tono tranquilo y algo hipnotizante para ver si se relajaba la pobre Mari Luz, ya que la contemplación de la estampita había provocado en ella una especie de paroxismo de difícil clasificación.

—Es que la niña está muy unida al cristo porque cuando era muy pequeñita estuvo a punto de morir, pero una amiga mía me dijo que nos encomendáramos a esa imagen, que ella lo había hecho en una situación muy dramática y que el cristo la sacó del atolladero. Y así lo hicimos, y la niña sobrevivió. Así que desde entonces llevamos muchas veces a Mari Luz a la catedral para que contemple la santa figura, aunque a ella lo que más le gusta mirar son los huevos. La verdad es que esta niña es el mejor regalo que la vida nos podía haber dado.

—¡¡Crito Bugo...yo tao!!, ¡¡Crito Bugo...yo tao!!, ¡¡Crito Bugo...yo tao!! —continuaba Mari Luz gritándome y agarrándome de la camisa, como si hubiera sido repentinamente poseída por el espíritu de un papagayo pedigüeño.

—Bueno, será mejor que nos la llevemos a ver si se tranquiliza viendo otras cosas. La verdad es que nunca la había visto ponerse así con nadie —dijo de forma lacónica el lacónico burgalés—. Adiós, ha sido un placer.

—Lo mismo digo. Les deseo unas buenas vacaciones —les contesté educadamente—. Adiós Mari Luz, que te diviertas mucho en la playa.

—¡¡Crito Bugo...yo tao!!, ¡¡Crito Bugo...yo tao!! —me respondió la pequeña, en esos momentos ya algo congestionada.

Dejé que esa entrañable familia de burgaleses se fueran a otro lado, y yo me quedé mirando los belenes mientras retumbaba en mi cabeza la obsesiva frase que Mari Luz repetía a modo de mantra desquiciado, mientras me miraba como queriendo hacerme entender algo que yo no estaba entendiendo, motivo por el cual, la pequeña, se iba poniendo más y más nerviosa viendo mi torpeza y deplorable condición de exegeta.

Sin embargo, entre belén y belén, mi conciencia fue despertando y desvelando la verdadera frase que Mari Luz me quería transmitir. Esa encantadora niña estaba repitiendo “yo tao” de forma reiterativa, y... Tao... el Tao... no es otra cosa que el Camino, el famoso camino del Taoísmo. Súbitamente me sorprendí pensando en la idea de que Mari Luz, al ver la estampita del Cristo de Burgos, me quería decir que ese era el camino, y me convencí de que estaba en esos instantes sufriendo toda una revelación mística, o casi mística, puesto que a través de aquella adorable criatura, el santísimo Cristo de Burgos me estaba diciendo que me dejara de pamplinas pensando en cumplir mi promesa, andando algunos kilómetros por el Camino de Santiago, y que me dedicara en cuerpo y alma a crear su propio Camino y, por tanto, el nacimiento de un nuevo peregrinaje, cuyo comienzo todavía no sabía dónde tendría lugar, y sigo sin saberlo, pero cuyo final no puede ser otro que el de la capilla de la catedral burgalesa donde se encuentra ubicada la venerada imagen.

\*\*\*

—¿No vienes a la cama?...mañana será un día largo, porque tenemos que empezar con todas las reparaciones de la casa —me gritó Ella desde nuestra habitación estival.

—Tardaré un rato, es que tengo ahora que consultar unas cosas en mi ordenador —le contesté, también gritando, mientras consultaba de forma escrupulosa un ejemplar digital del *Lao Zi*, o libro del Tao, para ver si se esclarecían aún más las cosas, y las cosas se esclarecieron, ya lo creo que se esclarecieron porque, después de consultar en ese milenario libro de la sabiduría oriental, busqué también toda la información que pude sobre la imagen del Cristo de Burgos, sobre su origen y leyendas, y el resultado de todo eso hizo que aquella noche me fuera imposible pegar ojo.

Pero los resultados de mis primeras investigaciones on-line fueron las siguientes :

- Que Mari Luz me hablaba de un Tao, es decir de un camino.
- Que Mari Luz cuando pronunciaba “yo Tao”, en realidad quería decir “You Tao”, y you en el libro del tao, significa “el ser”.
- Que Mari Luz, por lo tanto, quería explicarme, pero no sabía muy bien cómo, que el Cristo de Burgos es el Camino, por eso al ver la estampita se puso a gritar como loca: Ser Camino, Ser Camino...etc.<sup>27</sup>

De todo esto no pude sino sacar la lógica conclusión de que en mi persona se estaba encomendando la apabullante responsabilidad de crear, o quizás descubrir, el Camino del Cristo de Burgos, para iniciar con ello un peregrinaje que deje en paños menores al ya obsoleto, y aburrido, Camino de Santiago.

Pero terminadas las vacaciones mallorquinas, de vuelta ya en nuestra levantina residencia habitual, indagué más en las características de esta escultura tan religiosa como realista, y todavía fui consciente de algo mucho más demoledor. Y es que la imagen de ese Cristo fue elaborada con piel de búfalo, es decir, que está representando no sólo su sufrimiento, es decir el de Jesús, sino el de los búfalos africanos y, por ende, el de todos los animales. Me di cuenta que el Cristo de Burgos es, en realidad, todo un símbolo de lo que hoy en día se entiende como animalismo, es decir, la más absoluta sensibilidad hacia el sufrimiento animal.

¿Cómo no me di cuenta cuando formé mi mesnada de caballeros ético-alimentarios hace ya algunos años? ¿¡Qué mesnada ni qué narices! Lo que hace falta es un buen camino con miles de

---

27 Traducción propia sacada del libro del Tao y adaptada a mi singular experiencia con Mari Luz.

peregrinos que acudan a este cristo a pedirle, no sólo auxilios y curaciones de todo tipo, sino la eliminación del oprobio al que están sometidas una ingente cantidad de seres sintientes en este planeta, casi siempre por culpa del “Homo sapiens”.

Creo que el mayor de los éxitos y logros que hasta ahora he tenido como paradedetective, no ha sido la resolución del complicado caso Carvajal, como así lo creía, sino el haber averiguado, gracias a mi comunicación extrasensorial con Mari Luz, que la solución al problema del sufrimiento animal, y por ende también humano, está en mis manos, y que esa solución no es otra que la creación de una nueva ruta de peregrinaje con la que sustituir a la ya caduca, desvirtuada e inútil ruta compostelana.

El único problema es que este nuevo camino no existe, y si existe tengo yo que descubrirlo, por lo que me será de infinita utilidad la experiencia adquirida como paradedetective durante estos anteriores meses, y muy concretamente durante nuestra estancia estival en Mallorca.

Ahora, tengo dos importantes cosas que hacer:

1. Encontrar y / o crear el nuevo Camino.
2. Poner un anuncio para reclutar peregrinos.

Creo que el anuncio, el cual enviaré a los principales periódicos locales y nacionales, rezará como sigue:

***Se buscan peregrinos para un nuevo Camino.***

(A ser posible agnósticos y vegetarianos)

ALEA JACTA EST. (esto lo digo yo, no irá en el anuncio).

## ANEXO I

He decidido incluir en este anexo el desglose pormenorizado del desorbitado dispendio al que nos hemos tenido que enfrentar, para dejar la casa de Rosa y Francisco en las mismas condiciones, qué digo en las mismas, en muchísimo mejores condiciones de las que tenía cuando llegamos al comienzo de nuestro periodo vacacional.

Quiero con esto advertir a todos aquellos que se les pase por la cabeza la peregrina idea de intercambiar casas para “disfrutar” de unas vacaciones estivales, o invernales si viene al caso, de que se lo piensen muy mucho antes de dar ese peligroso paso hacia el abismo.

Creo muy sinceramente que, aunque este desglose de gastos no debería formar parte lógica de un libro de relatos detectivescos como el presente, sin embargo, la buena voluntad de ayudar al prójimo con mis advertencias, supera toda lógica editorial.

Creo, también, que nos hubiera salido más barato un viaje en crucero para dos a lo largo del Caribe y durante quince días. Además, seguramente que allí, es decir en el crucero, también hay multitud de casos, o paracasos, esperando a ser resueltos por todo un detective, o paradetective, como yo.

Así pues, el agravio restaurador de la vivienda se puede desglosar de la siguiente manera:

1) 150 € por la revisión de la lavadora hecha a cargo de una técnico especializada en electrodomésticos y perteneciente a un servicio de urgencias 24 horas, según rezaba en la publicidad encontrada vía Internet aunque, por el precio, más parecía una urgencia hospitalaria. Además, aprovechó la visita para cambiarle varias piezas a la maldita máquina porque, según esa sacamantecas de las lavadoras, estaban ya a punto de terminar su vida operativa.

2) 200 € pagados al escayolista por la reconstrucción del trozo de pared que Ramona se comió en un ataque de locura transitoria que sufrió a los pocos días de llegar a Mallorca. Pienso que para ser una porquería de pladur, el precio de la reparación fue verdaderamente disparatado, por lo que estoy seguro que, de esa astronómica cantidad, 150 euros fueron para gastarse en putas, dada la cara de vicioso que tenía.

3) 175 € empleados en la compra de diferentes plantas en el vivero más cercano que encontramos, el cual, a tenor de los precios, debe ser el favorito de todos los veraneantes millonarios ingleses y alemanes que frecuentan esta isla durante el verano, y seguro que también el de algún ruso también millonario o multimillonario. En cualquier caso, creo que Ella se excedió en el número de plantas adquiridas ya que, al final, si comparamos la relación de especímenes damnificados por el agua tóxica con que yo los rocié, con la cantidad de plantas compradas y destinadas a restituirlos, el resultado es comparable a lo acontecido con el milagro de los panes y los peces.

4) ¡¡240 €!! robados por el piscinero en concepto de cambio de arena del filtro, limpieza superficial de la piscina, vertido de diez litros de alguicidas y, también, por darnos las instrucciones de que mantuviéramos el motor encendido durante 48 horas sin parar.

En total fueron ¡¡765 €!! tirados a la basura durante los dos últimos días de estancia en la casa de Rosa y Francisco, como si de un hotel de lujo se hubiera tratado.

—Qué bien ha quedado todo, ¿verdad? —me dijo Ella el viernes 29 de julio, por la tarde, y justo antes de comenzar a preparar las maletas para el viaje del día siguiente —. Les podemos proponer repetir para el año que viene.

—¡Huy!, el año que viene tengo que asistir a un congreso de guías turísticos y no podrá ser —le contesté rápidamente empleando como excusa la primera idea que se me pasó por la cabeza.

—¿A un congreso tú?, pues si no me habías dicho nada.

—Es que justo me enteré ayer por un correo electrónico, pero como estábamos tan liados con lo de la casa se me pasó comentártelo.

—Bueno, pues si no es en julio podría ser en agosto —siguió Ella insistiendo.

—Puff, pobre Ramona, en agosto aquí con el calor que hace no creo que lo pudiera aguantar.

—Ya...me parece a mí que tú lo que estás buscando son excusas para no venir...pero si hemos estado super a gusto ¿no?

—Vaya, me está sonando el móvil en modo vibración —le tuve que contestar para cortar esa conversación de cuajo, no fuera que terminara por decantarse de su lado y hablara con Francisco y su mujer para establecer, con vistas al verano siguiente, un nuevo y ruinoso intercambio de casas.

Una vez extraído el teléfono del bolsillo izquierdo de mi pantalón y fingida una conversación con un, también, fingido interlocutor que se había equivocado al marcar el número, ya no volvimos a tocar el tema de las próximas vacaciones...¡caso cerrado!

## ANEXO II

He considerado interesante incluir en otro anexo algunos de los fotomontajes que Ella ha realizado para su reportaje titulado finalmente *Una Mallorca surrealista* y subtulado *Gastrografías para la divulgación de un importante patrimonio cultural*.

Pienso que, lo mismo que los gastos domésticos incluidos en el anterior anexo, la relación de estas gastrografías con las labores parainvestigadoras que llevé a cabo durante aquellas semanas isleñas es nula, sin embargo, todo parainvestigador sabe, o debe saber, que nunca se puede desestimar nada como fuente potencial de información. Es por esto que, por si las moscas, incluyo en este cuaderno de relatos detectivescos aquellos fotomontajes más significativos para mí, y no desde el punto de vista de la creatividad, sino porque representan lugares en los que el desarrollo de mis investigaciones fue más relevante, motivo por lo que quizás, en un futuro análisis de los mismos, me den la clave de por qué aquellos sitios me aportaron pistas de vital importancia para mi trabajo detectivesco o paradetectivesco.

Aprovecho la ocasión para comentar las gastrografías, puesto que como guía turístico profesional me encuentro muy ligado a las cuestiones culturales, y porque no siempre dichos trabajos son de mi más absoluto agrado, lo cual merece una crítica constructiva por mi parte.

## GASTROGRAFÍA 1

### *PIANINO DE CHOPIN SALTEADO CON GUI SANTES DE LA HUERTA*



Crítica constructiva 1: Pienso que, si bien la elección del pianino del ilustre compositor como motivo estético es afortunada, sin embargo, la inclusión de trozos de jamón junto con los guisantes ha sido todo un desacierto. Creo mi deber amonestarle a Ella y animarle para que, en lo sucesivo, si quiere guarnicionar cualquier imagen con guisantes, lo haga con guisantes tirabeques rehogados con ajo y cebolla y acompañados como mucho con unas patatas cocidas, rociado todo ello con un buen chorro de aceite de oliva, virgen extra, claro está. Y por supuesto que se deje de esos asquerosos trozos de jamón que arruinan todo el fotomontaje, haciendo que incluso el hedor del jamón salga disparado desde la gastrografía hacia el indefenso observador.

Por otro lado, y en honor a la verdad, no creo que ni a George Sand ni a Chopin, dado el frío y hambre que pasaron durante su estancia Cartujana, les importara en absoluto contemplar su querido piano rodeado de unos guisantes con jamón. Incluso don Frédéric hubiera estado bien contento de titular a los preludios allí compuestos, como preludios op. 28 “de los guisantes con jamón”, siempre y cuando los paisanos del lugar les hubieran agasajado con dicha especialidad gastronómica cosa que, como todo el mundo sabe, no ocurrió.



## GASTROGRAFÍA 2

### *HAMBURGUESA A LA MACLLORQUINA CON SALSA DE ESTALACTITA*



Crítica constructiva 2: Ni qué decir tiene que, como vegetariano (casi vegano) que soy, tanto la elección del alimento como la inserción en él del motivo fotográfico, me parecen deplorables. He pensado en decirle, pero todavía no se lo he dicho, que si yo fuera el director, o directora, de esa revista a la que van destinados los fotomontajes, le tiraría el portafolios a las narices y me lo tomaría como todo un insulto al mundo bovino.

No quiero opinar nada más.

## GASTROGRAFIA 3

### *CARACOLES CON TOMATE DECONSTRUIDOS EN VIDRIO DE CAMPANET*



Crítica constructiva 3: Me parece un verdadero acierto estético, y toda una obra de arte, la combinación de una pieza de cristal en forma de caracol junto con esos moluscos de la tierra aderezados con salsa de tomate, imagino que de tomates mallorquines. Si yo fuera el director, o la directora, de la revista a la que va destinada este reportaje, olvidaría el agravio vacuno anterior e incluso le otorgaría un plus de creatividad con el que incrementar los honorarios estipulados.

A pesar de mi convicción de vegetariano, y casi vegano convencido, no me tomaré la matanza de caracoles como un agravio personal, dado el reducido sistema nervioso que poseen estos gasterópodos y, por tanto, la menor capacidad de sufrimiento de la que adolecen en comparación con las pobres vacas, cerdos, e incluso pollos. Sólo espero que entre los ingredientes con los que se ha elaborado esa salsa no se encuentre la sobrasada. Prefiero no preguntárselo no sea que le retire el plus de creatividad.

En cualquier caso qué duda cabe que, personalmente, hubiera preferido una deconstrucción de berenjenas con tomate.

## GASTROGRAFÍA 4

### *CASTILLO DE BELLVER CON PATATAS DE SA POBLA Y SOBRASADA DE MURO CON BASE DE MAHONESA SOBRE REBANADAS DE PINO*



Crítica constructiva 4: Prefiero no escribir ninguna crítica al respecto, ni constructiva ni destructiva, dada la discusión que Ella y yo hemos tenido acerca de la inclusión de sobrasada en algo que, de no haber sido por la intromisión de ese asqueroso embutido, muy bien podría haber calificado de obra maestra.

Eso sí...de nuevo le retiraría el plus anteriormente asignado, aunque no por falta de creatividad, la verdad sea dicha, sino como ofensa al mundo porcino.

## GASTROGRAFÍA 5

### *CATEDRAL SUMERGIDA EN VICHISSE CON COBERTURA DE CEBOLLETAS AL VAPOR*



Crítica constructiva 5: No puedo menos que exaltar las virtudes de esta espectacular imagen. Una obra maestra sin lugar a dudas. Todo en ella recrea la grandeza del arte, desde la sublimidad de la catedral gótica a la salubre y siempre bienhadada porrusalda, pasando por la exquisita elección de la vajilla al estilo Cartuja de Sevilla.

Este fotomontaje se merece, no sólo la reposición del plus anterior, sino la oferta de un empleo fijo como diseñadora gráfica en la revista, en el caso de que yo fuera su director, o directora, claro está. Y no cualquier puesto, sino el de Diseñadora Jefe.

Pensándolo mejor, y ya más en frío, si le otorgase ese pedazo empleo, la verdad es que no vendría a cuento lo del plus, así que no se lo repondría.

En cualquier caso, hasta el mismísimo Debussy estaría encantado de escuchar su famoso preludio para piano contemplando simultáneamente esta otra catedral sumergida, incluso no me cabe la menor duda de que inspiraría al genial compositor francés para sumergir de nuevo a su catedral y componer otro preludio, ya no inspirado en la leyenda del Mar del Norte, sino en una rica y alimenticia porrusalda.

## GASTROGRAFÍA 6

*DEGUSTACIÓN DE PLATOS ECOLÓGICOS COMPUESTA POR CROISSANTES DE MANTEQUILLA, SUSHIS VEGANOS, TOMATES RELLENOS CON ALIOLI A LAS FINAS HIERBAS, LONCHAS DE JAMÓN YORK DE SOJA, TOFU VAPORIZADO Y PAVO DE LLUC A LA PIEDRA CON FRUTAS EXÓTICAS*



Crítica constructiva 6: No tengo palabras para este colofón artístico. Incluso la inclusión de un pavo lítico me parece una de las ideas más brillantes de su *Una Mallorca surrealista*, dado que resulta toda una alusión a la eliminación de platos cárnicos de la cocina ética y evolucionada, dejando su presencia como algo pétreo, cavernícola, es decir primitivo. Sí señor, la carne como consumo primitivo en la especie humana.

Creo que si fuera director, o directora, de esa revista, me habría quedado muy corto con el nombramiento anterior, y no tendría más remedio que ofrecerle mi propio cargo pasando yo al de director honorífico y dejando el mío para Ella, y con el plus de creatividad añadido.

Sólo puedo estar orgulloso de compartir la vida con una artista de tales dotes creativas. En cualquier caso, todavía tengo que convencerla para que, en lo sucesivo, se abstenga de incluir hamburguesas y sobrasadas en sus fotomontajes y, si es posible, también caracoles.

### ANEXO III

Definitivamente el anuncio que publicaré en los diarios más importantes, locales y nacionales rezará como sigue:

SE BUSCAN PEREGRINOS PARA UN NUEVO CAMINO  
*A SER POSIBLE AGNÓSTICOS Y VEGETARIANOS CASI VEGANOS*  
INTERESADOS PONERSE EN CONTACTO CON ( )  
ABSTENERSE CURIOSOS  
(No habrá recompensa ni gratificación económica de ningún tipo)